



EL SILENCIO

Escrito por Carolina "Soro" Barrera

Una adaptación de los guiones originales para
televisión de la serie El Silencio



El sonido de un motor irrumpe en medio de una carretera solitaria, mal pavimentada, un tanto lúgubre y tenebrosa, apenas iluminada por la luz de la luna llena. Las luces de un camión dejan ver varios bultos y ramas en medio de la carretera. El camión no tiene otra opción que detenerse. Las puertas del vehículo se abren. Con cautela se bajan el conductor- un hombre con uniforme del ejército- y Ever.

Ever, un joven de unos 19 años, lleva puesto una casaca militar antigua y un morral colgado del hombro. La tensión y el miedo se apoderan de los dos hombres. Se acercan con cautela a los bultos y de su morral Ever saca un arma y la levanta. Miran para un lado y para el otro, pero la oscuridad de la noche no deja ver nada.

— ¡Maldita sea! —exclama Ever, mientras pateaba con rabia los bultos y las ramas.

De repente, se oye una voz.

— ¡Rápido ¡Rápido! ¡Corran! ¡Los van a matar!

Ever y el conductor se giran apresurados. Pero las luces del camión los encandilan y, a pesar de que se cubren sus ojos, no logran ver bien lo que ocurre.

Detrás del camión y en medio de la penumbra, se alcanza a vislumbrar la figura de un hombre quien señala el camino de huida a un grupo de siluetas que van saltando de la parte trasera del vehículo y corren a internarse en el monte.

— ¡Por allá! ¡Por allá!

En ese instante, se oyen disparos. Ever, sin perder tiempo y seguido por el conductor, corre hacia la parte trasera del vehículo mientras dispara. Las siluetas que están en plena huida se agachan. Algunas, incluso, se lanzan al suelo. El conductor saca su arma y cuando va a disparar, recibe un golpe en la cabeza que lo deja inconsciente. Ever le apunta al hombre que ayuda a las personas del camión y le dispara, hiriéndolo en un brazo. Vuelve apuntar. Y justo cuando va a disparar, otra voz lo detiene.

— ¡Suelta el arma!

Ever se gira y sin dudarle un minuto, abre fuego en contra del otro hombre, a quien la escasa luz no deja evidenciar quien es. El hombre logra esquivar las balas hábilmente y responde con otro disparo, que impacta a Ever en el vientre. El joven, de manera instintiva, se lleva la mano a la herida. Palpa. Su mano queda empapada en sangre. La nueva voz vuelve a retumbar.

— Que suelte la pistola, ¡carajo!

Pero Ever no le obedece. Por el contrario, vuelve a disparar, mientras empieza a correr hacia la maleza. Su respiración se vuelve agitada, y aunque se mueve con todas las fuerzas que su cuerpo le permite, se da cuenta de que está perdiendo mucha sangre. Con una mano se aprieta la herida, mientras que con la otra agarra fuertemente la pistola. Detrás suyo, se escuchan las voces de los hombres que lo persiguen.

— ¡No podemos dejar que se escape o nos jodimos!

— ¡Va hacía el río!

Ever sigue corriendo. Pero sus fuerzas empiezan a abandonarlo. Se tropieza. Cae. La herida le duele y su ropa y su mano, ahora están empapadas en sangre. Finalmente, en la penumbra, iluminada por la luna, divisa un río. Se detiene. Es una posible vía de escape. Duda un momento, pero se decide y empieza a desplazarse por la orilla. Pero no es fácil. Se tropieza con las piedras y el agua le pesa, lo que retarda su huida. Cae y el dolor de la herida le impide incorporarse rápidamente. Las voces de sus perseguidores se acercan. Doblado por el dolor, sigue caminando por el río sin salir de éste para evitar dejar huellas. Al fondo, alcanza a percibir lo que pareciera ser la boca de una cueva. Camina hacia allá, pero ya no puede más. El dolor lo supera, pierde el equilibrio, cae nuevamente y suelta el arma. Desesperado, intenta recuperarla, pero no la ve bajo el agua. En ese momento, vuelve a oír voces. Alguien se acerca. Angustiado, no tiene más remedio que adentrarse en la cueva.

*Como puede, y con las pocas energías que le quedan, se arrastra hacia su interior y lanza el morral al suelo. Se incorpora, recostándose sobre una de las paredes del interior. De su morral, saca una linterna e ilumina el lugar. Por un orificio en forma de ojo, se cuela la luz de la luna, lo que le imprime un carácter bastante terrorífico al lugar. Exhausto, empapado, bañado en sangre, Ever se recuesta en el piso húmedo donde hay una especie particular de *spathiphyllum* (cartucho o lirio de la paz). El joven respira profundo y con dificultad. Cierra los ojos. La linterna que estaba iluminando al curioso y particular *spathiphyllum*, se apaga de pronto.*





CAPÍTULO 1

- LA FLOR -

— ¿Esa es la flor que tenemos que buscar? — preguntó Alma con su habitual tono curioso.

— Así es. El *Spathiphyllum Montanum*... — respondió Marcela, mientras mostraba a sus 14 estudiantes la lámina de un lirio común.

Marcela, la profesora de la escuela, es una mujer bonita, emprendedora, luchadora y supremamente valiente. A sus 27 años fue trasladada de Bogotá a la vereda y, desde el primer momento, se dio cuenta de la necesidad de generar espacios de convivencia pacífica entre los niños. Y este ejercicio con el lirio se iba a convertir en su experimento de prueba.



Johan y Byron parecían no prestar mayor atención. Johan era uno de los mayores del salón. Tenía 15 años y era santandereano de nacimiento. Hace algunos años, a su padre lo trasladaron y por eso terminaron en la región. Johan es algo altanero, antipático, cree tener el poder y le encanta humillar a los otros. Y lo que más le gusta

en la vida, es dibujar. Y eso era precisamente lo que estaba haciendo.

A su lado, Byron, también de 15 años, afrocolombiano, con una autoestima muy baja y quien se esconde tras Johan para lograr pertenecer, llevaba el ritmo de una canción que tarareaba en voz baja con el lápiz. Alma en cambio, se mostraba muy interesada.



Alma es descendiente de los pueblos Ingas del Putumayo y llegó a la región desplazada de su tierra por los enfrentamientos entre ejército, paramilitarismo y guerrilla. Alma es una niña vivaz, despierta, muy madura para sus escasos 12 años. Es gentil, pícaro y traviesa, y le gusta aventurarse y descubrir nuevos mundos y personas. Aunque, a decir verdad, también es algo impulsiva y en ocasiones, llevada de su parecer.

El resto de los estudiantes iban al vaivén de la clase, del calor, de la melodiosa voz de Marcela o del zumbido de algún insecto.

—¡Ushh qué nombrecito! —exclamó Johan, con burla y sin levantar la cara de su cuaderno—. Imagínese llevarle a la novia un... un... Un spatotitu montano... mucho lo romántico, mano...

—Ese es el nombre científico, Johan— explicó, Marcela—, pero también se conoce como el lirio de la paz.



Más de uno quería saber la razón. Según Marcela, el nombre tenía que ver con su color, o con su forma -similar al de las banderas que se levantan como señal de tregua.

—Entonces esa es la precisa para tenerla aquí en la escuela y mostrársela todos los días a la Alma. Como es de pelietas — río Johan, mientras mirada con cierto recelo a Alma.

Byron explotó en una risa burlona, haciéndole coro al comentario de su amigo. Alma, molesta, le hizo una mueca de desagrado evidenciando lo poco bien que le caía el grandulón de la clase. Pero antes de que Alma pudiera replicar en contra de Johan, Marcela explicó en qué consistía el ejercicio. La idea era que se aventuraran a explorar el monte, con el fin de buscar y encontrar la flor. Luego la observarían en su ambiente natural con mucho cuidado y determinarían dónde se da, qué plantas tiene a su alrededor, cómo es la tierra, si hay agua cerca.

—Las flores, como todos los seres vivos, necesitan de un entorno específico para desarrollarse, y observándolas vamos a descubrir cuál es el que este lirio necesita —concluyó la profesora. —Y bueno. ¡Vamos saliendo que no quiero que se nos haga tarde! —.

Johan, algo apurado, dibujó un par de trazos más y justo antes de cerrar su cuaderno que quedó contemplando su obra de arte. Se trataba de una réplica a lápiz de la flor de la lámina, dibujada con una precisión sorprendente e impecable. Satisfecho, cerró su cuaderno y lo guardó en su morral.

— Alma, ¿sabes algo de Noa? —preguntó Marcela extrañada.

Alma negó con un movimiento de cabeza. No tenía idea de dónde podía estar su mejor amigo. Pero al oír el nombre de Noa, Johan aprovechó para meter la cuchara.

— Seguro no va a venir, a la cosa esa, no le gusta ensuciarse —aseguró con burla.

— ¡Y le da miedito! ¡Es una nenita! —agregó Byron.

Byron y Johan estallaron en una sola carcajada. Los otros alumnos también rieron. Alma, llena de furia, apretó con rabia los puños.

—¡Oigan a estos imbéciles! Noa es más valiente que ustedes dos juntos.



Y lo era. Noa, cuyo verdadero nombre es Nelson -por Nelson Mandela-, Orlando -por su abuelo materno-, Andrei -por su padre, era un jovencito muy especial. Por su apariencia física, no era claro si es una niña o un niño, y cuando le preguntaban siempre respondía: “¿acaso importa?”. Siempre decía cosas profundas y sabias, interpretada como “raras” por los demás y, por lo tanto, convirtió la palabra en su gran arma, desarmando a sus enemigos y rivales, provocándolos aún más y haciéndose acreedor de varias palizas. Pero era valiente. Muy valiente.

En compañía de su madre, Ruby, caminaba de prisa, atravesando un campo baldío. Se veía angustiado pues argumentaba que la profesora no lo iba a esperar y lo dejaría sin la posibilidad de ir a la excursión. Ruby, lo tranquilizó. Tenían suficiente tiempo. El buen paso de madre e hijo fue interrumpido por el sonido de los motores de unas motocicletas que se acercaban al lugar a buena velocidad. Ruby, nerviosa,



tomó con fuerza la mano de su hijo y apuró el paso. Pero era tarde, las motos ya los habían rodeado. Se trataba de los mototaxistas del pueblo, jóvenes rebeldes que se ganaban la vida llevando y trayendo gente en sus aparatos. Eran muchachos groseros, que creían que el tener una motocicleta les daba el poder de insultar y de irrespetar a todo aquel que se les atravesara. Entre los jóvenes mototaxistas estaban Raúl -un joven de unos 22 años, altanero, machista, convencido de que no había nada mejor que la plata fácil- y su parrillero, Giovanni.

—¡Ahí va la nenita! —gritó Raúl con sorna.

Ruby, a la defensiva, se paró delante de Noa. Los otros mototaxistas se unieron a la burla, coreando en desorden palabras hirientes y malintencionadas: “¡mariquita!” “¡ay, la niña!” “¡linda ella!”. Noa, molesto, se quedó mirando intensamente a Giovanni. Y con razón. Giovanni era el medio hermano de Alma. Era un joven altivo, curioso, inquieto, justo y responsable, pero con un espíritu rebelde que lo impulsaba a dejar su pueblo y su posible trabajo como jornalero e ir a estudiar a la universidad. Pero, por desgracia, no tenía los medios para hacerlo. Y ahora, estaba cayendo en pésimas compañías. Y por eso, ante la mirada altiva de Noa, el muchacho no tuvo otra opción que bajar la cabeza, avergonzado.

—La niña se delicó — se burló Raúl.

—En cambio vos muy valiente, porque andás con tu gallada que te defiende —le respondió Ruby llena de ira.

—Yo no necesito que nadie me defienda y menos de un par de hembras —agregó el muchacho.

Ruby se abalanzó sobre él con la intención de darle una buena paliza, pero Noa se lo impidió.

—No le hagás caso ma. Él piensa que con eso ofende, pero sólo está mostrando su propia ignorancia.

Al oír estas sabias palabras, Raúl se llenó de resentimiento. Noa, valiente, lo seguía mirando fijamente a los ojos. Giovanni, al ver que la situación podía complicarse, disuadió a Raúl para que dejaran las cosas de ese tamaño y se fueran a mostrarle lo que le había prometido. La intervención de Giovanni le dio pie a Ruby para salir de ese lugar. Tomando nuevamente la mano de su hijo, se dio media vuelta, no sin antes mirar con mucho dolor a los muchachos, en especial a Giovanni.

Una vez Ruby y Noa se alejaron lo suficiente, Raúl y los otros muchachos tomaron sus motos y condujeron hacia el terreno baldío. Como si fuera una coreografía ordenada y sincronizada, se detuvieron y se bajaron uno a uno, acercándose a don-

de estaba Raúl y Giovanni.

—Mostrá a ver la mamasita esa —dijo uno de los mototaxistas.

Raúl, orgulloso y altivo, llevó su mano hacia la espalda y sacó un arma de su cinto. Una exclamación generalizada de admiración se escuchó al unísono. Todos los jóvenes se peleaban por quién la tomaba primero en sus manos. Por supuesto, cada uno quería demostrar su supuesta experticia en disparar. Todos menos Giovanni quien permaneció rezagado y un tanto incómodo.



—¿Y vos qué? ¿Te acuilillaste o qué, parcero? —le preguntó Raúl con cinismo.

Giovanni negó con un gesto. Era evidente que no quería quedar mal al frente de esos jóvenes. Inteligente, intentó salirse por la tangente, argumentando que esas cosas poco y nada le interesaban. A él lo que realmente le gustaba y le atraía eran las motos. Llevaba días pidiéndole a Raúl que le dejara manejar la suya, pero éste siempre salía con una excusa diferente, negándose a prestársela.

—Vos sabés que yo soy un berraco con todo lo que tenga ruedas. ¡Hacele! —insistió Giovanni.

—Mejor comprate la tuya —le respondió Raúl.

Y si bien ese era el gran sueño de Giovanni, no había con qué comprar un aparato tan lujoso. Y eso, bien lo sabía Raúl. Por eso, no dudó en retar a Giovanni ofreciéndole lo que más deseaba. Le dejaba manejar su motocicleta siempre y cuando fuera el primero en disparar hacia unas latas viejas y amontonadas que estaban en el piso. Giovanni lo dudó por un momento. Pero finalmente, tomó el arma. Apuntó y con su temblorosa mano, disparó.



— ¡Esperen! ¡Esperen!

La voz de Noa retumbó en la pequeña calle al frente de la escuela, justo en el momento en el que Marcela y sus estudiantes se disponían a tomar camino hacia la plaza. Alma, al oír a su amigo, se dio media vuelta sonriendo y respirando aliviada. No hubiera sido justo que Noa se perdiera esta excursión. Después de despedirse de su madre, Noa se unió al grupo animado. Pero su sonrisa duró poco.

—A la nenita la tiene que traer la mamá, o si no se pierde —replicó Johan.

—¿Ya va a empezar? —le respondió Alma, retándolo.

—¡Usted no se meta! —alegó el muchacho.

En ese momento, y al ver que una posible pelea estaba a punto de empezar, Marcela se acercó y tomó cartas en el asunto. Al verla, Johan, burletero, le empezó a dar mil explicaciones. “Que no era culpa de él”, “que la culpa es del toche ese por dar papaya”...

—A ver, Johan, piensa. ¿De verdad te gustaría que uno de tus compañeros se burlara de ti todo el tiempo, simplemente por dar “papaya” como tú dices? —le preguntó la profesora con mucha seriedad.

—Es que como yo no doy papaya —rió el santandereano.

—No, pues. Habló don perfecto. Como jura y rejura que es mejor que todos y eso le da derecho a burlarse—replicó Alma con ironía y luego levantó la voz para hacer énfasis en lo que iba a decir y para que todos los demás la alcanzaran a oír. — Pero qué va... ¿qué tal que se la montáramos cada vez que se enreda en matemáticas o cuando se viste con ese pantalón con el que parece un pitillo? ¿Paila, no?

El objetivo de Alma había dado resultado. Los otros alumnos explotaron en una enorme carcajada. Por supuesto, el único que no rió fue Johan. Marcela, con un gesto, hizo callar a la clase. Luego se acercó a Alma y le hizo ver que, al decir eso, estaba haciendo exactamente lo mismo que hacía Johan. Luego les pidió que se miraran los unos a los otros para que se dieran cuenta de que nadie es igual al otro.

—Uy, sí... por suerte somos diferentes —dijo Johan mientras miraban con burla a Noa.

—De acuerdo —respondió la profesora.

Johan la miró sin entender. ¿Cómo así que “de acuerdo”? Marcela les explicó que la diferencia era justamente lo que los hace especiales, únicos, valerosos. Y les pidió que antes de decir tonterías, se detuvieran a pensar; que intentaran ser más tolerantes con los demás y que antes de juzgar, criticar o atacar a sus compañeros, se pusieran, por un instante, en los zapatos del otro. Los chicos, atentos, asintieron casi al unísono. Era evidente que las palabras de la profesora habían calado en ellos.

—¡Vamos! ¡Y por favor...! No más peleas ni malos tratos, ¿bueno? —dijo.

Y de esta manera, todos empezaron a caminar hacia la plaza.



El pueblo era un lugar olvidado, lejano, apartado, que había estado bajo disputa de distintos actores armados. Sus habitantes vivían del cultivo de la tierra -unos en parcelas propias y otros trabajando como jornaleros mal pagos al borde de la miseria-. Los exuberantes paisajes, la diversidad geográfica, cultural y demográfica, contrastaban con el miedo y la incertidumbre de sus habitantes. Estaba conformado, además, por una plaza, en la que sobresalía la iglesia, la alcaldía, un banco, una que otra tienda y un parque central. En una esquina del parque se estacionaban los jeeps -usados como taxis por los habitantes del lugar. Marcela y sus estudiantes se apresuraron a abordar un par de vehículos que la profesora, con anterioridad, había negociado. No querían perder más tiempo. Alma y Noa se sentaron el uno al lado

del otro. En el recorrido, el jeep pasó frente a la estación de policía. José -el policía del pueblo y padre de Johan- estaba dándole instrucciones a sus subalternos. Johan, como era de esperarse y dándose las de importante, lanzó un chiflido para llamar su atención. José se interrumpió. Levantó la cara y con un gesto saludó a su hijo.

Minutos después, los jeeps se cruzaron con una camioneta lujosa. Alma y Noa se quedaron mirando el vehículo. “Algún día ambos tendrían un carro así. Algún día...” La camioneta se estacionó frente a una tienda de abarrotes y de ella se bajó Miguel -un hacendado de la región-. Alma se quedó mirándolo por un instante con cierta curiosidad. Pero su concentración fue interrumpida por una motocicleta que pasó a toda velocidad a su lado. Alma la miró con atención y con sorpresa.

—¿Ese no es mi hermano?

Efectivamente, el que iba conduciendo era Giovanni y como parrillero iba Raúl. Giovanni le dio tres vueltas a la calle hasta que empezó a conducir al lado del jeep en el que iba su hermanita. La saludó con un gesto y Raúl aprovechó para enviarle un beso.

—¡Mamacita! — le gritó.

Alma negó con un movimiento de cabeza y con un gesto de desagrado le hizo una mueca, dándole a entender que con ella era mejor no meterse.

Los jeeps continuaron su camino hasta que finalmente llegaron a un lugar apartado, cerca al monte y a una pequeña tienda. Marcela empezó a dar las indicaciones. Lo primero que debían hacer era hacerse en grupos. De inmediato, Johan y Byron se sumaron a otros dos chicos, mientras que Alma y Noa se acercaron a dos chicas.

—Encontrar esa joda va a ser bien arrechó. Yo nunca he visto una flor de esas —dijo Johan.

—Será el único. Yo sí la he visto en matrimonios y en entierros— replicó Noa.

Johan, volteándose hacia Noa, le habló en voz baja.

—¿Cuánto le pagan pa que abra la jeta, ah? Tras de marica, sapo... digo, sapa.

Byron, al oír el insulto de su amigo, no pudo contener la risa. Noa, indignado, los miró con rabia, pero no se movió ni medio centímetro. En cambio, Alma, furiosa, arremetió contra ellos, intentando disimular frente a la profesora.

—¡Callate o...!

—¿O qué? —la interrumpió Johan— ¿Nos va a echar la maldición indígena?

Al oír esto, Alma perdió completamente la paciencia y le lanzó un buen puño que aterrizó en la nariz de Johan. El muchacho sólo atinó a cubrirse la cara justo antes de que Alma se lanzara sobre él y juntos, terminaran en el piso. Los otros alumnos, al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, los rodearon y les hicieron corrillo animando la pelea. El esfuerzo de Noa y de Byron por separarlos fue inútil. Estaban encarnizados en su discusión. Al ver el desorden, Marcela intervino de inmediato.

—¡¿Otra vez ustedes dos?! ¡Paren ya! —les gritó mientras los separaba.

Alma se justificó. Estaba cansada de que todo el día se burlaran de ellos y les dijeran palabras hirientes. Pero Johan no se quedó atrás. También se defendió alegando que fue Alma la que se le lanzó encima. Marcela los corta. No quiere oír más

excusas. Ella tenía claro que irse a los puños jamás sería la mejor manera de resolver los conflictos. Y mucho menos usar la humillación como herramienta para interactuar. Estaba convencida de que todos y cada uno de sus estudiantes, tenía la capacidad sufi-



ciente para reflexionar y dialogar, antes de fundirse en una pelea sin sentido. Y por eso había tomado una decisión: Johan y Byron van a trabajar con Alma y Noa. Los chicos quedaron atónitos. Se miraron entre sí, intentando entender las palabras de su profesora.

—Uno no siempre trabaja con los amigos —les dijo de manera enfática—. Esta es una oportunidad para aprender a estar con alguien diferente.

Las quejas y reclamos no se hicieron esperar. Preferían que los mandara a recoria antes de hacerse en grupo todos juntos. Pero la profesora no dio su brazo a torcer. Era una excelente oportunidad para que se conocieran un poco mejor y empezaran a verse como en realidad eran y no como creían que eran. Y dando por terminada la discusión, empezó a repartir unas fotocopias y a continuar con las instrucciones. Cada grupo iba a tener un mapa de la zona, en el que marcarían en dónde encontraron la flor. Les pidió, además, que fueran rigurosos tomando apuntes y que prestaran especial atención al contexto que rodeaba al lirio.

—Porque nada crece aislado, todos los seres vivos necesitamos de los otros, dependemos de lo que nos rodea y las plantas no son la excepción —les dijo con doble intención.

Tenían una hora para regresar y el grupo que hiciera la observación más detallada, se ganaría un premio sorpresa. Una vez terminada la actividad, se encontrarían en la tienda de al lado, la de Perla. Y el tiempo empezaba a contar ¡ya!



En una tienda que también tenía la función de ser un minimercado, Perla puso con cuidado a su pequeña hija en una cuna improvisada para dedicarse a organizar la mercancía en las estanterías. Perla, de 25 años, era una mujer hermosa, creyente y practicante de las costumbres afro. Líder nata, tenía una emisora radial en la que exponía, denunciaba y les daba voz a las mujeres oprimidas por violencia de género y discriminación. Era la tía de Byron a quien había traído del Pacífico, liberándolo de la violencia zonal y del posible reclutamiento forzado del cuál podía ser víctima.



En un par de mesas, mujeres de diferentes edades prestaban especial interés a lo que la tendera decía.

—¿Y entonces, muchachas? ¿Qué dicen? ¿Sí se van a animar a darme una manita con lo del bazar?

Las mujeres asintieron sonrientes y preguntaron en qué podían ayudar. Perla les contó que ella ya había adelantado conversaciones con algunos restaurantes del pueblo para que las apoyaran con la comida y les sugirió que hicieran artesanías o mochilas para venderlas. La idea era organizar el bazar en la escuela, y Byron, su sobrino, estaría encargado de amenizar el evento. Y no es porque fuera su sobrino, pero ese muchacho cantaba como los ángeles. Las mujeres se rieron indicando que estaban de acuerdo.

—Buenas, buenas... —irrumpió Marcela en el lugar.

Perla la saludo afablemente y le ofreció algo de tomar. Marcela aceptó encantada pues estaba derretida por el calor que estaba haciendo. Perla le dio la razón. Por eso era mejor hacer el bazar de noche. Y antes de que se le olvidara, de un cajón sacó varios talonarios y empezó a repartirlos entre las mujeres, Marcela incluida. Eran las boletas para el evento y esperaba que se vendieran todas para recoger la plata que necesitaban para la emisora.

—Quiero comprar una nueva consola y ver si podemos ampliar la red para que nos oigan por allá por el Vergel y por la Cima, porque me han dicho que en esa zona la señal es muy mala —aclaró Perla.

—¿Si escucharon el programa de ayer? —preguntó Flor, una de las mujeres, mientras miraba el talonario.

—Eh, Ave María, a mí me dieron ganas de llorar. Que historia más triste. Pobre mujer. —replicó Bertha, otra de las mujeres.

—Muy tesa ella contar semejante historia delante de todo el mundo —comentó Flor.

—¿Que si qué? Pero eso es lo que hay que hacer. Llenarse de fuerza y de valor quién sabe de dónde, y hablar. Lo que nosotras necesitamos es que nos oigan; que nuestra palabra cuente. Yo sé que no es fácil, pero si una puede, las demás también —aseguró Perla con seguridad y firmeza.

Y era cierto. Para eso estaba la emisora. Para que las mujeres de la región pudieran expresarse libremente. Y por eso, era necesario recolectar la mayor cantidad de dinero posible tanto en la venta de las boletas como en el propio bazar. Las mujeres lo sabían y por eso, no dudaron en recoger sus talonarios. Era claro que todo esto, no sólo le daba ilusión, sino esperanza.



Y mientras tanto, Alma, Noa, Johan y Byron seguían en el mismo lugar en donde los habían dejado los jeeps. Y por supuesto, no se habían reunido. En vista de que nadie parecía dar su brazo a torcer, Alma, más cansada que otra cosa, les recordó que tenían dos opciones: o dejaban de pelear y hacían el trabajo, o iban a perder la materia. Pero a Johan, este recordatorio no le pareció importarle. Con sorna, se acercó a Noa y le dijo:

—Mejor resolvamos una duda que tengo desde hace un resto, mano. ¿Usted al fin

qué es? ¿Man o vieja?

—Eh... Y dele con lo mismo. ¿Usted es que no se pilla que eso a mí me da igual?

—le respondió Noa con una enorme madurez — Eso a mí no me define, yo lo que quiero es ser una buena persona y ya. En cambio, usted se va a quedar de montador toda la vida, ¿cierto?

La respuesta de Noa dejó sin piso a Johan, quien empezó a ponerse rojo de la rabia. Al ver que una nueva pelea estaba a punto de empezar, Byron intervino, pidiendo un poco de calma. Él sí quería hacer el trabajo para ganarse la sorpresa que había prometido Marcela. Se hacía ilusión de que la profesora volviera a invitar a hamburguesa como lo hizo en una ocasión anterior. Pero Johan lo aterrizó sin anestesia. Para ganar tenían que encontrar una especie de lirio especial. Y él no había visto ese tipo de flores en la región. Pero Alma, intervino.

—Yo sí sé dónde hay de esas flores.

Johan y Byron la miraron poco convencidos de que estuviera diciendo la verdad. Pero no tenían otra opción que confiar, por primera vez en su vida, en quien consideraban era su peor enemiga. Tenían que seguirla.



Sofía, una niña de ciudad y una de las hijas del dueño de una de las principales haciendas de la región, estaba terminando de ensillar un caballo en unas caballerizas anexas a una casa tipo hacienda, bien tenida y opulenta, rodeada por hermosos jardines cuidadosamente diseñados. De repente, Emeterio, uno de los trabajadores de la finca y asignado para cuidar a las niñas, irrumpió en el lugar. Sofía, al verlo entrar, se escondió de inmediato. Emeterio miró a todas partes. Llamó repetidas veces a Sofía sin obtener respuesta. Al darse por vencido y convencerse de que la niña no estaba en el lugar, salió a seguir buscando en otra parte. Sofía sonrió con picardía y hábilmente se subió a su caballo. A sus 13 años, era una excelente jinete y salió galopando pasando por el lado de Emeterio, a punto de tumbarlo.



—¡Niña! ¡Espere! ¡Vuelva! —renegó el guardaespaldas.

Pero era tarde, Sofía ya iba lejos.

—¡Juemadre! El patrón me va a joder.

Al llegar a la entrada de la casona, Sofía mermó el paso. Tenía que estar atenta a cualquier movimiento para evitar ser descubierta. Con reserva, miró hacia la casa.

Roberto, su padre -gran hacendado de la región, imponente, algo despiadado, pero excelente padre- estaba reunido con Abelardo -jornalero y padre de Giovanni y de Alma- y con Marcos, el capataz de la hacienda. Sofía tenía qué hacer algo si quería salir de la hacienda. Decidió bajarse del animal y caminar entre los árboles para evitar ser vista. Se fue alejando poco a poco y cuando sintió que estaba lo suficientemente distanciada, volvió a montar el caballo para salir a trote.

Mientras tanto, en el jardín, los tres hombres seguían hablando.

—¡Nada! Y óiganme bien... ¡NADA! puede salir mal en esa comida. Vienen personas muy importantes e influyentes y quiero que se sientan como si estuvieran en su propia casa —advirtió Roberto con tono autoritario.

Abelardo y Marcos asintieron al unísono.

—Y mucho ojo, Marcos —continuó Roberto. —Bien atento a la seguridad. Ahora le paso los protocolos que mandaron los guardaespaldas de los políticos y de los militares invitados, para que los revise. Y si tiene alguna duda, me avisa.

Marcos volvió a asentir. Roberto le pidió a Abelardo que hablara con la cocinera para comprar todo lo que fuera necesario. Pero Marcos, intervino.

—Qué va, patrón —dijo—. Yo de usted contrataba a alguien más. Esa vieja ni siquiera sabe dónde está parada. Como se la pasa oyendo la emisora de la negra esa.

Roberto no entendía a qué se refería su subalterno. ¿De qué diablos le estaba hablando?

—Una tal Perla que se cree la defensora de las mujeres y tiene a todas pegadas al radio cual melcocha.

Roberto desestimó el comentario y le pidió que se concentrara en lo verdaderamente importante: en esa cena estaba en juego su carrera política, y por eso, todo debía salir perfecto. Y dependía de él y de Abelardo que así fuera. Y al decir esto, se dio media vuelta dispuesto a entrar a su casa. Abelardo se quedó mirándolo por un momento. Tras dudarlo unos segundos, se decidió a detenerlo. Con vergüenza, le pidió un adelanto para la universidad de su hijo, Giovanni. Pero la respuesta de Roberto fue categórica.

— No pierda la plata, Abelardo, que ese hijo seguro le sale con un chorro de babas. Más bien que se ponga a trabajar como dios manda.

Abelardo iba a decir algo, pero Roberto lo interrumpió.

—Que demuestre sí sirve para algo y si sí, pues ahí sí miramos si puede estudiar. Pero antes no...

Y sin decir más, se alejó con Marcos, dejando a Abelardo con la palabra en la boca y con un sinsabor amargo en todo su ser.





Sofía, galopando sobre su caballo, se sentía feliz. Disfrutaba del viento que le azotaba su rostro y del paisaje en general. Al llegar cerca al río, se detuvo y, alegre, bajó del animal para dejarse caer sobre el pasto. La niña de ciudad se sentía libre, plena, tranquila. Miraba las nubes e intentaba descubrir las formas que se iban formando. De repente, oyó unas voces que provenían de la vegetación.

—¿Vos sí le creés a estos dos?

—Yo qué sé, mano. Pero si no salen con nada les cascamos.

Sofía se incorporó y en medio de los arbustos, descubrió las siluetas de Byron y de Johan. Mas atrás, se alcanzaba a divisar a Noa. Inquieta, Sofía se subió rápidamente a su caballo para salirles al paso.

—¡Ey! —gritó.

Al ver a la niña, los chicos se frenaron en seco. Y justo cuando Sofía iba a empezar con un interrogatorio sobre su presencia en sus tierras, alcanzó a ver a Alma, quien se había rezagado un poco.

—¡¿Alma?! —

Alma sonrió. Sofía, sin perder un minuto, brincó de su caballo y corrió a abrazar a su amiga, ante la sorpresa de los demás.

—No sabía que estaba aquí, Sofi. ¿Cuándo llegó? —le preguntó Alma emocionada.

Sofía le contó que había llegado la noche anterior. La semana pasada había salido a vacaciones y contaba las horas para venir a la finca.

—Pero usted sabe cómo es mi hermana. A mi papá le tocó traerla de Bogotá casi que obligada.

Alma volvió a abrazarla. Era evidente que se querían y que había una bonita amistad entre las dos.

—¿Y qué hacen por acá? —preguntó Sofía.

— Estamos haciendo una tarea — se atrevió a responder Noa.

A Sofía pareció interesarle el asunto y empezó a indagar un poco más. Alma le explicó de qué se trataba: estaban haciendo un proyecto de investigación sobre el medio ambiente, tenían que encontrar un lirio y reconocer su entorno. Sofía se emocionó. Le parecía divertida la tarea y preguntó si se podía unir al grupo. Al fin y al cabo, no tenía nada que hacer y por lo menos, con ellos, podía entretenerse. A Johan y a Byron no les pareció que fuera una buena idea, pero Noa la aceptó de inmediato. Sofía se acercó, entonces a su caballo y lo amarró a un árbol. Le pidió, amorosamente, que la esperara, que no tardaría y se unió al grupo.

—Le presento a Noa —dijo Alma—. El famoso Noa.

Luego se dirigió a Noa.

—Ella es Sofía, la hija de don Roberto.

—Alma me ha hablado montones de usted —respondió Noa de manera cordial—. Bonito el caballo. ¿Cómo se llama?

—Petroselinum —respondió Sofía.

Noa estalló en una carcajada, encantado por el nombre.

—¿El caballo se llama perejil?!

Sofía lo miró con curiosidad. Era la primera vez que alguien descubría de inmediato, y sin explicación alguna, el nombre de su caballo. Sofía sonrió y asintió. Ahora entendía por qué Noa era el mejor amigo de Alma.



Mientras tanto, en la tienda, Marcela terminaba de saborear un pedazo de torta que Perla le había ofrecido. En vista de que las demás mujeres ya se habían ido, Perla aprovechó el momento para preguntarle a la profesora por Byron.

—Bien. Adaptándose poquito a poquito— respondió Marcela y como si estuviera pensando en voz alta, continuó. —Para nadie es fácil volver a empezar; hacer nuevos amigos; tener una nueva vida.

Perla asintió dándole la razón a la profesora. Luego, se quedó pensando por un instante.

—Profe, yo nunca le he preguntado. ¿Por qué fue que le asignaron esta escuela tan lejos de Bogotá?

Al oír la pregunta, Marcela no pudo disimular su incomodidad. Pensó rápido como si estuviera buscando una respuesta coherente para darle, pero no se le ocurría nada. Por suerte, en ese justo instante, entró Ruby, interrumpiéndolas. Todo parecía indicar que la profesora estaba ocultando algo.

Ruby era una mujer inteligente, curiosa y con una inmensa necesidad de aprender y de salir adelante. Estudiaba a distancia y le había inculcado a su hijo el amor por los libros, por el aprendizaje y por la imperiosa necesidad de abrir su mente y espíritu.



Perla al verla la saludó de manera efusiva. Eran buenas amigas. Ruby venía a comprar algunas cositas que le faltaban para el almuerzo y Perla aprovechó su presencia para mostrarle uno de los talonarios para el bazar. Pero Ruby no parecía muy convencida, ni segura de que fuera buena idea hacer el tal evento. Sentía que Perla se estaba arriesgando demasiado. Marcela, confundida no entendía qué estaba sucediendo.

—¿Qué pasa?

—Que Perla ya le está metiendo muy hondo el dedo a la llaga —respondió Ruby,

—y es mejor no echarle más leña al fuego. La denuncia de anoche fue muy fuerte y eso a la gente no le gusta.

—Eh, que exageración —comentó Perla, desestimando los temores de su amiga. — Tampoco es pa tanto, uno tiene derecho a hablar. Y yo no nací pa quedarme callada. Nosotras tenemos que demostrar de qué estamos hechas, necesitamos un espacio para hablar y qué mejor que la emisora. Si entre nosotras no nos ayudamos, nadie más lo va a hacer —aseguró enfática. —Cálmate, Ruby, que no va a pasar nada malo. Te lo aseguro.

Pero Ruby no estaba tan convencida. Y por su expresión, Marcela ahora, parecía preocupada.



Los chicos empezaron a caminar por la orilla del río, esperando encontrar la famosa flor. Noa y Sofía conversaban animados. Sofía quería saber cómo había descubierto que su caballo se llamaba perejil. Noa le explicó que a él le encantaba leer sobre plantas pues con su mamá tenían una huerta. Johan, quien iba un poco más adelante, escuchaba con molestia la conversación y, como era de esperarse, no aguantó a hacer un comentario desobligante.

—¿Ya que la ñoña sabe tanto de plantas, por qué no ayuda a buscar la flor? Ya llegamos a la quebrada y nada que aparece.

Esta vez, tenía razón. Las flores que aparecían a su paso, eran bastante normales y estaban lejos de ser un lirio. Noa pensó que podían encontrar alguno en la orilla del río. Por eso, no dudó en quitarse los zapatos y meterse al agua. Así sería más fácil buscar. Johan, al verlo, hizo lo mismo. Les demás también lo siguieron.

Y efectivamente, minutos después, habían encontrado un par de lirios. Por desgracia, de especiales no tenían nada. Eran lirios comunes y corrientes. Frustrado, cansado y desesperado, Johan emitió un fuerte alarido intentando desahogarse. Casi al mismo tiempo, se oyó su eco. Los chicos, sorprendidos, se giraron para descubrir, camuflada por la vegetación, lo que parecía ser la entrada a una cueva.

—¿Qué es eso? —preguntó Johan sorprendido.

—¡La cueva del ojo! Dicen que está embrujada —respondió Alma con cierto temor en su voz.

Johan, haciéndose el valiente, empezó a caminar hacia el lugar. El agua le llegaba a la cintura. Pero poco le importó y siguió adelante. Los demás, temerosos, decidieron seguirlo.



En una esquina de la plaza, Giovanni y Raúl se tomaban unas cervezas. De repente, una camioneta -las que se usaban en la hacienda para hacer mandados y recados- se estacionó abruptamente frente a ellos. Del vehículo, se bajó Abelardo

hecho una furia. Sin darle tiempo a ninguna réplica, tomó a Giovanni del brazo y lo haló hacia él.

—¿Cuántas veces tengo que decirle que no me gusta que ande con ese pelado?

—Ay, papá, deje de ser exagerado. A Raúl lo conozco hace años —respondió Giovanni mientras intentaba soltar su brazo.

—Y si lo conoce debería saber todo lo que dicen por ahí. Raúl le vende el alma al diablo, con tal de ganarse un billete —le advirtió Abelardo con rabia.

—¿Qué va! ¡Eso es puro chisme de la gente envidiosa de este maldito pueblo! —aclaró mientras soltaba el brazo.

—Cuidadito con esas palabras.

—Por lo menos él tiene un trabajo —replicó Giovanni. —No como yo, que ni siquiera puedo estudiar. ¿O qué? ¿Habló con el patrón?

Ante la pregunta de su hijo, Abelardo solo atinó a bajar la cabeza. No sabía qué decirle. Giovanni observó a su padre. Por su actitud era evidente la respuesta. El patrón le había dicho que no. ¿Hasta cuándo se iba a dejar explotar de esa manera?

—Don Roberto nos ayuda dándonos trabajo —se justificó Abelardo.

—Oigan a este. Pa que sepa, yo no quiero que me den ese tipo de ayudas. Yo lo que quiero es salir de este pueblo, tener una moto pa poder camellar en los domicilios y ponerme a estudiar en las noches. Yo no soy tan arrodillado como usted. Y menos ante ese pirobo.

Y sin decir más, Giovanni se dio media vuelta y volvió a reunirse con Raúl. Abelardo lo miró alejarse con impotencia y un enorme malestar.



Por un orificio en forma de ojo, algunos rayos de sol lograban colarse al interior de la cueva e iluminaban la penumbra interior. En el lugar, un lirio de un intenso color rojo había florecido. La flor era hermosa y tan impresionante que logró cautivar hasta al rebelde Johan. El joven, en la entrada de la cueva, la miraba como si estuviera hipnotizado. Con cuidado se acercó y se inclinó hacia ella. Byron fue el segundo en entrar. Y, al igual que su amigo, quedó maravillado ante tal belleza de la naturaleza.

Invadido por la ambición, Johan se agachó e intentó desenterrarla. Byron no podía creer lo que estaba haciendo. ¡La tarea era dibujarla y anotar las condiciones en las que crece! ¡No arrancarla! Pero eso poco y nada le importaba al santandereano. Empezó a jalar más fuerte para arrancar la flor de la tierra. En instante, entraron Noa, Alma y Sofía, quienes al ver lo que estaba intentando hacer Johan, reaccionaron y pegaron un grito para detenerlo. Pero era tarde. Al jalar la flor, las raíces habían removido algo a lo que parecía estaban atadas: una especie de correa.



—¿Qué es esto?

Sin terminar de sacar la flor, Johan agarró la correa y la jaló atrayéndola hacia sí. Un viejo morral quedó al descubierto. Byron, sorprendido, no daba crédito a sus ojos.

—¡Eso es... es... un morral?!



Los demás se acercaron de inmediato y se arrodillaron alrededor de la flor. Johan lleno de curiosidad empezó a inspeccionar el interior del morral, mientras que los demás siguieron el camino trazado por las raíces de la flor. Y al hacerlo, encontraron algo que no esperaban: primero unas botas de cuero raídas y podridas por humedad, los girones de tela de un pantalón casi desecho y una casaca militar antigua.

—¿Y esto qué es...? —preguntó aterrado Byron.

Y antes de que pudiera acabar la frase y a manera de respuesta, apreció antes los ojos de los chicos, un esqueleto. Los cuatro, aterrados, empezaron a gritar. Del susto, Sofía trastabilló hacia atrás y su pie se enredó con un girón de la tela del pantalón, generando desequilibrio en el esqueleto y provocando que el cráneo se desprendiera y rodara hacia sus pies. Al verlo, gritó con más fuerza. Noa, instintivamente, la abrazó para calmarla. Pero ahí ninguno estaba calmado. Asustados, miraban los huesos sin terminar de procesar lo que acababa de suceder.



Frente a la tienda de Perla, los estudiantes, exhaustos, disfrutaban de las frutas y del agua que Marcela les repartía. La profesora, algo inquieta, miraba constantemente su reloj.

—¿Alguno de ustedes ha visto a Noa, Johan, Alma y Byron? —preguntó.

Sólo una alumna respondió. Vio que se habían ido hacia el río. Marcela volvió a mirar hacia el horizonte. En su mirada se veía el temor que sentía de que les hubiera pasado algo malo.



Mientras tanto, en la cueva, Sofía seguía abrazada a Noa. No podía dejar de sollozar. Alma y Byron observaban impactados los restos del esqueleto. Mientras tanto, Johan revisaba el contenido del morral. Byron prestando especial atención a la ropa que cubría los huesos, se atrevió a lanzar una hipótesis.

—Debe llevar siglos aquí. La chaqueta parece de un pirata.

—Sí, claro. Un pirata a trescientos kilómetros del mar y con botas de montañista. No creo —replicó Noa con sarcasmo.

—Entonces, ¿quién es? —volvió a indagar Byron.

—Tal vez es de esa gente que viaja por el mundo, y justo fue a parar aquí y se enfermó y... —replicó Noa antes de ser interrumpido por Johan.

Johan había revisado el morral y al no encontrar plata, desestimó, de inmediato, la teoría de Noa.

Un viajero no viaja sin dinero. Eso lo sabe todo el mundo. Noa no se dio por vencido. Tal vez, fue alguien que se metió a robar a la hacienda y se perdió.

—Sea quien sea es un muerto y toca avisarle a la policía —sentenció Sofía intentando recuperarse del primer impacto.

Los chicos hicieron silencio. Alma observaba el esqueleto con mucha atención. Con cuidado, y algo de asco, volvió a acomodar el cráneo en su sitio. Al hacerlo, tuvo una extraña visión.



Por un instante, vio a un hombre huyendo. Luego una imagen confusa de Abelardo, su padre. Y finalmente, oyó la ráfaga de unos disparos.

Alma, aturdida por lo que acababa de ver, soltó, aterrada, el cráneo. Noa, quien conocía perfectamente a Alma, se dio cuenta de que algo le acababa de suceder a su amiga. En voz baja, le preguntó que si estaba bien. Alma asintió con un movimiento de cabeza, mientras tomaba un poco de aire para hablar.

—Hay que descubrir quién es ese muerto y por qué está aquí —dijo.

—No, no, no. ¿Y si es un alma en pena que no ha podido descansar? ¿Qué tal que se nos pegue? ¡Hay que enterrarlo! —sugirió Byron con angustia.

Noa no estaba de acuerdo. Lo mejor era dejar ese esqueleto quieto y avisarle a la policía. Pero en ese momento, la voz de Johan se impuso.

—¡Vean esto! — exclamó.

Alrededor de Johan y del morral, había varias cosas regadas: una cantimplora, una linterna, una camisa, un paquete de cigarrillos (viejos y húmedos, aunque preservados) y el joven sostenía en su mano una especie de agenda. Todos, con excepción de Sofía, se acercaron para ver mejor. Johan empezó a ojear las páginas del extraño cuadernillo.

—Hay números, nombres de sitios, de personas, dibujos.

Al levantar la agenda para mostrársela a sus compañeros, una hoja doblada cayó al suelo. Noa se inclinó para recogerla. Al desplegarla, se dio cuenta de que era un mapa. Se trataba de un mapa cartográfico de la región con algunos dibujos de lugares hechos a mano. En él, se resaltaban tres puntos marcados con x y a su lado, anotados a mano, unos números. Johan, rapándole el mapa a Noa, lo extendió en el piso. Todos se quedaron mirándolo con atención, como si intentaran descubrir algo. De repente, Johan señaló una de las x. La única de las tres que incluía el símbolo de pesos \$\$\$.

—¡Uy, mano! ¡Esto parece ser la x de un tesoro! ¡Debe estar lleno de plata!

—Esos entierros pueden estar malditos —advirtió Alma con temor.

Byron, asustado, asintió. Sofía, desesperada y sin poder aguantar más, se puso de pie.

—¡Yo me voy de aquí!

Y sin decir más, salió de la cueva.

—¿Y si es una de esas guacas de la guerrilla? —dijo Johan señalando el esqueleto.

—Prendan el tuste. Por las botas y la chaqueta el tipo podría ser guerrillero, ¿no? Y los guerrillos encaletaron harta plata por ahí.

Johan se volteó a mirar a Noa.

—¿Sí o qué, bicho?

Esta vez, Noa lo miró con una rabia infinita, genuina, visceral. Apretó los puños con ganas de saltarle encima y de darle su merecido, pero se contuvo y salió detrás de Sofía. Alma no podía creer lo que acababa de pasar. Miró a Johan como si se lo fuera a tragar vivo y también abandonó la cueva. Byron, quien no tenía ganas de quedarse más tiempo en ese lugar, se levantó. Pero antes de que pudiera dar un paso, Johan lo detuvo agarrándolo de un brazo.

—¿Usted también va a salir corriendo como una nenita? ¿Cómo le digo, mano? ¿Noita?

Mientras tanto, al lado de la quebrada, Sofía seguía fuertemente afectada por el descubrimiento. Ella nunca había visto un muerto. Abrazándola, Alma intentaba calmarla.

—Y eso que es mejor verlo en huesos. Porque cuando está recién muerto... —dijo Noa imprudente.

Alma, de inmediato, le abrió grande los ojos para que se callara. Noa, consciente de su falta, desvió la conversación hacia otro lado. Era menester contar lo que habían encontrado. Sofía estaba de acuerdo. Y sabía que, le gustara o no, ella debía encargarse de hacerlo. Al fin de cuentas, esa cueva hacía también parte de sus tierras.

—Hasta no saber bien quién es ese muerto y qué pasó ahí adentro, es mejor que cierre el pico y que no meta de a mucho a su taitica en todo esto —irrumpió Johan quien acababa de salir de la cueva, llevando el mapa en la mano. —No le conviene.

—¿Por qué no? —preguntó Sofía, confundida.

—¿Qué pasó, Alma? ¿Acaso no le ha contado a su amiguita cómo eran las cosas por aquí hace unos años? O usted, Noa, ya que sabe tanto de historia, cuénteles cómo era la vida por esta zona cuando paras, guerrillos, ejército y policía se daban plomo sin asco, cayera el que cayera —replicó Johan con cierto desprecio.

Noa y Alma intercambiaron una mirada. Ambos resintieron el comentario. Sofía, completamente desconcertada, no entendió una palabra de lo que dijo Johan. Alma, para protegerla, puso su mano sobre la de ella y la apretó con fuerza. Intentando desviar la conversación hacia otro lado, y también incómodo por la actitud de su amigo, Byron preguntó la hora.

—¡Ya pasaron dos horas! ¡tenemos que irnos! —dijo Alma a ver la hora en el reloj de Sofía.

—¡Espere! —interrumpió Johan, mostrando el mapa. —Si esto es una guaca de la guerrilla, debe haber un montón de plata. Eso a usted no le importa porque es rica —le dijo a Sofía. —Pero nosotros que estamos llevaos, no nos vendría para nada mal.

—Hablemos de eso después. Ahora lo importante, es volver —sugirió Alma.

Pero Johan era tajante e insistente.

—Nadie se mueve de aquí hasta que no nos pongamos de acuerdo.

Pero no había tiempo. Lo mejor era regresar con los demás y más tarde, volverse a encontrar para decidir qué hacer. Johan, pensativo, sabía que tenían razón. Pero antes de aceptar, les hizo jurar a todos que no le iban a decir ni una palabra de lo que encontraron en la cueva a nadie. Así lo hicieron y se dispusieron a regresar.

—Espere, Johan. El mapa. Hasta que no tomemos una decisión, todo tiene que quedar como lo encontramos —dijo Noa. —O lo regresa o le contamos a la profesora.

Johan permaneció en silencio por un momento, mirándolo con odio.

—Qué joda tan arrecha con usted, ¿no? —respondió cediendo.

No tenía otra opción que regresar a la cueva y dejar el mapa. Así que Noa lo acompañó para asegurarse de que así lo hiciera.

Mientras esperaban, Sofía se acercó a Alma.

—¿Qué quiso decir Johan con eso de que no me conviene meter a mi papá en esto? —preguntó con cierta angustia.

—¿y yo qué voy a saber? —le respondió Alma de manera incómoda.

Sofía estaba dispuesta a indagar más, pero, en ese momento, un grito de Noa, proveniente de la cueva, la interrumpió. Las niñas y Byron, angustiados, se dieron media vuelta para descubrir a Johan con la flor en sus manos.

—¡Arrancó la flor! —dijo Noa muy molesto.

—¡No podemos llegar tarde y sin nada! —se justificó Johan.

Y sin decir más, emprendió el camino de regreso.



En la tienda, Marcela, muy angustiada por sus alumnos desaparecidos, decidió organizar grupos de búsqueda.

—Ustedes cuatro van por ese lado. Y ustedes por allá. Y ustedes...

Pero en ese momento, uno de sus estudiantes, la interrumpió.

—Profe, profe, ¡ahí vienen!

Marcela se dio media vuelta para comprobar con sus propios ojos de que los chicos estuvieran sanos y salvos. Respiró aliviada, aunque seguía muy molesta. Las reglas eran claras. ¡Sólo se podían demorar una hora! Y ahora lo que menos quería era oír explicaciones. Le parecía el colmo su falta de respeto por los compromisos.

—¡Todos a los jeeps! —ordenó. —En la escuela hablamos.

No tenían que ser genios, ni muy inteligentes, para saber que estaban en graves problemas.



Un poco más tarde, en los jardines de la hacienda, Natalia, la hermana mayor de Sofía (16 años), aburrida, intentaba tomarse la mejor selfie para sus redes sociales. Pero por más sonrisas y gestos que hacía, nada la convencía. Natalia, a diferencia de Sofía, era una jovencita elitista, clasista, caprichosa y manipuladora. Frustrada dejó el celular a un lado, justo en el mismo momento, en el que percibió a lo lejos a Sofía, su hermana, caminar hacia ella. Sofía venía pensativa, como si estuviera en otro planeta.

—¿Y ahora qué fue? ¿Por qué esa cara? —preguntó Natalia.

—Es la única que tengo —disimuló Sofía.

—¡Por fin la encuentro, niña Sofía! ¿Dónde se había metido?

Natalia y Sofía se dieron media vuelta, para encontrarse de frente con un Emeterio sudoroso y cansado de buscar a la jovencita.

—Estaba tomando el sol — mintió Sofía

Natalia explotó en una estruendosa risa.

—¿Se le voló otra vez al pobre Emeterio?

Emeterio miró a Sofía. En su expresión había mucho temor.

—No me haga eso, por favor. Si su papá se da cuenta ahí sí que me echa —dijo suplicante.



Sofía se apiadó del pobre hombre y le aseguró de que su padre no se daría cuenta de nada. Pero Natalia la reprendió:

—Típico suyo, ¿no, Sofía? —le habló con cierto sarcasmo. —Usted que se las da de ser la más buena, la protectora del universo, la hermanita de la caridad, ¿va a hacer regañar a Emeterio? Vea a ver. Y hablando del Rey de Roma...

Natalia le hizo un gesto a Sofía indicando que se diera vuelta. Al hacerlo, vio a su padre pasar el portón de la casa. Iba caminando y hablando con Miguel, a quien Sofía no conocía. Las dos niñas salieron a su encuentro. El hombre no esperaba la presencia de sus hijas en el jardín. Se incomodó un poco, pero las saludó amoroso. Al ver que Sofía estaba embarrada y mojada, le preguntó en dónde se había metido. Al oír la pregunta, Emeterio palideció. Era su fin. Pero Sofía se salió por la tangente. Le dijo a su padre que había ido a dar un paseo, siempre en compañía del guardaespaldas. El hombre respiró y Natalia negó con un movimiento de cabeza, manifestando lo que pensaba al respecto.

—Ve y te cambias —le dijo Roberto a Sofía. Luego se dirigió a Miguel. —¿Entramos?

Miguel asintió con un gesto y junto a Roberto entraron a la casa.

—¿Ese tipo quién es? —preguntó Sofía interesada.

—¿No se acuerda de Miguel? El vecino. El que a mí papá le cae como una patada.

Sofía no recordaba ese nombre. Pero algo en ese señor le llamaba la atención. Con la disculpa de irse a cambiar de ropa, entró a la casa.



De regreso en la escuela, Marcela puso sobre su escritorio la hermosa flor que los chicos habían encontrado en la cueva. Estaba muy sorprendida por su color. Nunca había visto un lirio de la paz con esos colores. Curiosa, preguntó dónde la habían encontrado.

Ante la pregunta, los chicos se miraron entre ellos, dejando escapar cierta duda y misterio. Marcela, extrañada, por la actitud de sus alumnos, alcanzó a percibir un cruce de miradas muy particulares entre Johan y Noa. Pero antes de que la profesora los llenara de preguntas, Alma intervino.

—Arriba del río.

—Ajá. Hasta tuvimos que mojarnos para encontrarla. Por eso llegamos tarde —Johan reforzó la respuesta.

—¿Tarde? Llegaron una hora después. Estaba muy preocupada —respondió Marcela con suspicacia.

Por la expresión de la profesora, era claro que sabía o intuía que algo raro estaba pasando. Alma se excusó y Byron preguntó por el premio. No sólo se lo habían perdido, sino que habían quedado descalificados. Si lo habían olvidado, la tarea consistía en analizar el entorno de la flor. No en arrancarla. Nuevamente, se produjo un cruce de miradas entre los chicos.

—Fue mi culpa —dijo Johan. —Ellos me dijeron que no lo hiciera, pero yo no les hice caso.

La repentina nobleza de Johan le resultó particularmente extraña a Marcela. Y para completar, el silencio de Noa y esas miradas que siguió intercambiando con Johan, no la dejaba del todo tranquila. Pero, en vista de que no iba a obtener más información hablando con todos, decidió dejarlos ir.

Alma y Noa se despidieron de la profesora y caminaron hacia la puerta. Johan y Byron regresaron a sus pupitres para alistar su maleta. Antes de que Noa cruzara la puerta, Marcela lo llamó. Le pidió que se acercara. Noa miró a Alma, quien con un gesto le indicó que no se preocupara, que atendiera a la profesora y que ella lo esperaba afuera. Noa asintió y se acercó a Marcela. Byron y Johan, desde sus puestos, no perdían movimiento y palabra del chico.

—¿Pasó algo? —le preguntó Marcela en voz baja.

—Algo, ¿cómo qué, profe? —respondió suspicaz.

—No sé. Algo que me quieras contar. ¿Cómo les fue trabajando juntos?

Noa se volteó a mirar por un instante a Johan y a Byron. Luego, respondió con sinceridad.

—Bien. Estuvimos concentrados buscando la flor y... —se detuvo por un segundo, dudando—. Y ya.

—No se te olvide que puedes contar conmigo para lo que necesites.

Noa asintió y le agradeció a la profesora. Marcela lo miró con cierta duda. Había algo en el chico, que le hacía dudar si estaba siendo del todo honesto. Pero también era claro que, si había pasado algo, no iba a contarle. Así que prefirió dejarlo ir e intentar por otro lado.

—No abrió la jeta, nos salvamos. Apúrele que me quiero ir —le dijo Johan a Byron.

Y mientras los dos amigos, guardaban los cuadernos, Marcela, simulando recoger unos papeles del piso, se acercó lo suficiente como para poderlos oír.

—Oí... hay que dejar ese muerto sano y despedirlo como toca. Con alabao y todo. Yo no quiero que me jale las patas por la noche. Ni sé quién es —dijo Byron en voz baja.

Al escucharlos, Marcela se angustió. Y sin querer, se tropezó con uno de los pupitres haciendo un poco de ruido. Johan, de inmediato, se dio cuenta de la presencia de la profesora y disimuladamente, codeó a Byron para que se callara.

—No se arrugue, mano. Que ese muerto no nos toca a nosotros, eso pasó muy lejos de aquí —disimuló Johan.

Byron no dijo una palabra. Marcela los miró con duda e inquietud.

—Es que Byron anda cabezón porque no han podido enterrar a un muerto allá en Quibdó y está aculillado de que lo siga rondando —le da un golpe cariñoso en la cabeza a Byron. — Tochadas de este pingo, profe. ¡Nos vemos!

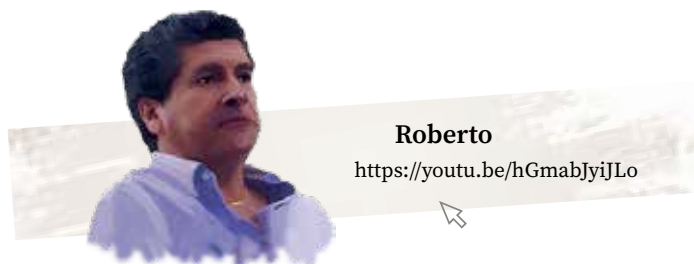
Los chicos se despidieron con un gesto y Marcela les esbozó una leve sonrisa. Al quedar sola, cambió por completo su expresión. Ahora está segura de que algo le esconden. Y va a averiguar qué es.



Mientras tanto, Roberto y Miguel, en el estudio de la hacienda, sostenían una conversación educada pero tensa. Ambos hombres se veían incómodos. En especial Roberto, quien parecía molesto por algo.

—Lo que dice es muy grave, Miguel —. ¿Está seguro?

—Completamente. Esa gente está usando nuestros caminos para mover camiones con droga —respondió Miguel convencido.



En el pasillo, Sofía se acercó a la puerta. Con curiosidad, empezó a oír la conversación que mantenía su padre con el tal Miguel. Oyó cuando su padre aseguraba que, si eso era cierto, tenían que pagar una seguridad privada para que cuidara la zona.

—Por favor, Roberto. Usted y yo sabemos que eso que usted llama “seguridad privada” no es más que paramilitarismo.

Sofía, al oír esta palabra, prestó especial atención a la conversación.

—y yo no voy a permitir que la zona se vuelva a llenar de esos bandidos —aseguró Miguel. —Parece que no hubiera aprendido nada de todo lo que pasó.

—¿Y qué fue lo que pasó, según usted? —replicó Roberto. —Porque para mí, fue gracias a ellos que conseguimos sacar a la guerrilla de estos lados.

Sofía se veía asustada. Nunca había oído a su padre hablar de esos temas. Sin embargo, siguió oyendo.

—Lo que hicieron fue convertir toda esta tierra en un cementerio —dijo Miguel. — Y lo único que dejaron fue dolor, familias desplazadas y tierras abandonadas— negó con un gesto. — No, Roberto, el plomo no se combate con plomo. Eso ya lo aprendimos y no lo podemos repetir.

Roberto no parecía de acuerdo. ¿Qué proponía, entonces? Miguel creía que lo

mejor era oír a la comunidad. Finalmente, eran ellos los que vivían a diario el problema, entendían cómo funcionaban las dinámicas en la zona y cuáles era las estrategias de los delincuentes para mantener su poder.

—¿Y con saber qué sacamos? —preguntó Roberto, incómodo.

—Mucho, porque entendemos qué puntos atacar. Hablando con la gente es claro que se necesita generar trabajo, así los grupos ilegales se quedan sin mano de obra para el narcotráfico. Es por eso que con los líderes de la zona estamos viendo cómo impulsar la creación de micro y pequeñas empresas —respondió Miguel. —Es más. Estaba pensando destinar algunas hectáreas de la finca de la miel para un proyecto asociativo con víctimas y desmovi...

Pero Miguel no alcanzó a responder, cuando Roberto lo interrumpió.

—un momento. ¿No quiere que tengamos seguridad privada pero sí va a financiar a los guerrilleros?

—ya no son guerrilleros. Son...

Una vez más, Roberto, lo volvió a interrumpir.

—¿Ya se le olvidó que fueron esos desgraciados los que secuestraron a mi hermana y la obligaron a irse del país?

Mientras tanto, en el pasillo, Sofía no podía creer que lo que oía. La niña empezó a angustiarse y agitarse fuertemente.

—No. No se me ha olvidado —oyó lo que le respondía Miguel a su padre. —Pero al parecer a usted sí se le olvidó cómo fueron las cosas.

Roberto no entendía a qué se refería Miguel. Pero éste fue muy claro y le explicó sin titubeos.

—Camila no se fue del país por el secuestro. Se fue porque nunca estuvo de acuerdo con usted en financiar una guerra. Y si estuviera aquí, estoy seguro de que me apoyaría. Porque ella está convencida de que esos desmovilizados, que creyeron en la paz, también merecen una oportunidad.

—¡Eso será ella! ¡Yo, no! ¡Y no cuente conmigo para esa canallada! —estalló Roberto.

—Pues tampoco cuente conmigo ni con mi familia para financiar su seguridad privada. Que tenga buen día.

Y sin decir más, Miguel se dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Roberto, lleno de ira, tomó un vaso el vaso de whiskey que estaba bebiendo y lo estalló contra el piso.

Sofía, logró esconderse rápidamente antes de que Miguel saliera al pasillo. Vio cómo, lleno de rabia e impotencia, caminaba hacia la puerta. En la expresión de la niña, se evidenciaba preocupación y angustia.



En otro lugar de la hacienda, Alma y Noa caminaban juntos. Noa seguía preocupado por la reacción que tuvo Alma en la cueva. Sabía que algo había visto y quería

saber qué había sido.

—Fue una vaina muy rara, nunca había sentido algo tan feo —le contó Alma.

—¿Otra vez esas visiones tuyas?

—Pero esta vez fue horrible —asintió Alma con malestar. — Era un man corriendo, había otro. Y todo fue tan rápido, tan confuso, que no les vi la cara.

Noa se quedó pensativo por un instante. ¿Habrá sido el muerto? Alma dudó. Lo que vio fue diferente. Como si hubiera sido un anuncio, una premonición. Y por eso tenían que saber quién era el muerto.

—Con tanto muerto que hubo por aquí, va a estar jodido —le dijo Noa con, preocupado.

—Yo sé, pero nada se pierde con intentar. Es que yo siento algo —Alma se tocó el pecho, —algo que me dice que tengo que hacerlo.

Noa se quedó mirando a su amiga. ¿Será que era alguien de su familia? Alma negó. Ellos no tenían a nadie por estas tierras. ¿Entonces será alguien de la familia de don Roberto?

—No creo —dijo Alma. —Además, yo no he escuchado que se haya desaparecido nadie por aquí.

—una cosa es que no hayas escuchado y otra que no te hayan contado —repuso Noa.

Alma se quedó callada por un instante. Su amigo tenía razón. Pero sus pensamientos, se vieron interrumpido por el sonido de un motor de moto que se acercaba. Los dos chicos se voltearon para descubrir que los de la moto, no eran otros que Raúl y Giovanni. Al ver a Alama, Raúl chifló con coquetería.

—¡Uy Almita! ¡Cómo estás de linda, mamacita!

—Oigan a este tan igualado —respondió Alma, molesta—. ¿Cuántas veces le tengo que repetir que yo no soy mamacita de nadie y mucho menos suya? Yo sé que usted es duro de las entendederas, pero se pasa. ¡Abrase!

Y al decir esto, tomó del brazo a Noa para que apurara el paso. Pero Noa no se movió. Con mucha seriedad y rabia, le mantuvo la mirada a Raúl. El joven, sin pensarlo dos veces, apagó la moto.

—¿¡Qué mira loca!?! —le dijo mientras se bajaba con la intención de darle una buena paliza.

Al ver el propósito de su amigo, Giovanni lo detuvo y le pidió que se calmara. Alma aprovechó el momento, para halar a Noa e irse de ahí de inmediato.

—Es que no entiendo qué le ve Alma a la marica esa, para que se la pasen de arriba a abajo todo el berraco día —dijo Raúl con rabia.

—Son solo amigos y ya. Dejalo sano que el pelao es buena gente —le contestó Giovanni.

—Podrá ser muy buena gente, pero que no se meta con mi Almita. Eh Ave María... Su hermanita sí es mucho bizcocho, ¿no? Cada día más rica.

—Tampoco, güevón —reaccionó Giovanni, molesto. —Acordáte que es mi hermana.

Raúl levantó los brazos dando a entender que él no se iba a meter ahí. Sin em-

bargo, no dejó de mirar a Alma. Vio cómo la jovencita entraba a una casa humilde, mientras se despedía de Noa.



Momentos más tarde, Alma estaba terminando de almorzar en compañía su abuela, Myriam. Era su abuela paterna, una mujer interesante, amable y amorosa y de quien había aprendido todo lo que sabía a cerca de su cultura y de sus tradiciones indígenas.

El interior de la casa era muy sencillo. Sólo tenía una planta y cinco ambientes: una salita, pegada a un comedor y a una cocina, tres habitaciones y un baño. Un par de gallinas caminaban por el lugar en total libertad. La cocina tenía varios elementos de madera, semillas en totumas y decoraciones de colores vibrantes. En la parte trasera, a un lado, se alcanzaba a percibir una pequeña huerta.

La abuela miraba a Alma con algo de extrañeza. No le había dicho ni una palabra en todo el almuerzo y eso no era normal en la curiosa chica. ¿Acaso, pasó algo? Alma miró a su abuela. Le costaba tener que mentirle, pero sabía que no podía contarle la verdad.



—Es que hoy estuvimos hablando de la vida y la muerte en la escuela y... quería saber si, según el saber de los ancestros, uno se puede comunicar con las almas perdidas.

—¿Y eso desde cuándo le interesan nuestras tradiciones? —le preguntó la Abuela con suspicacia.

—Ay, abuela. Es para una tarea.

La abuela se quedó mirándola con duda, por un instante. Pero finalmente, le dijo que dependía de cómo hubiera muerto la persona. Si la muerte llegaba de forma natural, el alma seguía su curso porque ya habría cumplido su ciclo.

—¿Y si lo mataron? —preguntó Alma.

— “La mala muerte” —respondió la abuela aún más inquieta por la pregunta de Alma. — Si es así, se fractura el ciclo y se genera desequilibrio en la manera como se transforma la vida. Y la única manera de comunicarse es a través de un ritual.

Alma no preguntó nada más. Se quedó callada, pensando acerca de lo que le acababa de decir su abuela. Pero sus cavilaciones no duraron mucho. Proveniente del exterior, se empezaron a oír gritos y reclamos.

—Usted deje de juntarse con esos vagos, lo que tiene que hacer es trabajar aquí en la finca, Giovanni.

—¡Qué va! ¡Yo lo único que tengo que hacer, es morirme!

Alma, de inmediato, se comió el último bocado y salió a ver qué estaba pasando.

En la entrada de la casa, Giovanni y Fabiola estaban sumergidos en una fuerte discusión. Fabiola era la madre de Alma, pero no de Giovanni. Era una mujer sumisa, callada y menudita, a quien le importaba muchísimo su familia, a pesar de que Giovanni creyera lo contrario.



—Déjeme sano, Fabiola. No me cantaletée que pierde su tiempo. Igual yo a usted no le importo.

—Y dele otra vez con ese cuento.

Pero para Giovanni no era ningún cuento. Argumentaba que si realmente era le importara, no lo obligaría a trabajar con don Roberto. Él lo que quería era estudiar derecho para hacer justicia con el hacendado por todo lo que les había hecho.

—¿A usted quién lo entiende? Quiere estudiar, pero no puede porque necesita plata y para conseguir plata necesita trabajar, pero no quiere. Bonita la vida, así. ¡Madure, carajo! —le dijo Fabiola.

—Apenas me entren unos pesitos me compro la moto que quiero y me largo de aquí. Y al fin usted se va a poder liberar del estorbo de su hijastro —le respondió Giovanni con rencor.

Fabiola abrió la boca para replicar, pero ya era tarde. Giovanni se había ido corriendo. Fabiola se quedó mirándolo. Luego suspiró con agobio y al darse la cuenta, se topó de frente con Alma quien estaba en la puerta. El rostro de la joven denotaba una profunda tristeza y preocupación.

—Ay, Almita. No crea lo que dice su hermano que...

Pero Fabiola no alcanzó a terminar la frase.

—Todo bien, ma. No tiene que explicarme nada. Tengo que ir a estudiar con Noa. Nos vemos.

Y antes de que su madre pudiera decirle algo, ella ya iba lejos.



En la tienda, mientras que Perla atendía a Abelardo, Byron hablaba por celular con su madre. Al parecer, las cosas por su casa no iban para nada bien. Y tampoco

esta vez, iba a poderle pedir que le mandara algo de plata para un par de zapatos. Pero no importaba. Él miraba como se las arreglaba. De pronto, tendría que empezar a trabajar.

—Está bien. Como diga... sí, ya se la pasó. Amén. Dios la bendiga — se despidió el joven. Luego se volteó hacia donde estaba su tía. — Mi mamá al teléfono, tía.

Perla tomó el teléfono para contestar y se fue hacia la parte trasera de la puerta. Byron se acercó a Abelardo y le ayudó a empacar. Segundos después, volvió Perla con el teléfono en la mano.

—¿qué dijo? —le preguntó Byron.

—Que ni pu'el chiras vas a dejar de estudiar —contestó Perla, mientras señalaba el mercado de Abelardo. — Dejé eso ahí que yo le ayudo a don Abelardo. Andate pa la casa que te dejé servido en la cocina. Y apenas terminés de comer, te ponés a hacer las tareas, ¿me oís?

Byron asintió, se despidió de Abelardo y se fue.

—Pobre pelado. Lleva aquí más de un mes y como que no se halla —comentó Perla con pesar.

—¿Y por qué no vive con la mamá? —preguntó Abelardo.

—La situa allá está muy caliente. Los grupos armados andan reclutando pelados a la topa tolondra. Como lo que pasaba aquí hace un tiempo, ¿sí se acuerda?

—¿Cómo no me voy a acordar, Perlita? Y ojalá, Dios quiera, que no vuelva a pasar.

—Dios quiera —replicó Perla, mientras le mostraba uno de los talonarios con las boletas del bazar. —¿Me va a ayudar con una boleta? Es pal bazar.

Abelardo dudó. A duras penas tenían con qué comer. Perla sabía que era verdad. Pero no se dio por vencida. Las boletas estaban baratas y las estaba vendiendo por una buena causa.

—Tome y me las paga cuando pueda. Es en tres días. Venga con la familia —le dijo mientras le entregaba un par de boletas.

Abelardo recibió las boletas y se quedó mirándolas. Era posible que no pudiera asistir. Ese día don Roberto tenía un evento con personas muy importantes. Pero de pronto, Fabiola sí se animaba. Diciendo esto, tomó las bolsas, se despidió de Perla y salió. Perla se dispuso a organizar un poco la mercancía. Pero en ese momento, se oyó un estruendoso rechinar de llantas de una moto. Al escucharlo, Perla dejó caer lo que tenía en la mano y se volteó a ver de qué se trataba, llena de miedo.



José le terminó de servir el almuerzo a Johan, su hijo y se sentó en la mesa para que comieran juntos. La casa era de un piso, con poca decoración, extremadamente sencilla y simple. José era el policía del pueblo. Era un hombre justo, estricto, pacífico y piadoso; y daba su vida por la de su único y adorado hijo. A pesar de que no tenían una buena relación, lo adoraba con su alma.

José miró a su hijo. Le era difícil descifrarlo. Para romper el hielo, preguntó por



lo de siempre: “¿Qué tal el día en la escuela? Y la respuesta fue la de siempre: “Ahí. Normal”. Con el mismo tono seco y desinteresado de todos los días. Johan se levantó sin probar bocado y se fue a su cuarto. No tenía hambre. José se quedó solo en la mesa. Miró su plato y respiró con tristeza.

—Esta noche tengo turno. Le dejo la comida en la nevera para que se la caliente, ¿oyó? Y se acuesta temprano.

Pero no hubo respuesta. Desanimado, también se levantó sin terminar su almuerzo. Tomó dos platos de un gabinete, cubrió los del almuerzo y los metió a la nevera. Luego tomó una chaqueta, que estaba colgada en el espaldar de un asiento y se la puso. Lucía un impecable uniforme de policía.



Marcela llamó a la puerta de una casa rural muy sencilla, con un antejardín bien cuidado, un solar con un palo de mango y una huerta grande con varios sembrados. Daba la sensación de ser un lugar muy agradable y fresco. Nadie contestó. Ruby volvió a tocar. Nada. Se asomó por la ventana, pero no vio a nadie.

—¡Ruby! Soy yo, Marcela. ¿Está? —gritó.

Al no recibir respuesta, decidió ir hacia la parte trasera de la casa.

En el solar, Alma, Sofía y Noa estaban sentados alrededor de una especie de esterilla y de unas velas.

—Y para saber quién es el muerto, vamos a hacer un ritual, para poder comunicarnos —dijo Alma.

—¿Y si mejor lo enterramos sin hacer nada de eso y ya? —preguntó Sofía incrédula.

En ese momento, Marcela se asomó en el lugar. Al ver a los chicos, se escondió, de inmediato y sin ser vista, tras uno de los muros de la casa. Prestó especial atención a lo que decían.

—no, Sofi, yo necesito saber quién es —replicó Alma.

—¿Y para qué? —preguntó sorprendida Sofía.

—No se lo puedo explicar, pero es algo que siento. Pero le prometo que apenas sepamos quién es, lo enterramos.

Al oír esto, Sofía y Noa intercambiaron una mirada de terror. Luego miraron a Alma, con angustia.

—Ay, no me miren así. Si queremos que esa alma encuentre su camino y logre el

equilibrio entre la vida y la muerte, tenemos que hacerlo.

Noa la miró sin entender.

—Eso fue lo que dijo mi abuela. Creo...

Noa replicó abriendo grande los ojos.

—¿Le contaste a tu abuela?! ¿A vos qué te pasa, alma? Dijimos que no le íbamos a contar a nadie hasta que...

Pero Alma no lo dejó terminar.

—No le conté nada. Sólo le pregunté por las almas perdidas. Le dije que era para una tarea. Ehhh... relajate, pues que no es pa tanto. ¿Entonces qué? ¿Vamos?

Noa y Sofía dudaron por un momento. Pero luego asintieron. Había que salir lo antes posible para que no cayera la noche. Alma recogió todo lo que había dispuesto en el suelo y lo metió en una mochila. Los tres amigos se fueron por el lado contrario a donde estaba Marcela, quien quedó muy intrigada por lo que acababa de oír.



—Así me gusta, mano. Que no me haya dejado mamando con lo de la plata. Esa guaca la encontramos porque la encontramos —le dijo Johan a Byron mientras avanzaban por el río hacia la cueva.

—Ehhh... Yo por seguirte la cuerda. Porque la verdad te digo, lo del muerto me huele a fos. Pero mi amá está muy jodida de billete y cuando toca, toca.

—¿Qué le dije? ¿Si ve que todos necesitamos esa platica? Pero como se pusieron de dignos...

Byron se quedó de repente callado. Quería saber qué le iban a decir a los demás. Pero Johan era enfático. Nadie tenía por qué enterarse de nada. De repente, algo les llamó la atención. Eran una especie de cantos provenientes del interior de la cueva.

—¡Pilas! ¡Hay alguien adentro! —exclamó Johan, mientras se armaba de una piedra grande que encontró en el camino.

Los dos amigos prosiguieron con cautela intentando hacer el menor ruido posible. La vegetación del lugar se movió sutilmente, acompañada por una respiración agitada. Al parecer, los chicos no eran los únicos que estaban en las inmediaciones del lugar.

Al entrar a la cueva, Byron y Johan se encontraron con lo inesperado: Alma, Noa y Sofía, tomados de las manos, estaban en pleno ritual. Alma era la que entonaba cantos indígenas y los chicos dispusieron velas encendidas alrededor del esqueleto, que ahora estaba tendido sobre una estera.

—¿Y? ¿Ya sentís algo? —le preguntó Noa a Alma.

—No me interrumpás. Dejame cantar.

—¡¿Qué hacen aquí?! —los interrumpió Johan con rabia.

Al verlo, Noa, Sofía y Alma se sobresaltaron, un poco por la sorpresa, un poco por lo inesperado de su presencia. No obstante, Noa se sobrepuso rápidamente y reaccionó.

—Eso mismo le pregunto yo a usted. ¿Qué hace aquí?

Pero Johan no daba su brazo a torcer. Él había preguntado primero. Alma le dijo la verdad: estaban descubriendo quién era el muerto. En cambio, ellos no tenían motivo para estar ahí. A no ser que hubieran venido por el mapa, por supuesto. Al verse descubiertos, Johan buscó con la mirada el morral. Pero no lo vio.

—¿Dónde está el morral? —preguntó intrigado.

—Lo escondimos— respondió Noa. — Porque sabíamos que usted no se iba a aguantar e iba a venir por el mapa.

—Ay, pero ¡véanla! — replicó Johan. —A la toche esta sí le interesa la plata. Y yo que pensé que solo le gustaba jugar a las muñecas. Pero parece que a la nena, se le acabó el esmalte.

—A mí no me interesa la plata —lo enfrentó Noa con rabia.

—¿Ah, no? ¿Y entonces?

—Necesitamos saber quién es él —respondió Alma señalando el esqueleto.

—¡Ustele! ¿y es que la brujería esa no le funcionó? Yo que pensé que ya tenía hasta la dirección —se burló el santandereano.

A Alma no le pareció para nada gracioso. Al fin de cuentas, estaban hablando de alguien que había sido una persona.

—¿Y si seguimos las equis del mapa para ver si podemos encontrar pistas sobre quién es? —propuso Noa.

La idea les gustó a todos. Incluso a Johan. Pero había que diseñar un plan. Todos se quedaron pensando por un momento, hasta que Alma tomó la palabra.

—Mañana después de la escuela, nos encontramos aquí y salimos a buscar la primera x. Cuando la encontremos miramos si seguimos adelante. Pero si vemos que puede ser peligroso, le contamos todo a la policía.

—¿Y si hay plata? —preguntó Johan.

—Ahí vemos qué hacemos. Pero primero lo primero —respondió Alma, mirando a Johan y a Byron intensamente. — ¿Entonces, qué? Estamos juntos en esto, ¿sí o no?

Johan miró a Byron. Luego asintió. Pero con una condición. No más sorpresas. Tenía razón. Y por eso Noa se acercó a un rincón de la cueva, tomó el morral escondido detrás de unas piedras y se lo lanzó.

—Confiamos en usted —le dijo.

Johan, sorprendido, recibió el morral y no tuvo otra opción que agradecer con un gesto.

Alguien, desde la entrada de la cueva, había observado todo lo que había sucedido. En ese momento, veía cómo Johan se ponía el morral al hombro y cómo, segundos después, los chicos ponían sus manos una encima de la otra, sellando el pacto.



Más tarde, Giovanni le contaba a Raúl lo sucedido con Fabiola, mientras jugaban una partida de billar. En el lugar había hombres bebiendo, jugando y escuchando música popular.

Giovanny se sinceró con su amigo. Estaba cansado. No aguantaba más la situación con su papá y con su madrastra y por eso, había tomado la decisión de irse del pueblo como fuera a pesar de que aún no tuviera la plata.

—¿Sabés qué? Yo como que te puedo ayudar —le dijo Raúl después de pensarlo por un momento. —Claro, solo si querés.

—¿Y cómo me vas a ayudar si ni siquiera tengo moto? —preguntó Giovanny.

—¿Y quién te dijo a vos que estoy hablando de ser mototaxista?

—¿Ah, no? ¿Y entonces?

—Yo lo que te tengo es un camellito bien mamey y súper bien pago.

—¿Y qué hay que hacer?

—Breve. Solo tenés que manejar un camión y ya.

—¿Y ya? —preguntó Giovanny sorprendido.

—Y ya.

—Ehhh... De eso tan bueno no dan tanto, parece. ¿El camión qué tiene o qué? ¿qué es lo que hay que llevar?

Según Raúl, eso dependía de la cosecha que hubiera. El mes pasado sacó mango. Y el trimestre anterior, había llevado uchuva. Giovanny se sorprendió con la respuesta. No esperaba que fuera tan “sano” el negocio.

—Si te suena, te presento al duro, hablás con él pa que te explique cómo son las condiciones de la vuelta —le dijo Raúl.

—¿Y es que hay muchas condiciones?

—No muchas. Mientras que cumplás y no salgás calceto, todo bien. Porque si te comprometés y después sacás el culo, yo quedo como un zapato y no me dan más camellito. Así que yo veré, parece. ¿Entonces, qué decís? ¿Te presento al duro?

Giovanny no respondió de inmediato. Sin saber por qué, había algo de duda en su expresión que le impedía tomar una decisión. Raúl esperaba expectante.



Alguien escondido detrás de los matorrales veía cómo los chicos se alejaban por la quebrada. Segundos después, se volteó a mirar hacia el interior de la cueva. Empezó a andar. Llevaba la capucha de un impermeable puesta. Entró y descubrió las velas apagadas y el esqueleto sobre la estera. Al ver los restos humanos, ahogó un grito de terror, mientras se descubría la cabeza. Quien estaba en la cueva, no era otra que Marcela.



*Un grupo de ocho muchachos van hacina-
dos en un camión. Se ven agotados y preocupados. Uno de ellos, David,
en una esquina, se toma la cabeza con las manos y llora, sin dejar ver su
rostro. Un tipo curtido, habitante de la calle, de unos 28 años, al que le
dicen Charly, golpea con fuerza hacia la cabina principal del vehículo.*

—¡Ey! Abran. Aquí huele a mierda.

*Pero no hay respuesta. Charly camina de un lado a otro como león
enjaulado. Todo esto le parece muy raro. Ni siquiera los han dejado
bajar.*

*— Y este se orinó, que porquería —dijo Michael, un joven delgado,
con pinta de marihuanero, mientras señalaba a David. —Yo sí lo pillé
que era como rarito desde que nos montamos.*

*Otro de ellos, Wilson, intenta calmarlos. Ya deben de estar por llegar
a la finca en donde los van a emplear. Pero Charly no está seguro.*

*— Yo ya no sé, esto no me cuadra —dijo y señaló a David. —¿Ustedes
creen que este puede ser jornalero? Ni puel putas.*

*—Pues el chino sí es como quedado, pero algo lo pondrán a hacer —
dijo Wilson*

*—Eso solo se lo cree usted —volvió a intervenir Charly, mientras arre-
mete contra la puerta del camión para llamar la atención. —¡Jueputa!
¡Déjenos bajar!*

*Los gritos de Charly aumentan el terror de David, quien empieza
a lamentarse. Por primera vez, sus compañeros de viajes notan, por el
tono de su voz y por lo que dice, que tiene una condición especial, un
problema cognitivo.*

— Quiero casa. Quiero casa. ¡Quiero casa!

*Todos se miran entre sí, preocupados. En ese instante, el camión se
detiene, dejando a los que van adentro expectantes y llenos de angustia.*

*En el exterior, el camión se ha detenido frente a la puerta de la
hacienda de Roberto Maecha. Abelardo les abre y el camión cruza la
entrada a buena velocidad. Abelardo saluda con un gesto, pero, el ocaso
y la penumbra, impiden ver quien va en la cabina.*





CAPÍTULO 2

LAS EQUIS

Un lumbroso y hermoso atardecer destellaba contra la montaña de la cueva. En el interior, Marcela respiraba agitada. Observaba impactada el esqueleto y temblaba, nerviosa. Inhalaba profundamente, intentando retomar la calma. Con el pie, corrió los restos del altar hecho por Alma, Noa y Sofía y se acercó al cuerpo. Sacó de su bolso una especie de pañuelo, cubrió su mano temblorosa para poder tocar y revisar los restos con algo de pudor, cuidado e incluso asco. Movié uno de los brazos y el cráneo -que estaba puesto muy superficialmente- volvió a caerse. Marcela volvió a ahogar un grito. Segundos después, volviendo a tomar una bocanada de aire, tomó el cráneo y lo volvió a acomodar. Revisó con cuidado los dedos y las muñecas. De uno de los brazos, se desprendieron por detrás, sutilmente y sin que Marcela lo notara, dos placas de identificación militar. Las placas cayeron en la tierra y quedaron debajo de otros huesos. Marcela, concentrada, revisó con minucia las muñecas y en los dedos. Parecía que estuviera buscando algo. De repente, empezó a llorar. Un fuerte recuerdo se apoderó de ella.

En una casa de ciudad, Marcela ataba un brazalete de plata, con el nombre de “David” tallado por dentro, a la muñeca de un joven en situación de discapacidad. Mientras lo hacía, el joven se reía y no podía controlar, corporalmente, la emoción que sentía.

—Quédate quieto. ¡Quietito! Si no, no te lo puedo poner.

El joven se quedó quieto por un instante. Miró a Marcela con dulzura, luego miró su brazalete, sonrió y la abrazó con fuerza.

— *Regalo especial para el mejor hermano del mundo* —dijo Marcela mientras le daba un beso en la cabeza. —*Para que siempre estemos juntos.*

En la cueva, Marcela se limpió las lágrimas y palpó la muñeca del esqueleto buscando el brazalet de su hermano. Al darse cuenta de que no estaba ahí, sintió un gran alivio y respiró profundo. Pero a pesar de no encontrar nada, volvió a mirar el esqueleto como tratando de descubrir algo que la conectara con lo que estaba buscando. Al parecer, no halló respuestas. Suspiró con desconsuelo, se pasó las manos por la cara, se acomodó la ropa y miró hacia la entrada del lugar.



Ruby, sentada en la mesa del comedor, escribía sobre un cuaderno alumbrada por la tenue lucecita de la cocina de la casa. A su alrededor, había cartillas, libros y hojas sueltas. Se veía concentrada. En la radio, se oía una canción popular que poco a poco se diluía bajo la voz de Perla.

—Y aquí seguimos en su emisora “Dilo Fuerte”. Les recuerdo que este es un espacio para ustedes, poderosas mujeres de luz, para que nos cuenten sus problemas, preocupaciones, inquietudes...

Ruby se levantó y fue a servirse una buena taza de café humeante.

Mientras tanto, en una emisora rudimentaria, Perla seguía transmitiendo su programa. En las paredes, había un par de afiches relacionados con causas feministas. El lugar tenía muy pocos equipos y en algunos era evidente su desgaste.

—...y para que, entre todas, podamos soñar en un mundo más justo e igualitario, en donde las mujeres dejemos de sentirnos menos, donde no nos traten como trapos de limpiar el polvo, donde el miedo se vaya, donde nos sintamos libres y en paz...—Perla, frente al micrófono, se interrumpió. Había oído un ruido proveniente del exterior.

En casa de Noa, un ruido similar al que oyó Perla también alertó a Ruby, quien, de inmediato, miró hacia la ventana. Con angustia, llamó hacia la puerta.

—¿Noa?

Pero no hubo respuesta. Ruby, nerviosa, apagó el radio.

En la emisora, Perla, angustiada, intentó no prestarle mayor atención a lo que escuchó y continuó con su programa.

—Y antes de continuar con más llamadas, les dejo el segundo episodio de nuestra serie “La fuerza de mi voz”.

Perla accionó la consola. Luego, volvió a mirar hacia la puerta. Asustada, dejó el micrófono, tomó un palo y se acercó hacia la entrada. En ese justo momento, se oyeron los intensos cacareos, casi alaridos, de una gallina, que se mezclaron con el sonido de una moto que arrancó a toda velocidad.

Ruby, por su parte, también presa del pánico y armada con un machete, puso su mano temblorosa en la perilla de la puerta.

—¿Quién está ahí? —dijo con un hilo de voz.



Una gallina, clavada con un cuchillo en una puerta, movía sus alas, agonizante. Perla, frente a ella, ahogó un grito de terror, dejando caer el palo. Temblaba aterrada. La imagen era escalofriante, pero lo era aún más el mensaje de la hoja que también sostenía el cuchillo: “deje a las viejas tranquilas, o a uste se le acaba su tranquilidad, vieja hp”. Perla empezó a llorar en silencio mientras miraba a lado y lado, intentando descubrir quién le había dejado la amenaza.



Ruby, en cambio, al no encontrar nada, decidió volver a entrar a su casa. Pero de repente, alguien la tomó del brazo que sostenía el machete. Ruby cerró los ojos por un instante, presintiendo lo peor. Pero al voltearse, su rostro de terror se transformó en sorpresa.

—¡Andrei!

Frente a ella, estaba Camocho. Andrei Camacho, alias Camocho, un hombre rudo, seco y sumamente perseverante, era el padre de Noa y pareja de Ruby. Su alias lo adquirió al haber quedado mocho de un dedo en combate. Excomandante de la guerrilla, había entregado las armas y se había acogido a los planes de desmovilización. Por eso vivía lejos de su familia.



Al verlo, Ruby soltó el machete y sin decir más, lo haló hacia adentro con fuerza.



Marcela abrió la puerta del modesto cuarto de una pensión. El lugar era pequeño y sólo había una cama, una cocineta, un pequeño escritorio, una cómoda y un baño. Marcela, abatida y triste, dejó su bolso sobre una silla, tomó una toalla que había sobre la cama y se secó parcialmente la ropa mojada. Luego se acercó a una matera que había al lado de la cómoda. Buscó algo enterrado en ella y sacó una llave. La limpió sin cuidado y abrió la cómoda. De un cajón, sacó una caja. En su interior, había

una cajita más pequeña y adentro de ésta, una segunda caja con un sobre. Marcela lo abrió y retiró una tarjeta sim. Luego tomó su bolso y buscó su celular. Con cuidado, cambió la tarjeta y marcó un número en el teléfono. Estaba muy ansiosa. Esperó por un momento, pero nadie contestó. Volvió a marcar.



Sofía, Natalia y Roberto estaban sentados en una mesita de juego, divertidos, jugando una mano de póker, *Texas hold'em*. Natalia ya no tenía cartas en su mano y se veía aburrida. Roberto y Sofía, por el contrario, tenían dos cada uno. A su lado, un montoncito de fichas. Y en el centro de la mesa, tres cartas abiertas y la apuesta. Era el turno de Roberto quien después de pensarlo por un momento, decidió no ir. Sofía levantó los brazos, triunfante.

—¡Sí, sí, sí! ¡Gané, ganéeeeeee! —gritó emocionada. —¡Sofía 3, Natalia cero!

—Ay, madure —replicó Natalia mientras subía los ojos.

En ese momento, timbró el celular de Roberto y éste desprevenido y riendo lo tomó para contestar. Al ver la pantalla, su sonrisa se borró por completo. Frunció el ceño, tenso, y se levantó de la mesa.

—¿Todo bien, pá? —preguntó Natalia, al darse cuenta del repentino cambio de su padre.

—Sí, sí. Barajen que ya vuelvo.

Roberto se alejó un poco para contestar la llamada. Aunque aparentaba tranquilidad, era claro que estaba muy tenso.

—Francisco, buenas noches. ¿Cómo estás? —saludó Roberto.

En un restaurante elegante, Francisco Victoria, un importante político del país, cachaco, ambicioso y tramposo, hacía la llamada. Frente a él, se encontraba el coronel Baquero, comandante del ejército. Francisco saludó y preguntó si ya tenía todo preparado todo para su tan esperada reunión. Roberto asintió.

—Me alegra. Y te llamaba justamente a eso. Aquí estoy con el coronel baquero, quien me acaba de confirmar su asistencia —dijo Francisco

Roberto se sorprendió al oír esto y se tensionó aún más. Disimuló como pudo, arguyendo que era una excelente noticia.

En ese momento, el coronel le hizo una seña a Francisco, dándole a entender que iba al baño. El político aprovechó la ausencia del militar, para hablar con más sinceridad.

—Esa candidatura tuya va como un cohete, mi chino —rio de manera postiza. —Así que, yo veré, Robertico, te tienes que lucir. Y ya sabes, ¿no? Como una sedita. Que todos queden contentos y convencidos de que para cada quien habrá lo que pide. Estamos moviendo muchos intereses y tapando muchos guardados así que es necesario ser estratégicos —dijo bajando la voz.

Al oír esto, Roberto se volteó a mirar a sus hijas. En su expresión se denotaba angustia y cierta molestia. Parecía que estuviera escondiendo algo. Le aseguró a Fran-

cisco que no tenía por qué preocuparse por nada, que él lo tenía todo bajo control y que todo iba a salir perfecto. Luego colgó y volvió a reunirse con las niñas. Su buen semblante había desaparecido por completo después de la llamada.

—¿Quién era? —preguntó, curiosa, Sofía

—No sea metida —la reprendió Natalia.

—Ay, yo solo quería saber si todo estaba bien.

Roberto le aseguró que todo estaba bien. Pero era claro que sus pensamientos estaban en otra parte. Sofía se quedó mirándolo. Estaba así por la famosa comida, ¿cierto? Roberto asintió. Era una gran presión pues venía mucha gente importante.

—¿Miguel también viene? —preguntó la niña de golpe.

—¿Por qué preguntas por él? —le devolvió la pregunta Roberto, un tanto estresado.

—Porque ustedes son amigos, ¿no?

—Es un vecino. Nada más. Fuimos amigos, hace mucho, pero... la gente cambia.

Sofía quería preguntar algo más, pero Roberto cambió de inmediato de tema y siguió jugando.

La respuesta de su padre sólo aumentó sus dudas.



En casa de Noa, Ruby trancó la puerta y revisó que afuera no hubiera nadie. Camocho, ya adentro, estaba sentado junto a la mesa del comedor.

—¿Cómo se te ocurrió llegar así?! ¡Casi me matás del susto! —exclamó Ruby, entre molesta y angustiada.

—Perdonáme. No quería asustarte —dijo Camocho levantándose y tomándola por la cintura. —Pero es que no aguantaba más. Necesitaba verte. Estar con vos. Sentirte cerca.

Ruby lo miró con ambivalencia. Sentía deseo y amor por él, pero también rabia.

—Ay, díos mío... ¿Vos estás seguro de que nadie te vio? —le preguntó soltándose. Camocho no sabía qué responder. No estaba del todo seguro.

—¿Cómo se te ocurre exponerte así, Andrei? —le dijo Ruby con rabia. —¡A vos te quieren muerto, carajo!

—Yo sé, Ruby. Pero no me puedo esconder siempre —le respondió Camocho, tomándola por los hombros.

— Por primera vez tengo una vida en la que no tengo que vivir en la sombra. Sin armas, sin guerra, sin tanta mierda.

En ese justo momento, se oyó un ruido proveniente del exterior. Camocho y Ruby se voltearon a mirar, asustados. Era Noa quien acababa de llegar. No podía dejar de mirar a su padre, con algo de miedo. No dijo nada. Camocho tampoco. Parecían un par de completos desconocidos, el uno frente al otro. Al verlos, inmóviles sin lograr reaccionar, Ruby intervino y le pidió a Noa que saludara a su padre. El joven respondió con un corto “hola”. Camocho, a duras penas, lo saludó con un movimiento de

cabeza. Ruby, incómoda, intentó relajar el ambiente y desvió el tema preguntándole a Camocho si quería una taza de café o comer algo.

—Café y pan está bien —contestó Camocho.

Ruby le pidió a Noa que se lavara las manos para que se sentara a comer. Y antes de que se fuera al baño, le pidió que trajera la cartilla de calificaciones para que su papá las viera. Porque si de algo tenían por qué sentirse orgullosos, era por lo buen estudiante que era Noa. Sus resultados académicos eran excelentes y con la nueva profesora había aprendido muchísimo. Noa se quedó mirando a su padre esperando algún tipo de reacción ante los elogios de su madre.

—Por lo menos le va bien en la escuela. Eso ya es algo para alguien como vos —le dijo Camocho con cierto desprecio.

—¿Cómo así alguien como yo? —preguntó Noa con dolor.

—Pues... —Camocho buscó las palabras. — Como vos... Que no sos ni chicha, ni limonada.

Al oír estas palabras, Ruby cerró los ojos afectada. Noa lo miró con un dolor supremo, infinito. Se excusó por la comida, pero ya no tenía hambre. Y sin decir más, se fue a su cuarto. Ruby, de inmediato, se volteó a mirar a Camocho y lo recriminó con rabia.

—Eh ave maría. ¿A vos qué es lo que te pasa, Andrei? ¿Cómo se te ocurrió decirle algo así?

En su cuarto -compuesto de una cama vieja, de una pequeña mesita de noche y de una cómoda - Noa se dejó caer sobre su cama. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y aunque intentaba ignorar la conversación que mantenían sus padres, le era imposible. Sus voces se colaban por las delgadas paredes.

—¿Y qué querés que le diga, ruby? Si ese pelado... o pelada... ya ni sé, es un raro — dijo Camocho. —Además no saluda, ni mira a los ojos, es como un ente.

Noa se tapó la cara con la almohada, terriblemente afectado. Ruby, por su parte, con ira, le pidió a su marido que hiciera un esfuerzo. Que, por el poco tiempo que estuviera ahí, se comportara como el papá que Noa necesitaba. Un papá que lo comprendiera, no que lo criticara y lo hiciera sentir mal.

— Lo he intentado, Ruby, créeme. Pero no sé cómo hablarle, ni cómo mirarlo... ni...

Un par de golpes sonaron en la puerta. Noa, al oírlos, se quitó la almohada de la cara, develando su rostro lleno de lágrimas y se incorporó. En la cocina, Ruby y Camocho respiraban agitados. Una vez más, alguien golpeó.

— Andate pa la pieza. Rápido — le dijo Ruby a Camocho en voz baja.

Camocho asintió y se fue hacia adentro. Ruby respiró profundo, se acercó a la puerta y la abrió lentamente. Frente a ella, estaba Pote, el hermano de Camocho un hombre hostil, altanero, quien hacía parte de las disidencias de la guerrilla. Frente a ella, estaba Pote, el hermano de Camocho, un hombre hostil, altanero, quien hacía parte de las disidencias de la guerrilla. Ruby se sorprendió al verlo.

— Rubycita, buenas noches.

—Ve... ¿Y vos fue que resucitaste entre los muertos? Yo creí que ya no venías por

estos lados —dijo Ruby, disimulando sus nervios.

El Pote empujó la puerta y entró, recorriendo el lugar con la mirada.

— Te equivocás, una cosa es que no me deje ver, y otra bien distinta que no venga por acá. Ve... ¿mi hermano?

— ¿Y yo qué voy a saber? Debe estar en...

Pero el Pote no la dejó continuar. No era necesario que mintiera, pues él sabía que su hermano estaba ahí. Y por suerte fue él quien lo vio entre los matorrales y no alguno de los hombres de Roberto.

—¿No tendrás una polita que te sobre? —le preguntó mientras, con descaro, tomaba asiento.



Ruby no se movió. Por su sien, escurría una gota de sudor a causa del terror que sentía. En ese instante, apareció Camocho. Noa, discretamente, se asomó desde la puerta de su habitación, atento a lo que sucedía. Camocho saludó a su hermano, quien le respondió levantándose y palmeándole la espalda, con algo de exageración. Luego, le pidió a Ruby que los dejara solos. Ruby, con desconfianza, no tuvo otra opción que aceptar.

—¿A qué viniste, Pote?

—¿Cómo que a qué? Pues a saludarte y a saber de vos —respondió Pote con zalamería.

Camocho sabía que su hermano mentía. Si estaba ahí era por algo, y quería saber por qué.



Alma, Fabiola y la abuela comían en silencio. Alma, pensativa, no había probado bocado. La abuela, preocupada, le preguntó si estaba bien. Pero Alma, sumergida en sus pensamientos, no la oyó. Sólo hasta que su madre le pidió que le contestara a su abuela, la niña volvió en sí. Todo estaba bien, no había de qué preocuparse. Alma sabía que las dos mujeres la iban a bombardear con preguntas que no sabría cómo contestar. Pero, por suerte, en ese momento, llegó Abelardo. De inmediato, Fabiola se levantó de la mesa y se dirigió hacia la cocina para servirle la comida a su marido. Abelardo saludó a su madre y luego a su hija, con un beso en la frente.

Al hacerlo, Alma tuvo una nueva visión. Vio las manos de alguien abriendo la puerta de lo que parecía ser un camión. Luego, vio a un hombre corriendo, agitado y angustiado, entre los árboles. Y finalmente, oyó un disparo.

Alma volvió en sí, aturdida. Al hacerlo, se topó de frente con la mirada inquisidora de la abuela. La mujer sabía que algo extraño le estaba pasando a su nieta, pero no dijo nada.

—Eh. ¡Qué cansancio el que tengo! Buenas noches, pa. Me voy a dormir —dijo Alma, disimulando y se fue a su cuarto.

La abuela la vio alejarse con mucha intriga. La curiosidad se había apoderado de ella.



Byron estaba sentado en la mesa del comedor, haciendo tareas. Al oír la puerta, se giró extrañado.

—Uy, tía. ¿Acabaste el programa más temprano o qué? —le preguntó a Perla al verla entrar a la casa.

—Sí, sí. Quería llegar rápido a la casa —respondió Perla, intentando ocultar su angustia.

Pero Byron sabía que algo le pasaba a Perla. Estaba muy nerviosa y no era normal en ella. Dejó lo que estaba haciendo y se le acercó. Perla disimuló su miedo, argumentando que tenía un fuerte dolor de cabeza y que mejor se iba a acostar. Pero antes de hacerlo, le pidió a su sobrino, de manera enfática, que cerrara bien las puertas.

—Ve, Byron... ¿Todo ha estado bien por acá? —preguntó alterada.

—¿Cómo bien? —respondió Byron, sin entender.

—Pues bien. Normal. Sin nada raro.

— Sí, por acá todo normal —respondió Byron aún confundido. — ¿Por qué la pregunta?

—No. Solo quería estar segura de que no hubiera venido ningún muérgano por acá —dijo Perla, prevenida.

—¿Y por qué iba a venir un muérgano? —preguntó Byron con angustia. —¿Qué pasa, tía? Eso mismo decía mi mamá antes de que me mandaran para acá.

Perla se quedó callada. No sabía qué responderle a su sobrino.

—¿Pasó algo o qué? Vos nunca dejás tu programa de radio a medias —dijo temiendo lo peor. —Decime. ¿cuál es la güevonada?

—Dejá la grosería, Byron. ¡Y ya! ¡Calmáte que aquí no ha pasado nada!

—¿Ah, no? ¿Y entonces por qué la preguntadera y los nervios y la llegada temprano?

— ¿Qué fue lo que no entendiste, pelao? ¡Ya te dije que no pasa nada! —gritó Perla.

Bryron quedó inmóvil. Era la primera vez que Perla lo gritaba. Algo muy malo tenía que estar pasando para que su tía hubiera reaccionado así. Ante la mirada atónita se su sobrino, Perla se acercó y lo abrazó.

—Perdoname, perdoname. No quería...

Byron intentó controlar el llanto mientras le suplicaba a su tía que le dijera la verdad. Perla le dio un beso en la frente y le pidió que no se angustiara. No estaba pasando nada malo. Y ya era hora de ir a dormir. Byron asintió y apagó la luz. Era mejor no preguntar más. Pero algo, en el fondo, le decía que su tía mentía. Preocupado y poco convencido se fue a su cama.



Camocho volvió de la cocina con una cerveza en la mano y se la entregó a Pote quien lo esperaba sentado en una silla.

—Es la única que hay. Así que hacela rendir.

Pote sonrió y le dio un sorbo. Camocho se sentó delante de él y le pidió que fuera honesto. ¿A qué vino? Pote, saboreando la cerveza, le respondió lo mismo de antes: a saludarlo y a saber cómo le estaba yendo en su nueva vida de “héroe”. En ese momento, Noa se asomó detrás de un muro. Quería oír la conversación.

—No me quejo. Convertimos los campamentos en espacios productivos. Hay siembra, cultivos; hasta manufactura. Una vida tranquila —dijo Camocho.

—Pero hay un “pero”, ¿sí o qué? —comentó Pote con suspicacia.

Camocho se quedó mirándolo por un momento y luego asintió con cierta nostalgia. Era la familia. Le hacía mucha falta Ruby, pero no había manera de convencerla de que se fuera a vivir con él.

—No me metás los dedos en la boca que yo no nací ayer. Yo sé que no es solo la familia —dijo Pote.

Camocho permaneció en silencio. Pote aprovechó la debilidad de su hermano para continuar.

—Y tu vida “tranquila” no tiene un carajo de “tranquila”. ¿O qué creés? ¿Que a nosotros no nos llegan chismes de lo que pasa por allá? Están peor de jodidos que cuando andábamos en el monte.

—Qué va, por lo menos hemos construido un techo en el que podemos estar en paz y no escondiéndonos del avión fantasma o esperando a que nos bombardeen en cualquier momento. Eso ya paga la desmovili...

Pero Pote no lo dejó terminar la frase.

—Dejá la pendejada, güevón, que eso no paga ni mierda. La única garantía que tienen todos los que se acogieron al bendito proceso de paz, es una muerte fija. Nada más.

Para Camocho, Pote no tenía ni la menor idea de lo que estaba diciendo. Pero Pote insistió.

—Tanta belleza con sus cultivos y sus maricadas no les sirven para nada porque no tienen quién se las compre —dijo con sevicia. — Nadie quiere hacer negocio con exguerrilleros.

Camocho no dijo ni una palabra. Su mirada denotaba cierta duda que le daba, en parte, la razón a su hermano.

—El monte siempre será tu casa, Camocho. Por lo menos allá ya sabés a qué atenerme y estás protegido —dijo Pote.

Noa, desde su rincón, sufría y negaba con un gesto. Camocho, al sentirse observado, volteó a mirar hacia las habitaciones. Noa se escondió con rapidez.

—Y los negocios van bien —concluyó Pote.

Camocho hizo silencio. En ese momento, un recuerdo vino a su memoria.

En la mitad de la selva, Camocho intentaba prender un cigarrillo. Cerca de él, una mujer, amarrada con cadenas de un árbol, se movía levemente. Un pequeño radio de pilas emitía una canción. Al acabarse, se oyó la voz de un locutor.

—Está usted escuchando “las voces del silencio”. Vamos con nuevos mensajes...

Se oyó la voz de una mujer que le hablaba a una tal Julianita. “Julianita, mi jita. Soy yo. Su mamá. Sólo quiero decirle que la amo con toda mi alma, y que no dejo de rezarle a la virgencita y a diosito para que me la devuelvan sana y salva. Acá su papá y sus hermanos la estamos esperando. Rece por la paz. La quiero mucho, ¿oyó? Y no pierda la fe.” La mujer del árbol, afectada, bajó su cabeza y se puso a llorar. Camocho la miraba con atención. De repente, un grito sordo y débil de un hombre se alcanzó a escuchar en la lejanía. La mujer levantó la cara, angustiada, mientras veía cómo un guerrillero se acercaba corriendo.

—¿Qué pasó, Ramírez? —preguntó Camacho con sequedad.

—El man no resistió, mi comandante.

—¡Maldita sea! —gritó furioso. Luego se volteó hacia el radio —¡Apagá esa mierda! Les dije que le dieran la droga y lo mantuvieran hidratado. ¡Partida de inútiles!

—Estaba agotado. La jornada de ayer fue muy tesa, mi comandante. Y la leishmaniasis no perdona.

—Esto nos va a joder el plan. Comunicame con Pérez. Decile que es urgente.

El guerrillero asintió. Antes de irse, sacó un pedazo de papel de su bolsillo y se lo entregó a Camocho.

—Comandante. Antes de morir, el man pidió enviarle esta nota a su esposa y a su hija de siete años. Que por favor se la hiciéramos llegar. Me lo suplicó.

Camocho recibió la nota y después de leerla, la arrugó con fuerza, con mucha impotencia y algo de culpa. La mujer lo miraba fijamente.

—¿Cree que es justo lo que está haciendo? —se atrevió a preguntar.

Camocho la miró por un instante, y con indiferencia, se volteó para seguir fumando.

Al volver del recuerdo, Camocho negó insistentemente como si quisiera alejar esa vivencia de su memoria.

—Yo conozco muy bien cómo son esos tales negocios, Pote. Secuestro, extorsión... Olvidate. No me interesa —le dijo con firmeza a su hermano.

—Ok. Como querás. Pero igual, pensalo.

—No voy a pensar nada, no voy a caer en esa trampa. Vos ya no tenés un proyecto, Pote, ni un norte, ni un motivo de lucha. Vos ya no tenés ni mierda. Ahora sos un puto narco. Hasta paraco te estás convirtiendo, gran huevón.

—¡Vos me respetás! —se levantó Pote, exaltado.

—¡Respetame vos! —respondió Camocho, levantándose y empujándolo. —Yo estoy limpio y no pienso volver al monte. ¡Largate de aquí y no volvés!

Los dos hermanos se miraron con odio por un momento. Segundos después, Pote, muy molesto, abrió la puerta y se fue. Camocho se dejó caer sobre un asiento. Cerró los ojos y su rostro denotaba lo afectado que estaba. Desde su rincón, Noa lo observaba con mucho pesar.



En su habitación, Marcela, sentada en su cama, se veía ansiosa y preocupada. Miraba contantemente su celular, como si estuviera esperando la llamada de alguien. Finalmente, se oyó el timbre del teléfono. Marcela se apresuró a contestar.

—¿Aló? —al oír a su interlocutor, descansó. —Al fin me contesta. La he llamado un montón.

Al lado de un pedazo de terreno demarcado con cintas, estaba Ana María, quien vestía un overol blanco. Detrás de ella, un hombre le tomaba fotos a la tierra.

—Perdón, pero he estado muy ocupada —respondió Ana María. —¿Qué pasó?

Marcela no sabía cómo comenzar. Tomó aire y le dijo lo que había pasado. Había encontrado un cadáver. Al escucharla, Ana María, sorprendida, se alejó un poco del fotógrafo y le preguntó, aún impactada, si el cuerpo aún se podía identificar. Marcela, angustiada, negó. Mejor dicho, no sabía. Era un esqueleto y debía llevar varios años ahí. Lo encontró en una cueva a orillas del río, en las tierras de Roberto Mahecha.

—¿Quién más sabe de esto? —preguntó Ana María.

—No sé —respondió Marcela. —Sólo sé que hay pelados de la escuela involucrados. Nada más. Pero deme un par de días a ver qué más puedo averiguar y le cuento.

—Tenga cuidado, Marcela. Puede ser peligroso.

Marcela respiró profundo. Lo sabía.

—La llamo cuando sepa algo. Chao.

Marcela colgó y se quedó pensado, angustiada e inmersa en su soledad.



Sofía, en el depósito de la hacienda, desempolvada un baúl viejo. Al abrirlo, encontró varios discos, recortes y cosas viejas. Sofía las miró una a una. No era lo que buscaba. En el fondo, algo le llamó la atención. Se trataba de un álbum antiguo. Lo sacó con cuidado y sopló sobre él para quitarle el polvo, lo que le hizo estornudar. Lo abrió y empezó a ojearlo. Era un álbum de su padre y de su tía Camila, de quien

tenía un recuerdo vago, a lo largo de los años. Había fotos de los dos hermanos en la finca, cuando eran niños, luego de adolescentes y finalmente, de jóvenes. En varias fotos, aparecía Miguel, siempre junto a Camila, abrazándola, riendo o tomados de la mano. Sofía se quedó pensando por un instante. Segundos después, sonrió con una expresión de picardía en su rostro. Se le había ocurrido algo.



Al día siguiente, en la escuela, Marcela -más seria de lo habitual- observaba con detenimiento a Alma, Johan, Noa y Byron, mientras hablaba sobre el lirio que habían encontrado los chicos.

—Aunque la idea era dejarlo en su espacio, el grupo de Alma nos trajo este lirio, ¿verdad que es muy lindo? —preguntó a la clase.

Varios alumnos asintieron y sonrieron.

—¿Se dan cuenta de que sí podemos trabajar con personas con las que pensábamos que no podíamos hacerlo? Su esfuerzo los llevó, sin esperarlo, a encontrar algo inesperado.

Al oírla, los chicos se alarmaron y se miraron entre sí, con la culpa y angustia propia de quienes esconden algo. Marcela, al notarlo, mostró la flor.

—Un lirio de colores extraños.

El respiro de alivio fue generalizado. Alma y Noa sonrieron mientras continuaban prestando atención. Byron retomó el ritmo de una canción con el pie y Johan volvió al dibujo que estaba haciendo en un cuaderno.

—Y como se demoraron tanto, me imagino que tuvieron tiempo para conocerse mejor —dijo Marcela, sin dejar de mirarlos.

Alma y Noa intercambiaron una mirada de alerta y Byron dejó de tararear. Al único que no le importó o no oyó el comentario de la profesora, fue Johan quien siguió inmerso en su dibujo: un boceto, muy bien hecho y realista, del interior de la cueva en el que se veía claramente el ojo.

—¿Vos qué estás haciendo, Johan? No pintés eso que nos van a pillar —le dijo Byron azarado al darse cuenta de lo que está haciendo su amigo.

Johan levantó la cara y al darse cuenta de que Marcela lo estaba mirando, esperando una respuesta, cerró abruptamente el cuaderno. Alma intentando desviar la atención de la profesora se atrevió a contestarle.

—Pues no es que ahora seamos los mejores amigos. Pero, tampoco queríamos ser el único grupo que no hiciera nada.

—Y además del lirio, ¿descubrieron algo más? —preguntó Marcela con un tono extraño.

Los chicos, nuevamente alertados, se mirando preocupados.

—No sé, algo que no conocieran de sus compañeros y que los llevara a verlos de una manera distinta —continuó la maestra.

—Que alma es buena orientándose y conoce muchos lugares en la zona —respondió Byron, imprudente.

Marcela interesada por la respuesta, preguntó que si acaso los había llevado a algún lugar especial.

—Nada profe. Es que se descrestan con nada —respondió rápidamente Alma, intentado evadir la pregunta.

Marcela, nuevamente, los miró fijamente. Luego preguntó sobre la investigación como tal. Esperaba que hubieran hecho lo que les había pedido y hubieran anotado en qué condiciones se daba ese lirio, cómo era su ecosistema, el entorno. Los chicos, nerviosos, permanecieron callados.

—¿Sí hicieron la observación? ¿Dónde lo encontraron? —preguntó presionando.

—En una cue... —respondió Byron sin pensar.

Pero Johan, sagaz, lo interrumpió antes de que pudiera terminar la palabra.

—En un pantano, profe.

—Y no le estaba dando mucho el sol que digamos. Es una flor que puede crecer en la oscuridad —intervino Noa para ayudar.

Marcela les preguntó si sabían por qué los lirios podían crecer en la oscuridad. Todos negaron.

—Es una pregunta para complementar su informe. Porque esto no se termina aquí, van a tener que seguir trabajando en grupo —dijo. —Así que espero que el lirio de la tregua los siga inspirando para cooperar entre ustedes y sacar adelante el proyecto. Lo bueno es que he notado que están más compenetrados, ¿es que pasó algo más en la salida? Cuéntanos, Johan.

Alma, Noa y Byron, con el corazón a mil, lo miraron con angustia. Johan, nervioso, tragó saliva. Tenía que inventar algo creíble y lo tenía que hacer muy rápido si no quería que la maestra descubriera la verdad. Entonces, narró con detalles cómo se fueron alejando del lugar de encuentro, para adentrarse en el monte. Estando ahí tuvieron que sortear una infinidad de obstáculos: troncos caídos, ramas que los arañaban, lodo... Noa y Alma se miraron preocupados. Johan estaba empezando a exagerar demasiado. Estaba tan concentrado en ponerle arandelas a su narración que, sin darse cuenta, la estaba volviendo poco creíble.

— ...entonces llegamos a la orilla de la quebrada que estaba lo más de caudalosa, y yo pensé, si me meto, me lleva, mi papá queda huérfano de hijo, pero qué jijue-puerca, primero la tarea y entonces me metí —continuó Johan. —Pero profe, usted no sabe lo que es tener la suela bien lisa y me iba resbalando, y aquí el amigo Noa se tiró y me salvó, Byron y alma aplaudieron y todo. Y ya ahí estaba la florecita. Mucho el esfuerzo de todos, ¡pa' dios que sí!

Marcela no podía creer la capacidad de invención de Johan. Ella sabía que gran parte de lo que contó era mentira. Y por eso, lo confrontó.

—¿Qué buena aventura, Johan! Pero créí que lo habían encontrado en un pantano oscuro —dijo mirándolo intensamente. —¿Estás seguro de que así pasaron las cosas?

Johan quedó inmóvil. No sabía qué decir. Miró a los demás pidiendo ayuda. Pero ninguno contestó. Decidió arriesgarse:

—Claro que sí. Es que la quebrada daba al pantano.

Marcela asintió lentamente y luego se dirigió a Noa.

—Noa. ¿Por qué ayudaste a Johan?

—Pues... —dudó Noa respondiendo rápido—. No iba a dejar que se ahogara. Y aunque no somos amigos, él...— volvió a dudar y miró a Johan—. Él y Byron...—dudó una vez más. —Él y Byron...

—¿Él y Byron...? —retomó Marcela.

—Nos pidieron disculpas, por todas las montadas que nos han pegado —intervino Alma, al rescate.

Johan y Bron asintieron con una expresión de inocencia. Marcela los volvió a mirar. Sabía que no iba a obtener más información de parte de los chicos y por eso decidió terminar con el interrogatorio.

—Bueno, pues qué bueno. Ojalá ese perdón sea realmente sincero y que se quede aquí —se señaló la cabeza —...y aquí...—se se señaló el corazón. — Porque o si no, de nada sirve.

Marcela sonrió y se dirigió al resto de la clase. Les pidió que pensaran en el trabajo final sobre la memoria y les recordó que podían mezclar conceptos de arte, historia, ciencia, y literatura. Se despidió y les deseó un buen fin de semana. Los alumnos empezaron a salir. Alma y Noa con un gesto le dieron a entender a Johan y a Byron que se veían afuera. Marcela permaneció atenta a cualquier movimiento de los muchachos.



Sofía, en su caballo, se detuvo al frente de una casa grande, cómoda, tradicional, mucho más sencilla que la de Roberto, pero que también evidenciaba riqueza. Sofía miró para un lado y para el otro, como si estuviera buscando a alguien. Inquieta, se bajó del animal, lo amarró a un árbol y empezó a caminar hacia a la entrada de la casa. En ese momento, una voz la detuvo.

—¿Qué se le ofrece?

Sofía se volteó y se topó de frente con un hombre vestido con ropa de trabajo. La niña, con cierta angustia, le dijo el motivo de su visita: estaba buscando a Miguel. El hombre la detalló por un momento.

—¿Quién lo busca? —preguntó.

En ese momento, se oyó la voz de Miguel proveniente de la terraza.

— ¿Sofía?

Sofía se volteó y vio a Miguel acercarse. Se veía extrañado y sorprendido.

—Hola, que pena venir sin avisar, pero...

—¡Qué grande estás! Cuando te vi ayer, casi que ni te reconocí —la interrumpió con amabilidad.

Miguel la abrazó de manera espontánea. La niña se sorprendió al recibir tan caluroso recibimiento. No lo esperaba. Segundos después, Miguel le presentó a Isaías, el hombre que la había recibido, como su hombre de confianza. Lo hizo con tal respeto y amabilidad, que Sofía no pudo dejar de pensar en lo diferente que trataba su

padre a los trabajadores. Isaías se excusó. Tenía que ir a ver el ganado. Con un gesto amable se despidió de la niña y se fue.

—¡Estás igualita a tu tía Camila!

—¿Ah, sí? Justo por ella es que estoy aquí.

—¿Cómo así? —le preguntó Miguel extrañado.

Sofía le sonrió tímidamente. Buscaba las palabras.

—Es que... es que... —hizo una pausa. —Sin querer, ayer lo oí hablando con mi papá y...

Miguel dejó de sonreír. Su expresión cambió por completo. Sofía continuó.

—Yo no sabía que mi tía había estado secuestrada. Y necesito que alguien me explique qué fue lo que pasó. Y pensé que de pronto usted podía hacerlo.

Miguel quedó frío con la petición. Nunca imaginó que ese era motivo de la presencia de la niña. Tardó unos minutos en reaccionar y cuando por fin lo hizo, la invitó a seguir a la casa. Era mejor que hablaran de eso en un lugar más cómodo.

Y así lo hicieron. Entraron a un estudio, muy luminoso y acogedor, que daba al patio interior de la casona. Su enorme biblioteca era la protagonista del lugar. Miguel le sirvió un vaso de agua a Sofía y se lo dio, mientras la invitaba a sentarse.

—Explícame algo— le preguntó. —¿Tu papá nunca te contó sobre el secuestro de Camila?

Sofía negó mientras tomaba un sorbo de agua. Había cosas que su padre no les contaba. “Es mejor así”, les decía. Miguel negó con un gesto de tristeza.

—Pero yo ya me cansé de ese cuento y necesito saber —continuó la niña.

—¿Y por qué no le preguntas directamente a tu tía?

—Ni mi hermana ni yo hablamos con ella.

Al oír esto, Miguel se sorprendió. No sabía que Sofía y Natalia no tuvieran relación con su tía. Se quedó callado por un momento y luego suspiró.

—Sofí, lo siento, pero yo no puedo ni debo contarte eso.

Los ojos de Sofía se llenaron de una profunda tristeza y desconsuelo. Al verla, Miguel le sonrió con ternura y caminó hacia un escritorio. De uno de los cajones, tomó una especie de cuaderno.

—Es mejor que lo haga alguien de tu familia. Para que sepas lo que realmente pasó —dijo, mientras que le mostraba el cuaderno. — Este es un diario que Camila hizo mientras estuvo secuestrada. Me lo regaló antes de irse para que lo leyera y entendiera por lo que había pasado durante su cautiverio.

Sofía lo miró extrañada, sin entender a dónde quería llegar.

—Y me pidió que cuando llegara el momento —continuó—, si es que llegaba, te lo diera a ti o a tu hermana. Y ese momento llegó. Ten.

Miguel le extendió el diario. Sofía, sin salir de su asombro, lo tomó y empezó a ojearlo.

—Ahí vas a encontrar mucha soledad y miedo. Pero, sobre todo, honestidad y valentía. Léelo. Ahí puedes descubrir lo que le pasó a tu tía.

Sofía asintió y volvió a mirar el cuaderno. Miguel le advirtió que debía estar preparada porque lo escrito ahí, podía ser muy fuerte y doloroso.

—¿Mi papá sabe de este diario? —preguntó.

—No. Y no se puede enterar. Porque nos podemos meter en problemas y de paso meter en líos a Camila.

Sofía volvió a asentir y con un nudo en la garganta, y mucha emoción, abrazó a Miguel con mucha fuerza.



En la puerta de la escuela, Noa y Alma conversaban mientras esperaban a Johan y a Byron. Quien llevaba el hilo de la charla era Alma, porque Noa estaba más callado que de costumbre. La llegada de su padre lo tenía muy afectado.

—Estaba como intensa la profe, ¿no? —comentó Alma.

—Uffff, ¿qué si qué? No sé por qué, pero sentí que nos hablaba todo el tiempo a nosotros. Como si supiera lo del muerto.

—Yo también. Eso fijo nos estamos envidiando.

Noa asintió y volteó la cara a mirar a la lejanía. No podía esconder la tristeza que sentía. Alma se quedó mirándolo. Conocía a su amigo y sabía que algo le pasaba. Desde esa mañana estaba raro, como ido. La miró con una inmensa necesidad de contarle sobre la presencia de Camocho, pero sabía que no debía hacerlo.

—Es que eso del muerto me tiene jodido —mintió.

—¿Digan a ver, “niñas”? ¿A qué hora nos vemos y en dónde? —preguntó Johan quien acababa de llegar en compañía de Byron.

Alma y Noa lo miraron mal. Pero sabían que no podían hacer nada más y muy a su pesar, tenían que aguantarse a su molesto compañero. Quedaron, entonces, de encontrarse en la cueva en una hora. Alma le avisaría a Sofía.

—Ok. Lleven algo de comer y linternas. ¿Y ya saben, no? Calladita la jeta.

Todos se despidieron y Noa y Alma se fueron, por un lado, y Johan y Byron por el lado contrario. Desde la puerta, Marcela los observaba detenidamente. Su expresión había perdido la dulzura de antes y un halo de misterio y extrañeza empezó a apoderarse de la profesora.



En el estudio, Miguel, aprovechando que Sofía ya se había ido, tomó su celular y abrió una aplicación de video llamadas. Buscó entre sus contactos y se detuvo en el nombre de “Camila”. Dudó por un momento si marcar o no, pero finalmente lo hizo.

Al otro lado del océano, en París, Camila, hermana de Roberto -una joven idealista, rebelde, con un fuerte compromiso social- estaba sentada en el escritorio de una oficina privada, dividida del resto del piso por un panel de vidrio marcado por el nombre de una ONG: “OVVAL- Organisation en faveur des Victimes de Violences en Amérique Latine” (Organización a favor de las Víctimas de la Violencia en América Latina). Mientras trabajaba, disfrutaba, de manera descomplicada, de una manzana

y de un poco de agua. Una jovencita irrumpió en el lugar para avisarle que los líderes sociales acababan de llegar. Camila, de inmediato, dejó lo que estaba haciendo y se paró pidiéndole a la joven que la esperaran. Tomó su tableta y caminó hacia la puerta. En ese instante, sintió la vibración de su celular. Lo tomó y al darse cuenta de que quien llamaba era Miguel, quedó inmóvil. No lo esperaba. Camila empezó a respirar agitadamente. Esta llamada la impactaba profundamente. Dudó en contestar, pero finalmente lo hizo, no sin antes arreglarse un poco el peinado.

—¿Miguel?

En la pantalla del celular de Camila, Miguel le sonreía con cierta tensión.

—Hola Cami.

—No lo puedo creer. ¡qué milagro!

—¡Milagro que tú no haces!

—Yo sé, yo sé. Perdón. ¿Cómo va todo por allá? Hace mucho no...

—...sabías de mí— complementó Miguel.

Los dos sonrieron dejando evidenciar la complicidad que alguna vez tuvieron. Miguel se excusó por no haberla llamado antes. Camila se ríe.

—Sí, ya sé, no encontrabas una excusa para hacerlo.

Miguel la miró por un instante como ido. Como si, a través de ella, se hubiera reencontrado consigo mismo. Sonrió. Pero este leve momento, desapareció rápido al tiempo que se desvaneció su sonrisa. Camila notó, de inmediato, el cambio del semblante y se inquietó. ¿Acaso había pasado?

—Sofía, tu sobrina, vino a verme —le respondió Miguel.

—¿A ti? ¿Y por qué? —preguntó sin entender.

—Porque quiere saber de ti. Ayer estuve hablando con tu hermano y Sofía, sin querer, oyó parte de la conversación. Y como hablamos de ti, quedó con la espinita.

—¿Y por qué estaban hablando de mí? —preguntó desconcertada.

—Después te cuento con calma. El caso es que oyó sobre tu secuestro y hace un rato vino a preguntarme.

Camila respiró hondo. Era de esperarse que Roberto no les hubiera contado nada al respecto a sus hijas. Finalmente, siempre tuvo la costumbre de guardar la mugre debajo del tapete. Además, no le gustaba dar explicaciones. Miguel asintió sin decir nada.

—¿Y qué le dijiste a Sofía? —preguntó Camila.

—Nada, todo se lo vas a contar tú, porque como me pediste, le entregué tu diario.

Camila se sorprendió al oír esto. Miguel no entendió la reacción. ¿Acaso no era lo que quería? Le había pedido que se los diera cuando considerara que fuera el momento, y ese momento había llegado.

—Está bien. Sólo que después de tantos años, siento que es mejor que yo misma les cuente. De frente. Y no a través del diario —dijo con tristeza.

—Yo sé. Pero seguro vas a poder hacerlo muy pronto, porque viendo cómo es Sofía, fijo te va a buscar.

Camila asintió y bajó la mirada llena de miedo y de preocupación.



En una habitación amplia y ordenada, Sofía estaba sentada en su cama. Se veía ansiosa y emocionada, y de vez en cuando, miraba hacia la puerta cerrada para asegurarse de que así permaneciera: ¡cerrada! En sus manos, sostenía el diario de Camila. Después de darle algunas vueltas, respiró profundo, lo abrió y empezó a leer.

“Todo pasó muy rápido. Yo estaba yendo hacia la pradera a buscar unas muestras que tenía que llevar al laboratorio. Manejaba completamente desprevenida, escuchando música. De pronto, un par de camionetas me bloquearon el paso. Al principio no entendí qué pasaba. Detuve el carro. En ese instante, vi a tres hombres que se bajaron de una de las camionetas y corrieron hacia mí. Intenté dar reversa, pero me di cuenta de que me habían bloqueado con otro carro. Desesperada y asustada, me bajé y empecé a correr hacia la montaña. Los hombres corrieron tras de mí. Uno de ellos gritó:

—¡Agárrenla! ¡Que no se vuela! ¡Y ojo! Sin un rasguño que este es el pez gordo.

Miré hacia atrás. Los hombres venían muy cerca. Uno de ellos ya estaba prácticamente encima de mí. Me agarraron. Empecé a forcejear y a pedir que me soltaran, pero fue inútil. Me pusieron una especie de capucha en la cabeza y me amarraron las manos. Y ahí empezó la peor pesadilla de mi vida...”

Sofía cerró el cuaderno, aterrada. Su respiración estaba muy agitada y no podía dominar sus nervios. Miró la hora en un relojito que había sobre una de las mesas de noche. Dudó con angustia hasta que decidió volver a abrir el cuaderno y seguir leyendo.



En la emisora, Perla estaba terminando de limpiar la puerta de la sangre que había dejado la gallina muerta. De vez en cuando, se le llenaban los ojos de lágrimas. Así la encontró Byron, quien había ido a buscarla a la tienda, pero estaba cerrada.

—Aproveché que la clientela estaba floja pa’venirme a hacer aseo aquí. Mirá, esto es una porquería. Esta emisora ya estaba que se caía del mugre —dijo disimulando. Byron la miró extrañado. Era muy raro que Perla hiciera oficio a esa hora.

—Hay que aprovechar los huequitos pa’poner todo en orden. ¿No ves que ahora vienen las señoras que me van a ayudar con el bazar? No voy a atenderlas en un chiquero —se excusó.

—Vos me estás escondiendo algo, ¿sí o qué? —dijo Byron mirándola fijamente.

—Y dele con la misma cantaleta. Te habías demorado, Byron. Parala, pelado, que ya parecés disco rayado.

—Perdoname, tía. Pero es que ayer quedé muy angustiado. Es como si todo se estuviera repitiendo y yo no quiero tener que volverme a ir quién sabe pa'donde y...

—¿Y vos de dónde sacás que nos vamos a tener que ir? —lo interrumpió Perla antes de que pudiera decir algo más. —No, señor. Dejá de decir esas cosas y sacátelas de la cabeza. Esta es nuestra casa y aquí nos quedamos. Yo voy a seguir con la tienda, la emisora y todos mis planes, gústele a quien le guste.

Y cambiando de tono, dio por terminada la conversación.

—Ahora te me vas a comer algo, que estás pálido. Apurale, pues.

Byron no tuvo otra opción que hacerle caso y se fue. Nuevamente a solas, Perla se volvió a ensombrecer. De un bolsillo sacó la nota que le clavaron a la puerta el día anterior. La volvió a leer y con odio, lo rompió en pedacitos.



Alma, en la cocina, buscaba, apurada, linternas, velas y comida. A pesar de su afán, intentaba no llamar la atención. Buscaba con cuidado, sin hacer mucho ruido y asegurándose de que nadie la viera. De repente, oyó unos pasos. Rápidamente, tomó la última vela y la guardó, junto a las otras cosas, en su morral.

—¿Qué está haciendo? ¿Ya almorzó? —preguntó la abuela al entrar a la cocina.

—Ya. Nos vemos más tarde, abue.

Alma salió a toda prisa, sin permitir que la abuela empezara con su interrogatorio. La abuela, seria, la vio alejarse. Luego buscó en la cocina, alguna pista que le indicara en qué estaba metida su nieta. Y la encontró. Uno de los cajones estaba mal cerrado y al abrirlo, descubrió que faltaban velas. La expresión de la anciana cambió por completo. Ahora, más que preocupada, estaba asustada. En ese momento, Giovanni entró preguntando por sus botas.

—Están en el patio secándose. Las lavé porque ya daban pena del mugre —dijo la Abuela.

Giovanni sonrió por el comentario y le dio un beso en la frente, agradeciéndole. Antes de que saliera, la abuela lo detuvo.

—Espere, mijo. Necesito pedirle un favor.

Giovanni se detuvo y prestó atención.

—Vigile a Almita. Estoy segura de que anda en algo raro. Ayer andaba toda pensativa y me estuvo preguntando sobre rituales para comunicarse con los muertos. Y usted sabe que a ella esas cosas no le interesan ni poquito. Y ahorita se acaba de ir, sin decir pa dónde, y se llevó unas velas.

—¿Quiere que la siga? —le preguntó extrañado.

—Mejor. Es que tengo una corazonada.

Giovanni asintió, le dio otro beso y se fue hacia el patio. La abuela cerró los ojos y empezó a orar.



En los pastizales de la hacienda de Roberto, Marcos hablaba por celular mientras arreaba el ganado con un par de hombres más.

—Entonces yo veré, me mantiene la zona despejadita y limpiecita de metiches, no vaya a ser que nos dañen el caminado. Y así matamos dos pájaros de un solo tiro: dejamos contentos al patrón y de paso al bolsillo —rió con sorna.

El sonido del motor de una moto irrumpió en el lugar. Marcos se dio media vuelta y al darse cuenta de que se trataba de Raúl, se apresuró a colgar.

—¿Y entonces, Raúl? ¿Me tenés noticias?

—Sisas, jefe. Conseguí al propio para que haga la vuelta —dijo mientras apagaba el aparato. —Giovanny...

Marcos se sorprendió al oír el nombre. ¿Acaso estaba hablando de Giovanny, el hijo de Abelardo? Raúl asintió. Marcos se quedó meditando por un momento. Luego negó con un gesto, indeciso.

—No sé. Ese pelado me conoce y vos sabés que yo en esta vuelta tengo que pasar de agache.

—¿Y entonces? ¿Me consigo a otro?

Marcos dudó una vez más.

—Dejalo, pero vos y yo no tenemos nada qué ver. Ni me conocés.

—Sí, señor. Pero ¿y entonces cómo hago? El hombre va a querer hablar con el duro.

—Pues para eso está tu socio, güevón. Que ese pendejo haga algo y se encargue de él.

—Va pa esa, jefe.

—Que no se te olvide Raúl —habló con tono amenazante — que entre menos viaje demos, mejor. No quiero levantar ni la más mínima sospecha con nadie de esta hacienda. ¿Te quedó claro?

Raúl asintió obediente, ante la expresión de amenaza de Marcos.



Marcela tocó a la puerta de la casa de Noa. Esperó un momento esperando a ser atendida. Volvió a tocar. Finalmente, Ruby entreabrió la puerta, con cierto misterio. A pesar de los nervios que sentía por tener a Camocho escondido en la casa, intentó saludar a la profesora de la manera más natural posible. Marcela respondió al saludo:

—¿Cómo le va, Ruby? Qué pena llegarle sin avisar. ¿cómo van sus capacitaciones? ¿Sí siguió con eso?

—Claro, profe. Con todo lo que tengo, me toca de a raticos, pero ahí voy.

—Pues me alegra mucho, porque justo vine a traerle un regalito —sacó de su bolso unos audífonos y unos libros—. Unos audífonos para que pueda oír mejor sus

programas y unos libros de apoyo que pueden servirle.

Ruby salió de la casa y cerró la puerta, asegurándose de que Marcela no alcanzara a ver hacia el interior. Le agradeció, emocionada, el regalo, pero, a pesar de su esfuerzo, su nerviosismo la delató.

—¿Le pasa algo? —preguntó Marcela.

—¿A mí? No —respondió, disimulando. —Es que estoy terminando de hacer el almuerzo y luego me reúno con unas muchachas que van a empezar a trabajar en el cultivo.

—¡Qué bien!

—Sí, pero ¿sabe qué es lo mejor, profe? Me llamaron de La Esperanza para capacitar a unas mujeres que están armando una huerta como la mía. Quieren repetir el modelo.

Marcela se alegró por su amiga y la felicitó genuinamente. Un reconocimiento más que merecido por todo su esfuerzo. En ese momento, Camocho, desde la ventana y camuflado con las cortinas, miraba a las dos mujeres con detenimiento. Ruby quien estaba hablando de frente a la casa, se dio cuenta. Angustiada, no sabía qué hacer para que la profesora terminara su visita. Marcela notó su incomodidad. Ella sabía que estaba ocupada y no le quería quitar mucho tiempo. Pero quería hablar sobre Noa. Ruby, de inmediato, reaccionó, preocupada. ¿Pasó algo? ¿Se portó mal en la escuela?

—No, no. Es que últimamente, lo he visto como raro. Pensativo, callado, como si tuviera un problema que no quiere contar— respondió la profesora.

—¡Calle esos ojos! ¿Será que anda en malos pasos? —preguntó angustiada Ruby.

Por la carretera, un jeep se acercaba. En su interior, venía Pote, acompañado de un par de hombres. Al ver que Ruby estaba hablando con Marcela, bajó la velocidad, pero no se detuvo. Ruby, al estar de espaldas a la vía, no se dio cuenta de la presencia del hombre y siguió concentrada en su charla.

—No, es sólo que no lo siento como antes —dijo Marcela. —Me preocupa que le estén haciendo matoneo.

—Ay, profe. Pa mi pobre pelado eso es pan de cada día. Siempre me dice que no me preocupe, que él está bien. Pero ya ni sé —respondió Ruby con tristeza. —Se la pasa tan solo. Le juro que yo quisiera pararle más bolas, pero no me queda tiempo, entre el estudio, las capacitaciones, las reuniones con perla y el cultivo, no doy abasto.

—Me imagino... ¿Y el papá? —preguntó con sutileza.

Instintivamente, Ruby miró hacia la ventana en donde estaba asomado Camocho. Marcela se giró, extrañada. Pero, Camocho, hábil como era, alcanzó a esconderse.

—Después le cuento sobre el papá, es que es un cuento largo y complicado y no quiero que se me quemé el almuerzo —intervino Ruby con nerviosismo.

Marcela entendió la indirecta. Se despidió amablemente. Ruby le agradeció por los regalos y por estar tan pendiente de su hijo y entró a la casa. Por un instante,

Marcela miró la puerta con preocupación. Sentía que Ruby le estaba escondiendo algo, pero no tenía cómo descubrirlo, así que se dio media vuelta y se alejó.

Un poco más adelante, Pote, sentado en el puesto del piloto de Jeep, observaba desde uno de los espejos laterales, a la profesora. Se veía serio, molesto. Era claro que no le gustaba en lo más mínimo la cercanía de Marcela con Ruby. Un asomo de amenaza se evidenció en su escalofriante mirada. La profesora podía, ahora, estar en peligro.



Mientras tanto, Sofía, en su habitación, y con los ojos hinchados por el llanto, seguía inmersa en el diario de Camila. No podía dejar de leer.

Yo estaba en esa edad en la que uno se siente invencible, en la que uno jura que nada malo le va a pasar y por más de que le digan y le repitan, no hay consejo que valga. Recuerdo una vez en que caminábamos con Miguel por la quebrada. Miguel estaba nervioso y en un acto de paternalismo protector me tomó de las manos. Me solté, incómoda. Nadie mejor que yo, conocía esa zona y todo el mundo me conocía.

—Eso es lo que me preocupa. Que todo el mundo te conoce, sabe quién eres y qué haces. No me parece —me dijo.

Por supuesto, yo desestimé su temor. Miguel insistía. La zona estaba muy caliente y estaba arriesgándome mucho. Las muestras podían esperar. Y tal vez tenía razón. Pero, en ese momento, no lo entendía. Yo me sabía cuidar. O eso creía. Lo había hecho toda mi vida.

—Pero en esa vida no estaba yo. Y no voy a permitir que te pongas en riesgo —recuerdo que me dijo.

Y en lugar de agradecerle su comprensión y preocupación por mí, reaccioné con mucha agresividad. Estaba cansada de oír la misma cantaleta todos los días. Quería irme. Salir huyendo de tanto temor. Pero, Miguel me tomó del brazo y mirándome a los ojos me dijo:

—Yo me muero si te llega a pasar algo. Así que creo que no te voy a dejar ir.

Me dio rabia. ¿Con qué derecho me hablaba así? ¿Acaso no había entendido que él a mí no me prohibía nada? No, señor. Si esa era la relación que esperaba, bien podía irse por donde llegó, porque yo a ese bus no me subía. Se lo dije. Él, por supuesto, me pidió perdón. Decidí pasar la página y no darle trascendencia al asunto. Le di un beso y me fui. ¡Qué ciega fui! No fui capaz de ver la genuina preocupación que Miguel tenía por mí.

La lectura de Sofia fue interrumpida por el sonido de un par de golpes a la puerta. La niña, sobresaltada, cerró rápidamente el cuaderno y lo escondió debajo de un tapete. Luego fue a abrir. En la puerta, una de las empleadas de la hacienda, le informó que Alma la estaba buscando.

—Gracias, flor. Dígale, por favor, que ya voy.

Sofía cerró nuevamente la puerta. Sacó el cuaderno de debajo del tapete y lo escondió detrás de unos cajones de la cómoda. Luego tomó un morral, empacó, rápidamente, un impermeable, una linterna, pilas y se cambió de botas. Cerró la cómoda y salió.



—¿Y esa quién era? —preguntó Camocho mientras terminaba de almorzar.

—Marcela, la nueva profesora. De la que te hablé ayer, ¿te acordás? Lleva como cinco meses en la escuela —respondió Ruby.

—¿Y sí es de confiar?

—Eh ave maría, Andrei. Me extraña la pregunta. ¿Vos creés que yo soy pendeja o qué? Si no fuera de confiar no estaría hablando con ella. Es una mujer muy especial y me ha ayudado mucho con las capacitaciones. Mirá lo que me regaló —le respondió Ruby, mientras le mostraba los audífonos y los libros.

—Yo sólo te digo, mujer, que no te dejés comer a cuento por unas palabras amables o por una cara bonita. Vos sabés cómo es esa gente. Primero se muestran como dulces palomas y después te hacen el cajón y te clavan el cuchillo por la espalda.

—Qué va —desestimó. —Creeme. Marcela es una buena persona. ¿Querés más caldo?

—Yo lo que quiero es que te vayás conmigo —le dijo mirándola intensamente.

—Qué cosa tan aburridora con vos. Dale con el mismo taladro. ¿Cuántas veces tengo que decirte que mi vida está aquí? ¿Qué es lo no entendés, Andrei? Yo no me puedo ir, así como así y dejarlo todo... el cultivo, el trabajo, la escuela de Noa...

Camocho la interrumpió. Sólo pedía que lo pensara. El lugar en donde ahora vivían -él y los demás desmovilizados- era muy bonito y tenían cultivos. Ya estaban produciendo piña y naranja, e iban a sembrar limones. Tenían, además, varias gallinas que estaban poniendo muy buenos huevos e iban a empezar a fabricar zapatos. Al oírlo hablar con tanta esperanza, Ruby lo miró con nostalgia. No pensó que fuera a volver a oírlo hablar así. Tan lleno de ilusiones y sueños.

—¿Es que cómo no? Si de esos proyectos vive mucha gente —explicó Camocho. — La gran cagada es que no tenemos cómo comercializarlos. Y si no nos los compran, vamos a terminar ahogándonos.

—¿Y entonces?

—Pues por eso también es que estoy aquí. Vine a hablar con don Miguel a ver si me echa una mano.

—¿Pero vos te enloqueciste? ¡Eso es un suicidio, Andrei! Donde alguien te vea...

En ese momento, Noa, dispuesto a salir y con un morral en la espalda, interrumpió la conversación.

—Ahora vuelvo. Voy a hacer una tarea.

—¡Esperá! ¿Cómo así que te vas a ir justo el día en que yo estoy en la casa? ¡no, no, no! —lo detuvo Camocho. —Aquí hay mucho chécher para arreglar y vos me tenés que ayudar. Andá por las herramientas que están en la pieza.

Noa, desconcertado, bajó la mirada y se fue hacia el cuarto.

En el estrecho cuarto en donde dormía su madre, se agachó, molesto, para buscar la caja de herramientas que estaba debajo de la cama. Cuando iba a volver a salir, se detuvo en seco. Desde la puerta, alcanzó a oír la discusión que tenían sus padres.

—Dejalo ir, Andrei. ¡El pelado tiene que estudiar! ¿O qué querés? ¡¿Que se quede sentado esperando a que el papá aparezca cada muerte de obispo?!

—¿A vos quién te entiende, Ruby? Primero me decís que me acerque y que intente tener una relación con él. Y cuando lo intento, tampoco te parece. Es que yo no sé ni cómo tratarlo. A ese pelado no hay por dónde entrarle. ¡No pareciera que fuera hijo mío!

Las palabras de su padre se clavaron en el corazón de Noa como si fueran una puñalada. El niño cerró los ojos por un instante, como si al cerrarlos, pudiera desaparecer. Luego respiró hondo, tomó fuerzas y salió del cuarto lleno de ira y de rencor.

En la cocina, Ruby, ofendida por las palabras de su marido, se paró de la mesa.

—¿Vos qué me estás queriendo decir? ¡A mí me hacés el favor y me respetás, carajo!

En ese momento, se oyó un fuerte estruendo. Era Noa que había dejado caer la caja de herramientas al piso.

—Ahí le dejo sus herramientas —y sin decir nada más, salió corriendo hacia la calle.

—¡Noa! ¡Esperá! —reaccionó rápidamente Ruby.

Pero era tarde, Noa ya se ha ido.

—¿Si ves lo que hiciste? —le reclamó Ruby a Camacho, muy molesta y dolida.

—Yo no quería...

Pero Ruby no lo dejó terminar la frase y arremetió con rabia contra él.

—¿Por qué no te largás y nos dejás en paz?

Ruby, furiosa, también abandonó la casa. Camocho, desconcertado, intentó ir tras ella. Pero se detuvo en la puerta. Bajó la mirada con tristeza. Nada de esto era fácil para él y sabía que había cometido un error. Pero ahora no sabía cómo repararlo.



En una modesta oficina compuesta por un escritorio con un par de sillas, un tablero de pared y una pequeña mesa (queriendo simular una sala de juntas), José estaba reunido con su superior, Arrubla -un hombre empoderado de mirada pe-

netrante, que siempre fingía amabilidad-. Un mapa de la región estaba extendido sobre la mesa. Los dos hombres lo observan con detenimiento.

—Yo no creo en la calma chicha, sargento. Y por eso prefiero que no bajemos la guardia y reforcemos la seguridad en toda la región —dijo Arrubla con determinación.

—Como diga, mi teniente.

Arrubla señaló una zona. Esa sería destinada para la vigilancia de José. Luego señaló otro lugar del mapa. De esa se encargaría él. Eran los territorios de Roberto Maecha y de Miguel Reyes.

—Permiso, mi teniente. ¿pero pasa algo particular en las tierras de don Roberto Maecha y de don Miguel Reyes que yo deba saber? —preguntó extrañado José.

—Negativo, sargento. Y precisamente para que no pase, es que quiero velar por su seguridad. Hay que estar muy atentos, porque nos guste o no, esta zona sigue siendo un corredor de narcotráfico. Y ni usted ni yo queremos que le pase algo a los que mandan en la región, ¿entendido?

—Entendido, mi teniente.

José bajó la mirada y volvió a centrarse en el mapa. Arrubla señaló con un plumón las tierras de Roberto.



Otro mapa, señalando la misma zona, estaba extendido en el suelo. A su alrededor, Alma, Sofía, Johan, Noa y Byron, en la cueva y alumbrados por unas linternas, lo observaban con atención.

—Podríamos empezar por aquí. Pero no sé, esta es una zona muy grande —sugirió Johan.

El problema de empezar por ahí, según Alma, era que siempre estaba muy enmontado. Le daba miedo perderse. Byron tomó el mapa y señaló unos números al lado de la x.

—¿Qué es esto? —dijo, llamando la atención de los demás.

—Parecen coordenadas —se atrevió a decir Noa.

—¡Son coordenadas! ¡Necesitamos un GPS y vamos a la fija! —exclamó Sofía, segura de sí misma.

—¡Ah, no! ¿Y qué más quiere la niñita?

¿Un cohete? ¿De dónde carajos nos vamos a sacar un GPS, mano? —preguntó con ironía Johan.

—De un celular —respondió Sofía. —Y yo sé quién tiene el que necesitamos.

Todos la miraron sin entender exactamente a qué se refería.



En los jardines de la hacienda, Natalia, estaba recostada en un sofá de jardín,

conversando por su celular.

—Aquí para tener señal, literal, toca encaramarse a un árbol. Y el wifi es peor —dijo mientras confirmaba que aún tenía señal. —¿Aló? Sí, ya te oigo... Lo sé. Todos mis seguidores deben estar súper extrañados porque no he publicado nada.

Desde otro lado del jardín, Sofía, Alma, Noa, Byron y Johan la observaban con detenimiento.

—Se los dije —dijo Sofía en voz baja. — No se despegas del celular. Así que hay que estar pilas apenas lo suelte. ¿Están listos?

Los chicos asintieron.

—A mi señal.

Natalia, desprevenida, seguía hablando.

—Sí, apenas pueda publicar subo un reel muy cool que hice. Estoy segura de que va a ser súper trendy.

En ese momento, se oyó un grito agudo de dolor. Natalia se incorporó, extrañada y bajó la voz.

—...oye, oye, Piti. Te llamo ahora, ¿vale?

Natalia se levantó, con el celular en la mano, y se dio vuelta para mirar de dónde provenía el grito. Al ver a su hermana tirada en el piso, corrió a socorrerla y a ver qué le había sucedido.

—Me caí. Me duele. Me duele, creo que me partí el pie. ¡Ayúdeme!—se retorció Sofía, aparentando un terrible dolor.

Natalia, azarada, puso el celular en el piso y ayudó a Sofía a incorporarse. En ese instante, Alma se escabulló por detrás y se apoderó del celular. Natalia, al darse cuenta del movimiento, se volteó y dejó caer a Sofía.

—¡Oiga! ¡Mi celular! —exclamó.

Natalia intentó ir tras Alma, pero al ver a Noa, Johan y Byron, quienes hicieron su aparición, se detuvo. Se dio cuenta de que todo había sido una trampa.

—¿Qué es esto? —preguntó exaltada, mientras intentaba quitarle el celular a Alma.

Alma, viéndose perdida, le arrojó el aparato a Johan quien lo recibió en el aire.

—¡Nooooo! ¡Devuélvanmelo! —gritó Natalia. —¡Sofía!

Sofía se paró del suelo sin el más mínimo dolor y sonrió. Se excusó con su hermana, pero necesitaban el aparato por unas horas. Más tarde se lo devolverían. Natalia, al oír esto, reaccionó y tomó a Sofía por la camiseta.

—¡Me lo devuelve ya mismo o se va a arrepentir toda su vida!

Noa, al ver a la joven fuera de sí, intentó calmarla y le explicó que necesitaban el celular para encontrar una ubicación en el GPS. Natalia estaba perdida. No entendía a qué se referían. Ni siquiera sabía quiénes eran ellos. Sofía le pidió que no se preocupara. Ellos eran sus amigos y lo que decía Noa era cierto. Sólo necesitaban encontrar un punto de un mapa. Una vez lo hicieran, el aparato era todo de ella.

—¡Suéltelo que me lo va a desconfigurar! —reaccionó Natalia al ver que Johan miraba el celular embelesado.

Natalia intentó arrebatárselo de las manos, pero Johan le hizo el quite. La joven estaba realmente desesperada.

—¡Está bien! ¡Ustedes ganan! Yo los llevo hasta el sitio que están buscando, pero me lo devuelven ya mismo.

—¡Hecho! —dijo Sofía. —Johan...

—Lo primero que voy a hacer cuando encontremos esa plata, es comprarme una nave como esta —dijo Johan mirando el celular con nostalgia antes de devolverlo a su dueña.

—¿Cuál plata? —preguntó extrañada Natalia mientras revisaba que su apreciado “juguete” estuviera en buen estado.

—En el camino le cuento —dijo Sofía.



Un poco más tarde, Giovanni, en su bicicleta, avanzaba rápido, intentando ubicar a Alma. Al pasar, cerca de un par de campesinos, se detuvo y preguntó por su hermana. Uno de ellos, la había visto cerca al río. Giovanni se sorprendió. No entendía que estaría haciendo Alma por esos lados. Agradeció por el dato y continuó su camino. De repente, oyó el pito de una moto.

—¿Y vos qué, parece? —lo saludó Raúl. —Iba a buscarte. Ya te conseguí la cita con el propio.

—¿Me estás hablando en serio? —preguntó sorprendido Giovanni.

—Muy. Y te está esperando. Así que caminá, pues.

—Mierda. Pero es que ahora no puedo.

—¿Ya estás saliendo calceto, ome? —se molestó Raúl. — Qué te dije de lo importante que es...

—Ya sé, ya sé —lo interrumpió Giovanni—. Pero es que mi amita me pidió que buscara a mi hermana y...

—Almita ya está muy grande pa cuidarse sola y no necesita niño —le dijo cortante Raúl. —¿De verdad te vas a perder la oportunidad de tu vida, por culpa de esa güevonada? No jodás, parece.

Giovanni dudó por un instante. No sabía qué hacer. Pero Raúl insistente, lo convenció.

—Subite, pues, que uno no deja esperando a la gente importante.

—Yo te sigo en la cicla.

—¡Pffff! Dejá esa mierda ahí, que eso no sirve ni pa chatarra. Además, después del camellito, ya no la vas a necesitar.

Algo renuente, Giovanni dejó a un lado la bicicleta y se subió a la moto. Raúl, con una sonrisa triunfante en su rostro, arrancó levantando polvo. Había ganado esta vez y estaba satisfecho.



Por su lado, los chicos seguían caminando a paso firme. Byron y Johan llevaban un par de palas. Ambos estaban cansados, sudorosos. Natalia, por su parte, grababa todo lo que iba viendo.

—Estos paisajes en mis redes van a tener mil likes. Están geniales —dijo

—Se lo dije. Le convenía acompañarnos —intervino Sofía.

—Sí y no. Porque una cosa es ir a buscar una guaca, y otra muy diferente es tener que cargar con un muerto. No entiendo por qué no le avisaron a la policía —replicó la joven.

—Porque no se nos dio la gana avisarle a mi taita —dijo Johan.

Natalia se sorprendió. ¿Acaso su padre era policía? Johan asintió. Y le gustara o no, hasta que no encontraran la guaca, no iban a decir absolutamente nada. Natalia se encogió de hombros y siguió grabando. En ese momento, Noa se detuvo. Habían llegado al borde de un río caudaloso y no sabían por dónde seguir.

—¿Qué dice el GPS? —preguntó Sofía.

Natalia dejó de grabar para mirar el GPS. Si seguían río arriba, a unos 35 minutos, encontrarían un paso. Sofía no estaba de acuerdo. Era mucho tiempo. Propuso cruzar el río. Todos se miraron extrañados por la propuesta.

—¡Hústele! ¡Cómo se nota que es una nenita de ciudad! ¡Olvídelo! —dijo Johan, señalando el río. —Esto que ve ahí es de verdad, verdad. No es una película. Es traicionero, tiene remolinos y se lleva gente.

—Johan tiene razón —afirmó Noa.

Todos lo miraron extrañados. Era la primera vez en la vida que Noa le daba la razón a Johan.

—Tiene razón —continuó. —Aunque sea Johan. No nos vamos a arriesgar por media hora de diferencia. Yo la verdad, no tengo ganas de morir ahogado— a Sofía. — Lo siento, Sofi, pero la aventura no da para tanto.

Noa se dio media vuelta y empezó a caminar por el borde del río. Johan, Byron y Natalia lo siguieron.

—Yo sólo decía... —dijo Sofía avergonzada.

—Está bien. Pa la próxima y en un río menos caudaloso —la reconfortó Alma, abrazándola.

Las dos niñas se fueron juntas detrás de los demás.



Raúl y Giovanni se desviaron para tomar un camino destapado. Al fondo del camino, el jeep de Pote estaba estacionado. Raúl detuvo la moto al lado del auto. En el puesto del copiloto estaba Pote, a su lado un conductor y atrás otro hombre. Todos estaban vestidos de civil y parecían simples comerciantes de la zona. Raul y Giovanni se bajaron de la moto y se acercaron al Pote.

—Buenas, jefe. Aquí le traje a mi parcero, del que le hablé —Raúl saludó mientras empujaba suavemente a su amigo hacia adelante para que saludara.

Giovanny trató de mantener la calma y lo hizo de manera pausada. Se presentó educadamente. El Pote quería saber un poco más de él y cuáles eran sus expectativas y sueños. Giovanny no dudó en contarle que estaba buscando irse a la ciudad a estudiar.

—Ah, pues muy bueno —comentó el Pote con suspicacia. — Y ¿qué te detiene?

—Pues lo de siempre... plata —respondió Giovanny.

El Pote intercambió una mirada de complicidad con Raúl.

—¿Qué le dije? Este es el propio —afirmó Raúl.

—¿y sí sabes manejar? —le preguntó el Pote a Giovanny.

—Cómo no —respondió el joven ilusionado. —Yo aprendí desde los 12 y le manejo de todo.

—Este man es severo piloto. El más “flachs” de todos —aseguró Raúl.

—¿Y sí sabes de qué se trata el camello? —preguntó el jefe.

—El hombre ya está enterado, jefe —dijo Raúl.

—¿Y qué decis? ¿Te montás en el negocio?

Giovanny dudó por un momento y no dio una respuesta de inmediato. Ante la mirada de Raúl, el joven se sintió presionado. Sólo quería poder pensarlo un poco mejor.

—¿Qué vas a pensar? Si esta es una oportunidad ni la berraca. Con decirte que algunos de los pelados que me ayudan, ya tienen hasta carro y están a punto de comprar apartamento.

Al oír esto, a Giovanny se le iluminaron los ojos. El Pote aprovechó la debilidad del muchacho para seguir azuzándolo. Le aseguró que en unos seis meses, ya estaría en la ciudad estudiando. Giovanny no cabía de la emoción.

—Ahí te la suelto para que la cocinés. Eso sí, me tenés que avisar rápido porque hay más de uno detrás de ese puesto —le advirtió Pote.

Giovanny se comprometió a avisarle una vez tomara una decisión. El jeep arrancó y detrás en su moto, salió Raúl, después de despedirse de Giovanny. El muchacho sonrió. Su expresión denotaba que la tentación se había apoderado de él.



Media hora más tarde, los chicos seguían caminando. Ahora lo hacían por una zona rocosa. Se veían cansados, sudorosos y sedientos.

—¡Ya no puedo más! ¡Renuncio! —exclamó Natalia, jadeante.

—Ánimo que si yo puedo, todos pueden —la animó Byron y le mostró sus zapatos completamente destrozados por todas partes.

Natalia lo miró aterrada. No entendía cómo alguien podía caminar con unos zapatos en tan mal estado. Pero no dijo nada y siguió detrás de los demás. De repente, Johan, quien iba al final del grupo, se giró para ver hacia atrás. Se quedó quieto por un momento como si estuviera buscando a alguien.

—¿Qué pasa? —le preguntó Alma.

—Nada. Creí ver a alguien —respondió y siguió caminando, algo tenso y preocupado.

Se adentraron a la maleza. Caminaban con cuidado para no pegarse y rasguñarse con las ramas. Una vez más, Johan se detuvo.

—¡Silencio!

Todos se quedaron quietos.

—¿No oyen? —preguntó Johan, asustado.

Todos negaron. No habían oído nada.

—Estoy seguro de que oí algo. Como si alguien nos estuviera siguiendo.

Los chicos se alertaron y empezaron a buscar entre los arbustos. Pero no vieron nada.

—¿Vos sentís algo? —le preguntó Noa a Alma en voz baja.

Alma negó sin dejar de mirar para todos lados. Estaba inquieta.

—Aquí no hay nada, Johan. Deje la paranoia —replicó Natalia.

Todos rieron y continuaron. Pero Johan, preocupado, volvió a mirar hacia atrás.

Después de caminar por un rato más, finalmente, llegaron a una especie de montículo. Estaban agotados. Natalia se detuvo. Dio cinco pasos más. El sonido de una alarma irrumpió en la tranquilidad del monte.

—¡Llegamos! —exclamó emocionada.

Sofía corrió hacia donde estaba su hermana y miró la pantalla del celular. Era cierto. Habían llegado. Todos se miraron complacidos y emocionados. Byron y Johan, sin dudarle un segundo, empezaron a cavar. Noa, Alma y Sofía permanecían atentos. Su corazón latía a gran velocidad. Natalia, por el contrario, no parecía importarle gran cosa. Tomó su celular y retomó su grabación.

—¿Cómo van? Hoy les quiero mostrar unos paisajes, están geniales —dijo hablando a cámara y alejándose del grupo.

En ese momento, Johan, al sentir algo entre los matorrales, se detuvo y dejó la pala a un lado. Sobresaltado, volteó a mirar entre los arbustos.

—Yo creo que es el alma del muerto el que lo está siguiendo, Johan —se burló Noa.

—¡Calle la jeta, bicho, no sea pingo! ¡Y ayude! —arremetió el joven, mientras volvía a tomar la pala para seguir cavando.

De repente, entre la tierra, un pedazo de tela quedó al descubierto.

—¡Ahí hay algo! —gritó Sofía.

Byron y Johan, emocionados, cavaron con mayor velocidad. Una tula apareció antes sus ojos. Exaltados, dejaron las palas a un lado, y halaron con fuerza para lograr sacarla del hueco en el que había sido enterrada. La sacudieron y la pusieron en el suelo frente a los demás. Todos se miraron sin saber bien qué hacer. Pero Johan no dudó y con determinación buscó cómo abrirla.

Alma se agachó y en ese instante, una nueva visión pasó ante sus ojos. Un carrito -de los que se usan en las minas- avanzaba por un riel por los pasadizos de lo que parecía ser una mina de carbón. Esta imagen se diluía y en su reemplazo aparecían un sinnúmero de huesos. Luego oyó un derrumbe, seguido por el sonido de una

ráfaga de disparos.

Alma, sobresaltada, empezó a respirar de manera agitada.

—¿Qué pasó? ¿Qué viste? —le preguntó Noa en voz baja, al darse cuenta de lo sucedido con su amiga.

Alma, alarmada y muerta de pánico, abrió su boca para contarle, pero en ese mismo instante, un grito de Johan la interrumpió.

—¡No joda, mano! ¡Somos ricos!

Voltearon a mirar hacia la tula que dejaba ver que en su interior había una buena cantidad de billetes. Johan y Byron se abrazaron emocionados. Noa y Alma no podían creer lo que estaban viendo.

—Yo nunca había visto tanto billete junto —musitó Noa.

—Ni yo —dijo Alma con un hilo de voz.

Pero el momento de gloria de los chicos duró poco. Un grito desgarrador y aterrador, proveniente de la maleza, irrumpió el momento.

—¡Mi hermana! —exclamó Sofía.



Dentro de un camión que está detenido, David, sentado en una esquina, se mece angustiado, mientras los otros siete muchachos, impacientes, quieren saber qué pasa y por qué se detuvieron.

—De pronto están poniendo gasolina —dijo Wilson.

—Nos podrían decir. Me siento como ganado. ¡Qué mierda! —exclamó Charly.

David no aguanta más y se pone de pie. Trata de ir hacia la puerta, pero, al hacerlo, se tropieza con los demás, produciendo un fuerte descontento en el grupo. El jovencito intenta abrir la puerta del vehículo, pero está cerrada desde afuera.

—¡Tengo que salir! —gritó con desespero.

Wilson intenta calmarlo, pero David no le hace caso y sigue gritando.

—¡Tengo que salir!

Molesto, Michael lo empuja para que se siente. David, sintiéndose agredido le devuelve el empujón con fuerza, haciéndolo trastabillar y despertando su ira.

—¡Vea este!

Y sin medir las consecuencias, Michael se va de frente hacia el muchacho para darle una buena paliza. En ese momento, Wilson se interpone haciendo un llamado a la calma.

—¡Este imbécil me empujó! —dijo Michael con rabia.

—Y usted lo empujó primero —respondió Wilson.

Amable, se acerca a David, pidiéndole calma.

—Vamos a pedir que nos abran. ¿listo? —le dijo.

David, agitado, asiente obediente. Wilson va hacia la puerta y empieza a gritar y a golpear.

—¡¡¡Abran!!!

En el exterior, Perla -más joven- sale de la tienda con un par de bolsas en la mano en las que se alcanzan a ver varios panes y un salchichón. Se acerca a Ever para entregarle el pedido, pero éste le hace una seña para que se lo dé al uniformado que lo acompaña y le sirve de escolta.

—Faltan las gaseosas que están en la canasta —le advirtió Perla.

El uniformado asiente con un gesto, sin decir ni una palabra. Ever saca un fajo de billetes de su bolsillo y le entrega unos cuantos, a Perla, quien los cuenta rápidamente. Intrigada y algo prevenida, regresa a la tienda mirándolos de reojo. Ever y el uniformado se acercan a otros miembros del ejército y reparten la comida y la bebida entre los soldados.

—Tanqueen, que lo que falta es duro —les advirtió Ever.

En ese instante, los golpes y los gritos ahogados provenientes del camión llegan hasta ellos. Los soldados se ponen en guardia. Ever los tranquiliza con un par de gestos, les pide que permanezcan atentos, va hacia el camión y abre la puerta.

—¿Qué es el escándalo?

—Que estamos mamados. Necesitamos salir —respondió Wilson.

—Sí, a estirar las patas. Ni que fuéramos vacas, hermano —intervino Charly.

David se mueve como si tuviera una urgencia, pero Ever lo ignora. Los tranquiliza y les asegura que en un minuto vuelven a arrancar. Igual no falta mucho para llegar. Cuando va a volver a cerrar la puerta, David intenta adelantarse.

—Parce, espere que este man tiene como afán —advirtió Wilson.

—Que se aguante 5 minutos —dijo Ever. —Y no me vayan a empuercar el camión, que en serio no son animales.

Ever cierra la puerta, mientras que David se abalanza sobre ella.

—¡Quiero salir! ¡quiero salir! —volvió a gritar.

En ese instante, el camión arranca nuevamente y, por el brusco movimiento, David pierde el equilibrio y cae al piso. Wilson lo ayuda a incorporarse, pero descubre que el joven tiene el pantalón mojado. No aguantó más y se orino. Los demás lo miran extrañados y con un evidente asco en sus rostros.





CAPÍTULO 3

- SECRETOS -

—¡Llegamos! —exclamó Natalia emocionada.

Sofía corrió hacia donde estaba su hermana y miró la pantalla del celular. Era cierto. Habían llegado. Todos se miraron complacidos y emocionados. Byron y Johan, sin dudarle un segundo, empezaron a cavar. Noa, Alma y Sofía permanecían atentos. Su corazón latía a gran velocidad. Natalia, por el contrario, no parecía importarle gran cosa. Tomó su celular y retomó su grabación.

—¿Cómo van? Hoy les quiero mostrar unos paisajes, están geniales —dijo hablando a cámara y alejándose del grupo.

La joven caminó adentrándose entre los matorrales.

—Esta región es espectacular y hoy van a conocerla conmigo —continuó a cámara.

De repente, oyó un ruido. Se detuvo, asustada y esperó unos segundos, atenta. Pero al no volver a oír nada, retomó su grabación.

—Los paisajes son algo único que...

En ese momento, Giovanni cayó en medio de unos matorrales. Por estar viendo a la joven, se enredó con una piedra y perdió el equilibrio. Al verlo, Natalia, sobresaltada, gritó y empezó a caminar hacia atrás, asustada.

—Espere, espere —se excusó Giovanni, mientras se ponía de pie. — ¡Qué pena! No la quería asustar. Es que mi amá me mandó a seguir a alma y...

Mientras que Giovanni se excusaba, Natalia, al caminar hacia atrás, se tropezó con una rama. Para evitar caerse apoyó su mano en un árbol, con tan mala suerte, que lo hizo encima de un alacrán. Volvió a gritar de manera desgarradora.

—¡Me picó, me picó! —se tomó la mano, muy adolorida. —¡Por su culpa!

Giovanny miró a todos lados, intentando entender qué era lo que le había pasado a la joven. En ese momento, llegaron corriendo los demás.

—¿Qué le pasó? —preguntó Sofía angustiada.

Giovanny señaló hacia un alacrán.

—¡Ah, juemadre! Fue un alacrán —exclamó.

Todos voltearon a mirar hacia donde señaló Giovanny. Un pequeño alacrán se escabullía entre las rocas. En ese instante, Alma cayó en cuenta de la presencia de su hermano. No entendía qué hacía ahí. Giovanny, sin saber bien qué decir, mintió.

—Pues... quería saber en qué andaban.

—¿Vos eras el que nos estaba siguiendo? —preguntó Byron.

—Por su... culpa... me asustó... y... —Natalia intentó acusarlo, pero su respiración era entrecortada y prácticamente no podía hablar.

Sofía, angustiada, le pidió a su hermana de que no hablara pues se podía poner peor. ¡Tenían que llevarla al hospital! Natalia era alérgica.

—¿Y qué hacemos con la plata? —preguntó inocente Byron.

—¿Cuál plata? —indagó Giovanny extrañado.

Johan fulminó con la mirada a Byron por su extrema imprudencia.

—Calle esa jeta, mano. Usted si es mucho lo caído del zarzo, no joda.

Giovanny, impaciente, les pidió que hablaran. Pero Alma, se negó. No era el momento. Le pidió a Johan y a Byron que se encargaran de la tula, no sin antes advertirles que no se podían quedar con nada. Y a Natalia había que llevarla a su casa. Para que la viera su “amita” pues ella sabía qué hacer con ese tipo de picaduras.

—¡Ol... ví... denlo... lo que... nece... sito... es un médi... co... de verdad! —suplicó Natalia, con voz entrecortada—. Esto... me duele... mucho...

—No se afane que es peor —intentó tranquilizarla Giovanny.

—Como a usted... no... le está... doliendo... no le importa... —replicó Natalia

—¡Claro que me importa! —dijo el joven con ímpetu.

Natalia, ante la reacción de Giovanny, prefirió callar. Giovanny la tomó del brazo y lo pasó sobre su hombro para alzarla.

—Camine a ver y confíe en mí. Solo si quiere, claro.

Natalia no tenía opción diferente a asentir y confiar. Giovanny la alzó y todos se fueron a prisa, antes de que fuera demasiado tarde.



Perla, sentada frente a la consola, le había cedido el micrófono a Bertha -una de las mujeres que estaba en la tienda-. Flor -otra de las amigas de Perla-, Ruby y Josefina -una mujer chocona vestida de manera colorida-, estaban sentadas alrededor de la consola, escuchando la transmisión.

—...y ya saben... los esperamos en el bazar, pa que nos compren esos productos tan bonitos que hemos hecho con nuestras propias manos —dijo Bertha, sonriendo.

—Josefina tejió unas cestas que se las van a quitar de las manos.

—Gracias a Bertha —tomó el micrófono Perla. Luego se volteó hacia Josefina. —y a Josefina, la mejor tejedora chocoana que hay en esta zona, y que está aquí con nosotras. Allá los esperamos y les recuerdo, todo lo que compren y lo que recolectemos en el bingo lo vamos a destinar a hacer más grande esta emisora. La emisora de ustedes, de las mujeres.

Ruby la miró con mucha preocupación.

—Para que podamos decir lo que pensamos, sentirnos acompañadas y respaldadas y, sobre todo, evitar volver a caer en lo mismo —continuó—. Es importante no repetir, para poder volver a construir y seguir adelante. y los dejo con un hermoso bolero lleno de sentimiento y de ritmo. Ya volvemos en su emisora “Dilo Fuerte”.

Perla puso el bolero y felicitó a Bertha por sus dotes de locutora. Se veía mucho más animada y hasta optimista y estaba segura de que iban a recoger mucha plata para poder cambiar la consola, e incluso, los micrófonos.

—Pues ojalá y así sea —dijo Ruby, preocupada.

—Pero con esa actitud no vamos a hacer nada —le reprochó Perla.

—No es cuestión de actitud, Perla. Es que vos sos la única que nos lanza el balbuceo de agua contándonos que te dejaron un panfleto amenazándote, y querés que después estemos como si nada.

Flor le dio la razón a Ruby y le confesó a Perla que ella estaba realmente asustada con lo que había pasado.

—Dejen la alharaca que aquí no ha pasado nada. Fue sólo un panfleto, no más —aseguró Perla.

—¿Y te parece poco? Esas amenazas raras veces se quedan solo en eso y te lo digo por experiencia propia. YO no sé, Perla, pero yo de vos, paraba un rato con la emisora. Estás dando mucha papaya, amiga —le advirtió Ruby.

—¿Y botar a la basura lo que hemos construido? No, señora. Nosotros somos la voz de las mujeres de esta zona, y sin esta emisora están condenadas a comer callao. Mirá que muchas se nos han acercado y se han animado a denunciar. Eso es importante.

—Yo sé, pero esta gente no juega. Acordate de tu hija y de Byron —insistió Ruby.

—Créeme, Ruby, que si no fuera por ellos, ya habría hecho la denuncia por radio de esta bendita amenaza —dijo con tristeza. —No sabés cómo se me parte el alma cada vez que veo a ese pobre pelado vivir muerto de miedo, y pensando que va a repetir lo mismo que le pasó allá en el pueblo donde vivía.

—Por eso mismo, vos lo has dicho.

—Yo no quiero que les pase nada. Pero tampoco quiero que sigan creciendo con miedo. Ni ellos, ni nadie. Lo que dije ahora es cierto, no podemos seguir viviendo lo mismo. Y por eso tengo que seguir. Porque esa gente lo que busca es justo eso. Que me aculille y me quede callada. Pero no les voy a dar el gusto. Eso es lo mismo que estar muerto —concluyó decidida.

Las mujeres se miraron entre sí. Su preocupación era evidente, pero sabían que era imposible convencer a Perla de que desistiera de seguir adelante.



Giovanny, a paso rápido y mientras se acercaba a su casa, cargaba a Natalia, quien, cada vez, respiraba peor. Sofía caminaba a su lado, acompañada de Noa y de Alma. Más atrás, Johan y Byron traían la tula con la plata. Giovanny ya se había enterado de todo lo sucedido y estaba muy molesto por las decisiones que habían tomado los chicos.

—Son una partida de güevones. ¿Acaso no pensaron en el problema tan berraco en el que podían meterse?

—Ya nos metimos —dijo Alma.

Y aunque la discusión iba para largo, ya habían llegado a la casa y ambos sabían que era mejor callar y posponerla para después. Alma abrió la puerta y llamó a su abuela, mientras que Giovanny entró con Natalia seguido por Sofía y Noa. Byron y Johan iban a entrar, pero Alma les cortó el paso.

—Esperen, ¿pa' dónde creen que van? —les dijo. Luego les habló con sarcasmo. —¿De verdad piensan que voy a darles una limonadita mientras cuentan el billete delante de mi abuela?

—Pues, está haciendo sed y... —comentó Byron antes de ser interrumpido por la chica.

—Deje de ser tan bobo, Byron, y váyanse pa'trás, que ahora nos vemos. Y pilas ahí. Que nadie los vea con esa tula.

Johan y Byron asintieron y se fueron para atrás. Alma entró a la casa corriendo.

En el interior, Giovanny estaba terminando de acomodar a Natalia en un viejo sofá. Noa y Sofía permanecían atentos y Alma se acercó afanada. La abuela, ante el llamado de Alma, salió de su cuarto.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanta gritería?

Sofía le contó lo que estaba sucediendo. A su hermana, la había picado un alacrán. La abuela se acercó a la joven y examinó la picadura. Natalia estaba cada vez más ahogada, pálida, a punta de perder el conocimiento.

—A esta niña se le está cerrando la tráquea —vaticinó la abuela.

—Amita ayúdela. Póngale una de esas hierbas que usted sabe —le pidió afanada.

—¿Ya se da cuenta de que nuestro saber sí es importante? ¿Cuántas veces le he dicho que aprenda?

Alma bajó la cabeza, avergonzada. La abuela pidió unas hojas de ortiga y su pipa. Alma corrió hacia la huerta, arrancó unas cuantas hojas, tomó la pipa que estaba sobre una mesa y se le entregó todo a la abuela, que estaba terminando de hacer un embudo con una hoja de papel.

—¡Tenemos que ir al hospital! ¡La tiene que ver un médico! —digo, angustiada Sofía.

—No hay tiempo. Toca hacerlo acá —aseguró la abuela.

La mujer tomó las hojas y las empezó a machacar, para ponerlas en la pipa. Sofía estalló en llanto, supremamente angustiada. Noa, al verla tan mal, la abrazó con fuerza.



—Marina, llámeme a las niñas, ¡que bajen! —ordenó Roberto mientras entraba a la casa con un par de paquetes que parecían regalos.

Marina, una de las empleadas, de la hacienda, con temor y respeto, le informó que las niñas habían salido hace rato. Roberto se sorprendió y llamó, de inmediato, a Emeterio. Segundos después, con pánico, Emeterio se presentó en el lugar.

—Mande, patrón.

—¿Usted por qué no está con mis hijas?

—Yo las dejé aquí en la casa —respondió con mucho miedo.

—Pero aquí no están... —dijo Roberto molesto —y precisamente ese es su trabajo, saber dónde están, seguirlas como una sombra.

Emeterio bajó la mirada.

—¡No entiendo cómo a un tipo hecho y derecho, entrenado como usted, se les vuelan un par de culicagadas! Me las encuentran ya, o aquí van a volar cabezas.

Emeterio asintió y apretando mandíbula salió corriendo a buscarlas.



Mientras tanto, en casa de Alma, Natalia estaba cada vez más mal. Prácticamente, ya no podía respirar. La abuela, sin dudarlo, prendió la pipa, ante el desconcierto de Sofía y de Noa.

—¿Qué hace? —preguntó alarmada Sofía. —¡Mi hermana no fuma!

—Confía, mi amita sabe lo que hace —le aseguró Alma, mientras miraba a su abuela confiada en sus capacidades.

—La ortiga ayuda a desinflamar las vías respiratorias —le explicó la abuela a Sofía.

Luego le entregó un embudo de papel a Alma y le pidió que se lo pusiera cerca de la cara a Natalia. Que le cubriera nariz y boca. Alma, de inmediato, hizo lo que su abuela le ordenaba, mientras que ésta aspiró un poco de la ortiga que estaba en la pipa, para luego botal el humo por el embudo.

—¡Respire, respire profundo! — le pidió a Natalia.

Natalia inhaló el humo y al hacerlo, empezó a calmarse y a respirar mejor. La abuela hizo nuevamente todo el proceso y le pidió a la joven que inhalara una vez más. Al verla mejor, le pidió a Alma que retirara el embudo.

—Muy bien, hija —le dijo satisfecha.

Alma sonrió orgullosa.

—Gracias —dijo Natalia más calmada, pero aun respirando agitada. —Pero mi mano... me duele...

La abuela le examinó la mano. Era una picadura leve.

—Vaya y me trae unas compresas, son esas telas que tengo al lado de mis reme-

dios —le pidió a su nieta. —Y también albahaca que es la hierba perfumada, y el agua hervida que tengo en la estufa.

Alma se fue a la cocina. En ese momento, Natalia se volteó, disimuladamente, y se quedó mirando intensamente a Giovanni. Sonrió y su rostro se alcanzó a ruborizar levemente. Era evidente que el muchacho no le era indiferente. Noa, quien no perdía detalle de nada, se dio cuenta y, con picardía, codeó a Sofía.

—Mirá cómo lo mira.

Sofía contuvo la risa, pero Natalia se dio cuenta y arremetió en contra de los chicos, molesta.

—¿Y ustedes qué? En lugar de estar ahí como morsas de circo, deberían ayudar.

—Lo que deberían es decirme qué estaban haciendo en el monte —dijo la abuela, y se volteó a hablarles a Natalia y a Sofía. —Ustedes saben que no deben alejarse de la casa, por eso les pasan estas cosas.

En ese instante, Alma regresó con las compresas y una olla con agua caliente y se las entregó a la abuela. La anciana mojó las compresas, trituro la albahaca y se las puso en la mano a Natalia, quien se quejó.

—Ya, ya, con esto le va a pasar la hinchazón —aseguró la abuela. —Aprenda, hija.

La abuela se volteó a mirar a Alma con mucha seriedad.

—Y de paso, cuénteme qué hacían en el monte.

Alma, angustiada, miró a los demás. Se sintió acorralada y lo único que se le ocurrió decir es que estaban buscando unas plantas para una tarea. Noa se apresuró a confirmarlo, asegurando que era una tarea bien complicada. La abuela, con duda, miró a Giovanni esperando que le dijera la verdad. El joven dudó un instante, pero finalmente apoyó la mentira.

—En esas estaban cuando los encontré —aseguró.

Los chicos descansaron al unísono. La abuela, suspicaz, no dijo nada, pero miró fijamente a Sofía y a Natalia.

—¿Y ustedes dos? ¿No se supone que están en vacaciones? ¿O también estaban haciendo la tarea? —les preguntó.

—Sí... digo, no... nosotras... —vaciló Sofía.

—Nosotras fuimos porque quisimos —intervino Natalia. —A veces nos aburrimos en la casa.

—Espero que me estén diciendo la verdad—advirtió la abuela con mucha seriedad.

—Porque, más temprano que tarde, me voy a enterar si no lo están haciendo.

Alma resintió el comentario e, instintivamente, bajó la cabeza sintiéndose acusada.

—Esta vez tuvieron suerte —continuó la abuela. — Pero la próxima... Nunca se sabe qué pueda pasar.

Todos permanecieron unos segundos en silencio. La abuela pasó su mirada por cada uno de ellos y luego se concentró en Natalia.

—Salgan, tengo que terminar de curarla.

Noa, Alma y Sofía intercambiaron una mirada con Giovanni y Natalia y salieron.

La culpa se había apoderado de los chicos.

En un lugar apartado, Johan y Byron estaban terminando de armar unos montoncitos con los billetes de la tula.

—Se lo dije, mano. Yo tenía razón. Esto es de una guaca guerrillera. ¡Pa' dios que sí! —exclamó Johan, mientras se frotaba las manos. —Aquí hay como 3 palos.

—¿Cuánto fue que dijimos pa cada uno? —preguntó Byron mientras veía cómo Johan empezaba a quitarle plata a uno de los montoncitos. —¿Y vos qué estás haciendo?

—El bicho raro me debe unas cuantas.

—Pero quedamos que todos nos repartíamos por partes iguales.

—De malas, me las tengo que cobrar —respondió Johan intimidante.

Byron negó con un gesto en señal de desaprobación. Pero antes de que pudiera decir algo, irrumpieron en el lugar Alma, Noa y Sofía.

—¿Y? ¿Encontraron algo que nos dé pistas de quién es el muerto? —preguntó Alma muy seria.

Johan y Byron negaron, ante la frustración de la niña.

—¿Y entonces? —preguntó Johan con burla. —¿Sí hay posibilidades de que su hermana se salve?

—No, pues, tan chistoso— respondió Sofía. — ¿Sabe qué? La abuela de alma tiene razón. Esta vez la sacamos barata, pero nos hubiera podido pasar algo peor. Deberíamos contar todo. Empezando por el muerto.

—Sí. Mi amita, como buena taita, se está oliendo que estamos escondiendo algo —aseguró Alma.

—¿Cómo buena qué? —preguntó, confundido, Byron.

Alma le explicó que un “taita” era la manera cómo le decía a los líderes espirituales de su pueblo. Los “taitas” sólo podían ser hombres, pero la abuela era la “taita” de su casa: la que tenía relación con los espíritus y la que sabía curar. Mejor dicho, una especie de chamán que siempre veía más allá de lo evidente. Al oír esto, Johan se impuso.

—Dejen de decir tanta bobada, que sea como sea, aquí todo el mundo con la jetica callada.

Johan repartió los montoncitos de billetes y le pasó, uno a uno, a Alma y a Sofía. Uno para ellas, otro para sus hermanos. Finalmente, tomó otro montoncito y, por un instante, dudó en dárselo a Noa. Pero Byron, incómodo, se lo rapó y se lo entregó al muchacho.

—Yo no quiero esta plata —dijo Noa. —Todo esto está muy raro y no quiero meterme en problemas.

—Pffff... ¿ya se arrugó, bicho? — preguntó Johan. —Pues, si no la quiere, pásela que yo sí la necesito.

Johan le iba a rapar el montoncito, pero Alma se interpuso. Alma miró a Noa y le sonrió.

—Pensalo bien, puede servirle a tu mamá —le dijo. —Ella quiere estudiar, ¿no? Noa asintió pensativo.

—Guardala. Y después mirás qué hacés con eso —concluyó Alma.

—Esa joda —dijo Johan, mientras se ponía el morral al hombro. —Nos vemos luego.

Al verlo irse, Alma lo detuvo. No se podía llevar el morral. Pero Johan fue categórico. Alguien lo tenía que cuidar y, quisieran o no, estaban juntos en eso. Él cumpliría su palabra y mañana los esperaba a medio día detrás de la escuela para ver qué hacían con la segunda equis. Y sin decir más, dio media vuelta y se fue seguido por Byron. Los demás se quedaron mirándolos con duda.

—¿Será que los seguimos? —preguntó Sofía.

—No creo que tenga la berraquera para irse de noche al segundo punto —negó Noa. —Mañana lo buscamos temprano.

Los tres chicos se giraron para regresar a la casa, cuando oyeron la voz de Roberto que gritaba furioso.

—¿Qué le pasó a mi hija?

Al oírlo, Noa, Alma y Sofía, rápidamente guardaron la plata y regresaron a la casa.

En el interior de la casa, Roberto vociferaba furioso frente a su hija, la abuela, Giovanni y Abelardo.

—¿Cómo así que te picó un alacrán, Natalia? ¿Dónde carajos estaban metidos?

—Salimos a dar una vuelta —se excusó la joven.

—Ustedes saben que no pueden salir sin seguridad —advirtió Roberto, furioso. —Tuve que levantar esta hacienda para encontrarlas —miró a Giovanni. — ¿Y usted no que tan inteligente, tan gallito? Eso es lo que dice su papá, pero haciendo estas güevonadas lo único que demuestra es que no sirve ni para peón de una finca. ¡Si algo le pasa a mi hija es su culpa!

Giovanni trató de defenderse, pero los nervios le jugaron una mala pasada y no le salieron las palabras. Buscó apoyo en su padre, pero lo único que encontró fue otro regaño.

—¡Don Roberto tiene razón! Usted es el mayor acá. ¡Debió haber avisado apenas pasó el accidente! ¡Piense! —lo recriminó Abelardo.

Giovanni, frustrado y sintiéndose abandonado, miró con rabia a su padre y prefirió no decir una palabra más. Natalia intentó decir algo a favor de Giovanni, pero Roberto arremetió en contra de Abelardo.

—Y usted, controle a sus hijos. Yo no le pago para que me dé problemas.

Abelardo se excusó en el mismo momento en el que Noa, Alma y Sofía se asomaron por la puerta, callados, tensos.

—Llévela a la casa —le ordenó Roberto a Giovanni, y luego volteó a mirar a sus dos hijas. —No quiero verlas a ninguna de las dos lejos de la hacienda, ¿entendieron? ¡Y te quedas quieta Natalia! Por lo menos hasta que se baje la hinchazón.

Natalia y Sofía asintieron asustadas.

—¡Camine, Abelardo! —continuó Roberto. —Que quiero ir hasta La Aurora antes de que nos caiga la noche.

Roberto salió de la casa como una tromba.

—Llévela. Y cuidadito la siguen cagando —le advirtió Abelardo a Giovanni mientras se ponía el sombrero.

Cuando Abelardo salió, Giovanni respiró profundo. Se estaba comiendo la ira que sentía por dentro.

—Yo no quiero terminar como mi papá —dijo en voz baja. —¡Pisoteado y humillado por ese man! ¡Yo me tengo que largar de esta maldita finca!

—Cuidado, mijo, con lo que dice. Ya sabe... las palabras tienen poder. ¡Mucho poder! —le advirtió la abuela.

Giovanni bajó la mirada. Sabía que su abuela tenía razón, pero le costaba contener la rabia. Con molestia, se acercó a Natalia.

—Camine a ver y las acompaño —le dijo. — Para que después no venga su papá a decir que por mi culpa se volvieron a perder.

Giovanni ayudó a Natalia a levantarse y salieron seguidos de los demás. La abuela se quedó mirándolos preocupada y llena de dudas e inquietudes.



Horas más tarde, Giovanni, Natalia, Alma, Sofía y Noa, conversaban en voz baja en los jardines de la hacienda, mientras que los dos mayores recibían la parte de la plata que les correspondía. Estaban muy atentos a que nadie se acercara o los escuchara.

—¿Y en el mapa dice que hay más puntos con billete? —preguntó Giovanni.

—Eso es lo que creemos —respondió Noa.

—Tome. Yo no necesito esto. Es su pago por ayudarme —le dijo Natalia a Giovanni, con cierto desprecio, una vez terminó de contar la plata.

Giovanni, ofendido, se negó a recibir el dinero. No lo necesitaba. Pero Natalia creía lo contrario. Si estaba preguntando por el otro punto, perecería que estaba muy necesitado. La actitud de los muchachos tensionó el ambiente.

—Si vos no la querés, Giovanni, yo sí la necesito —dijo Alma, intentando relajar el ambiente.

Noa la miró extrañado. No esperaba ese asomo de avaricia por parte de su amiga.

—Quiero comprarle un regalo a mi amá y a mi amita, y saber quién es finalmente ese muerto. Y para eso necesito billete —se excusó la niña.

—Tal vez en el segundo punto hay información —dijo Giovanni.

—Eso creímos del primero, y vea... nada —comentó Sofía.

—Bueno. No se pierde nada con intentar —concluyó Giovanni.

—¿Al fin qué, Giovanni, quiere información o plata? —preguntó con cierta sorna Natalia.

—Las dos cosas. Quiero saber de quién es esta plata —respondió mirando a Alma—. Y para eso no necesitás billete. En cambio, yo sí necesito. Y mucho.

Giovanni le quitó la plata a Natalia y sonrió de manera socarrona.

—Hablamos mañana a ver qué hacemos —concluyó.

Se despidió de Natalia deseándole pronta mejoría y apuró a su hermana y a Noa pues no quería volverse a topar con Roberto. Al quedarse a solas, Sofía, con picardía, se atrevió a preguntarle a su hermana.

—Le gusta, ¿cierto?

—¿Cómo se le ocurre que me va a gustar un man como ese? —negó Natalia y empezó a caminar lentamente hacia la casa.

Por el tono en el que respondió y su actitud a la defensiva, era claro que estaba mintiendo. Sofía respiró hondo y sonrió. Sabía que, a su hermana, ese joven campesino, le quitaba el sueño.



Al caer la noche, Perla, sentada frente a su consola, le hablaba a su público a través del micrófono de la emisora.

—Los golpes dejan rastros visibles, que tratamos de esconder por vergüenza. Pero no hay que sentir vergüenza. Que esa la sientan los agresores, esos que no solo nos lastiman con sus puños, también con sus palabras. Que nos hacen sentir chiquiticas, que no valemos nada. Yo sé que muchas de ustedes han sentido eso y no saben con quién hablarlo, a quién pedirle ayuda.

En ese instante, se oyeron golpes a la puerta. Perla, sobresaltada, miró con recelo hacia el exterior. Se levantó, asustada, sin dejar de hablar al micrófono.

—Porque da miedo. Claro que da.

Se acercó a la puerta y abrió con cautela. Al ver a Byron, con un plato de comida en la mano, respiró profundo y sonrió. Tomó el plato, agradeció con un gesto y siguió hablando.

—Pero para esto estamos aquí, para escucharnos, para darnos la mano. Recuerden, no están solas.

Byron se quedó mirándola con inmenso orgullo.

Mientras tanto, Johan, en su cuarto, sobre el cuaderno de dibujo, abierto en la imagen de la cueva, contaba la plata y revisaba el mapa. De repente, se oyó el sonido de una puerta cerrarse, seguida de la voz de José.

—¡Llegué! —anunció el policía.

De inmediato, Johan guardó todo en el morral y lo puso debajo de la cama. Se recostó en la almohada y cerró los ojos haciéndose el dormido.

Quien sí dormía era Alma. La niña descansaba plácidamente, mientras que, en la cama del lado, Giovanni contaba la plata. No podía dejar de pensar en Natalia. Recordó el momento en el que se cayó, cuando la cargó, cuando él le quitó la plata. Giovanni negó con un gesto, intentando alejar ese recuerdo que tanto le incomodaba. Estaba empezando a esconder lo que sentía por puro y legítimo miedo.

Y otro que escondía lo que sentía, pero no por miedo sino por necesidad, era Byron. El jovencito, en su modesta habitación, contaba la plata sobre la cama, ha-

ciendo tres montoncitos. Se veía ilusionado. Como si ese dinero le fuera a devolver algo de esperanza en su vida.

En cambio, Sofía, parecía estar perdiendo toda esperanza. La niña continuó leyendo el diario de Camila descubriendo lo que por tantos años le ocultaron y ahora le estaba generando una herida profunda. Se limpió las lágrimas y siguió leyendo, invadida de dudas y llena de preguntas.

Natalia, por su parte, estaba concentrada en su celular, chateando. Pero al hacerlo, le dolía la mano por la picadura. Resentida, se quedó mirándola por un instante. Al hacerlo, recordó el instante en el que Giovanni le dio la mano para ayudarla a levantar. La joven, asqueada, desestimó el recuerdo. Prefirió retomar su chat y negarse lo que realmente estaba sintiendo; así, en el fondo, terminaría haciéndose daño a sí misma.

Mientras tanto, Noa, en su cama, miraba con recelo la plata. Respiró hondo, negó con un gesto y la metió debajo de una tabla del piso. Al hacerlo se quedó pensando. Era como si al meter esa plata bajo tierra estuviera enterrando la verdad. Esa verdad que tanto le dolía.



Era un domingo como cualquier otro en el pueblo. Había cierto movimiento en las calles, pero, sin duda, estaban más tranquila y sosegadas que los días entre semana; los vecinos se cruzaban y se saludaban con amabilidad; algunos salían de misa o iban al mercado de la plaza, o compraban algún antojo de fruta a los vendedores de las carretillas.

De una de las tiendas de la zona comercial del lugar, salieron Johan y Byron. Johan con una bicicleta nueva, el morral en su hombro y una pequeña bolsa. Byron también con bolsa en su mano.

—¡Está bien bacana! —admiró Byron la bicicleta.

—Con esto nadie me va a alcanzar, voy a ser el “Nayron” del pueblo —aseguró Johan.

—Déjame ver el celular.

Johan sacó un celular de una bolsa y se lo mostró a su amigo.

—Uy. Mucho aparato.

—¡Dígame! Aunque yo quería uno más engallado, pero bueno. Tocó este por ahora. ¿Y usted qué compró?

Byron sacó de una bolsa un par de tenis nuevos. Con una sonrisa, los olió una y otra vez. Le encantaba el olor a nuevo. Sentía como si se transportara a una dimensión paralela, en donde había abundancia y era feliz. Johan se divertía con las ocurrencias de Byron.

—¿Y sólo compró esos tenis? —le preguntó.

Byron asintió mientras se sentó en el andén a ponerse sus zapatos. Quería mandarle un giro a su madre y ayudar a su tía con los gastos de la casa.

—Por eso no se preocupe, mano, que estoy seguro de que en el segundo punto del mapa hay más plata —aseguró Johan. —Va a ver que después de que encontremos ese punto se va a poder comprar jijuemil zapatos. Y hasta una pinta bien refina, bien recherché.

Byron calló por un instante. Su rostro se ensombreció y se quedó pensativo.

—¿Y ahora qué fue, mano? ¡La idea es celebrar que vamos a ser millonarios, no hacer cara de toche! —dijo Johan.

—Eso es lo que me asusta. ¿No creés que estás dando mucha boleta con esa cicla? Johan desestimó con un gesto.

—No me estirés el pico que es cierto. ¿Vos pensaste qué le vas a decir a tu papá cuando te vea en semejante nave? Yo ni sé qué decirle a mi tía.

—Qué joda con usted, no le tiene que decir nada. Apenas vea la plata, va a ser tanta la dicha que ni va a preguntar. Pero con mi taita sí voy a pasar aceite. Como se cree investigador.

Johan se quedó pensando por un momento. Luego negó convencido.

—Qué va. Cuando me pregunte: “¿De dónde sacó eso Johan?” —dijo imitando a su padre, —algo me invento.

Johan se quitó la gorra, la guardó en el morral y continuó divertido.

—Camine y lo invito a mi casa a ver si echamos mecato. Pero vámonos por toda la calle. Pa que todo el pueblo vea quién es el dueño de esta belleza.

—Más bien por la sombrita. Pa no boletearnos tanto.

Johan se rio sin hacerle caso a su amigo. Se montó en la bicicleta y avanzó un poco. Luego regresó y dio una vuelta alrededor de Byron.

—¡Mamacita! —exclamó refiriéndose a la cicla. —Un día de estos se la presto. Pero ojo con írmela a rayar.

Byron sonrió y juntos emprendieron camino hacia la casa de Johan.



En su cuarto, Marcela se acercó a la cómoda y volvió a hacer todo el cambio de la tarjeta SIM del celular. Al terminar, marcó un número. Esperó con ansias, por unos instantes, a que le contestaran. Al oír una voz al otro lado de la línea, descansó.

—Quiubo. ¿Cómo va todo?

Ana María, con traje de bioseguridad y tapabocas excavaba, en compañía de otras personas, en una nueva zona demarcada con cinta.

—Bien, ¿usted? ¿Pudo averiguar algo más? —contestó a través de un manos-libres.

—Nada, los muchachos están muy herméticos. Voy a aprovechar el fin de semana a ver si puedo hablar con los papás —contó Marcela.

—Me cuenta.

—Sí, claro, solamente quería informarle que estoy bien —hizo una breve pausa, y bajó la cabeza. —Y, ¿sabe una cosa? Tengo miedo. Por primera vez, desde que empe-

cé con esto, siento que puede haber algo de verdad. Pero me aterra pensar con qué me puedo encontrar.

—Siempre es mejor saber —dijo con mucha seguridad Ana María.

Marcela asintió. Ella también lo sabía. Le agradeció por oírla y quedó en llamarla de nuevo en la noche. Luego colgó. Un halo de tristeza y misterio recayó sobre ella.



Camocho, en el suelo de la cocina, arreglaba la bisagra de un mueble de la cocina. Noa, listo para salir, pasó por su lado.

—Uy... ¿y eso qué fue que te dignaste a aparecer?

Noa lo saludó con sequedad.

—Hoy sí me vas a ayudar te guste o no. Vení. Fijate cómo es la vuelta.

Noa, nervioso, se acercó. Camocho no entendía por qué esperaban a que él viniera para hacer esos arreglos. Noa ya tenía edad para hacerlo. Él a los seis años, ya desbarataba un triciclo y lo volvía bicicleta.

—Pasáme la herramienta —pidió Camocho.

Ruby, quien venía del interior, entró a la cocina y tomó un canasto, lista para salir. Noa la miró con angustia, como si gritara por ayuda. Pero Ruby le sonrió y le picó el ojo, dándole ánimo. Noa miró las herramientas que estaba regadas en el piso, alrededor de Camocho. No sabía cuál era la correcta.

—No sé cuál... —dijo con un hilo de voz.

—Pensá hombre, no me contestés no sé.

Noa volvió a mirar las herramientas, pero realmente, no sabía cuál elegir. Su mente se había nublado y le parecía que todas eran iguales.

—¡Qué joda con vos! ¿Ni un destornillador podés agarrar? ¿Se te cae la mano o qué? —le dijo con agresividad y desespero Camocho.

En su impaciencia, Camocho tomó un destornillador y a la fuerza, tomó la mano de Noa intentando que el chico agarrara la herramienta. Pero Noa no apretaba la mano. Camocho, desesperado, le fue cerrando a la fuerza los dedos sobre el destornillador.

—¡Que lo cojás, te digo!

Noa, asustado, no pudo contener las lágrimas. Al ver la situación, Ruby intervino.

—¡Dejalo! ¡No más! Ya te dije, Andrei. Una más y te largás de aquí —dijo categórica y muy seria.

Al oír las palabras de su mujer, Camocho soltó la mano de su hijo. Noa, indignado y dolido, salió corriendo, sobándose la mano.

—Vos no tenés remedio. Tanta promesa y maricada, ¿para qué? ¿Para desquitarte con el primero que se te pase al frente? ¿Así como hacías con todos en el monte?

Camocho la miró impactado. Cuando iba a responder, unos ruidos, provenientes de la parte de atrás de la casa, lo interrumpieron. Camocho quedó frío y miró con angustia a su mujer.

—A ver si colaboran y dejan de ponerle tanta tranca a la puerta —dijo Pote apareciendo por la puerta trasera.

—Ya que tenés tantas ganas de desquitarte con alguien, ahí te dejo a tu hermano. A ver si con él sí te atreves —le dijo Ruby molesta a Camocho, justo antes de acomodarse el canasto y salir furiosa por la puerta del frente.

—¿Qué hacés aquí? —le preguntó muy serio Camocho a su hermano.

—Vine a pedirte disculpas por lo de la otra noche. Yo sé que la pensamos bien distinta, pero seguimos siendo familia.

—¿O será que necesitás dónde escampar? —preguntó incrédulo Camocho. —Tan to que hablás, y vos también tenés que andar escondiéndote y no precisamente por lo mismo que yo. Yo por lo menos me acogí al proceso. A mí no me busca la ley.

—Peor... A vos te busca el duro —replicó el Pote haciéndose el gracioso. —Igual, mientras que no nos encuentren a ninguno, todo bien, ¿sí o qué?

Camocho negó con malestar. Era claro que la presencia de su hermano en su casa lo ponía en jaque.



José, de civil, confrontaba a Johan y a Byron, quienes acababan de llegar.

—Vuelvo y le pregunto, Johan, y quiero una respuesta —preguntó mirando la bicicleta, sorprendido. —¿De dónde carajos sacó plata para esa cicla?

Johan pensó rápido.

—Pues... de mis ahorros, pá...

—¿Ahorros? ¿Cuáles?

—Desde hace rato ahorro una parte de lo que me da para el recreo. A veces ni siquiera como. Y estoy ayudando a desyerbar la finca de don Diego y...

—No me crea tan toche que usted no sabe ni usar una azada —lo interrumpió José cortante.

—¡Que sí! ¡Créame! Byron es un duro y me enseñó y le estamos ayudando al hombre hace más de un mes, ¿cierto? —respondió Johan, mirando a Byron.

Byron, controlando los nervios, asintió.

—Y todo lo que me paga, lo guardo —continuó Johan. —Y lo mismo lo del recreo. No gasto en nada. Y tanto sacrificio valió la pena.

Johan complementó su mentira diciendo que, de todas formas, le había tocado pedir descuento porque no le alcanzaba. José empezó a mirarlo con duda.

—Ya, papá, deje esa cara. ¿Yo de dónde más iba a sacar plata? Relájese.

Se produjo un tenso silencio. Byron bajó la cabeza, incapaz de mirar a José para no delatar sus nervios. El policía, en cambio, los observaba con detenimiento, como si les estuviera haciendo un escrutinio. Johan, al darse cuenta de que convencer a su padre era más complicado de lo que pensaba, sacó su última carta.

—¿Acaso no le emociona que haya podido cumplir mi sueño? —dijo con voz lastimosa.

José lo miró por unos segundos, y finalmente, y a pesar de no estar del todo convencido, respiró hondo y asintió. No tenía cómo rebatirlo.

—Entren y comen algo. Y me deja lavados los platos. Yo voy a comprar un remedio, vuelvo y me pongo a hacer oficio.

Al decir esto, se dio media vuelta y se fue, no sin antes volver a mirar a los chicos con muchas dudas. A solas, ambos respiraron aliviados.

—Ufff... casi nos pillan, parece —dijo Byron preocupado.

Johan, también preocupado, asintió y le entregó el morral a su amigo.

—Mejor guárdelo usted. Si mi papá se va a poner a hacer oficio, eso seguro lo encuentra, empieza a martillar con la preguntadera y no quiero que sospeche más. Más tarde lo busco para irnos de una a la otra x. Ya con celular con GPS, no dependemos de nadie.

Los dos chicos pegaron sus puños en señal de complicidad. Byron se despidió con un gesto, dejando a Johan en la puerta de su casa, solo y con cierto sinsabor por lo sucedido con su padre.



Mientras tanto, Giovanni, también contemplaba con emoción el celular que acababa de comprar.

—Eh ave maría. bonito, ¿cierto? Ahora fijo a Natalia no le voy a parecer tan paila.

—¿Y es que vos te compraste ese teléfono por caerle a una vieja? —preguntó Alma quien estaba con él. — Yo creí que lo que vos querías era una moto.

—Y la quiero. Pero con lo de esta guaca, no me alcanzaba ni pa la cuota inicial.

—Pues, la hubieras ahorrado. Y no te la hubieras gastado en pendejadas.

—No creás, Alma. Aquí donde lo ves, este fone también es una inversión. Además, yo sí confío en que en el segundo punto del mapa haya más billete.

—Bajate de esa nube, Giovanni. No creo que sea buena idea ir hasta allá.

—Ay alma, dejá la bobada, más bien decime dónde es.

Pero Alma no lo sabía. No tenía las coordenadas y quien tenía el mapa, con todas las cosas del muerto, era Johan. Giovanni renegó con malestar. Alma lo miró extrañada. Primero no le importaba la plata y ahora pareciera que le hacía falta hasta para respirar.

—Estoy cansado de esta vida —explicó Giovanni.

—No digás eso, que suena muy feo.

—¿Acaso no te das cuenta cómo tratan a mi papá por ser empleado de esa finca? ¿Y de paso a nosotros? Aquí no hay futuro, no hay ni mierda. Yo quiero estudiar y no deberle nada a nadie.

—Pues hacele —lo motivó su hermana. —Pero no hablés mal de mi papá, que al pobre le ha tocado bien duro y todo para darnos lo mejor.

—¿Y qué es lo mejor? —questionó Giovanni. —¿Ser cómo él? ¿Dejarse humillar por el patrón? No. Eso no es vida.

Alma, sin saber qué decirle, en un impulso y ataque de ternura, lo abrazó. Giovanni, la miró con cariño y sonrió.

—Andá pues, y comprales el regalo que les querés dar a mi amita y a Fabiola. Te espero aquí.

Alma le dio un beso en la mejilla y se alejó. Giovanni se quedó mirándola con mucha nostalgia. La cabeza le daba vueltas y, se sintió, terriblemente confundido. No quería esa vida, pero tampoco sabía con certeza qué hacer. Recordó la propuesta de Raúl, y luego el encuentro desafortunado con Roberto y la manera como éste lo trató; y la pelea con Fabiola y cuando Natalia lo ofendió dándole su parte de la plata, arguyendo que era su pago por ayudarla. Y justo en ese momento, y como si fuera la respuesta que estaba buscando, oyó la voz de Raúl, que lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Y entonces qué, güevón?! —saludó el joven extendiéndole el puño en señal de complicidad. —¿Al fin qué? ¿Qué decidiste? El duro está preguntando por vos y no va a esperar toda la vida.

Giovanni lo miró pensativo y después de un tenso silencio, finalmente, se decidió.

—De una. Voy a hacerlo. Decile al man que cuente conmigo.

—Por fin tomás decisiones que te van a cambiar la vida, hombre —sonrió triunfante Raúl, mientras sacó su celular del bolsillo y se dispuso a llamar.

Mientras tanto, en casa de Noa, el Pote, con una cerveza en la mano, miró con recelo el lugar, como si buscara algo. Se concentró en los libros que estaban sobre la mesa: “Diálogos para la no repetición”, “Escuchar, reconocer y comprender: lineamientos metodológicos de la comisión de la verdad”. Eran los libros que Marcela le había regalado a Ruby. Al ver los títulos, el Pote empezó a ojearlos con inquietud. En ese momento, entró Camocho, secándose las manos.

—¿Y esto qué? —preguntó el Pote, muy serio, mientras le pasaba una cerveza a Camocho y le mostraba los libros.

—Ruby que anda en unas capacitaciones que le recomendó la profesora nueva, para que ponga en práctica en su emprendimiento —respondió Camocho. —¿No ves que ya le están pidiendo que lo replique en otras zonas?

—¿Ah, sí? No sabía —replicó molesto. —Interesante el tema.

—Mucho —respondió Camocho con suspicacia. —Ahí verás si le pedís a Ruby que te los preste, pa que veás a qué nos comprometimos los que sí nos acogimos al proceso de paz, y dejás de criticar tanto sin saber.

—Vos siempre con tan buen sentido del humor, ¿cierto? —le respondió con sarcasmo. —Muchas gracias, pero no, hermanito. A mí eso no me interesa.

—Es que si seguimos así, ya casito no vamos a tener de qué hablar vos y yo.

—Dejá la pendejada, Camocho, que siempre voy a ser tu hermano.

—¿Y eso qué tiene que ver? Yo sólo te digo una cosa, Pote, y es que en la vida, no todo es billete.

—Cuando uno es el que lo tiene, no. Pero, ¿qué nos quedó a nosotros después de haber arriesgado el pellejo por tantos años? ¡Ni mierda! Todo se lo quedaron otros.

El Pote podía tener razón. Pero acaso, ¿cuál era la opción? ¿Llenarse de plata haciendo torcidos y vivir como un delincuente?

—Ningún delincuente —respondió el Pote. —Yo trabajo en lo que me toca, en lo que me enseñaste. Hasta que pueda vivir como cualquiera de esos hijueputas, que se la gozan, frescos, después de habernos desangrado.

—Vos sabés muy bien a dónde lleva ese camino, Pote. Pensalo. Puede que no te volvás rico, pero aquí estoy yo pa darte una mano si necesitás.

—Oigan a este. Yo no quiero seguir siendo un muerto de hambre. Los principios no se comen —dijo sonriendo como si se le acabara de ocurrir algo. —Si al menos nos encontráramos una de esas caletas llenas de billete que quedaron por ahí. La sacábamos y nos largábamos de aquí, pa donde nadie nos conozca.

—¿Vos qué estás pensando, Pote? —le preguntó Camocho sin poder creer el des-
caro de su hermano.

—Ah... nada... pero, vos eras uno de los duros, cobrabas y sabías dónde escondían las armas. Por aquí esas valen un billete.

—Si eso es lo que andás buscando, olvidate. Y así supiera...

Camocho negó con un gesto, justo en el momento en el que la conversación fue interrumpida por el sonido del celular del Pote. El hombre sacó el celular de su bolsillo, y al darse cuenta de que quien lo llamaba era Raúl, se alejó un poco para contestar.

Raúl, contento, le informó a su jefe que su “parcero” había decidido aceptar el trabajo. A su lado, Giovanni, algo nervioso, estaba atento a la llamada, esperando que no volviera Alma.

—¿Giovanny? —preguntó el Pote.

Al oír este nombre, Camocho prestó atención a la conversación.

Raúl asintió y le pasó el celular a Giovanni para que hablara personalmente con el Pote. El muchacho, nervioso, saludó escuetamente.

—Qué bueno que al fin te decidiste —le dijo el Pote. — Oíme una cosa. La vuelta es muy sencilla, pero si te comprometés, te comprometés y cumplís. Yo no estoy pa perder el tiempo,

¿oíste?

—Claro que sí. Yo soy un tipo serio —aseguró Giovanni.

—Entonces te estoy avisando. No creo que la vuelta se demore más de dos días. ¿Y ya sabés, no? Nada de patrasiarse porque nos dejás un huevo y sería la cagada. Quedás advertido.

Giovanny aseguró que no se iba a echar para atrás y colgó ilusionado.

—Cumplís, hermano, porque si no, me joden a mí —le advirtió Raúl.

—Fresco que yo lo que necesito es salir de aquí. No los voy a faltonear —seguró Giovanni y le hizo un gesto a Raúl de que se callara, pues Alma había salido de la tienda.

La joven venía con unos paquetes en la mano y al ver a Raúl hizo cara de desagrado.

—¿Qué hubo, mami? ¿Cuándo se va a dejar invitar y nos vamos a tirar paso bien sabroso? —le preguntó, coqueto, Raúl.

—¿Oigan a este? Si por acá los sapos nunca se vuelven príncipes —respondió Alma con determinación.

—Pero al final nos quedamos con las princesas —comentó Raúl con ironía.

—Pues quedate pero esperando. ¿O acaso quién te dijo a vos que yo soy una princesa? Yo soy yo. Y pa tu información no necesito ni a un príncipe, ni mucho menos a un baboso como vos pa nada en la vida. Eh... ¿Qué tal el igualado este?

—Tu hermana sí es mucha fiera, ¿no? —le dijo molesto Raúl a Giovanni. —Así es que me gustan. Bien bravitas.

Alma, al oír esto, le hizo pistola e intentó ignorarlo, dirigiéndose exclusivamente a su hermano.

—Caminá, Giovanni, que por acá ya se nubló el parche y no quiero seguir perdiendo mi tiempo.

—Todo bien, Almita, que el que se tiene que ir soy yo —aseguró Raúl.

Se despidió de Giovanni, le picó el ojo a Alma y se fue.

—Yo no sé qué hacés vos con ese man. Tiene como malas energías. Y por ahí dicen que es más torcido... Que trabaja pa'l mejor postor. Cuidado no terminés vos hasta el cuello por semejante pendejo.

Al decir esto, Alma emprendió camino hacia su casa. Giovanni cerró los ojos por un momento y luego negó con un gesto, desestimando las palabras de su hermanita.

En casa de Noa, el Pote guardaba de nuevo su teléfono, mientras le daba un sorbo a su cerveza.

—¿Con cuál Giovanni estabas hablando? ¿con el hijo de Abelardo? —preguntó muy serio Camocho.

—Para nada. Con un mancito con el que tengo un par de negocios.

—Oíme Pote, vos hacé lo que querás en la vida, pero no le jodás la vida a más pelaos.

—Yo no le estoy jodiendo la vida a nadie. Y vos dejá de hacerte el santo. ¿O es que ya se te olvidó quién eras? El comandante Camocho, el terror de estas montañas.

Camocho calló por un momento. No podía borrar lo que había hecho, pero, por lo mismo, estaba intentando repararlo. Así fuera lentamente, y poco a poco. Por eso, firmó un acuerdo de paz. El Pote no entendía qué diablos le había sucedido. Definitivamente, le gustaba más el Camocho de antes. Pero Camocho no quería continuar con una discusión que sabía no tenía sentido. Se iría a dar una ducha y esperaba que, al salir, el Pote ya se hubiera ido. Pero el hombre no parecía tener ganas de irse. Ahí lo esperaría. Camocho, impotente, simplemente lo miró y se fue hacia adentro. El Pote, molesto, volvió a ojear los libros que estaban sobre la mesa. Y en un arranque de ira y frustrado por la actitud de su hermano, de un barrido, los botó al piso, evidenciando su carácter impulsivo y agresivo.



Entre tanto, en la hacienda, Sofía, sentada en su cama, leía el diario de Camila.

“Mientras estuve secuestrada, cada día era diferente. Uno se acostumbraba al clima, los animales y también iba conociendo mucho más a las personas. Recuerdo un día en el que se me acercó el comandante. Yo estaba sentada bajo un árbol y él me tiró un plato de comida. Le agradecí. Luego, lo llamé por su nombre: “Camocho”. Él se volteó y me miró extrañado. ¿Cómo le había dicho? “Camocho”, repetí. Y luego, en un acto de imprudencia, tal vez, me atreví a preguntarle por qué hacía lo que hacía: secuestrar, matar, torturar, expropiar... Me dijo que él sólo cumplía órdenes del secretariado. Y que era parte de su lucha y sus ideales. ¡Ja! ¿Ideales? ¿Cuáles ideales? Si esos tales “ideales” ya no existían. Los habían vendido hace rato. Ahí sólo había dolor, sangre y miseria. Se quedó callado por un momento, pero luego, con rabia, me exigió que no me metiera y que cerrara el pico. Y luego me dijo algo que nunca iba a olvidar:

—¡Más bien preguntale al gran hijueputa de tu hermano cuáles son sus ideales!

Me quedé mirándolo sin decir nada.”

Sofía cerró el cuaderno por un momento.

—¿Camocho? —se preguntó a sí misma preocupada.

Luego cerró los ojos. Tomó un poco de aire y retomó la lectura.



En su habitación, Byron contemplaba, embelesado, sus tenis nuevos. Los miraba, limpiaba, se los quitaba, los volvía a oler y se los volvía a poner. Se veía feliz y satisfecho. Volteó a mirar hacia el morral del muerto que estaba en la cama y con curiosidad se dispuso a abrirlo. Pero en ese momento, oyó la voz de Perla quien acababa de llegar.

—¡Byron! ¿dónde estás?

Byron, de inmediato, puso sobre sus tenis nuevos una colcha vieja y dejó el morral a un costado -entre la cama y la pared-, con tan mala suerte que la correa de la parte posterior sobresalía por encima del borde de la cama.

—Tu mamá me llamó y me dijo que le mandaste plata —dijo Perla afanada, al entrar a la habitación.

Byron, de inmediato y con cierta torpeza, sacó de su bolsillo un montoncito de plata.

—Y esto es pa vos. No es mucho, pero sirve para los gastos y pa que estés tranquila.

—¿Vos en qué andás, Byron? —preguntó aterrada Perla. —¿De dónde sacaste esto?
Byron dudó un poco. Luego inventó:

—¿Pues de dónde va a ser? Del trabajo.

—¿Cuál trabajo? ¿No habíamos quedado en que vos no ibas a trabajar y te ibas a dedicar a estudiar? —preguntó la tía molesta.

Byron no supo qué decir. Se sintió completamente acorralado.

—Mirá, Byron. Donde yo sepa que estás en malos pasos...

Pero Perla no alcanzó a terminar su advertencia antes de que Byron la interrumpiera y molesto, le asegurara que se trataba de un trabajo de fines de semana. Estaba ayudando a desyerbar una tierra y le habían hecho un adelanto.

—Pero qué adelanto tan bueno —dijo Perla totalmente incrédula. —Para que te haya alcanzado a mandarle plata a tu mamá y darme a mí también, tuvo que ser mucha plata.

Byron continuó con la mentira. Aseguró que no sólo le habían hecho un adelanto, sino también un préstamo. Perla no le creía un ápice.

—¿Ah, sí? No digás. Qué jefe tan bacano. Presentámelo que yo lo quiero conocer —le dijo.

Byron, quien no esperaba esa respuesta de Perla, disimuló sus nervios.

—Ah... pues... toca otro día, primero tengo que ir a donde Johan a hacer una tarea de la escuela que nos dejaron para el lunes —dijo y salió corriendo evitando que Perla lo siguiera bombardeando a punta de preguntas y le viera los tenis.

—¡Esperate, Byron! No me dejés hablando sola.

Pero era tarde. Byron ya se había ido.

—Este culicagao creyó que yo nací ayer —dijo para sí misma molesta.

Perla repasó la habitación con la mirada. “Donde le estuviera escondiendo algo”, pensó. Y decidida a buscar la respuesta a sus preguntas, empezó a buscar entre las cosas de su sobrino, sin encontrar nada. De repente, algo le llamó la atención. Se acercó a la cama y encontró el morral. ¿De quién sería ese morral? Lo abrió, desprevenida, y en su interior encontró la gorra de Johan, asumiendo que el morral era de él.

—Mucho lo que van a estudiar sin útiles —se dijo a sí misma.

Se colgó el morral al hombro y se dirigió hacia la puerta en busca de su sobrino.



Pote, intentando controlarse, levantó los libros del piso y los acomodó sobre la mesa. Al fondo, se oía el sonido de la ducha.

—Maricada tan grande —dijo mientras terminaba de levantar el último libro.

En ese momento, alguien golpeó a la puerta. El Pote, de inmediato, dejó lo que estaba haciendo y, atento, se escondió a un costado de la puerta. Tomó una pistola que llevaba en el cinto y la levantó, en actitud de defensa. Luego se asomó, con disimulo, por la ventana. Era Marcela. El Pote se quedó mirándola por un momento, in-

tentando recordar dónde la había visto antes. “¡Claro! ¡Era la vieja con la que estaba hablando Ruby el otro día!” pensó. Marcela volvió a tocar. Esperó un momento y en vista de que nadie le abría, se dio media vuelta para irse. Pero justo en ese momento, la puerta se abrió. Marcela volvió a voltearse y, para su sorpresa, encontró al Pote frente a ella, mirándola con mucha seriedad y algo de temeridad.

—¿Qué se le ofrece? —le preguntó.

Marcela le contó que estaba buscando a Ruby. Pote negó con un gesto. Ella no estaba en ese momento.

—¿Usted es...? —preguntó la profesora.

—Un familiar —respondió el Pote de manera seca y cortante.

—¿El papá de Noa? —se atrevió a preguntar Marcela.

—Como curiosa la señora. Acuérdense del gato.

Marcela resintió el comentario y decidió cerrar su boca.

—¿Quién busca a Rubycita? —preguntó el Pote.

Marcela se presentó. Ella era Marcela, la nueva profesora de la escuela.

—Vea pues... la nueva mejor amiga de Rubycita, ¿no? —dijo con sorna el Pote.

Al ver la cara de desconcierto de la profesora, el Pote se acercó con aire amenazante.

—Vea, profesora. Usted podrá ser muy sabionda y todo lo que quiera. Pero en este pueblo estamos bien como estamos. Y ni Ruby ni nadie necesita que una recién aparecida venga a meterle culebras en la cabeza.

Marcela seguía sin entender. El Pote la miró con recelo y le explicó lo más claro que pudo.

—Le voy a dar un consejo así de bacán que soy. La revolución se acabó hace mucho, mi señora. Así que deje de andar dándole regalitos maricas, que Ruby no necesita ni libros, ni paz, ni ideas pendejas —dijo con tono amenazante. —Porque, de golpe, creyendo que hace un bien, está haciendo es un mal. Y no creo que quiera que a Rubycita y al pelado les pase nada malo, ¿o sí?

Marcela negó asustada.

—Entonces límitese a dictar clase y quedarse bien chitones. No se le olvide que el pez siempre muere por la boca —concluyó el Pote mientras regresaba a la puerta. —Y si no es más, que tenga buen día, profe.

Pote entró a la casa y cerró la puerta de un golpe. Marcela, parada en la puerta, quedó completamente consternada. No sabía qué pensar.



Byron y Johan se acercaron a escondidas al cuarto de Byron. cerciorándose de que Perla no estuviera por ahí. Johan prefirió quedarse en la puerta, haciendo guardia, mientras Byron entró a buscar el morral.

—Que joda tan arrecha con su tía y mi taita. Tanta preguntadera no me gusta. Saque ese morral y camine pal segundo punto del mapa...

Byron se acercó a la cama. Pero al ver que el morral había desaparecido, quedó lívido de angustia.

—Mier... da...

—¿Qué pasó, mano? ¡Apúrese! —dijo Johan mirando hacia la puerta de la casa.

Byron no respondió. Miró a un lado y a otro, como si estuviera buscando una señal divina. Al no tener respuesta de su amigo, Johan se volteó a indagar sobre lo que estaba pasando.

—Te lo juro que yo lo dejé aquí... pero no lo encuentro —dijo Byron asustado.

—¿Cómo que no lo encuentra? —preguntó Johan afanado.

Johan empezó a revolver todo, desesperado. De repente, se detuvo, como si hubiera tenido una revelación.

—Su tía... ¡Claro! Ella se dio cuenta de todo.

—No, no. Ella no se pilló nada —aseguró Byron.

—¿Y entonces? ¿El morral se desapareció por obra y gracia del espíritu santo?

—Tiene que estar por...

—¡Se lo robaron! Y nos jodieron. Nos dejaron sin información, sin coordenadas y sin la plata.

Desesperado, Johan empezó a darle patadas a la cama. Byron lo miró impotente, sintiendo una enorme culpa. Pero no tenían opción. Tenían que avisarle a los demás.

—Usted si es mucho ser bien pingo, ¿no? ¿Cómo se le ocurre semejante pendejada? —dijo Johan molesto.

—Esto es un asunto de todos, vos lo dijiste. Y los demás tienen que saber lo que está pasando —afirmó Byron convencido.



Marcela, aún afectada por lo vivido con Pote, caminaba consternada por una de las calles del pueblo. Estaba tan metida en sus pensamientos y tan angustiada, que no se dio cuenta de que Perla venía, de frente, por la misma acera.

—¡Profe! ¡Hola! ¿Cómo está? —la saludó Perla, detallando su estado anímico. —La veo como agitada. ¿Está bien?

—Todo bien, Perla, gracias —respondió Marcela disimulando. —¿Y qué? ¿Cómo va lo del bazar?

—Bien. Allá la esperamos, ¿no?

—Claro que sí —dijo sonriendo.

—Profe. Ya que me la encuentro... ¿Usted no ha notado como raro a mi pelado?

Marcela, interesada, indagó sobre lo que Perla quería decir por “raro”. Perla le explicó lo que había sucedido esa mañana: le había hecho un giro a su madre y le había dado una plata a ella para los gastos. Marcela se sorprendió al oír esto. ¿De dónde había sacado esa plata? Eso mismo le preguntó ella y le dijo que tenía un trabajo de fin de semana desyerbando. Pero, a decir verdad, ella no sabía si

creerle o no. Le daba mucho miedo que le estuviera diciendo mentiras y que anduviera en malos pasos. Marcela no creía algo así. Pero, de todas maneras, era mejor estar encima de él.

—Justo iba para donde Johan, porque me dijo que iba a estar estudiando allá.

Marcela hizo un gesto de extrañeza. Ella no había dejado ninguna tarea, pero no le dijo nada a Perla para no preocuparla más de lo que ya estaba.

—Pero quién sabe dónde tiene la cabeza ese peladito, porque dejó el morral del amigo en la casa y así no van a tener con qué estudiar —dijo Perla mostrándole el morral a Marcela.

Al verlo, el corazón de la profesora empezó a latir a gran velocidad. De inmediato, recordó la noche en la que encontró la cueva y cómo al seguir a los chicos, escondida entre los matorrales, vio cómo sellaban el pacto de silencio y Johan se ponía ese morral al hombro. Totalmente desconcertada, reaccionó rápido.

—Pues si quiere yo se lo llevo. Iba justo para ese lado, y así de paso veo en qué andan esos muchachos.

—¿Verdad? No le quiero poner pereque y menos ponerla de mandadera, ¿oyó?

—No, no hay ningún problema. Pásemelo —insistió la profesora.

Perla, sin ningún tipo de malicia, se lo entregó. Realmente le hacía un favor, pues ella tenía que abrir la tienda. Se despidió amablemente, no sin antes recordarle que la esperaba en el bazar y se fue. A solas, la expresión amable y amorosa de la profesora cambió por completo. Miró el morral que tenía en sus manos y respiró agitada. Lo agarró con fuerza y se alejó.



Frente a la casa de Alma, Noa, Johan, Byron, Alma y Sofía hablaban, preocupados, sobre la desaparición del morral. Cerca a ellos, Giovanny, cacharreándole a su nuevo celular, estaba atento a lo que decían los muchachos.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Noa.

—Descubrir quién se llevó el morral —respondió Sofía.

—Dejen la joda, que no hay que descubrir nada —intervino Johan—. Fue la tía de Byron.

Byron insistía en que Perla no había sido. Pero ¿y entonces quién fue? El que se había robado el morral, sabía que Johan y Byron lo tenían.

—Pues el único que sabía aparte de nosotros era... —se interrumpió Alma e instintivamente miró a Giovanny.

—¡Devuélvalo! —le gritó Johan furioso.

Giovanny, al sentirse señalado culpable, se defendió.

—¿Devolver qué? No me jodan que yo no fui. Métnle cabeza a eso. Si hubiera sido yo, hace rato me habría ido a la segunda equis y ya me habría gastado la plata. Y no estaría aquí igual que ustedes, jodido y sin coordenadas.

Los chicos callaron. Tenía razón. De pronto, era una señal para dejar esto de lado

y no meterse en más problema.

—No podemos parar —dijo con firmeza Alma. —Si alguien se llevó el morral, es porque sabe lo que está pasando. Y todo lo que hicimos.

—¿Cómo así? ¿Eso quiere decir que tenemos que devolver la plata? —preguntó preocupado Byron. —¡Yo ya me la gasté!

—No, no vamos a devolver nada —afirmó Johan. — Aprovechemos la ventaja que tenemos y vamos al segundo punto, antes que el ladrón.

—¿Y cómo? ¿Nos inventamos las coordenadas, o qué? —preguntó Giovanni con sarcasmo. —Aterrice, hermano. Las perdimos.

—Un momento. De pronto, no las hemos perdido —dijo Sofía sonriendo.

Todo parecía indicar que a Sofía se le había ocurrido algo y podía tener la solución a su mayor problema.



—¡Johan! ¿Quiere algo de comer? —preguntó José detrás de la puerta. — ¡Johan!

Al no obtener respuesta, José abrió la puerta de la habitación de su hijo. Al hacerlo, se encontró de frente con la bicicleta. Sus dudas volvieron a invadirlo. ¿De dónde diablos habría sacado su hijo tanta plata? Angustiado, empezó a revisar el lugar. Buscó debajo de la cama, levantó el colchón, abrió un cajón de una mesita de noche y miró en su interior, se dirigió al closet y buscó entre los zapatos y la ropa. Nada. Ni un asomo de más dinero. Cuando estaba a punto de darse por vencido, se topó con el morral del colegio. Lo puso sobre la cama y empezó a sacar los cuadernos. Los revisó con cuidado. Uno de ellos le llamó en especial la atención. Hermosos bocetos, muy bien hechos, adornaban sus páginas. Había dibujos de la casa, del colegio, del pueblo, de Byron, de Marcela, de él mismo. Sin embargo, el policía centró su interés en uno en especial: una cueva en medio de árboles, a la que se accedía por un río y que tenía una característica muy particular: su parte superior o “techo” tenía forma de ojo. José, pensativo, miró intensamente el dibujo.



Marcela, con guantes quirúrgicos puestos, sacaba con cuidado todo lo que había dentro del morral. Junto a ella había una cantimplora, un par de relojes oxidados, un esfero y unas llaves. Con cuidado, sacó la libreta con el mapa. La puso sobre la mesa y, con su celular, le tomó fotos en todos los ángulos. Luego extendió el mapa e hizo el mismo procedimiento. Revisó nuevamente en el interior del morral, pero no vio nada. Lo sacudió con fuerza para asegurarse de que no quedara nada sin ser revisado. Un par de monedas cayeron al suelo. Marcela, algo frustrada, pasó nuevamente la mano por el interior. De pronto, se detuvo. Había encontrado un bolsillito que era imperceptible a simple vista. Lo abrió lentamente y, en su interior, encontró una bolsita negra. Marcela, a la expectativa, respiró agitada. Miró la bolsita un par

de segundos y finalmente se atrevió a abrirla. Para su sorpresa, encontró varias cédulas. Temblorosa, con miedo en sus ojos, las fue pasando una a una. De repente, se detuvo en una en especial y, de inmediato, se atacó a llorar.



En la cueva, el cadáver descansaba en el mismo lugar en donde lo encontraron los chicos. El lugar, solitario y tenebroso, era alumbrado por la luz de la luna que dejaba ver las rocas que conformaban el ojo. De repente, se oyeron unos pasos y el sonido de una respiración agitada. Unas manos gruesas y grandes se acercaron al cadáver y empezaron a revisarlo con cuidado y experticia. Debajo de algunos de los huesos, algo brillaba con fuerza. Se trataba de una cadena plateada que sobresalía de la tierra. Al halar la cadena, unas placas militares quedaron al descubierto. Las manos las tomaron y las revisaron por lado y lado. Un nombre se leía en ellas: Ever Martínez.



Los muchachos, en el camión, liderados por Charly y Wilson, hablan animadamente. En una esquina, David se mantiene callado y angustiado.

—Con la plata que haga en este trabajo, empiezo a juntar para la primera cuota de una casa para mi abuela. Esa mujer lo ha hecho todo por mí —dijo Wilson animado.

Otro de los muchachos, que parece apenas dejando la adolescencia, se anima a contar que va a ser papá. Aunque no fue planeado, está muy ilusionado y por eso está ahí. Porque quiere darle lo mejor a su hijo.

—Tan bonitos los bobos estos —dijo en tono burlón Charly—. Yo si no tengo perro que me ladre, así que lo que me gane es para pasarlo bueno. Hoy estamos, mañana no sabemos. Aunque yo tengo mis dudas de que vayan a pagar todo ese billete que nos ofrecieron. Es que vamos de jornaleros, no de ingenieros. Eso seguro nos empiezan a descontar lo del cuarto, lo de la comida y el chequecito se va poniendo flaquito.

Michael no está tan seguro.

—Yo tengo un primo que se fue en una vaina parecida, y el man no ha vuelto a aparecer, o sea que se debe estar dando la gran vida, el güevón —contó.

—O pasó a mejor vida —se rio con cinismo Charly.

Una sensación repentina, pero transitoria de incomodidad se instala entre los muchachos. Hasta el mismo Charly siente algo extraño.





CAPÍTULO 4

- ABISMO -

Noa -más pensativo que de costumbre- Alma, Sofía, Johan y Byron -estos dos últimos con palas en la mano- caminaban tras Giovanni quien, con su nuevo celular, iba siguiendo las coordenadas en el GPS. Un poco más atrás del grupo, iba Natalia.

—Deberían seguirme en mis redes para que aprendan a ser precavidos —dijo Natalia. —Tengo un video buenísimo, que les puede servir.

Los chicos intercambiaron miradas cansados por la retahíla. Según Sofía, esos videos eran super aburridos.

—Pura envidia. Mis videos son geniales —dijo y pensó por un momento. —Es más, debería estar grabando un nuevo tutorial.

—Para eso se hubiera quedado —intervino Giovanni.

—No le presto a nadie mi celular —aclaró la joven. —Solo por eso vine.

—Ya no necesitamos su celular. Para eso tenemos el mío y el de Johan. Sólo queríamos las coordenadas. Si vino fue porque quiso, no porque la necesitáramos —respondió altivo el muchacho.

Natalia lo miró con rabia y, en seguida, le dio la espalda, concentrándose en su celular.

—Todo bien que su hermana le saque fotos hasta a una hormiga y que le haya tomado fotos al mapa, pero, ¿no tiene apagado automático? Es que cansa más que un coto en una subida —comentó Johan.

—Uy, sí, a lo bien —opinó Noa. Hasta yo estoy de acuerdo.

—Uffff, sí —dijo Byron. —A veces dan ganas de...

Pero antes de que Byron dijera que quería ahorcarla, se empezó a oír un beat

muy pegajoso, proveniente del celular de Natalia. Byron, de inmediato, se volteó.

—¡Ve, esa canción es una chimba! —exclamó.

Byron dio unos pasos de rap, mientras hacía sonidos con su boca.

—Quien iba a decir

Que al salir de mi casa...

Me iba a encontrar con un mapa...

Ahora estamos en el monte buscando la guaca...

que nos va a dar un montón de plata... —rapeó inspirado.

Los chicos rieron y observaron encantados a Byron. Natalia no podía dejar de mirarlo, asombrada por su ritmo y cadencia.

—Wow, no sabía que rapeaba —le dijo.

—Ahí donde lo ven con cara de toche, tiene su talento —rió Johan.

Natalia aplaudió sonriente. Giovanni, algo celoso, la miró con molestia. Byron terminó su improvisación y todos lo aplaudieron. Natalia se acercó sonriendo y chocaron sus puños.

—¿Si ven? — les dijo a los demás. —Cada uno con lo suyo. Byron con su baile y yo con mis fotos. No lo nieguen, sin mí estarían totalmente perdidos. Así me critiquen.

Miró a Sofía quien entendió la indirecta. Ella no la criticaba por gustarle subir fotos. Pero sí lo hacía por no aprovechar los seguidores que tenía para hablar de cosas más importantes. Las protestas juveniles, por ejemplo.

—Si publicara eso, tendría cero seguidores —aseguró Natalia. —Mi contenido es... —buscó la palabra. —¡Diferente!

—¡Es para tontos! —replicó Sofía.

—Es para gente cool, algo que obvio usted no entiende.

—Pues lo “cool” puede conectarse con lo que pasa en este país. ¡Reaccione! Hay toda una onda con eso, Natalia. ¡Salga de su burbuja y piense! No tiene que seguir con su estúpida indiferencia. Yo que creí que el susto que pasó con lo del alacrán la iba a despertar. Pero qué va —arremetió su hermana.

—Uuuuuyy jijuemadre —se burló Johan. —¡Chupe!

—Ay, ya, deje de ser tan amargada y tan mamona. No parece de la familia —le dijo Natalia a Sofía.

—¿Sabe cuál es la diferencia entre nosotras dos? Que yo no me tapo los ojos. Pero como usted no sale de su mundo — le contestó.

Natalia confrontada, no supo qué más decir. En ese instante, el sonido de una alarma irrumpió en la conversación.

—Ey, pillen. ¡Llegamos! El segundo punto del mapa es aquí —exclamó Giovanni. Todos hicieron silencio y se miraron expectantes.



Marcela, en su habitación, terminó de meter, dentro de una caja, lo que encontró en el morral. Sólo una de las cédulas permanecía por fuera. Con lágrimas en los

ojos, la tomó, volvió a mirarla y la puso, con cuidado, en una bolsa plástica. Luego la introdujo en un sobre, la puso sobre el resto de las cosas, cerró la caja y la selló con cinta gruesa. Con un marcador, anotó una dirección. En ese instante, se oyó el pito de una moto. Marcela terminó de escribir y salió, apurada, con la caja en la mano.

Afuera, un chico de gorra y gafas oscuras esperaba en una moto. Marcela se acercó y como si le entregara un tesoro, le pasó la caja, no sin antes advertirle que debía enviar ese paquete lo antes posible a la dirección que estaba marcada en la caja. Pero no lo podía hacer desde el pueblo. Era mejor que fuera a San Anselmo, el pueblo vecino, y lo enviara desde allá. Le pasó una suma de dinero y le agradeció, nerviosa. El chico guardó los billetes y arrancó a buena velocidad. Marcela, angustiada, miró a su alrededor, verificando que nadie la estuviera mirando. Segundos después, regresó a la pensión.

En su habitación, Marcela volvió a hacer todo el proceso con la SIM guardada en el cajón y la instaló, nuevamente, en su celular. Luego marcó un número.

—Hola. Le acabo de enviar lo que encontré.

En la parte de atrás de una camioneta de la Unidad de Víctimas, iba Ana María, hablando por celular. El vehículo se desplazaba por una carretera destapada, seguido por un carro de medicina legal.

—¿A qué sede la mandó? —preguntó.

—A la de Apartadó —respondió Marcela. —Se demora por ahí dos días.

—Ok. Yo estoy en una misión de campo, pero ya llamo para que estén pendientes. ¿Y usted cómo está? —le preguntó preocupada.

—Pues más o menos. Todo esto es muy duro —se interrumpió con la voz quebrada. —De todas maneras, como usted dice, siempre es mejor saber que estar en el limbo, y siento que estamos más cerca de saber qué fue lo que pasó.

Marcela se limpió un par de lágrimas y negó con tristeza.

—Pero no es fácil. Este pueblo esconde mucho dolor y muerte.

—No sólo eso. Hay narcotráfico y disidencias. ¿Está segura de que está a salvo?

Marcela asintió. Había sido discreta y se había cuidado mucho. De repente, se quedó callada. El recuerdo de la amenaza del Pote vino a su mente.

—¿Marcela? ¿Marcela?

La voz de Ana María la sacó de la remembranza y volvió en sí.

—¿Ah? Sí... sí... Aquí estoy. ¿Qué le estaba diciendo?

—Que había sido discreta y que se había cuidado mucho. ¿Aunque? ¿pasó algo?

—No, no, no, para nada —desestimó la profesora. —Al contrario, he hecho buenas relaciones con la gente. Es más, creo que puedo confiar en alguien que me puede ayudar en todo esto.



Giovanny, Byron y Johan cavaban con todas sus fuerzas. Los demás los miraban en silencio y a la expectativa.

—¿Ustedes sí creen que aquí hay plata? —preguntó Byron cansado.

—Que sí, mano —aseguró Johan. —Qué joda con usted, ya parece disco rayado preguntando lo mismo. Si en la primera x ya encontramos billete, aquí fijo hay más.

Giovanny le dio la razón a Johan. Seguramente había mucho más. De lo contrario no estaría tan bien escondida. Los chicos empezaron a hacer sus apuestas sobre la cantidad de dinero que creían iban a encontrar. Giovanny pensaba en unos diez millones -lo suficiente para comprarse una buena moto-. Johan, más ambicioso, esperaba encontrar más. Tal vez, treinta millones.

—Uy tutuy, yo con esa plata me llevo a mi familia pa la ciudad, oís, y le monto a mi tía tremenda emisora para que la oigan en todas partes —soñó despierto Byron. —¡Y de paso me lanzo de cantante, pero con toda, nada de chichipateces!

—Para eso necesitaría como —intervino Natalia, haciendo cálculos mentales. —¡100 millones, mínimo!

Byron la miró desilusionada. Era demasiado para él.

—Seguro eso es una migaja pa´ usted —le dijo Giovanny. —¿Y usted, Sofía? ¿Qué haría con el billete?

Sofía abrió la boca para responder, pero Natalia la interrumpió.

—A ella no tienen que preguntarle qué va a hacer con la plata. Seguro la regala. Santa Sofía del silencio— se burló.

Sofía miró a su hermana como si se la fuera a tragar viva. Iba a responderle con dos piedras en la mano, pero, Noa, para evitar el conflicto, se adelantó y propuso dejar de pensar en qué hacer con la plata, y concentrarse en descubrir quién era el muerto. Estaba seguro de que ese dinero no venía de nada bueno.

—¡Tenía que hablar la ñoña! —lo insultó Johan.

—¡No empiece, Johan! —intervino Alma.

—¡Deje de defenderlo! —la enfrentó el hijo del policía. —¡Que Noa demuestre que puede defenderse solo y que no necesita de nadie para...!

El golpe de la pala de Byron sobre una lata interrumpió a Johan, quien se volteó a ver a su amigo.

—¡Aquí hay algo! —exclamó

Los chicos, entusiasmados, cavaron con más ahínco. Sofía y Alma se acercaron a ayudar. Segundos después, la tapa de un barril quedó al descubierto.

—¡Uy, juepuerca, ahora sí somos millonarios! —exclamó Johan emocionado, fro-tándose las manos.

Giovanny intentó a abrir la tapa, pero estaba muy apretada. Alma, Byron, Sofía y Johan se acercaron y, después de mucho esfuerzo, lograron abrirla entre todos. El interior estaba cubierto por un plástico negro.

—¡Qué verraquera! ¡Ahora sí vamos a salir de pobres! —exclamó Byron a punto de llorar de la emoción.

Giovanny, decidido, corrió el plástico y metió la mano en el barril, esperando acar un gran fajo de billetes. Sin embargo, su expresión de júbilo se desvaneció por completo.

—¿Qué pasa? —preguntó Alma angustiada.

Como respuesta, Giovanni levantó su mano y mostró un arma. Todos quedaron fríos. No podían creer lo que estaba pasando.

—Seguro el billete está más abajo —dijo Johan intentando autoconvencerse.

Giovanni retiró la totalidad del plástico, dejando al descubierto el interior del barril. Sólo había armas, municiones y granadas. Los chicos intercambiaron una mirada de profundo terror.



José, sentado a la mesa, con los codos apoyados y las manos tomándose la cabeza, estaba agotado y ansioso. Sus manos y sus zapatos estaban llenos de tierra. En ese momento, tocaron a la puerta. José, sobresaltado y nervioso, tomó un costal - también lleno de tierra - que tenía a su lado y lo escondió debajo de la mesa. Luego se dirigió a la puerta y la abrió. Quien tocaba era Marcela. Al verla, escondió sus manos. Marcela se excusó por llegar sin avisar, pero necesitaba hablar con él de manera urgente, y como no estaba en el puesto de policía, decidió ir a buscarlo a la casa. José dudó por un instante, pero, finalmente, la hizo seguir. Le ofreció algo de tomar y sin esperar respuesta, fue al fregadero, abrió la llave y aprovechó para lavarse las manos. Luego le sirvió un vaso con agua.

—¿Pasó algo con Johan? —le preguntó mientras le pasaba el agua.

Marcela, aún de pie, lo recibió y agradeció. Esperaba que el policía la invitara a sentarse, pero no lo hizo.

—No, no es Johan —dijo algo incómoda. —Quiero hablarle de otra cosa.

José asintió, mirándola con intriga.



Los chicos empezaron a sacar las armas, buscando el dinero que no aparecía.

—¡Se los dije! ¡Esto ya no es chistoso! ¡Tenemos que averiguar quién es ese muerto! —dijo Noa con miedo.

—Tenés razón. Para que guarde esa cantidad de armas, tiene que ser alguien muy peligroso —aseguró Alma.

Todos guardaron silencio, asustados.

—Pero ¿quién podría ser? —preguntó Sofía.

—Cualquiera, y como por aquí hubo de todo —mencionó Giovanni.

Al escucharlo, Noa bajó la cabeza, incómoda, y luego cruzó una mirada con Alma.

—¿Cómo así que de todo? ¿De qué habla? —preguntó Natalia confundida.

Johan, metiéndose en la conversación, explicó que la zona vivió la presencia de la guerrilla y de los paramilitares. Hace unos años, la región era un campo de guerra.

—Pa'dios que sí. ¿No es cierto, ñoña? —le preguntó con doble intención a Noa.

Noa, incómodo, asintió levemente.

—Ay, no... Entonces mejor dejemos eso ahí, volvamos a la casa y nos olvidamos de todo —sugirió Natalia, acercándose a Sofía para llevársela.

—Lo mejor es largarnos —dijo Giovanni. —Aquí no hay ni mierda. Dejemos eso sano y ya.

—¿Y ya? ¿Acaso usted no quiere su moto? —preguntó Johan y miró a Bryon—. ¿Y usted no quiere ayudar a su tía? ¡Estas jodas también nos pueden sacar de pobres!

Al decir esto, señaló las armas. Ninguno entendió a qué se refería.

—¡Métnle tusta! Podemos venderlas y seguro nos dan harto billete —aseguró Johan.

—¿Quéeee? ¡Ahora sí se enloqueció! —exclamó Alma.

—¿Y a quién se las vamos a vender? —preguntó Byorn—. ¿A su papá o a quién?

Antes de que Johan respondiera, sonó el celular de Giovanni, quien se alejó para contestar.

Raúl sentado en una tienda del pueblo que tenía unas mesitas en el andén, se tomaba una cerveza, mientras hablaba por celular. Desde ahí, tenía una visual hacia la escuela y veía cómo varias personas entraban con carpas y sillas para el bazar de Perla. Raúl saludó a Giovanni y le avisó que la “vuelta” estaba confirmada para el día siguiente en la noche. El muchacho asintió, nervioso. Sólo necesitaba estar seguro de lo que tenía que hacer.

—Eh Ave María, pero ni que fuera química avanzada— replicó Raúl, impaciente. —Lo único que tenés qué hacer es manejar el dichoso camión y ya. Breve...

En ese momento, Johan sacó un rifle y al tomarlo, sin quererlo, le apuntó a los demás.

—¡Deje la pendejada! ¡Que eso no sólo dispara, sino que mata! —gritó Alma asustada.

Johan, en lugar de bajar el rifle, se lo ajustó al cuerpo, con aire de prepotencia.

Raúl, al otro lado de la línea, alcanzó a oír lo que gritó Alma.

—Uy, parece. ¿Vos dónde estás? —preguntó Raúl, extrañado. — ¿Quién va a disparar?

Johan siguió provocando a los demás.

—¡Bájalo, Johan! Que es en serio. Es peligroso —replicó Byron Giovanni, al teléfono, trató de disimular.

—No, acá. Estoy con estos culicagaos que están chimbeando.

Se alejó aún más, pero los chicos seguían hablando muy fuerte.

—Frescos gallinitas que estos rifles son súper seguros. No ven que yo le he aprendido a mi papá— aseguró Johan.

—Parce, no me cañés —insistió Raúl. —¿Dónde estás metido?

Giovanni permaneció en silencio. No sabía si confiar en quien creía ser su amigo.



Camocho, ya bañado, conversaba de nuevo, con el Pote, quien ya se había tomado varias cervezas. Se acercó a la estufa a servirse un poco más de café. Al hacerlo, se dio cuenta de que uno de los cajones de la cocina estaba abierto, como si alguien hubiera buscado en su interior.

—No se te puede dejar solo ni dos minutos porque ya empezás a escarbar en lo ajeno —le dijo Camocho a su hermano.

Pote se hizo el desentendido ante el comentario.

—Mirá Pote, lo que estés buscando aquí no lo vas a encontrar.

Camocho, a propósito, organizó el cajón y lo cerró. Pote le pidió que dejara la paranoia y le aseguró que él no estaba buscando nada.

—Te conozco como si te hubiera parido, mijo, y vos nunca das puntada sin dedal. Yo no tengo nada que te pueda interesar —aseguró Camocho mientras se tomaba su café. — ¿Cómo hago pa convencerte de que ese camino que estás siguiendo no es el que es?

—¿Y yo cómo hago pa convencerte que sembrando piñas y haciendo chiros, no vas a cambiar ni mierda? Se te tostó la cabeza, mi hermano. Así que hagámonos pacito. Vos allá, yo acá. Y déjame quieto, más bien.

Camocho no supo qué más decirle. En ese instante, volvió a sonar el celular del Pote.

—¿Y entonces? ¿Alguna novedad? —contestó el Pote.

Era Raúl quien seguía vigilando el montaje del bazar desde la tienda. Vio pasar a Perla y, mientras hablaba por el teléfono, la siguió con la mirada.

—Aquí haciendo una vuelta, más aburrido que caballo en balcón. Pero le tengo dos noticias, jefe. Ya tenemos sitio y hora. Va a ser donde siempre. En el cruce de La Ramada.

Raúl le avisó que Giovanni ya estaba listo, avisado y confirmado.

—Y además salió con una perla que ni se imagina —le dijo.

—¿Qué pasó? —preguntó serio el Pote.

Camocho se interesó en la conversación.

—El man se encontró una caleta y parece que está repleta de armas —dijo Raúl.

—¿Vos me estás hablando en serio? —se interesó el Pote.

—¿Y por qué le iba a decir mentiras? Fijo encontró uno de esos entierros, quién sabe si de su gente o de la mía —respondió Raúl.

—Vos no tenés gente. Vos le servís a Dios y al diablo —se burló con ironía el Pote.

—Oigan a este. ¿Y a quién le habré aprendido? —rió el muchacho.

Pote también rio. Camocho seguía atento a la conversación.

—Es que toca rebuscársela, jefe. Y pa que después no diga que no soy un man bien leal, en el primero que pensé pa la vuelta fue en usted —dijo Raúl.

—¿Dónde me viste la cara de pendejo? Si me llamaste es porque sabés que conmigo te va bien. ¿Dónde está Giova... —se detuvo y corrigió —...el pelado?

Camocho, al oír esto, prestó mayor atención. Se veía preocupado. Raúl, por su parte, le contó a Pote que Giovanni le había dicho que unos 8 kilómetros de la ha-

cienda de don Roberto Mahecha. El pote intentó disimular ante Camocho, pero era evidente que lo que le estaba diciendo Raúl le interesaba muchísimo.

—¿Y está despejado? —preguntó el Pote.

—Sisas —aseguró Raúl. —La encontraron unos culicagaos.

Pote le pidió que le mandara las indicaciones, colgó, sonrió y se despidió de su hermano. Tenía que irse.

—¿Qué pasó? —preguntó Camocho.

—Que se me apareció la virgen, porque, aunque vos no lo creás, ella todavía está de mi lado.

Pote se despidió con un gesto, y cuando estaba a punto de irse, Camocho lo detuvo y le habló con mucha seriedad.

—Pote. Esto me duele en el alma. Pero te voy a pedir que no vengás más por aquí. No, si seguís en las mismas.

El Pote se quedó mirándolo por un instante, dolido. No dijo más y se dirigió a la puerta. Al abrirla, se encontró con Ruby, quien acababa de llegar con su canasta llena de mercado. No le dirigió la palabra y siguió derecho. Sorprendida, Ruby cerró la puerta. Camocho, de inmediato, buscó sus botas y empezó a calzarlas.

—¿Qué pasó? —preguntó Ruby extrañada.

—Pote acaba de recibir una llamada muy rara y quiero saber en qué anda. Creo que es algo con Giovanni.

—¿Giovanni, el hijo de Abelardo? —preguntó sorprendida.

Camocho asintió. No estaba del todo seguro, pero creía que el Pote estaba metiendo al muchacho en algo raro.

—Ay, andrei. No digás —dijo Ruby con angustia. —¿Será que se lo quiere llevar?

—Pues es lo que necesitan. Pelados jóvenes, medio ilusos y embalados... y si les meten cuento, peor. Por eso es que quiero ir a ver.

—Pero, ¡vos no podés salir! —exclamó angustiada. —¿Si alguien te reconoce y le van con cuentos a don Roberto que vos estás aquí?

—Es eso o dejar que Giovanni termine metido en esta mierda sin saber qué es lo que va a hacer. A estos pelados ahora los cuentan feo; los convencen a punta de engaño y prometiéndoles billete y camello —dijo mientras miraba intensamente a su mujer. —Tengo que ir.

Ruby dudó por un momento, invadida por la angustia. Luego asintió.

—Hacele con cuidado —dijo y lo abrazó.

Camocho cerró los ojos por un instante. Sabía que se estaba arriesgando mucho, pero tenía que hacerlo. Le hizo una caricia en el rostro a su mujer y le pidió que no olvidara conseguirle una cita con don Miguel. Ruby lo prometió.

—Pero, por favor. Cuídate —le dijo.

Camocho le dio un beso en la mejilla y salió, dejando a su mujer llena de preocupación y angustia.



En la entrada de la hacienda de Miguel, a pocos metros del portón, Miguel e Isaías estaban rodeados por un grupo de hombres. La mayoría eran muchachos – amigos de Raúl– con pinta de matoncitos, que se movilizaban en moto. Uno de ellos, Fernán, tenía la vocería de la conversación.

—No se lo tome personal, don Miguel, son negocios.

—¿Negocios? —respondió Miguel alterado. —No me crean tan pendejo. O les pago o les pago, o si no, me joden. Buenísimo el negocio.

—Como que usted no me ha entendido. Si estamos aquí es porque queremos ofrecerle alternativas. Si no quiere pagar la cuota para colaborar con el negocio, nos puede facilitar sus tierras para el paso de la mercancía.

Miguel, incómodo, le repitió lo que ya le había dicho antes. Él no era como su vecino que prestaba sus tierras para cualquier cosa. Pero Fernán fue enfático. No valía la pena que se desgastara preocupándose por lo que hacían los vecinos. Mejor preocuparse por él mismo. Al fin de cuentas, él es uno de los pocos que no estaba trabajando con ellos por la región y eso no estaba para nada bien visto. Pero Miguel no dio su brazo a torcer. Él sí trabajaba por la región. Él le ayudaba a los emprendedores, a las familias, a todo aquel que quería hacer su camino en paz.

—Yo solo le digo que mi jefe está esperando una respuesta, y ese man no es muy paciente —le advirtió Fernán con un tono de amenaza. —Usted dirá qué noticias le llevo.

Miguel preocupado, no dijo nada. Sabía que estaba entre la espada y la pared, pero no podía ceder. Tenía que pensar rápido en una respuesta, si no quería ser el blanco de posibles atentados.



Giovanny, Byron y Johan habían terminado de sacar las armas que había en el barril y las habían dispuesto en el piso. La munición era grande y había de todo tipo: granadas, pistolas de diferentes calibres, fusiles, municiones. Pero no había ni un centavo. Era momento de decir la verdad. No podían quedarse callados.

—¡Qué jijuepuercas! No podemos decir ni mute —dijo Johan asustado. —Yo ya me gasté la plata y si mi taita se entera... ¡me coge a rejo y me da jijuemil toczazos!

—Yo también me gasté la plata, pero prefiero decir la verdad, Johan —replicó Alma. —Todo esto está muy raro. Alguien que esconde armas tiene un guardado muy bravo.

Alma, decidida, se acercó a Giovanny y le pidió el celular para llamar a José.

—Dejá así, mejor vamos para la casa y no nos metemos en más problemas —surgió Giovanny.

—¡No! Vamos a llamar a la policía —exclamó Sofía. —Usted confía en su papá, ¿cierto?

Le preguntó a Johan. El chico, confundido por la súbita pregunta, asintió.

—Pues yo también. ¡Deme eso!

Sofía se lanzó sobre Natalia y le rapó el teléfono. La joven reaccionó, intentó recuperarlo, pero Sofía, hábil, no se lo dejó quitar.

—¡Devuélvame! ¡Hay que pensar en mi papá! —gritó Natalia.

—Primero aparece un muerto, ahora armas. ¡¿Qué más falta?! —preguntó con angustia Sofía. —¿Cómo es el teléfono de su papá?

Pero el muchacho se quedó mirándola sin decir nada. Sólo negó con un gesto. Alma insistió. Necesitaban el teléfono. Noa, un poco más calmado, también intervino. José era el único que los podía ayudar. Al fin de cuentas, el morral estaba perdido y no sabían quién lo tenía. Y no podían descartar la posibilidad de que quien lo tuviera, estuviera involucrado con lo que estaba pasando. Johan lo oyó. No dijo nada, pero, esta vez, había un asomo de duda e indecisión en su expresión.



Marcela y José adelantaban su conversación sentados en la mesa del comedor. José seguía nervioso por el costal que estaba bajo la mesa y, de vez en cuando, y sin que la profesora lo notara, lo corría hacia él, asegurándose de que ella no se diera cuenta de su existencia.

—Y el tipo ese me dejó bien claro que no me acercara a Noa y a Ruby —le contó Marcela.

José preocupado indagó un poco más. ¿Le dijo quién era?

—Solo dijo que era un familiar —respondió la profesora.

—Pero ¿cómo es? ¿Se fijó en las manos? ¿Tiene todos los dedos?

Marcela, algo extrañada con la pregunta, pensó por un momento y luego afirmó.

—Entonces es el Pote —concluyó el policía. —Un desmovilizado de la guerrilla que se vende al que más le ofrezca y está metido en negocios sucios, sobre todo narcotráfico.

Marcela, confundida, preguntó que si ese tal “Pote” era el padre Noa. José negó. Era el tío, el hermano del papá. El padre de Noa era Camocho, y por eso había preguntado por los dedos, porque le hacían falta unos dedos de una mano por un accidente en el monte. Marcela, asombrada, no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Camocho? ¿El comandante de la guerrilla?

—Ex comandante de la guerrilla —asintió José. —El hombre se desmovilizó con el proceso de paz.

—Pero tengo una duda, si el Pote es un delincuente, ¿no es raro que esté donde Ruby? ¿No la pone en peligro?

—No hay mucho que ella pueda hacer si él decide pasarse por allá. Profesora, las cosas por acá no son fáciles de desenredar. Las mismas familias, diferentes bandos. Pero me preocupa que el Pote ande por acá, algo debe estar cocinándose. Voy a alertar a mis hombres.

—No me imagino lo que ha debido ser la vida para Ruby y para Noa —dijo la profesora intentando asimilar la información.

—Jodida. Muy jodida. Vivieron muy señalados; muy juzgados. Todavía ahora no dejan de culparlos como si ellos fueran los directos responsables de los crímenes de Camocho.

Marcela calló por un momento. José tenía razón. Debían vivir como si tuvieran una marca en la frente.

—¿Y dónde está Camocho ahora? —preguntó.

José no lo sabía. El hombre vivía escondido y prácticamente no veía a su familia. Por ser excombatiente tenía enemigos por todas partes y muchos lo querían ver muerto. En especial, los antiguos enemigos de la guerrilla; los paramilitares. Y diciendo esto, José se levantó de su asiento, como queriendo dar por terminada la conversación y caminó hacia la puerta. Marcela entendió el mensaje y también se puso de pie.

—En todo caso, gracias por avisarme que el Pote anda por aquí —le dijo José. —Igual no es mucho lo que nosotros podamos hacer contra esa gente. Tienen su negocio muy bien armado y andan muy protegidos por personas con mucho poder en la región. Si uno está de buenas y los agarra, salen libres en cuestión de horas.

—¿Y quiénes los protegen? —preguntó Marcela mientras caminaba hacia la puerta.

José miró a Marcela dudando si contarle o no. Pero, justo en ese momento, sonó su celular. José al ver que se trataba de un número desconocido, contestó con cierta precaución y extrañeza. Para su sorpresa, quien llamaba era Sofía.

En el monte, todos rodeaban a Sofía, atentos a la llamada. Johan se veía preocupado por la reacción que pudiera tener su padre.

—Don José, es que estoy aquí con Johan... —dudó Sofía— Y lo llamamos porque... Johan le pedía con la mirada que no dijera nada.

—Porque...

Alma, por el contrario, asintió, dándole ánimo.

—Porque encontramos unas armas.

Al oír esto, José, aterrado, dejó escapar un grito.

—¿¡Qué!?

Ante la reacción de José, Marcela se quedó quieta, atenta a la llamada. Sofía, por su parte, no sabía qué decir. Pedía ayuda con la mirada a sus compañeros.

—Es que estábamos dando una vuelta y... —improvisó sin éxito. —...mejor dicho, lo mejor es que venga. Estamos en mi finca, ya le mandamos la ubicación.

José les pidió que no se movieran del lugar y que, por lo que más quisieran, no tocaran nada. Ya iba para allá. Colgó el teléfono y se alistó para salir.

—¿Qué pasó? —preguntó Marcela preocupada.

—Los muchachos encontraron una caleta con armas —le contó José mientras tomaba su arma.

—¿Quiénes? —preguntó preocupada.

—Sus alumnos, profe.

—No puede ser. Voy con usted — dijo angustiada.

Ambos salieron rápidamente de la casa.



En la tienda frente a la escuela, Raúl hablaba por celular con Marcos, mientras se tomaba otra cerveza.

—Sí, señor. Ya Giovanni y el Pote están listos pa la vuelta.

Marcos, en la hacienda, caminaba por un potrero y revisaba, a su paso, un cultivo.

—Bien hecho, pelado. Con ese cargamento nos queda un billete bien largo. Aunque pa' serle sincero, a veces me pica eso de camellar con el malparido del Pote. Son muchos años de verlo en el otro bando haciéndonos cagadas. Ojalá no se nos tuerza.

—Fresco jefe, que el man la tiene clara. Si hay billete, él firme.

Marcos dudó por un momento. No parecía estar tan seguro de las palabras de Raúl. Pero, finalmente decidió creer y cambiar de tema.

—¿Y el otro mandado cómo va?

—Bien. Aquí me estoy tomando media tienda echándole el ojo a la doña.

En ese justo momento, Perla, Bertha, Josefina y otras mujeres salían de la escuela, con paquetes y cajas desocupadas. Se veían animadas.

—Y hablando de la reina... —dijo Raúl atento. —Acaba de aparecer. Ahora lo llamo, jefe

Raúl colgó y disimuladamente se fue detrás de las mujeres.



En el monte, Natalia, de nuevo con su celular en sus manos, lo revisaba y se aseguraba de que estuviera intacto. Los demás chicos continuaban alrededor de las armas. La tensión que había entre ellos era muy grande y fuerte.

—Usted lo único que quiere es meter en problemas a mi papá —le dijo molesta Natalia a Sofía. —Por su culpa van a pensar que eso es de él.

—¡Y hasta de pronto sí! —metió la cucharada Johan.

Natalia y Sofía quedaron inmóviles. No podían creer lo que insinuaba el muchacho. Natalia, furiosa, se recompuso rápidamente y arremetió contra Johan en defensa de su padre.

—¡Cállese! ¡Usted ni siquiera lo conoce! Solo dice eso por envidia. Porque mi papá sí tiene plata. No como el suyo, que es un pinche policía.

Johan sintió el golpe en donde más le dolía: el ego. Iba a responderle algo, pero Sofía se le adelantó.

—¡Ya no más Natalia! —exclamó dolida.

—Esas armas no son de él. Seguro son de la guerrilla, y las escondieron por aquí —reviró Natalia.

Pero Sofía sabía que eso no era posible. Los campamentos guerrilleros no estaban en esta zona. Natalia no entendía por qué su hermana tenía esa información.

—Eso escribía mi tía Camila en su diario —le explicó.

Todos se veían sorprendidos y extrañados. En especial, Natalia.

—¿Qué? ¿Cuál diario?

Sofía, sin mayor recelo, le contó sobre el diario que escribió cuando estuvo secuestrada por la guerrilla. De inmediato, Noa resintió el comentario y bajó la cabeza, nervioso.

—¿De qué carajos está hablando? —preguntó Natalia entre sorprendida y desesperada. —¿Cómo así que secuestrada? No entiendo nada.

Sofía le explicó que Camila había estado secuestrada antes de que se fuera del país. En su diario lo contaba todo y por eso estaba casi segura de que esas arman no eran de la guerrilla.

—¿Entonces? —preguntó con rabia Natalia. —¡No me diga que ahora está defendiendo a esos asesinos!

—¡Yo no estoy defendiendo a nadie! Esos malditos le hicieron mucho daño a mi tía. Viera lo que escribe —dijo con lágrimas en los ojos. —Yo no sé cómo hizo para perdonar a ese hijueputa que la secuestró. Un tal Camocho.

De inmediato, todas las miradas recayeron sobre Noa, quien no sabía qué hacer. Miró a sus compañeros con una angustia y un dolor infinito que lo delataban. Sofía se dio cuenta de que algo pasaba. Alma se acercó a la niña. Con tristeza e inquietud, pero intentando no perder la calma, le dijo la verdad: Camocho era el padre de Noa. Noa bajó la mirada, avergonzado, mientras que Sofía, reaccionó con furia y desconcierto.

—¿Qué? ¡No puede ser! —exclamó y empezó a llorar. —¿Por qué no me dijo nada? ¿Por qué nadie me dijo nada?

Sofía miró con rabia a los demás. Noa callado, empezó a temblar.

—¡Los odio a todos! ¿Por qué me hicieron esto? —gritó y se dirigió a Noa. —¡Yo no puedo ser amiga del hijo del guerrillero que acabó con mi familia!

Noa no supo qué decirle. Miró a su alrededor buscando alguna respuesta, pero no la encontró. Al contrario, el entorno empezó a nublarse y las palabras de Sofía se distorsionaban. Frente a él, y a una enorme velocidad, pasaban las miradas de sus compañeros que parecía que lo estuvieran juzgando. Afectado, y queriendo escapar de esta visión producto de su imaginación, Noa cerró los ojos y gritó.

—¡No máaaaaas!

Y rápidamente, decidido, tomó una de las granadas que estaban en el suelo y salió corriendo, ante la mirada atónita y aterrada de los demás.





En una sala sencilla, bien puesta, decorada con floreros y flores de la región, Ruby esperaba a ser atendida por Miguel. Se veía ansiosa y algo nerviosa. Finalmente, se abrió la puerta y entró el hacendado bastante serio y ensimismado por su encuentro anterior. De inmediato, Ruby se levantó, lo saludó y le estrechó la mano. Miguel, amable, respondió el saludo y la invitó a sentarse.

—Usted trabaja con el tema de las huertas, ¿no? —le preguntó Miguel.

Ruby asintió. Desde hacía unos años venía trabajando en las huertas. Y también hacía capacitaciones en los pueblos cercanos.

—¿Y qué la trae por acá? —le preguntó Miguel.

—Vengo a traerle un mensaje de mi marido... —se interrumpió pues le costaba decir quién era.

Finalmente, tomó aire y continuo.

—...de mi marido... de Camocho —dijo.

Al oír este nombre, Miguel se incomodó de inmediato. Por su expresión, era claro que la sola mención del nombre no le gustaba para nada. Al ver la reacción de Miguel, Ruby, avergonzada se paró. Ella sabía que era muy atrevido de parte de ellos venir a hablar sobre los proyectos que Camocho venía adelantando.

—¿Pero atrevido por qué...? —preguntó Miguel en tono conciliador y la invitó a que se sentara de nuevo.

—Pues... por lo que pasó con doña Camila y todo lo que ustedes sufrieron —respondió Ruby, apenada. —Pero sepa que Andrei tiene toda la intención de ayudar para que las cosas sean diferentes y de decir todo lo que sabe.

—Sí, yo he seguido de cerca su desmovilización —respondió algo incómodo— y pues, si Camila pudo seguir adelante y hasta perdonarlo, ¿qué más puedo hacer yo?

—Es que definitivamente esto del perdón, no es cómo aplaudir, ¿cierto?

Miguel sonrió y negó con un gesto. No. Era muy difícil. Y a él le costaba muchísimo. Al fin de cuentas, Camocho acabó con todos sus planes. Camila y él se iban a casar. Ruby, avergonzada e impactada, se volvió a excusar. Era mejor dejar las cosas de ese tamaño y hacer de cuenta que ella jamás lo visitó.

—No, Ruby. Le dije que me cuesta, no que esté completamente cerrado a la idea. Además, aquí lo que importa no es que yo perdone o no. Lo importante es lo que está haciendo Camocho. Que cuente lo que hizo y todo lo que pasó en el monte.

Ruby asintió con vergüenza.

—Y por eso es hora de conocernos y de ayudarnos —continúo—. Estoy convencido de que este es el camino más sano que tenemos ahora para encontrar la paz, y quiero hacer parte de eso.

Ruby sonrió ilusionada. Miguel le preguntó sobre los proyectos que tenía Camocho.

—Prefiero que se los cuente él —le dijo bajando la voz. —¿Será que hay manera de que se encuentren en algún lado para que hablen? Él sigue muy amenazado y

donde lo vean...

—No se preocupe que yo me encargo —la interrumpió Miguel concluyente.



Noa, escondido tras unos matorrales, tenía los ojos llenos de lágrimas. Se aferraba con fuerza a la granada, mientras que una buena cantidad de recuerdos llegaban a su mente.

Recordó a su padre y las palabras hirientes que a menudo le decía.

—¡Para sobrevivir hay que definirse! ¡Vos sos un hombre, un macho, y tenés que asumirlo!

También recordó aquella vez, cuando él era más pequeño, que su padre estaba de visita y lloraba sobre el regazo de su madre.

—Ya no puedo más con esta mierda —dijo Camocho.

—Pero ¿quién era el secuestrado? —preguntó Ruby

—¡Un niño! Era un niño —respondió con la voz entrecortada. —Y ahora está muerto por mi culpa.

Noa lloraba. Negaba con un gesto como queriendo espantar todos esos pensamientos. Pero llegaban más. Sin piedad, ni compasión.

Recordó uno de los muchos días en los que él, siendo muy niño, iba con su madre por las calles del pueblo. Él agarradito de la mano, sintiéndose tranquilo y feliz. De repente, se cruzaron con un par de personas que al ver a Ruby empezaron a comentar entre ellas.

—Esa es la esposa del guerrillo.

Las dos personas se cambiaron de acera, mientras los miraban con odio.

—¡Asesinos, lárguense del pueblo!

—¡Fuera de aquí!

Noa mantenía los ojos cerrados con fuerza, mientras las lágrimas se escurrían por su rostro. En su cabeza no sólo los recuerdos lo atormentaban. También las risas burlonas de aquellos que lo molestaban o lo ofendían.

—¡Mariquita! / ¡Ay, la niñita! / ¡Linda ella!

—A la nenita la tiene que traer la mamá, o si no se pierde.

—¿Usted al fin qué es? ¿Man o vieja?

—¡Yo no puedo ser amiga del hijo del guerrillero que acabó con mi familia!

Desesperado, Noa abrió los ojos. Tomó la granada y la observó fijamente. Llevó su mano hacia el seguro y cuando estaba a punto de quitarlo, lo interrumpió la voz de Johan.

—¡Aquí está! ¡Lo encontré! —gritó el santandereano.

Johan se dio cuenta de lo que Noa estaba a punto de hacer y entró en pánico.

—¿Qué hace, mano?

Noa se detuvo, sin dejar de llorar. Estaba terriblemente afectado.

—¡No lo haga! No vale la pena. Pase lo que pase, la vida es bien bacana —intentó

convencerlo Johan.

En ese instante, Alma, Byron y Sofía llegaron corriendo. Al ver a Noa con la granada, se frenaron de inmediato, llenos de angustia y de terror.

—Bacana pa usted, pero la mía es una mierda —le dijo Noa a Johan, entre sollozos. —¿O qué cree? ¿Que es una chimba que se burlen de uno todo el día?

Al oír esto, Byron y Johan resintieron el comentario.

—¿Creen que es fácil ser el hijo de un guerrillo? ¡Pues, no! ¡Yo no encajo en el mundo!

Noa puso de nuevo su dedo sobre el seguro de la granada y amagó con quitarlo. Alma y Sofía cerraron los ojos esperando lo peor. Pero Johan lo detuvo con un grito.

—¡Noa! ¡Óigame! ¡Óigame, por favor!



Noa levantó la cara y lo miró.

—Perdóneme, por favor —le dijo, muy afectado y de manera sincera. —Yo no quería hacerlo sentir tan mal.

Noa lo escuchaba, pero no dejaba de llorar.

—Para mí era un juego, nada más. Si lo jodía era para olvidarme de lo mal que me siento todos los días... Desde que mataron a mi mamá.

Todos se sorprendieron al oír esto. No sabían su verdad.

—La mataron... En un atentado. Y por eso nos vinimos a vivir a este pueblo —Johan no pudo contener las lágrimas. —Y me hace falta. Y me da rabia. Y de pronto por eso me desquito con el más toche.

Johan no pudo contenerse más y estalló en llanto. Alma, conmovida, se acercó



y lo abrazó. Byron, alterado y arrepentido, miró a su amigo y luego a Noa y le habló con mucha sinceridad.

—Perdóneme a mí también, Noa. Mirá, si yo te jodía era por seguirle la cuerda al Johan. Porque ese man ha sido mi parche. El único que ha sido mi verdadero amigo desde que llegué aquí.

Johan lo miró afectado, pero con cariño.

—Pero vos no te merecés tanta güevonada. ¿Sabés qué? Yo a veces también pienso que no encajo. Pero cuando me levanto y veo lo berraca que es mi tía, me doy cuenta, de que pase lo que pase, hay que seguir adelante.

Sofía, con un nudo en la garganta y bañada en llanto, también intervino.

—Perdóneme. No quise decir lo que dije.

Noa la miró con mucho dolor.

Mientras tanto, en medio de los matorrales, Pote revisaba su celular y una ubicación enviada, mientras se movía rápidamente. Más atrás, cuidando de que su hermano no lo viera, Camocho también andaba a buen paso.

En el claro, Noa, angustiado, respiraba agitadamente. Finalmente, accedió y bajó la granada.

—Todo bien. Pero quiero estar solo —dijo.

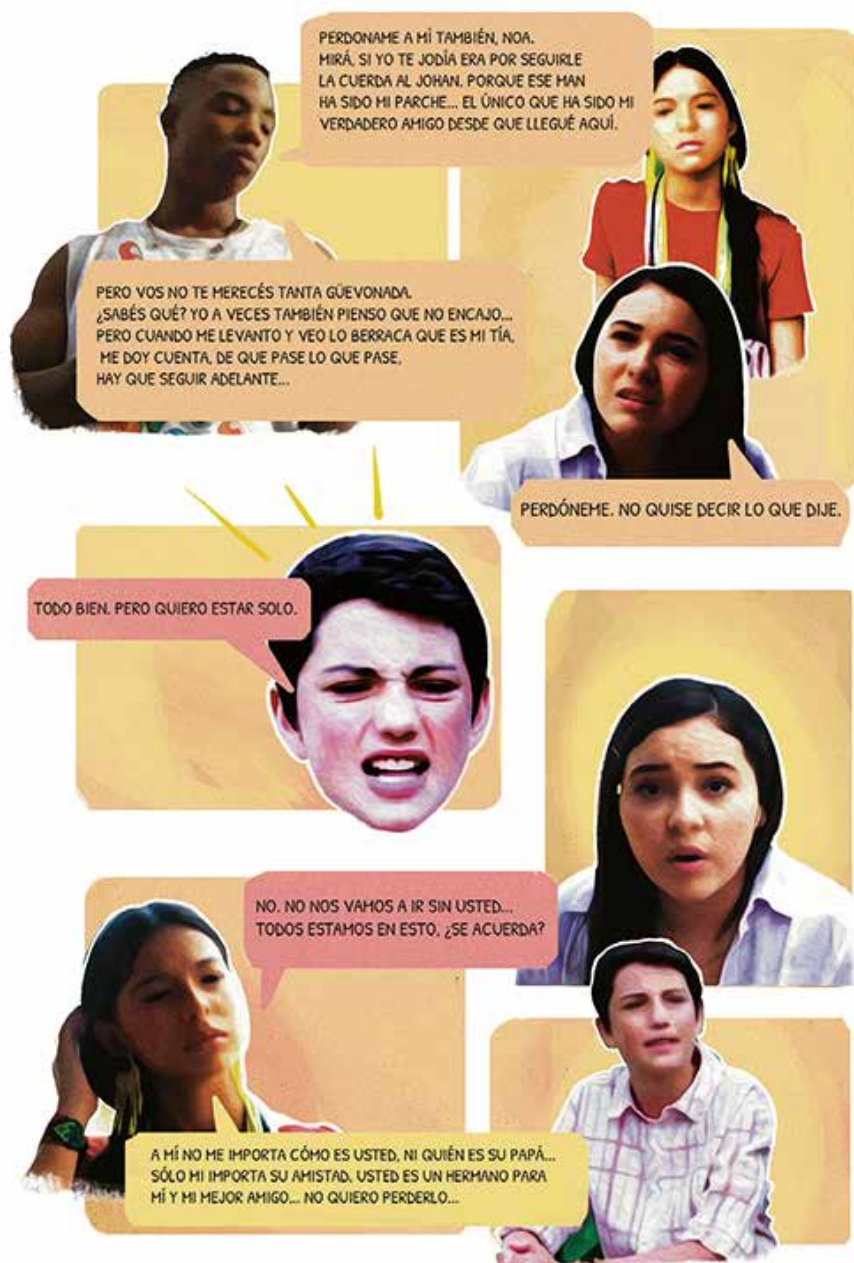
—No. No nos vamos a ir sin vos —aseguró Alma. —Todos estamos en esto.

Alma empezó a caminar hacia su amigo.

—A mí no me importa cómo sos, ni quién es tu papá —le dijo con lágrimas en los ojos, mientras le extendía la mano. —Sólo me importás vos, tu amistad. Vos sos un hermano para mí y mi mejor amigo. No quiero perderte.

En ese momento, Giovanni y Natalia se unieron al grupo corriendo. El muchacho, al darse cuenta lo que estaba pasando y temiendo lo peor con su hermanita, se abalanzó sobre la niña.

—¡Alma!



Giovanny, imprudente, haló a Alma hacia él, justo en el momento en el Noa había tomado su mano. Al hacerlo, Alma, a su vez, haló el brazo del chico, quien, sin querer, le quitó el seguro a la granada. El terror de los muchachos no tenía límite. Noa, en pánico, se aferró a la granada. Respiraba de manera agitada, sudaba frío, temblaba.

—Por favor, por chuchito, por lo que más quiera, no la vaya a soltar —dijo Johan con la voz temblorosa.

—Tenemos que ponerle ese seguro —sugirió Natalia—. ¿Cómo se hace?

—Paila... no se puede, tiene que apretarla con fuerza para que no se libere la palanca de seguridad. Eso es lo que dice mi taita. Si abre la mano, nos jodimos todos —aseguró Johan.

—¡Nos vamos a morir! —gritó aterrada Natalia y empezó a llorar.

—¡Cálmese, cálmese, no va a pasar nada malo! —intentó calmarla Giovanni.

Giovanni, con cierta duda, la abrazó y la joven se aferró a él como si fuera su salvación. Por su parte, Alma y Sofía también se abrazaron, muy afectadas.

En otro punto de los matorrales, Pote se quedó inmóvil al ver a su sobrino con la granada en la mano. Angustiado, no sabía bien qué hacer. La presencia de Johan lo hacía dudar. No quería ponerse al descubierto. Pero era su sobrino y estaba en peligro. Finalmente, decidió intervenir. Pero cuando iba a dar el primer paso, una voz lo detuvo.

—¡No la soltés, Noa!

Camocho, que estaba detrás de él, salió de los matorrales, aterrado al ver la situación en la que estaba su hijo.

—Ustedes váyanse de aquí —les dijo a los chicos asumiendo el liderazgo— ¡Rápido! Escóndanse detrás de esos matorrales. ¡Rápido, rápido, yo me encargo de mi hijo!

Alma, Byron, Johan, Natalia y Giovanni hicieron lo que el hombre les decía. Pero Sofía se quedó inmóvil, mirando a Camocho, sin poder creer que tenía frente a ella al secuestrador de su tía. Alma, al darse cuenta de la reacción de la niña, la abrazó y se la llevó con mucho cariño.

—Vamos, Sofí, vamos.

En los matorrales, Pote maldijo y se fue del lugar sin ser visto.

Camocho se acercó cuidadosamente a su hijo, quien estaba terriblemente asustado.

—Tranquilo... De esta vamos a salir juntos. Vas a ver.

—¿Por qué estás tan seguro? —preguntó Noa aterrado.

—Porque soy tu papá y nunca, oírme muy bien... Nunca voy a dejar que te pase algo malo.

—¿De verdad?

—Claro que sí, yo por vos me hago matar. Vos no te imaginás lo que significás para mí.

—¿Sin importarte que sea raro? —preguntó Noa con lágrimas en los ojos.

—En este momento lo único que me importa es salvar a la persona que más quiero en este mundo.

—¿Yo? —volvió a preguntar el chico desconcertado.

—Vos. Desde antes de nacer.

Noa empezó a calmarse y esbozó una leve sonrisa.

—Eso, así me gusta, que sonriás.

Noa tenía miedo. Camocho también. Y por eso Noa tenía que hacer exactamente lo que él dijera: caminaría bien despacio hacia él, y a su orden, lanzaría la granada

lo más lejos posible. Y una vez lo hiciera, se agacharía.

—Voy a contar hasta tres y le hacemos —dijo Camocho muy asustado.

Escondidos tras los matorrales, los demás estaban atentos. Camocho empezó a contar. A la una... Noa temblaba. Intentaba controlarse, pero le era imposible. No obstante, caminó hacia su padre. A las dos... Noa cada vez más cerca del exguerrillero.

—¿Estás listo? —le preguntó. —No te preocupés que sos un duro.

Ante la mirada aterrada de los demás, Noa asintió. Y a las...



En la camioneta de José, Marcela y José estaban cerca al punto enviado por Sofía. De repente, pasaron frente a un hombre que estaba sentado en una moto, poniéndose un casco. Marcela y el hombre intercambiaron una mirada.

—¡Ahí está! —gritó Marcela. —El hombre que vi esta mañana. El Pote.

José trató de reaccionar, pero el Pote ya había arrancado a toda velocidad. En ese justo momento, se oyó una explosión. Los dos se miraron asustados.

—¿Qué fue eso? —preguntó Marcela.

José negó sin decir una palabra y aceleró, presintiendo lo peor.



Había caído la noche. En casa de Noa, Camocho lloraba amargamente. A su lado, en la cama, estaba Noa, con algunos raspones en la cara y brazos, pero nada de qué preocuparse. Camocho le acariciaba la cabeza.

—Cuando te vi ahí, paradito, con esa granada... —se interrumpió Camocho, con angustia—...es que si te hubiera pasado algo yo... ¿Seguro no te duele nada?

—Estoy bien pá.

—Perdóname por todo lo que te dije y te hice antes —le dijo con sinceridad y tomándole la mano con delicadeza—. No soy sino un bruto.

Noa se quedó callado e instintivamente bajó la mirada.

—Yo tenía la idea en la cabeza de cómo quería un hijo y estaba muy feliz cuando naciste y nos dimos cuenta de que eras un varón. Pero...

Camocho miró a Noa. No sabía cómo decirle todo lo que había sentido durante esos años. Le costaba. Pero tomó aire y continuó.

—Pero empezaste a crecer y esa idea mía de un varoncito, machito, no cuadraba con lo que yo veía y ahí se me jodió la entendedera.

—¿Y por eso empezaste a odiarme? —preguntó Noa con una inmensa inocencia.

Camocho lo abrazó. Él jamás lo odió. Jamás. Pero para él no era fácil. No tenía la más mínima idea de cómo tratarlo. Y pensó que, siendo fuerte, que hablándole duro, iba a cambiarlo.

—Para que fuera como los demás, ¿no? —preguntó Noa.

—Pues sí —respondió Camocho avergonzado. —Y porque yo prácticamente me crié en la guerra, y ahí no hay espacio sino para los berracos, para los supuestos machos. Y pues vos no eras así.

Camocho revisó las heridas de su hijo. Luego lo miró serio a los ojos, sentido.

—Pero ahora entiendo que hay muchas formas de ser berraco, y no son las que yo pensaba. Vos sos un pelao estudioso, juicioso y mucho más inteligente y humano que yo... y yo, en lugar de ver lo que veía tu mamá de vos, me acullillé por pendejo. Y por eso empecé a tratarte como te trataba. Por puro miedo.

Noa lo abrazó y sollozó. Camocho, entre lágrimas, le agradeció. Le había dado una buena lección de valentía. Él sabía que le había tocado soportar mucho dolor, y en parte por su culpa. Y sólo hasta ahora se había dado cuenta de todo lo que lo había hecho sufrir y la manera tan madura como él lo había soportado. Noa lo miró con mucho cariño sin poder contener las lágrimas.

—No sabés lo orgulloso que estoy. Perdóname por haber sido el papá que fui durante todos estos años y por no haber estado con vos cuando seguro me necesitabas.

—Pero nunca es tarde, ¿no? De pronto podemos estar juntos de ahora en adelante. Vos, mi mamá y yo.

—De pronto —respondió Camocho sin mucha esperanza.

En la puerta, en completo silencio, Ruby, con una aromática en la mano, había contemplado todo el momento. Unas lágrimas surcaban su rostro. Pero esta vez, no eran lágrimas de tristeza y dolor. Eran lágrimas de absoluta y genuina felicidad.



Marcela, Natalia y Sofía caminaban hacia la hacienda. Las dos jóvenes estaban muy afectadas por todo lo sucedido, en especial porque las armas estaban en terreno de su padre. Con disimulo, Marcela preguntó si la parte del río también hacía parte de la hacienda.

—También —respondió con tosquedad Natalia, dando por terminada la conversación. —Ya nos toca entrar. Hasta luego.

—No sea tan grosera, Natalia— recriminó a su hermana y luego se dirigió a Marcela. —Gracias por acompañarnos.

Marcela se ofreció a hablar con don Roberto si creían que era conveniente. Sofía le agradeció. No era necesario. Ellas manejarían la situación. Marcela asintió, se despidió y se alejó del lugar. Sofía se volteó a mirar a su hermana con reproche.

—No me mire así. Si no la paro se entra con nosotras. Además qué pereza tanta preguntadera —dijo la joven.

—No exagere que ella lo único que hizo fue hacernos el favor de traernos hasta acá —aseguró Sofía y juntas entraron a la casa.

Desde un pasillo exterior, Roberto, observaba a sus hijas, atento. Caminó un par de pasos hacia la casa, dispuesto a seguirlas, pero, en ese momento, llegó Marcos y le cortó el paso.

—Patrón, qué pena molestarlo, pero tengo algo urgente que decirle.

Roberto lo miró extrañado. Nunca imaginó lo que Marcos estaba a punto de contarle.



En casa de Alma, Abelardo, Fabiola y la Abuela, muy molestos, interrogaban y regañaban a Alma y Giovanni por lo sucedido con las armas.

—Yo sabía que con lo del alacrán estaba pasando algo. Y no me dijeron la verdad cuando les pregunté —dijo molesta la Abuela.

—¡Siempre le he dicho que nos tienen que contar todo! —reprendió Fabiola a Alma. —Y más cuando se trata de cosas tan terribles!

—No pensamos que fuera nada malo —se justificó Alma.

—¡Se hubieran podido morir, carajo! —exclamó Abelardo furioso.

Alma y Giovanni lo sabían. Pero jamás imaginaron que una caleta de ese tipo pudiera estar en los terrenos de don Roberto. Abelardo calló. No tenía argumentos para rebatir la posición de sus hijos.

—Así es la gente de plata —agregó Giovanni. —Siempre con un guardado.

Abelardo, callado, y sabiendo que sus hijos tenían razón, bajó la mirada.



En el estudio de la hacienda, Roberto, reunido con Marcos, oía, consternado, lo que había pasado con la caleta de las armas.

—¿Y usted cómo supo? —preguntó incómodo.

—Uno que está enterado de todo —le respondió Marcos.

—Pues ni tanto —replicó furioso. —Porque si estuviera tan enterado como dice, se hubiera dado cuenta de que los imbéciles de sus hombres no son capaces de cuidar a mis hijas. ¿Cómo es que se escapan y encuentran una caleta de armas? ¡Son unas niñas, por favor!

—Pero bien voluntariosas que sí son.

—No me joda, Marcos. ¡Respete! Si no es porque... —se contuvo y evitó la amenaza. —¿Y quién era la mujer esa que venía con ellas?

Marcos le informó que era la profesora de la escuela del pueblo. Una de esas mujeres que siempre andaban metidas en lo que no debían.

—¿Y qué hacía con mis hijas? —pregunto Roberto.

—Estaba con el teniente cuando encontraron a las niñas.

—Esto no me gusta ni poquito, Marcos —dijo molesto. —Y no quiero que una profesorcita y un teniente de medio pelo vengán a jodernos nuestros planes de mañana. Averigüe bien quién es esa mujer y en qué anda. Y asegúrese de que nada de esto se sepa. No quiero que mis invitados empiecen a dudar de la seguridad de la zona.

Marcos asintió obediente.

—Y llame a las niñas que quiero hablar con ellas.



Mientras tanto, en casa de Johan, José caminaba de un lado a otro, mientras que el joven se confesaba sentado en una silla con la cabeza agachada.

—Sí, pa. Con esa plata compré la cicla, no era de mis ahorros.

—¡Usted si es mucho pingo! —gritó José, mientras negaba con un gesto en señal de desaprobación. —¿Por qué me dijo mentiras?

Johan, sincero, le confesó que tenía miedo de contarle la verdad. Pero después de lo que había pasado con Noa, había entendido que la vida era más importante que cualquier cosa, que la plata, que todo.

—Nunca más le voy a decir mentiras, pa dios que sí —prometió honesto. —Perdóneme.

José afectado por las palabras de su hijo, miró hacia el comedor, donde tenía escondido el costal. Él también guardaba su propio secreto.



Por su lado, Byron, sentado en uno de los asientos de la sala, oía con estoicidad el regaño de su tía. Finalmente, Perla se acercó y lo abrazó con todo el amor posible.

—Yo te perdono, Byron porque te quiero. Pero es importante que entendás una cosa.

Byron levantó la cabeza y la miró con mucho arrepentimiento. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Puede que nosotros no seamos ricos, pero siempre hemos sido honestos.

Byron lo sabía. Y se sentía muy mal por eso. Perla le sonrió con cierto pesar y le pidió que se preparara para hablar con su madre y contarle la verdad de lo que había sucedido. Byron, bañado en lágrimas, no tenía opción diferente a hacer lo que su tía le pedía.



Roberto, en el estudio, regañaba fuertemente a sus dos hijas. ¿Cuántas veces les había dicho que no se alejaran de la casa? ¿Por qué nunca le hacían caso? Sofía y Natalia, cabizbajas, no sabían qué responder. Finalmente, Natalia se atrevió a decir que estaban cansadas de quedarse solas todo el tiempo.

—¡Pero se pudieron morir! —exclamó Roberto. —Marcos me contó lo de las armas. ¿Cómo las encontraron?

—Porque... —empezó a decir Sofía.

Pero Natalia, sin dudarle, la interrumpió.

—Por casualidad —y desvió la conversación. —¿Pero de quién son? ¿Por qué estaban escondidas en tus tierras?

Roberto, desarmado, no sabía qué responderle. Natalia insistió. Necesitaban oír la verdad. Querían saber si él sabía algo al respecto porque se sentían terriblemente confundidas.

—Este terreno es muy grande —respondió Roberto. —Es imposible controlarlo todo, pero eso no es lo importante. ¡Lo importante es que ustedes no se mandan solas!

Natalia negó, molesta. Sofía se contuvo para no responderle a su padre.

—Me tienen que decir a dónde van, con quién, todo, ¿entendido? —agregó.

—Pero —intentó alegar Sofía, pero Roberto no la dejó hablar.

—Y si no les gusta, voy a tener que mandarlas a donde su mamá.

—Esa es la mejor solución para ti, ¿cierto? —explotó Sofía desesperada. —¡Siempre mandas lejos a los que te estorban!

Natalia quedó inmóvil al oír lo que dijo su hermanita.

—¿De qué hablas? —preguntó extrañado y muy serio Roberto.

Sofía miró con angustia a Natalia, quien sólo negó con un gesto. Roberto permaneció a la expectativa de la respuesta de su hija.



—No me esperaba tu llamada —dijo Miguel, mientras que miraba la pantalla de su computador.

El hacendado estaba en su estudio atendiendo una video llamada con Camila, quien estaba en su oficina en París.

—Es que no he dejado de pensar en mis sobrinas —le dijo. —¿Has hablado con Sofía? ¿Dijo algo del diario?

Miguel negó. Aún no le había dicho nada. Pero digerir esa verdad no debía ser nada fácil.

—Apenas sepa algo te cuento— le dijo. —Pero estoy seguro de que antes de lo que piensas, te va a contactar.

—Ojalá. Tenemos mucho de qué hablar. Mi secuestro nos destruyó la vida. Acabó con mi familia...

Camila guardó silencio súbitamente y bajó la mirada por un instante.

—Nos separó.

Miguel asintió con tristeza.

—Y mi mamá se murió porque no pudo soportar ese dolor, por mi culpa —dijo destrozada por el recuerdo.

—No digas eso que no es verdad. Y tampoco es justo contigo. Si pudiste perdonar a tus secuestradores y a todos los que nos hicieron tanto daño, es hora de que empieces a perdonarte a ti misma.

Camila respiró hondo y sonrió, como si estuviera sacudiendo su tristeza.

—Y las niñas... Sofía... ¿Cómo es? —preguntó.

—Fuerte, decidida. Una niña muy especial —respiró profundo. —Quien quita que esa sea la generación que nos saque de esto.

—¿Todo sigue igual, cierto? —preguntó con mucho dolor.

—No... no todo. Se está trabajando por la paz intentando darle salidas a las personas que le apostaron al cambio. Pero siempre están los que no quieren, los que solo piensan en sus propios intereses.

Camila se atrevió a preguntar si se refería a Roberto. Miguel no lo sabía. Prácticamente no hablaba con él. Pero no era raro que siguiera en las mismas. Camila se ensombreció. Le gustaría hablar con él y con las niñas. Al fin de cuentas, eran su familia. Pero le dolía. Por más de que lo intentaba, no podía olvidar que habían sido los amigos de su hermano, los paramilitares, los que la obligaron a salir del país.

—No tenías opción. Era eso o ibas a terminar con una bala en la cabeza —la reconfortó Miguel.

—Fui muy ingenua. Creí que por ser hermana de Roberto podía seguir con las denuncias y evitar que esa gente se apropiara de las tierras. Pero qué va, me quedé sola, ni él fue capaz de defenderme —dijo con tristeza.

—No fuiste ingenua, Cami, fuiste valiente. En ese momento hablar con la verdad era imposible. Y tú te arriesgaste, y pagaste las consecuencias como nadie —la miró intensamente. —Perdóname porque en lugar de juzgarte y de creer que eras una irresponsable, debí estar contigo; apoyarte; luchar a tu lado.

—Tal vez llegó el momento de comenzar de nuevo, ¿no crees? —sonrió Camila.

—Y la oportunidad nos la está dando una niñita de 14 años —asintió Miguel. —No le podemos quedar mal.

Camila volvió a sonreír con una inmensa tristeza y dolor en su expresión. Pero era verdad. Todavía había esperanza.



Bajo la luz de la luna, el Pote, en el jeep, regañaba fuertemente a Raúl. Un par de hombres escoltaban al Pote.

—No, güevón, la ibas cagando, me metiste en la boca del lobo. Allá, en primera fila, estaba el hijo del tombo —dijo furioso el Pote.

—¿Y yo qué iba a saber, jefe? Yo sólo le dije lo que Giovanni me contó: que habían encontrado armas. De ahí a saber quiénes estaban, me quedaba de pa'arriba —se defendió Raúl.

—Esta vez te la paso porque nos estamos jugando algo más grande. Pero te advierto, Raúl, otra de esas, y si te conocí, no me acuerdo.

A Raúl, ni el tonito, ni el regaño del Pote le gustaba en lo más mínimo. Pero sabía que no era momento para responder, ni para decir nada. Así que se contuvo.

—Hasta ahora me estoy ganando la confianza de tu gente, y no quiero cagarla por maricadas — continuó el Pote. —Así que yo veré. Porque vos sabés que conmigo no

se juega.

En ese momento, la luz de un campero iluminó a los dos hombres. De inmediato, el Pote se alarmó.

—¡Pilas ahí! —advirtió a sus hombres.

Los hombres alistaron sus armas, mientras que el Pote se escondió detrás del jeep. Mientras tanto, el campero mermó la velocidad y se detuvo, justo al frente al vehículo.

—Todo bien, jefe. Es don Marcos —descansó Raúl.

Al sentirse a salvo, el Pote se descubrió.

—Y hablando del diablo —dijo para sí mismo.

Marcos bajó del carro y saludó. Raúl y el Pote lo estaban esperando para terminar de cuadrar lo del día siguiente. Pero antes, Marcos les tenía una pregunta.

—Ustedes que tienen muchos ojos en el pueblo, ¿qué saben de la nueva profesora?

—Que le gusta meterse en lo que no le importa —respondió el Pote con molestia. —Me pillé que le está metiendo cuentos a mi cuñada, regalándole libritos sobre los acuerdos de paz y esa joda que me tiene mamado. Pura mierda, porque al final de cuentas, ¿qué? Seguimos en las mismas. O peor...

Pote haciéndose el divertido, señaló a Marcos.

—Y para la muestra un botón. Vos y yo, de socios. ¿Cuándo se hubiera visto?

Pote rio. Marcos, en cambio, permaneció callado. Era claro que no le había gustado en lo más mínimo el comentario.

—Bueno, no me abrás esos ojos que no te voy a echar gotas —le dijo el Pote. —Ahora lo importante es cuidar el negocito y no dejar que ningún sapo venga a dañarnoslo.

Marcos asintió con desconfianza. Segundos después, desvió la conversación y volvió al tema de Marcela.

—Volviendo al tema de la profe, ¿vos creés que esa vieja es la que está alentando a la negra esa con lo de la emisora? ¿A la tal Perla?

—Póngale la firma, esas viejas son todas iguales —dijo el Pote. —Se huelen entre ellas. Yo no entiendo por qué no se callan la jetica. Con lo mamacitas que se ven calladitas.

Todos rieron por el comentario.

—En eso sí estamos de acuerdo —dijo riendo Marcos. —Va tocar apretarlas a ver si se calman.

Marcos intercambió una sutil mirada cómplice con Raúl y continuó.

—Pero bueno. A lo que vinimos. Y que no se le olvide a ninguno de los dos que ustedes a mí no me conocen.

Pote y Raúl asintieron. Marcos sacó de su bolsillo un mapa y lo extendió sobre el capó del carro y empezó a dar las últimas indicaciones del plan.



Abelardo, sentado en una silla en el exterior de su casa, se veía preocupado por lo que había pasado con sus hijos. De repente, un ruido lo alertó. Volteo para mirar, y de la penumbra, apareció José con el costal que tenía escondido bajo el comedor.

—Es él —dijo, poniendo el costal en el piso.

Abelardo, asombrado, abrió sus ojos. No podía creer lo que estaba diciendo el policía. El terror se había apoderado de él y era evidente que el secreto que guardaban los dos hombres era grande, complejo y tenebroso.



Ocho muchachos, entre los que se destacan Charly, Wilson, Michael y David -quien se ve muy emocionado-, están cerca de un camión estacionado en un parqueadero. Todos atentos a las indicaciones de Ever.

—Bienvenidos. Los felicito por haber sido seleccionados. Este es un trabajo fácil, bien pago y con todas las garantías —les dijo.

Los muchachos cruzan miradas de ilusión.

—Ya casi vamos a salir, pero antes, necesito que me entreguen sus cédulas...

—¿Y eso para qué? —preguntó Charly extrañado.

—Primero quiero comprobar que están todos y también tengo que enviarle sus datos al patrón —dijo Ever. —Ya saben, para meterlos en la nómina.

—Ah, claro —intervino Michael. —Eso es importante pa que nos paguen.

Y sin pensarlo dos veces, le entrega su cédula a Ever, quien sonríe y los invita a subirse al camión. Michael es el primero en poner un pie arriba, pero Charly lo detiene. Mira al reclutador con sospecha.

—Espere... ¿y no se la van a devolver? —preguntó afanado.

—Cuando lleguemos a la finca —respondió Ever. —Relajao, mijo... ¿cuál es el visaje con usted?

—Nada, nada —se excusó Charly. —Sano, todo bien.

Ever le pide la cédula. Con algo de renuencia, Charly se la entrega y se sube al camión. Los demás hacen lo mismo. El último en la fila es David, quien emocionado, tiene la cedula en la mano y la muestra.

—Aquí está, aquí está. Es mi cédula —dijo entregándosela a Ever.

Ever detalla en la cédula, en donde se destaca el nombre del chico.

—Listo, pues. Feliz viaje, David —dijo con énfasis.

David sonríe y se sube al camión. Cuando el último joven está adentro, Ever cierra la puerta. Luego guarda las cédulas en su mochila y se sube a la cabina en el puesto del copiloto. Unos segundos después, un hombre del ejército se sube en el puesto del piloto.

—Estamos. La carga de hoy está buena, buena —dijo Ever satisfecho.

Los dos cruzan miradas y el camión arranca.





CAPÍTULO 5

- LA VERDAD -

Temprano en la mañana, los chicos, en compañía de Abelardo, Perla, Ruby, José y Marcela, se habían reunidos en la cueva, alrededor del lugar en donde estaba el cadáver. Para su sorpresa y desconcierto, el muerto había desaparecido. Marcela respiraba agitadamente, terriblemente afectada por lo que estaba pasando. Los chicos consternados, no sabían qué pensar, ni qué decir al respecto.

—¡Se los juro! Ahí estaba el muerto —dijo Alma insistente. —¡Tienen que creer-nos!

Todos hablaban al unísono: “¡sí, ahí estaba!”, “¡se desapareció!”, “¡es verdad!”, “¡créannos!”.

—No puedo creer que después de todo lo que pasó, ¡ustedes sigan diciendo men-tiras! —los interrumpió Perla, molesta.

—Perla tiene razón, es como si no hubieran aprendido nada —dijo Ruby. —Esto no es un chiste, ayer se hubieran podido mo...

Ruby se contuvo de terminar la frase y calló.

—¡Es el colmo! ¿Cómo se les ocurre jugar con algo tan sagrado como la muerte? —volvió a preguntar Perla, persignándose.

—No estamos jugando, tía. —respondió Byron. —¡Es la verdad! ¡Aquí había un muerto! Eran puros huesitos.

—¿Y por qué no dijeron nada cuando lo encontraron, ve? —preguntó Perla.

Los chicos se miraron entre ellos y respondieron uno a uno. Porque querían saber quién era; y qué le había pasado; y porque les dio miedo decir la verdad; y por-que hicieron un pacto de no decir nada y no podían fallarle a los demás; y porque

encontraron plata y querían saber si había más; y por eso decidieron ir a las equis que marcaba el mapa.

—¿Cuál mapa? —preguntó José intercambiando una mirada con Abelardo.

—Pues... —dudó en responder Johan.

—Además del muerto —se adelantó Noa—, encontramos una libreta con un mapa que tenía unas x y unas coordenadas.

—Pero la perdimos —lo interrumpió Johan.

—¿Y quién se la llevó? —preguntó José.

Marcela permanecía atenta, intentando disimular para no quedar al descubierto.

—Vaya uno a saber —respondió Johan. —Pero ese jijuepuerca nos jodió con toda porque...

—¿Qué es ese vocabulario, Johan? —lo interrumpió su padre. —¿No le da pena?

Johan, regañado, calló. Marcela, al confirmar que los chicos desconocían que era ella quien se había llevado el morral, respiró aliviada. Ruby, quien estaba a su lado, alcanzó a notar cierta extrañeza en la profesora.

—¿Está bien, profe?

—Sí, es que... —buscó alguna respuesta. —Estos sitios... no me gustan.

—¡Aquí no hay nada! —dijo José levantando la voz. —Así que lo mejor es que todo el mundo se devuelva pa su casa.

—No nos podemos ir, así como así sin buscar al muerto —replicó Alma.

Pero Abelardo, categórico, la interrumpió.

—Ya no más, Alma. Tema cerrado. Salgan, pues.

Abelardo fue el primero en irse. Los otros adultos lo siguieron, mientras que los chicos se quedaron rezagados, impotentes. Marcela los miró con mucha desconfianza.



Roberto miraba por la ventana que daba hacia el jardín. En el exterior, los empleados cargaban cajas, vajillas; armaban carpas; disponían las mesas, preparando todo para la cena de la noche. Roberto miraba el ajetreo con el ceño fruncido, evidenciando la enorme tensión que sentía.

—¿Me mandó a llamar, patrón? —irrumpió Marcos.

Roberto se volteó y asintió. Quería saber cómo iban los preparativos.

—Marchando. No se preocupe, señor, que todo va a salir bien.

—Eso espero... mucho ojo a la seguridad —advirtió y cambió de tema. —¿Pudo averiguar algo de la profesora esa?

Marcos asintió con cierto desprecio por lo que iba a decir.

—Esa vieja es una metiche y le está llenando la cabeza de alacranes a las mujeres del pueblo con el cuento de los acuerdos de paz y de quién sabe qué más cosas.

Roberto se sorprendió al oír eso.

—Y pa rematar, parece que es muy amiguita del toambo ese, el santandereano — agregó Marcos.

A Roberto no le gustó para nada la información que le dio su capataz. Necesitaba saber qué quería esa mujer con sus hijas. Por qué estaba con ellas.

—¿Y por qué no se lo pregunta directamente? —insinuó Marcos envenenando a su jefe—. No es por meterme, patrón, pero yo de usted, me aseguraba. Esa vieja es de cuidado y como dicen por ahí, más vale prevenir que lamentar.

Roberto miró a Marcos por un instante como si estuviera evaluando esta opción. Volvió a darse la vuelta y siguió mirando por la ventana, pensativo, pero sin decir nada.



En la quebrada, los chicos estaban reunidos, cabizbajos, regañados y completamente desconcertados.

—Es que pienso y pienso; y no entiendo cómo desaparecieron todos esos huesos —dijo Sofía.

—¿Será que se volvieron polvo? Como los desenterramos... —sugirió Byron. — Y quién sabe desde hace cuánto estaban enterrados.

—No sea toche, mano, que eso solo pasa en las películas. Seguro alguien se los llevó —afirmó Johan.

—¿El mismo que se robó el morral? —preguntó Giovanny.

—O la misma —complementó Noa.

Los chicos hicieron silencio. Sabían que Giovanny y Noa podían tener razón.

—¿Qué tal que esa persona primero haya venido por los huesos y ahora, en venganza, nos joda a nosotros? —dijo con temor Byron.

—Usted si está viendo muchas películas, mano... No...

—¿Qué hicieron con el cuerpo?! —interrumpió una voz. —¿Dónde está?!

Los chicos se voltearon y descubrieron a Marcela, quien los miraba con rabia y dolor. Parecía otra persona. Su dulzura había desaparecido por completo. Los chicos, extrañados por esta desconocida actitud, le aseguraron que no sabían nada del cuerpo.

—¡Mentirosos! ¡No les creo! —dijo con agresividad. —¡A mí no me van a enredar tan fácil! ¡Me van a decir la verdad, ya mismo!

—Pero ¿cuál verdad? —preguntó Natalia sin entender a qué se refería la profesora.

—¡La verdad del muerto! —estalló Marcela. —¡Hablen, carajo!

Los chicos cada vez más extrañados por esa actitud que nunca habían visto, empezaron a bombardearla con preguntas. “¿De qué habla, profe? Nosotros no hemos hecho nada”, “¿qué jue? ¿por qué la preguntadera?”, “¿acaso usted tiene algo que ver con ese muerto?”

Marcela abrió la boca para empezar a hablar, pero se detuvo súbitamente. Los

chicos no entendían qué estaba pasando. En sus rostros había desesperación mezclada con mucho temor.

—¿Quién...? ¿Quién es usted? —preguntó con un hilo de voz Alma.

Marcela los miró con impotencia, y como respuesta a la pregunta de Alma, estalló en llanto. Los chicos, cada vez más desconcertados, realmente necesitaban una explicación.



Abelardo, angustiado y afanado, arrastraba el pesado costal por el pasto. Sus manos temblaban y sudaba copiosamente. En un punto plano, se detuvo. Miró a un lado y al otro, asegurándose de que nadie lo viera, tomó una pala que traía amarrada a su espalda y empezó a cavar. Mientras lo hacía, cortas visiones venían a su mente: jóvenes muertos, cuerpos apilados y Giovanni, en el piso, boca abajo, inerte. Se detuvo. Necesitaba despejarse por un segundo. Su palidez se hacía cada vez más notoria y estaba empapado por su propio sudor. Volvió a cavar; esta vez más rápido y con más ahínco. En ese instante, oyó unos pasos. Escondió la pala y el costal detrás de un árbol, y se alejó del hueco cavado.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Marcos sorprendido de verlo ahí.

El nerviosismo de Abelardo no lo dejaba ni hablar. Trató de controlarse para no levantar sospechas, pero al mirar de reojo, se dio cuenta de que el costal alcanzaba a sobresalir de detrás del árbol.

—Eh... yo... Estaba buscando unas hierbas y unas matas —finalmente respondió.

—Perdiendo el tiempo en pendejadas. Más bien vaya y echa una mano con lo de esta noche. Vea que el patrón está hecho un manojo de nervios.

Abelardo asintió.

—Voy a seguir revisando el perímetro. Si ve algo sospechoso me cuenta.

Marcos se dio media vuelta para irse, pero al hacerlo, alcanzó a ver el costal.

—¿Y eso qué es?

Abelardo, confundido y angustiado, palideció.

—Pues las matas que le dije, me las pidió mi mamá —improvisó.

—Llévese eso de aquí y apúrese, que pa ya es tarde —dijo con menosprecio y se fue.

Abelardo, a solas, respiró aliviado. Miró hacia el árbol, luego al hueco y negó con un gesto. Tomó la pala, se la colgó en la espalda, volvió a tomar el costal y lo cargó nuevamente por el mismo camino por el que había llegado.



Marcela, un poco más tranquila, se limpiaba las lágrimas con un pañuelo de papel. Los chicos, a su alrededor, la oían con atención.

—Yo no llegué al silencio solo por mi trabajo —dijo la profesora. —También vine

a buscar a mi hermano.

Todos se miraron sorprendidos pidiendo alguna explicación.

—Hace 10 años desapareció y lo he estado buscando —continuó la profesora. —Y hace como seis meses, me avisaron que vieron a un joven con sus características en esta región. Se llama David, tiene una discapacidad cognitiva, y necesito saber qué le pasó, y encontrarlo vivo o...

Marcela hizo una pausa. Le dolía lo que iba a decir.

—...muerto.

Los chicos respiraban agitados e intranquilos. Ellos también sufrían con el relato.

—Seguro está vivo, profe. Póngale fe —dijo solidario Byron.

—Lo hago todos los días, pero cuando desapareció, esta zona estaba muy caliente. Había guerrilla y paras por todo lado. Además, aparecieron cuerpos de jóvenes que el ejército hizo pasar por guerrilleros.

—Esos son los falsos positivos —complementó Johan. —¿Sí o qué, profe?

Marcela asintió. Natalia y Sofía, al oír esta información, prestaron especial atención.

—Y me da miedo que uno de esos sea mi hermano —agregó Marcela.

Todos la miraban con mucha solidaridad y pesar.

—Fue por eso por lo que me acerqué a la unidad de búsqueda de personas dadas por desaparecidas.

—¿A la qué? —preguntó Byron.

No era el único que necesitaba explicación. Los demás también se veían perdidos, necesitados de una aclaración al respecto.

—Me imagino que hace unos años escucharon sobre el proceso de paz —dijo la profesora.

—Sí. El acuerdo que hizo el gobierno con las FARC —intervino Sofía.

—Y como dice mi papá, una perdedera de tiempo, porque eso no sirvió para nada —dijo Natalia incrédula.

—No creas —dijo Marcela. Sí ha servido, pero es un proceso largo y difícil porque en Colombia llevamos más de 50 años en conflicto y hay muchas heridas abiertas que no se van a cerrar de la noche a la mañana.

—Obvio. Dificilísimo —agregó Sofía.

—Pero no imposible —aseguró Marcela. —Y por eso, no nos podemos desanimar. Hay que seguir trabajando duro para que un día todos podamos convivir en paz. Y ahí vamos.

Marcela esbozó una sonrisa esperanzadora. Pero Natalia, seguía dudando.

—Pues si usted lo dice. Igual, sigo perdida. ¿Qué tiene que ver el proceso de paz con su hermano? —preguntó.

—Gracias a ese acuerdo nacen algunas entidades como la JEP o Justicia Especial para la Paz, la Unidad de Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas y la Comisión de la Verdad —respondió Marcela. —¿Han oído hablar de alguna?

Noa había oído de todas por su madre. Alma también. Sobre todo, de la JEP. Los demás seguían un tanto perdidos. Marcela les contó que ella se había acercado a la JEP y se presentó como víctima en el caso de la desaparición de su hermano.

—Uy, espere profe, que me perdí —intervino Byron. —Antes dijo que usted estaba con los que buscan personas y no sé qué...

—Ah, bueno, es que todas esas entidades trabajan en llave, y pues al encargarse de la búsqueda de desaparecidos, me han ayudado a tratar de ubicar a mi hermano —le explicó la maestra. —Ellos fueron los que me dijeron que habían visto a David por estas tierras. Es por eso por lo que estoy aquí.

Los chicos la oían con atención, afectados por el relato de la mujer.

—En todos estos años, me di cuenta de que, con buscar, con rezar, con tener esperanza no era suficiente. También tenía que entender cómo funcionan los acuerdos. Y por eso me inscribí en un proceso de acompañamiento pedagógico de la Comisión de la Verdad.

—Como mi mamá —comentó Noa. —Ella dice que ya tenemos que superar todo el dolor que la guerra nos dejó.

—Eso seguro lo dice su mamá para hacerlo sentir mejor, mano —intervino Johan. —Porque uno va a ver y es imposible. Yo no soy capaz de perdonar a esos malparidos que mataron a mi mamá.

—Y estás en tu derecho de no hacerlo —replicó la maestra. —Tú también eres una víctima. Pero si un día, esas personas que la mataron, se sientan frente a ti y te cuentan lo que hicieron y te piden perdón, ¿lo intentarías?

Johan permaneció en silencio.

—Y si reconocen públicamente que hicieron daño y que ese daño no tiene justificación alguna y que en algunos casos, como el tuyo, no se puede reparar, se arrepienten y se comprometen a no repetir lo que hicieron nunca más, ¿les darías una segunda oportunidad? —preguntó Marcela.

—Pues... —dudó Johan.

—Por lo menos uno sabría qué pasó —comentó Byron.

—No sólo qué pasó, sino quiénes fueron los responsables —asintió Marcela. —De todas formas, nadie, y óyeme bien, nadie, va a poner en duda tu dolor.

—Eso fue lo que hizo Noa con vos, Johan —agregó Alma.

Marcela se sorprendió al oír esto.

—Y pa decirte la verdad, cuando me dijiste lo que me dijiste, me sentí mucho mejor —dijo Noa. —Sentí como un alivio.

—¿Qué le dijiste? —le preguntó la profesora a Johan.

—Le dije por qué lo había jodido durante tanto tiempo, cómo me sentí, le conté lo que pasó con mi mamá —respondió Johan y se le quebró la voz. —Creo que fue la primera vez que hablé de eso. Es que con mi taita no puedo.

—Cada uno tiene su momento, Johan —se condolió la maestra. —Y el tuyo fue con Noa. Y lo importante es que entendiste que llenarte de furia y descargarla en los que, tú crees, son más débiles que tú, no te sana. Sino que te llena de más rabia.

Johan asintió con lágrimas en los ojos.

—Reconociste para poder reparar. Y así es como funciona.

—¿Y eso es lo que usted espera con su hermano, cierto? —preguntó Alma. —Que le cuenten dónde está y qué pasó durante estos años.

Marcela hizo un breve silencio y luego asintió.

—Y por eso necesito encontrarlo. Para poder sanar por dentro. Y porque se lo prometí a mi mamá, y se lo voy a cumplir.

Marcela no pudo contener la emoción, y un par de lágrimas rodaron por sus mejillas. Noa, conmovido, se acercó y la abrazó.

—Siempre he escuchado que un abrazo ayuda a sentirnos mejor —le dijo.

Marcela sonrió. Respiró hondo y se levantó.

—Bueno, vamos. Hoy hay un bazar y quedé de ir a ayudar.

—¡Ishhh, verdá! —exclamó Byron. —Tengo que ir a afinar la garganta porque me voy a presentar allá. Vamos, pues.

Byron se levantó rápidamente y se puso en marcha. Los demás se dispusieron a seguirlo.



Camocho, en su habitación, estaba ansioso por el regreso de Ruby. Caminaba de un lado para otro, sin lograr calmarse. De repente, oyó el sonido de la puerta. Se asomó con cautela. Efectivamente, quien había llegado era su mujer.

—¿Y? ¿Qué pasó? ¿Encontraron el cadáver? —preguntó.

—Es que no había cadáver. Yo no sé si son inventos de los pelados, pero Noa jura y rejura que sí vieron un muerto y, de todas formas, sí estaban muy impresionados —respondió Ruby.

—¿Y Giovanni?

—Como callado, pero ahí con nosotros.

—Qué vaina con ese pelado. Sin saber qué es lo que quiere el Pote con él.

—¿Y sigue sin aparecerse por aquí?

Camocho asintió.

—Después de lo de ayer, ese no va a volver y yo creo que se va a mantener escondido por un buen rato. Sea como sea, si no hubiera sido por esa llamada, Noa...

Camocho calló por un instante, como queriendo alejar de su pensamiento ese fatal momento.

—No me quiero ni acordar de verlo con esa granada —dijo con dolor.

—Él está bien gracias a vos—le dijo con afabilidad. —De eso es de lo que te tenés que acordar de ahora en adelante.

Ruby sonrió con cariño. Estaba mucho más afectuosa con Camocho desde lo sucedido con Noa el día anterior.

—¿Y sabés qué? —continuó. —Don Miguel quiere verte hoy por la noche en su hacienda. En la chocita esa medio abandonada que hay por la entrada sur. ¿Sí sabés cuál?

Camocho, sorprendido, asintió. Era una excelente noticia.

—¿qué haría yo sin vos, ah? —le dijo emocionado.

Ruby, divertida, levantó los hombros. Camocho la miró con mucho sentimiento.

—Es lo único que me falta en la vida para estar bien, que vos y Noa se vengan conmigo.

Ruby esbozó una leve sonrisa. Esta vez, no se negó rotundamente, pero para no tener que dar una respuesta definitiva, buscó en el armario algo para ponerse esa noche en el bazar.

—¿Y vos me vas a acompañar? —le preguntó Camocho, sonriendo.

—Me encantaría, pero no puedo. Acordate que voy a ayudar a Perla en el bazar —le respondió y se volteó para mirarlo. —Tené cuidado cuando te vayás. Me avisás pa estar pendiente.

—Tranquila que no va a pasar nada —aseguró Camocho. —¿A qué hora me dijiste que es la cita?

—A las 9, ¿por qué?

—Porque quisiera hablar con Giovanni primero. Necesito saber lo que quiere el Pote con él. Si es que se lo va a llevar para meterlo en sus torcidos.

—Tenés razón, pero vos no podés arriesgarte. Dejá que pase el bazar y miramos cómo hacemos para que se reúnan sin que te pongás en peligro.

Ruby tenía razón. Era mejor ser precavido. Sin embargo, no podía dejar de pensar en Giovanni. No quería que el muchacho cayera en malos pasos por culpa de su hermano.



En la estación de policía, Arrubla, tenso, sostenía un esfero con el que jugaba con sus manos para relajarse. Desde su silla, escuchaba atento a José, quien le contaba lo sucedido en las últimas horas.

—Ya están haciendo el inventario de las armas. Pero a vuelo de pájaro, mi teniente, yo diría que es una caleta paramilitar.

—¿Y seguro que se encontró en la finca de don Roberto Mahecha?

—Afirmativo, mi teniente.

—Asunto delicado —lanzó con molestia el esfero sobre el escritorio. —Esto hay que tratarlo con pinzas. Déjeme, sargento, yo manejo eso.

—Pero eso no es todo, mi teniente. También ha habido avistamientos de alias el Pote por la zona.

—Lo que está diciendo es muy grave, sargento —dijo Arrubla tensionándose aún más.

—Algo se debe estar cocinando —aseguró José.

Arrubla se levantó de su silla y empezó a caminar de un lado a otro, preocupado.

—Hay que encontrarlo —afirmó. —No queremos que la zona se nos llene de hampones. ¡Encárguese!

—¡Como ordene, mi teniente!

—Ya sabe sargento, me mantiene informado de todo —dijo el teniente de manera intimidante. —Usted sabe que soy yo el que le responde al comando.

Al decir esto, Arrubla salió de la oficina, dejando a José con una gran preocupación y una enorme responsabilidad sobre sus hombros.



En un descampado del monte, varios hombres subían a la parte trasera de unos camiones, unas cajas marcadas con: “Lulos de exportación”. El Pote supervisaba, con atención, la carga, mientras respondía una llamada de su celular.

—Eh Ave maría. Justo estaba pensando en usted. Ya lo iba a llamar para que termináramos de cuadrar par cositas para esta noche. ¿Cómo va el despeje? —preguntó.

Frente a la estación de policía, Arrubla, furioso, hablaba por teléfono.

—Iría mejor si dejara de dar papaya, gran pendejo —le dijo.

—Uy... pero quítese los guantes, teniente. Si aquí nadie ha dado papaya —respondió el Pote molesto.

—Ah, ¿no? Se lo advertí a Marcos y se lo repito a usted —dijo el teniente molesto. —¿Cuántas veces les tengo que recordar que cuando esté por aquí, usted es un fantasma?

—Eh... más fantasma imposible, teniente.

—Pues entonces por aquí están viendo visiones. Pero en todo caso eso los pone nerviosos y nosotros no queremos sobresaltos.

—Si está hablando del que pienso, ese no me preocupa —dijo el Pote desestimando.

—No se confíe. Si sigo aquí es porque nunca he subestimado a nadie. Así que pilas. Otra cagada de esas y nos puede costar la vuelta.

El Pote, molesto, le hizo el gesto de pistola al teléfono.

—Y si de algo estoy seguro es que no voy a permitir que se nos caiga el negocio por un güevón como usted —continuó Arrubla. —Así que concentradito y sin dar el más mínimo visaje, ¿entendido?

—Por mí no se preocupe, teniente, que mientras que usted cumpla con su parte, yo cumplo con la mía —respondió el Pote ardiendo de la ira. —Así que yo veré bien despejadita la zona. Hasta esta noche.

Pote colgó muy molesto.

—¿Qué tal este gran pendejo?

En ese momento, uno de los hombres que estaba subiendo las cajas al camión, se tropezó con una piedra, dejando caer una de ellas al piso. En el movimiento, la caja se abrió y de su interior, salieron rodando algunos lulos, dejando ver su verdadero contenido: varios ladrillos de cocaína. El Pote, maldiciendo, se acercó y arremetió con furia contra el hombre.

—¡Cuidado con eso que cuesta más que vos, güevón!

El Pote empujó, agresivo, al hombre y lo obligó a recoger la mercancía. Por primera vez, el Pote abandonó ese aire de superioridad que tanto lo caracterizaba. En su expresión, se veía una profunda preocupación y malestar por lo que estaba sucediendo.



Marcela y los chicos ya se habían alejado del río. Marcela iba acompañada por sus cuatro alumnos -Noa, Alma, Johan y Byron-. A un lado Giovanni y al otro, un poco más alejadas, Natalia y Sofía. Byron ensayaba la letra de una de las canciones que iba a cantar en el bazar. Todos lo oían interesados, menos Giovanni, quien miraba pensativo a Marcela. Había algo que no le cuadraba.

—Profe, hay algo que no entiendo —le preguntó acercándosele— ¿Acaso usted cree que el muerto es su...?

—No. —lo cortó—. No es mi hermano. Pero en el morral encontré unas...

Al decir esto, Marcela se interrumpió. Todos la miraron sorprendidos. Johan abrió grandes los ojos y Byron guardó silencio, desconcertado. Los demás se detuvieron y rodearon a Marcela. Necesitaban explicaciones.

—¿Cómo así? —preguntó Johan. —¿¡Usted fue la que nos ro... —se corrigió—...la que se lo llevó!?

Marcela asintió con cierta vergüenza.

—¿Hace cuánto sabe de lo del muerto? —volvió a preguntar el santandereano.

—Hace un par de días —respondió Marcela. —Los seguí y lo encontré. Pero no lo toqué. Luego, por casualidad, Perla tenía el morral, lo reconocí y me lo quedé. Y ahí encontré unas cédulas.

—¿Unas cédulas? —preguntó extrañada Sofía. —¿En dónde? Nosotros desocupamos ese morral y no encontramos ninguna cédula.

—En un bolsillo interior que casi no se veía. Eran cédulas de varios muchachos. Y entre ellas, estaba la de mi hermano.

Los chicos se miraron sorprendidos.

—Y la única pista que tenía era ese muerto—continuó la profesora. —Necesito saber quién era...

—Profe, nosotros le juramos que no lo escondimos ni nos lo llevamos —aseguró Alma.

—Pero le podemos ayudar a buscarlo —sugirió Noa. —¿Cierto?

Los otros chicos asintieron comprometidos.

—Pero toca es estar bien abejas —intervino Byron. —Ya sabemos que el morral está en buenas manos, pero no sabemos quién se llevó los huesos. ¿Qué tal que ese pana sí sea bien casoso?

Todos asintieron dándole la razón a Byron. Por eso tenían que averiguar quién se los había llevado.

—Hágale, de una —dijo Alma decidida. —Vamos a trabajar juntos y le vamos a ayudar a encontrar a su hermano, profe. ¡Va pa esa! Byron, Johan, Natalia y Noa se unieron a Giovanni y a Alma y golpearon sus manos como si estuvieran sellando un trato. Pero para sorpresa de todos, Sofía, en lugar de participar, se alejó en silencio.

—¿Qué pasa, Sofi? —le preguntó extrañada Alma. —¿No nos va a ayudar?

Sofía estaba muy afectada. Negó con un gesto. Prefería dejar las cosas así. Y sin decir más, tomó camino hacia su casa. Alma y Noa la vieron alejarse, muy tristes y confundidos.

—¡Sofía, espere! —gritó Natalia.

La joven corrió tras su hermana, quien caminaba de prisa.

—¡Espere! —le volvió a gritar.

Sofía se detuvo, compungida.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Natalia, mientras recuperaba el aire.

—¡Esto no me gusta! —estalló. —Cada vez que hablan del muerto, de las armas, de todo, no dejo de pensar en...

Sofía guardó silencio.

—¿En qué? —preguntó Natalia.

—En mi papá. No entiendo por qué todo tiene que aparecer justo en nuestra finca.

Natalia asintió. Tampoco le gustaba lo que estaba pasando.

—Siento que mi papá no nos dice todo —dijo Sofía pensando en lo que había descubierto en el diario. —Y eso me preocupa mucho.

Y sin decir más, se dio media vuelta y se fue. Natalia dudó por un momento si seguirla o no. Ella también había empezado a dudar de su padre. Finalmente, decidió dejarla sola. Pero al darse la vuelta para reunirse con los demás, se encontró de frente con Giovanni, quien la había seguido.

—¿Ahora se la pasa oyendo las conversaciones de los demás?

Giovanni, incómodo, negó levemente.

—¿Qué quiere? —preguntó la joven.

—Hablar con usted.

—Nosotros no tenemos nada de qué hablar.

—Se equivoca y lo sabe —le dijo el muchacho.

Natalia blanqueó los ojos. Era obvio que ellos no tenían nada de qué hablar. Algo molesta, dio un paso para seguir su camino, pero Giovanni, ágil, le cortó el paso, con actitud coqueta.

—Usted sabe que me gusta —se confesó. —Desde que estábamos bien chiquitos y jugábamos en los matorrales.

Natalia se quedó mirándolo sin decir nada.

—¿O ya se le olvidó cuando me lanzó al río y me hice el ahogado pa que me diera un beso? —recordó el joven sonriendo.

—No, eso no se me olvida.

Giovanni sonrió esperanzado.

—Porque desde ese día confirmé que usted es un aprovechado —continuó Natalia. —Bájese de esa nube, Giovanni, porque entre nosotros nunca va a pasar nada. No sea igualado.

La joven se dio media vuelta y se fue detrás de su hermana. Giovanni dio un par de pasos para alcanzarla, pero, de pronto, se detuvo en seco.

—Mero pendejo —dijo para sí mismo.

Giovanni se quedó inmóvil, viendo cómo Natalia desaparecía por entre los matorrales. Estaba molesto, frustrado, tenía rabia. Sin pensarlo dos veces, sacó su celular, buscó el número de Raúl y marcó. Estaba decidido a irse.



Un poco más tarde, Marcela se había unido a Ruby para ayudarle a Perla. El patio de la escuela se había transformado. Había varias mesas y algunas carpas, que funcionarían como los puestos del bazar y una tarima. Varias mujeres ponían sobre las mesas artesanías, comida, etc. Otras, estaban destinadas para las instituciones del municipio. En una de ellas, se leía pendones de la alcaldía y en otra, la promoción de un programa de vacunación por parte del centro de salud.

En una de las mesas, conversaban las tres amigas. Marcela les había contado su verdad.

—¿Y usted por qué no nos había contado nada, profe? —preguntó Ruby sorprendida. — Yo siempre creí que usted había llegado a El Silencio porque la habían trasladado. Ni se me pasó por la cabeza pensar que había sido por algo personal y mucho menos porque estuviera buscando a alguien.

—Es complicado, Ruby —respondió Marcela. —Primero, tenía que pasar de agache, no podía llamar la atención.

—Y ganarse nuestra confianza para sacarnos información —dijo algo molesta Ruby.

—Sí —asintió con vergüenza la profesora—. Y les ofrezco disculpas, pero mi amistad con ustedes es real, y mi cariño por los muchachos también.

—Nosotras le hubiéramos ayudado —aseguró Perla. —Usted más que nadie sabe que cuando las mujeres nos unimos, somos más fuertes.

—Lo sé, pero cuando llegué no sabía con quién me iba a encontrar, ni de qué bando. No podía abrirme así no más.

Marcela tomó las manos de Ruby y de Perla y las acercó hacia ella.

—Por favor, perdónenme —les suplicó.

Ruby, conmovida, la abrazó. Perla la siguió.

—Discúlpeme a mí —dijo Ruby. —No tengo nada que perdonarle. Aquí todos tenemos una historia, y cargamos con algún guardado.

—En lo que podamos ayudar —agregó Perla. —¡Estamos pa las que sea!

—Necesito más respuestas —respiró hondo Marcela. —Con lo que ha pasado se abre una luz, pero también muchos interrogantes.

Perla y Ruby asintieron pensativas.

—Claro, pero ahora más que nunca debe tener cuidado —advirtió Ruby. —Que el muerto y la caleta estuvieran en esa hacienda, lo complica todo.

Marcela calló por un momento. Se produjo un tenso silencio.

—Ustedes qué saben de Roberto Mahecha —finalmente se atrevió a preguntar.

Ruby y Perla intercambiaron una mirada.

—Don Roberto es un hombre difícil —dijo Ruby. —Es dueño de mucha tierra y tiene mucho poder. Por ahí dicen que ahora va a seguir los pasos del papá y se va a lanzar a la política.

—Eso debe ser pa esconder y limpiar ese pasado que tiene —aseguró Perla. —Que bien oscuro que tiene que ser.

—¿Por qué dice eso? —preguntó la profesora.

Ruby y Perla volvieron a intercambiar otra mirada. Por su expresión es claro, que no estaban seguras si debían contarle o no. Ante la mirada expectante de Marcela, Ruby decidió hablar.

—Pues, lo que se escucha por ahí es que ese señor tiene que ver con los paras. Eso sí, nunca se le ha comprobado nada, pero todos sabemos que es así.

—Por eso es mejor que se mantenga alejada de él —prosiguió Perla. —No se vaya a meter de redentora y terminar crucificada.

Marcela tomó nota mental de las palabras de su amiga. Sin embargo, su expresión pensativa daba a entender que se le estaba ocurriendo algo.



En la estación de policía, José estaba reunido con cinco de sus hombres, incluido Ortiz - un hombre de unos 35 años, honesto y mano derecha de José-. Estaban alrededor del escritorio, observando con detenimiento un mapa de la zona.

—Según me dijo la profesora, el Pote la interceptó en donde Ruby —aseguró José y marcó la ubicación sobre el mapa, con un lápiz. —¿Tenemos información de otro lugar en el que se pueda ocultar en la zona? ¿Una moza? ¿Un antiguo compañero?

Ortiz negó con un gesto.

—Hay que hablar con los informantes y poner unos hombres a hacer inteligencia —le dijo José a Ortiz.

—Entendido, mi sargento.

—Yo sé que no somos muchos, Ortiz. Pero haga su mejor esfuerzo. Reorganícelos y me mantiene informado.

—Sí, mi sargento.

En ese momento, el celular de José empezó a sonar. Al ver que se trataba de Abelardo, el policía se alejó de sus subalternos para contestar.

—Quiubo, mano. ¿qué pasó?

Desde los jardines de la hacienda, Abelardo hablaba por su celular. Se veía mal, nervioso, pálido. Junto a él, en el piso, había unas cajas de trago.

—No pude hacerlo —le confesó Abelardo.

—¡Hústele! ¿Y por qué no? —preguntó José.

—Cuando estaba en esas, apareció Marcos de la nada, y casito me descubre. Eso es por algo. No quiere que nos olvidemos de él —respondió aterrado. —Está mal, lo que hicimos estuvo mal.

—Si no nos deshacemos de ese cuerpo, mano, los que vamos a llevar del bulto somos nosotros —dijo José en voz baja pero enfático.

Abelardo negó con un gesto. Se veía muy inquieto.

—Yo sé, pero... Ya no puedo más.

—¿Dónde lo tiene? —preguntó preocupado José por la actitud de su amigo.

—Escondido. Por mi casa.

—Esta noche paso y lo acompaño, ¿sí? Lo hacemos juntos.

—Está bien. Aquí lo espero —respondió un poco más aliviado.

—Pero, por ahora, prométame, por su bien y por el mío, que se va a calmar —le pidió José.

—Voy a tratar, pero no sé si pueda. Todo esto me tiene muy mal, José. Siento como si me faltara el aire.

Al oír esto, José se puso muy serio. Había tensión en su mirada y muchísima preocupación por lo que podía hacer Abelardo.



Mientras tanto, en la escuela, Marcela terminaba de decorar una mesa con artesanías de la región, mientras Perla y Ruby pegaban unos afiches en la pared. Los afiches hablaban sobre la violencia hacia la mujer.

—Misión cumplida —dijo Marcela, acercándose. —Ya quedó todo listo. Voy a mi casa, me cambio y vuelvo.

Ruby asintió y sonrió satisfecha. Marcela les hizo un gesto de despedida, pero cuando se dio media vuelta para irse, Perla la detuvo.

—Espere, profe, espere —la detuvo, bromeando. — Aquí no puede volver, hasta que no haya vendido todo el talonario de las boletas.

Luego le habló a Ruby.

—¿Sí o no Ruby que es la regla?

Las tres se rieron divertidas.

—Mentira, profe —dijo Perla simpática. —Estaba chanciando. Más bien vaya rápido y vuelve porque no podemos arrancar sin usted.

—¡No me demoro! —aseguró Marcela y se fue a buen paso.

Marcela, contenta, salió de la escuela. No había terminado de dar dos pasos, cuando, de repente, un jeep se detuvo frente a ella. Marcela dio un paso hacia atrás, asustada. En ese momento, Marcos se asomó por la ventana y segundos después, abrió la puerta.

—Profesora, buenas tardes, necesito que me acompañe—le dijo amablemente.

—Mi patrón quiere hablar con usted.

—¿Perdón? ¿Su patrón? —preguntó Marcela extrañada.

—Don Roberto Mahecha.

Al escuchar ese nombre, Marcela se angustió, pero intentó demostrarse fuerte y tranquila.

—¿Y para qué? —le preguntó al capataz.

—No sabría decirle. Pero no se preocupe que no debe ser para nada malo —dijo y señaló el jeep. —Por favor, acompáñeme.

Marcos, amable, la hizo seguir hacia el carro. Marcela dudó por un instante. Miró hacia la escuela pensando en regresar corriendo. Pero en ese momento, Marcos, adrede, hizo un leve movimiento dejando ver su arma. Terriblemente asustada, Marcela no tuvo otra opción que subirse al jeep.



Entre tanto, en la hacienda, mientras los empleados continuaban organizando el evento nocturno, Sofía, detrás de un árbol, cercano a la casa principal, continuaba leyendo el diario de Camila. Pero ahora lo hacía con ansias, como queriendo acabar más rápido, para entender y saber todo lo que pasó.

“Cuando estaba secuestrada, lo que más quería era volver a mi vida normal. Pensé que cuando me soltaran todo iba a ser como antes, pero estaba equivocada, porque una experiencia de esas lo cambia a uno para siempre y al regresar, ya nada fue igual...”

En ese momento, las voces de Roberto y de Miguel interrumpieron la lectura de la niña.

—No me busque más, entienda que usted y yo ya no tenemos nada de qué hablar —dijo Roberto.

Sofía, aún detrás del árbol, miró hacia la casa para descubrir a su padre y a Miguel hablar en la entrada. Decidió acercarse con cautela, para escuchar.

—¡Es sobre Camila! —gritó Miguel deteniendo a Roberto, quien estaba a punto de entrar a la casa.

Al oír esto, Roberto se dio media vuelta.

—Estuve hablando con ella y me dijo que quiere hablar con las niñas —le explicó Miguel

Roberto estaba completamente descolocado. Sofía, escondida, oía atenta.

—Y también con usted —afirmó.

Roberto no esperaba oír esto. No sabía qué decir. Permaneció en silencio por un momento y finalmente habló.

—Desde que Camila se fue a Francia, no volví a saber nada de ella.

—Tal vez es el momento de hablar —sugirió Miguel. — De recuperar tiempo perdido. Para que vuelvan a ser la familia que eran antes. Yo me acuerdo de que se llevaban muy bien.

Roberto lo miró pensativo. Las palabras de Miguel le habían llegado al alma.

—Yo adoraba a mi hermanita, pero todo lo que pasó —intenta no quebrarse y continúa. — Acabó con esta familia.

Desde su escondite, Sofía cerró los ojos con tristeza. Las palabras de su padre le habían calado en lo más profundo de su corazón.

—Nunca es tarde para reparar las cosas —replicó Miguel.

Roberto volvió a hacer un breve silencio.

—Usted tampoco ha podido olvidarla, ¿verdad?

—No —respondió Miguel. —La mayor pérdida que he tenido en mi vida, y por lo que me arrepiento todos los días, es el no haberme casado con Camila.

Sofía, nostálgica, tuvo por un momento el impulso de salir de su escondite. Pero en ese momento, vio llegar a Marcos, quien se acercó a Roberto para hablarle en voz baja.

—Patrón, ya le traje el encargo —le dijo.

—Llévelo a mi estudio. Ya voy para allá.

Marcos asintió y se alejó.

—Permiso. Tengo cosas importantes que hacer —dijo Roberto con la misma actitud de siempre.

—Eso veo —dijo Miguel, mirando a su alrededor. —¿Tiene algo especial hoy?

—Un encuentro entre amigos— respondió con tosquedad. —Ya conoce el camino y no le quito más tiempo.

Roberto, sin decir más entró a la casa. Miguel se quedó mirándolo por un instante, como si hubiera quedado con una espina clavada. Negó con un gesto, se dio media vuelta y se marchó.

Sofía vio cómo se alejaba. Respiró hondo y, con duda, regresó al árbol en donde había dejado el diario. Se recostó sobre el tronco y retomó la lectura.

“El monte me había dejado una marca profunda y eso no lo entendió Roberto. Pensó que los guerrilleros me habían lavado el cerebro, pero no era cierto. Durante mi cautiverio entendí que había otra realidad, una que nos negábamos a ver por indiferencia. Y eso fue justo lo que intenté hacerle ver. Pero él estaba enceguecido. Para mi hermano, esos “tipos” —como les decía— no eran más que unos desgraciados delincuentes que no merecían absolutamente nada. “Y que nadie te oiga hablar así porque van a pensar que los extrañas, y que te quieres ir al monte con ellos”, me dijo. Y obviamente no era eso. Yo sólo necesitaba que entendiera que armarse y resolver las cosas a bala no era la solución. Pero era igual a hablar con una pared. Según Roberto, si se armaban, era exclusivamente para defenderse. Y no lo hacían porque

realmente lo quisieran, sino porque esos “desgraciados” los estaban atacando. Estaban destruyendo su futuro y el del país. Según él, las únicas víctimas eran las personas honradas como nosotros, las que supuestamente daban trabajo y traían plata a la región. No ellos...

Nunca entendí por qué no se daba cuenta de que esa “plata”, de la que tanto hacía alarde, sólo quedaba en unos pocos bolsillos y que para lo único que se usaba era para concentrar el poder y de paso la propiedad de la tierra. Para nada más. ¿Es que acaso no se daba cuenta en dónde estaba? ¿Acaso no tenía idea del tamaño de la hacienda? ¿Nunca se preguntó, qué pasó con las personas que vivían en estas tierras antes que nosotros? Las respuestas siempre eran las mismas: “toda la tierra de esta hacienda la he comprado legalmente”, decía. Y tal vez tenía razón. Pero ¿a qué precio?

Una vez me dijo: “Deja de revolver el avispero. Las palabras tienen peso, y se oyen lejos. Ten cuidado”. Ese día entendí que mi propio hermano, una de las personas que más quería en este mundo, me estaba amenazando. Cuando se lo pregunté, lo negó. Era de esperarse. Según él, me estaba cuidando. Pero no sé. Hay algo en mí, que me dice que esas palabras tienen mucho más peso de lo que me imagino”.

Sofía, con el corazón en la mano, miró con angustia las páginas del diario. No podía creer que una verdad tan cruel e injusta se estaba develando ante sus ojos.



El cuarto que compartían Giovanni y Alma estaba compuesto por dos camas pequeñas y un par de cómodas desgastadas. El lado que ocupaba Alma era más femenino y arreglado, con unos cojines floreados y una sobrecama colorida. Sobre su cama, había un peluche y maquillaje. El lado de Giovanni era más austero y neutro, y, por supuesto, tenía varios afiches de motos pegados a la pared.

Giovanni empacaba su ropa en un morral. Al cerrarlo, lo dejó caer sobre la cama. Tomó su celular y empezó a navegar. Se detuvo en una aplicación de una red social. Buscó en su interior y encontró una foto de Natalia, mostrando la picadura de alacrán en su mano y haciendo caras. Giovanni recordó con cierta amargura las palabras de la joven: “Bájese de esa nube, Giovanni, porque entre nosotros nunca va a pasar nada. No sea igualado”. Justo en ese momento, un anuncio del celular, lo sacó de sus pensamientos. Giovanni miró la pantalla. Un mensaje de voz acababa de llegar. Giovanni lo oyó. Era Raúl quien le anunciaba que lo esperaban a las 10 de la noche en el cruce de La Ramada. Él no alcanzaba a llegar porque le había surgido un asunto de última hora, pero le deseaba suerte. Estaba seguro de que todo iba a salir bien, y, lo más importante, que iba a ganar lo suficiente para que se pudiera comprar su moto y se pudiera ir para donde quisiera. Giovanni, pensativo y algo

nervioso, volvió a mirar su celular. Por su expresión, era claro que tenía algo en mente.



Natalia, en su habitación, observaba con atención la pantalla de su computador portátil. Miraba fotos con interés: una masacre, una panorámica de la zona, una foto de Roberto y de su familia, campesinos. La joven estaba buscando noticias e información sobre la violencia en la zona.

—“Paramilitarismo se toma el silencio” —leyó en voz alta. —“Gran golpe a la guerrilla en la región”.

En su computador, había fotos y titulares de noticias, entre ellas una sobre una mina que se había cerrado por derrumbe.

—“Más masacres y muertes en el silencio” —leyó con mucho dolor.

Natalia, desbastada, cerró el portátil. En ese momento, sonó su celular notificándole la llegada de un mensaje. El mensaje era de parte de Giovanny. Natalia, curiosa, abrió su chat y se dio cuenta de que era un mensaje de voz. Se apresuró a oírlo: “Sólo le dejo este mensaje porque quiero despedirme. Me largo de este pueblo, le voy a dar el gusto de no volverme a ver”. Natalia, impactada por la fuerza del mensaje, quería oír más, pero, en ese momento, Sofía irrumpió en el cuarto, pálida y muy angustiada, con el diario de Camila en la mano.

—¡Natalia, creo que encontré algo sobre mi papá! —gritó y le mostró el diario.

Natalia empezó a ojear el diario.

—No entiendo nada de esto, Sofía —. ¡Quiero que alguien me explique!

—¿Y si buscamos a mi tía Camila? —propuso la niña. —De golpe, está en alguna red.

Natalia asintió y sin pensarlo dos veces, volvió a abrir la tapa de su computador. En la pantalla, lo primero que apareció fueron las noticias que estaba buscando la joven. Noticias e imágenes que llamaron, de inmediato, la atención de Sofía.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Es que lo que dijo la profesora sobre los paramilitares y la guerrilla me quedó sonando —explicó Natalia.

—¿También estaba buscando respuestas?

Natalia asintió. Cuando iba a empezar a buscar algo referente a Camila, Sofía la detuvo, señalando la pantalla.

—¿Eso qué es? —preguntó.

En la pantalla se veía una noticia que se titulaba “Cierre de mina por derrumbe”. Natalia tecleó en el computador y agrandó la noticia.

—¡Uy! —exclamó Natalia. —No me acordaba de esto. Cuando era chiquita, mi papá me llevaba a una mina que queda por acá. Pero después hubo un accidente y murieron unos mineros. Y no volví a saber nada más.

—Qué raro —dijo pensativa Sofía. —La tía también habla de una mina en el diario. Espere y le leo.

Sofía buscó en el diario, mientras que Natalia permanecía muy seria, angustiada.

—Aquí está —dijo Sofía al encontrar la página y empezó a leer—. “Lo que descubrí en la mina involucra a mi hermano”

Las dos chicas se miraron en silencio. Natalia cada vez más agitada y como si acabara de caer en cuenta de algo, tomó su celular y abrió la foto del mapa con las coordenadas. Luego manipuló el teclado de su computador y abrió una aplicación de geolocalización de mapas. Sofía miró a su hermana sin entender qué estaba haciendo. Pero Natalia, sin prestarle atención, siguió tecleando. De repente, gritó.

—¡No puede ser!

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó Sofía, confundida.

—El tercer punto del mapa es la mina —respondió Natalia, aterrada.

Sofía quedó boquiabierta. Las dos hermanas se miraron angustiadas. Definitivamente, tenían que encontrar a Camila.



Mientras tanto, en el estudio de la hacienda, Marcela observaba todo a su alrededor, muy tensa y preocupada. De repente, la puerta se abrió y Roberto entró, saludándola muy amablemente.

—Profesora, bienvenida a mi casa. Discúlpeme por haberla hecho venir así, tan de repente.

Marcela se puso de pie y lo saludó. Los dos se miraron fijamente a los ojos.

—Su mayordomo me dijo que quería hablar conmigo.

—Sí. Es que he oído hablar mucho de usted y me dio curiosidad. Por eso la mandé traer, porque quería conocerla.

—Qué coincidencia, yo también quería conocerlo.

Roberto se sorprendió al oír esto. Marcela le explicó la razón: Natalia y Sofía eran amigas de algunos de sus alumnos.

—Sí, siempre han venido en vacaciones, así que se conocen con varios muchachos de por aquí —explicó Roberto—. Y ya que menciona a mis hijas, justo de ellas quería hablarle.

Marcela se interesó

—Cuénteme, profesora —le dijo con una sutileza que tenía en el fondo un matiz de amenaza. — ¿Es que ahora se acostumbra a trabajar horas extras por fuera del salón de clase?

—¿Perdón? —preguntó la profesora sin entender.

—Digo... Como ha estado tan pendiente de mis hijas a pesar de que no son sus alumnas. El otro día vi que las acompañó hasta aquí.

—Fue un día difícil y yo sólo quería ayudar. No sé si supo que encontraron unas armas en...

—Sí, sí supe —la cortó el hacendado. —Y le agradezco su ayuda, pero no es necesaria. Son mis hijas y de ellas me encargo yo.

—Claro... Pero usted sabe cómo son los muchachos a esa edad, créame que toda ayuda es poca.

Roberto sonrió forzado y asintió.

—Además, para ellas no debe ser nada fácil entender por qué, en las tierras de su papá, encontraron un cadáver y una caleta de armas —continuó la profesora con cierto sarcasmo.

Roberto recibió, con estoicismo, el sablazo, y disimuló, de inmediato.

—Supongo que no es fácil. Pero no es raro, tampoco. Esta zona ha estado en guerra mucho tiempo, y aunque ha disminuido la violencia, todavía es insegura y mi terreno es muy extenso. Es imposible tener el control de todo a toda hora —explicó.

—Claro, entiendo —intervino Marcela, sosteniéndole la mirada. —Y me imagino que tampoco se debe enterar de todo lo que pasa en sus tierras...

—Qué bueno que me está entendiendo, profesora.

—Entonces ni para qué le pregunto por unos jóvenes que, según lo que dicen, desaparecieron en la región hace unos años, ¿cierto?

Roberto tragó grueso. Los ánimos se estaban calentado, pero, Roberto, inteligente como era, desvió la conversación. Le ofreció a Marcela un vaso de agua y la profesora, gustosa, lo aceptó. Mientras lo servía, el hacendado empezó a hablar y a explicarle lo que pasaba en la región. La violencia, los abusos, las injusticias.

—Por desgracia, se cometieron muchos abusos y actos de los que los hacendados jamás nos enteramos. Y por eso estamos intentando que eso no se repita —le dijo con mucha seguridad.

Marcela empezó a beber el agua, sin prisa, como si estuviera midiendo al hacendado. Hasta que finalmente, se atrevió a preguntar.

—¿A punta de puestos en la política?

Roberto se sorprendió al oír esto. No lo esperaba.

—Como dicen por ahí, don Roberto, pueblo chiquito, infierno grande, aquí todo se sabe— continuó la profesora—. Y bueno, solo me queda desearle lo mejor. Ojalá que, de verdad, desde el poder, pueda cambiar un poco esta realidad tan dura que le tocó a nuestros niños.

Roberto miró a Marcela de una manera diferente a como lo había hecho hasta el momento. Como si algo le hubiera movido en lo más profundo de su ser.

—Profesora, ¿le puedo pedir un favor? No quiero que mis hijas se involucren en esa realidad tan dura de la que usted habla tan acertadamente —le pidió con sinceridad. —Yo sé que es egoísta de mi parte, pero son mis hijas, lo que más quiero en la vida. Y esas niñas han sido muy cuidadas y consentidas toda la vida. Y no quiero que ahora, en sus vacaciones, terminen salpicadas de muertos, de armas y de violencia. Por favor, manténgalas al margen.

—Lo siento, don Roberto, pero por más que quisiera, no puedo — le aseguró. — Sin querer, ellas ya se involucraron. Y créame, necesitan muchas respuestas.

—No están preparadas — le dijo con preocupación. — Esos son temas que deben resolver los adultos, ellas todavía son unas niñas.

—Estamos de acuerdo en que son temas que deben resolver los adultos, pero

ellas ya no son tan niñas como usted cree y tienen derecho a entender qué pasa a su alrededor. Hábleles, don Roberto, explíqueles... Porque igual ya les está llegando información.

Las palabras de Marcela parecieron calar en Roberto. De cierta manera, la profesora tenía razón. Marcela miró la hora y se inquietó. Se había hecho tarde y, además, quería salir de ahí. No se sentía del todo cómoda.

—Uy, se me hizo tardísimo y tengo que terminar de vender unas boletas del bazar —dijo, extendiéndole la mano. —Un placer haberlo conocido, don Roberto. Y esperamos que toda esta situación se resuelva de la mejor manera.

—Esperemos que así sea —dijo estrechándole la mano

En ese momento, se escucharon golpes en la puerta, seguidos por Marcos quien entró con cautela.

—Patrón, ya está todo listo —dijo el capataz desde la puerta.

—Perfecto. Hágame el favor y lleve a la profesora hasta su casa —le ordenó Roberto.

—No es necesario, yo camino —intervino Marcela.

—No, no, no, ni más faltaba — insistió Roberto. — Marcos la lleva.

—Bueno, gracias — respondió con cierta incomodidad, pero sin opción a replicar. — Pero antes, ¿me podría prestar el baño?

—Por supuesto. La segunda puerta a la izquierda —respondió el hacendado.

—La espero afuera, profesora —le dijo Marcos y salió del estudio.

Marcela cruzó una última mirada con Roberto, se despidió con un gesto y siguió al capataz. Roberto, a solas, respiró hondo. La conversación con la profesora, sin proponérselo, lo dejó muy pensativo.



Alma salió de su casa, para encontrarse con Noa quien la estaba esperando. Después de hacer su saludo especial, Noa preguntó por Marcela.

—¿Y entonces? ¿Ya pensaste cómo vamos a ayudar a la profe?

—Nada —respondió Alma. —He pensado un montón de cosas, pero no sé por dónde empezar, todo lo que está pasando parece como una película.

—Y de las bien caras, hemos tenido de todo: muerto, guaca, armas; la profe resultó ser una víctima y hasta una explosión —dijo Noa recordando su propia angustia.

Los dos se rieron por un momento. De repente, Noa se quedó mirando hacia la hacienda, pensativo.

—¿Y Sofía? ¿Cómo está, sabés?

—No he ido por allá —respondió Alma. —Pero no debe estar para nada bien. Estaba muy achantada.

—Me gustaría hablar con ella y pedirle perdón en nombre de mi papá.

—¿Y vos por qué? —le preguntó la niña, extrañada. —Si lo que hizo tu papá no es culpa tuya.

—Pues sí, pero es que es muy maluco, mi papá secuestró a su tía y...

—Lo que hizo fue una cagada —lo interrumpió. — Pero lo hizo él, no vos. Así que no te echés encima errores que no son tuyos.

Noa la miró con atención y asintió lentamente.

—Además tu papá ya está en otra, ¿no? —continuó. —¿No me dijiste que se había salido del monte pa meterse en lo de los acuerdos de paz?

Noa volvió a asentir, sin decir nada.

—Pues si está en eso es porque no quiere repetir lo que hizo en el pasado —aseguró Alma. —Y seguro en algún momento, él mismo va a poder hablar con Sofía y ofrecerle perdón por lo que pasó con la tía.

—Tenés razón —asintió Noa. —Pero igual me gustaría hablar con ella.

—¡Pues de una! Y así le decís lo que sentís.

Noa sonrió. En ese momento, la puerta de la casa se abrió y apareció Giovanni con un morral en la espalda.

—¿Y vos pa'dónde vas con ese morral? —le preguntó Alma a su hermano, extrañada.

—Por ahí —evadió el joven. —Nos vemos después.

Giovanni dio unos pasos, pero se detuvo. Se dio media vuelta, volvió hasta donde estaba Alma y la abrazó con fuerza.

—No te olvidés que te quiero —le dijo. —Y por favor, hermanita, cuidate.

Y sin decir más, se fue.

—¿Y a este qué le pasó? —preguntó Alma extrañada.

—Le debió entrar la querendura —afirmó Noa, también confundido. —Como a todos...

Alma se quedó mirando hacia el lugar por el que se había ido Giovanni con mucha duda.



Totalmente desprevenida, Marcela salió de la casa después de entrar al baño. Marcos estaba junto al jeep, hablando por teléfono. Estaba de espaldas a la entrada, por lo que no vio que la profesora había salido.

—¿Y si le ayudaron mis muchachos a cargar la merca en los camiones, Pote? —preguntó al teléfono.

Marcela, al oír el nombre de Pote, se frenó de inmediato y prestó especial atención a la conversación.

—Perfecto. Sólo falta que el Giovanni cumpla y que llegue a la hora a La Ramada —dijo riendo. —De pronto ni lo tiene que convencer, y ya va dispuesto a quedarse con usted en el monte.

Marcela ahogó un grito de terror, y, sin pensarlo, se dio media vuelta, decidida a volver a la casa. Pero, por desgracia, pisó una rama y al hacerlo, alertó a Marcos, quien de inmediato se giró, encontrándose de frente, con la mirada asustada de la profesora.

—Lo llamo más tarde —colgó y se dirigió a Marcela molesto y con un tono intimidante. —Profesora... no la oí llegar... ¿Hace rato que está ahí?

Marcela negó, aterrada. Las palabras no le salían de su boca. Marcos se le acercó amenazante.

—¿Qué tanto alcanzó a oír?

—Nada. Nada. Se lo juro —dijo Marcela con un hilo de voz.

—¿Dónde me vio la cara de imbécil? —le dijo bruscamente, tomándola del brazo. —¡Camíname, perra! Pa que aprenda a no oír conversaciones ajenas.

Marcos se la llevó, casi a rastras, hasta el carro, mientras que ella forcejeaba.

—¡Suélteme! ¡Que me suelte! —suplicó.

Pero Marcos no la oyó. Abrió la puerta del puesto del piloto y la empujó hacia adentro, mientras él también se subía. Marcela intentó abrir la puerta del copiloto, pero el capataz tomó su revolver y le apuntó. Marcela quedó inmóvil. Segundos después, el jeep arrancó dejando una estela de polvo tras de sí.



En la habitación, Sofía continuaba leyendo y releendo el diario esperando encontrar más respuestas. Tenía el corazón partido. Natalia, mientras tanto, seguía buscando en su computador algo relacionado a su tía. De repente, detuvo su búsqueda, y resopló frustrada.

—Me rindo. No hay ni un solo perfil de Camila Mahecha —dijo.

—Entonces, hablemos con mi papá. Necesito saber qué tiene que ver la mina con todo esto.

—Pero si ayer no nos quiso responder nada, no creo que hoy...

—Pues le va a tocar —la interrumpió Sofía, decidida. —¡Vamos, ya!

Sofía caminó hacia la puerta, pero Natalia la detuvo.

—No, no, espere. Hablemos después con él.

—¿Por? ¿Acaso no quería respuestas?

—Obvio, pero... Hoy es la comida esa y seguro no nos va a parar ni cinco de bolas.

—Pues ya veremos si es más importante esa comida o nosotras.

Natalia no estaba para nada convencida. Sofía, quien conocía muy bien a su hermana mayor, lo notó. ¿Por qué tanta reticencia? ¿O es que acaso, pasaba algo más? Natalia dudó por un momento, pero finalmente decidió confiar en su hermana.

—Giovanny me envió un mensaje. Como si se estuviera despidiendo. No sé... Raro... Y quiero hablar con él.

—¿No será una disculpita para ir a verlo? —le preguntó Sofía con suspicacia.

—Claro que no... —respondió Natalia. —Es que no sé... No me gustó el tono y de verdad, prefiero hablar con él a ver qué es lo que pasa. Ese man es una mamera, pero igual somos amigos y siento que se la debo.

—Ya, ya, ya entendí. No tiene que sacarme todo su repertorio de disculpas, vaya, fresca. Pero no se demore.

—Ya vuelvo. Pero prométame, Sofi, que no va a hablar con mi papá sin mí.

—Se lo prometo.

Natalia le hizo un gesto indicando que de esa manera tenían un acuerdo y salió. Sofía se acercó al computador y empezó a manipularlo. En la pantalla se veía el plano de la mina y su ubicación.



En el jeep, Marcos manejaba con una mano, mientras sostenía el revolver con la otra. Marcela, muerta del susto, lo miró con mucha angustia. De pronto, dos camionetas grandes y lujosas pasaron junto a ellos.

—¡Mierda! —exclamó Marcos, molesto. —¡Empezó a llegar esta gente! Le va a tocar esperarme un ratico.

Le dijo a Marcela y cambió de rumbo. Marcela respiró agitada. Algo en su interior le decía que este cambio de planes podía ser peor para ella.



En su habitación, Roberto se preparaba para la cena. Terminó de ponerse una camisa y se miró al espejo, mientras se abotonaba. En ese instante, pensó en sus hijas. Recordó la angustia que sintió cuando se enteró que habían encontrado la caleta con armas y el desconcierto que lo invadió cuando ambas le exigieron que les contara la verdad. Suspiró hondo. Terminó de abotonarse, sin dejar de mirar al espejo. Sus hijas... Y Camila. No podía sacarse de su cabeza las palabras de Miguel: *“Nunca es tarde para reparar las cosas”*. Cerró los ojos por un momento. Y de nuevo, otras palabras le rondaron la cabeza. Esta vez, eran las de Marcela: *“Estamos de acuerdo en que son temas que deben resolver los adultos. Pero ellas ya no son tan niñas como usted cree y tienen derecho a entender qué pasa a su alrededor. Hábleles, don Roberto, explíqueles. Porque igual ya les está llegando información”*. Roberto abrió los ojos, terriblemente afectado. Pero en ese momento, un par de golpes a la puerta, lo sacaron de su ensimismamiento.

—Siga —dijo girándose.

Abelardo entró a la habitación. Se veía pálido, cansado, sucio.

—Disculpe patrón, ya llegó el coronel Baquero.

—Hágalo pasar.

Abelardo asintió obediente y justo cuando iba a volver a salir, Roberto lo detuvo.

—¿Usted está bien, Abelardo? —le preguntó.

—Me duele un poco la cabeza y ando como mareado. Pero no se preocupe que eso se me pasa.

—Mejor váyase a descansar, no vaya y sea que haga alguna pendejada por andar maluco. Que el resto de los empleados se encarguen de los invitados —ordenó el hacendado.

—Muchas gracias, patrón. Le deseo lo mejor en su comida.

Abelardo salió y cerró la puerta. Roberto se volvió a girar para mirar su reflejo, una vez más, en el espejo. Su semblante pensativo y taciturno seguía intacto.



Natalia, inquieta por todo lo que había vivido ese día, caminaba hacia la casa de la familia de Alma, mientras volvía a oír el mensaje que le dejó Giovanni: *“Me largo de este pueblo. Le voy a dar el gusto de no volverme a ver. Ya sé que las cosas entre nosotros quedaron más que claras, pero igual no me podía ir sin despedirme de usted. Le deseo mucha suerte en su vida, Natalia”*. Natalia respiró hondo. Las palabras de Giovanni le afectaban muchísimo y empezó a sentir un cruce de sensaciones encontradas.

De repente, se detuvo. Algo le llamó la atención. Uno de los jeep de la hacienda se estaba estacionando al frente del galpón. Natalia se acercó y se escondió detrás de unos matorrales para ver mejor. Y para su sorpresa y horror, descubrió cómo Marcos hacía bajar a Marcela del carro.

—¡Suélteme! ¿Para dónde me lleva? —gritó Marcela.

—Nos vemos más tarde, perra —le dijo Marcos, y la empujó al interior del lugar.

A pesar de la resistencia de la profesora, el capataz, más fuerte que ella, la encerró con doble candado. Natalia, desde su escondite, no podía creer lo que estaba viendo. Respiraba agitada.

En el interior del galpón, Marcela, desesperada, buscaba una salida.

—¡Saquéeme de aquí, por favor! ¡Alguien! —gritaba con mucha angustia.

De repente, oyó ruidos en la puerta. Con miedo, se acercó.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

Pero por respuesta, sólo oyó más ruidos. Marcela cerró los ojos, presintiendo lo peor. Pero, en ese momento, y por fortuna, oyó la voz de Natalia que venía del exterior.

—Soy yo. Natalia... ¿Está bien?

Natalia intentaba abrir la puerta del galpón, pero no podía. Miraba para un lado y para el otro, asegurándose de que nadie estuviera por ahí.

—¡Natalia! —gritó Marcela desde el interior, muy asustada. —¡No se vaya a ir! ¡Por favor, ayúdeme!

—¿Qué fue lo que pasó? ¿Por qué la encerraron acá?

—No sé. El mayordomo me metió aquí y se llevó mi celular.

Natalia, dolida, no podía dejar de pensar que su padre tenía que ver en todo esto. Guardó silencio por un momento.

—Natalia, póngame atención —dijo Marcela, desesperada. —Necesito que haga lo que le voy a pedir. Vaya al bazar que están haciendo en la escuela. Busque a la mamá de Noa, a Ruby, y dígame que Giovanni va para el cruce de La Ramada a encontrarse con el Pote.

—¿Con quién? —preguntó la joven, confundida.

—Con el Pote. Ese tipo es muy peligroso y se lo va a llevar quién sabe para dónde.

—¿Qué? ¿Cómo así? —preguntó angustiada. —No puede ser...

En ese instante, Natalia entendió lo que significaba el mensaje que Giovanni le había enviado. Una fuerte culpa empezó a invadirla.

—Ese muchacho está en peligro y el único que puede hacer algo es el papá de Noa —agregó Marcela, suplicante.

—Pero yo no sé dónde queda la escuela —dijo la jovencita aterrada.

—Llegue al pueblo, busque la calle de la iglesia y luego doble a la izquierda —le indicó la profesora. —¿Me entendió?

—Sí, sí... ¿Pero y usted? No se puede quedar sola.

—Por mí no se preocupe. ¡Apúrese!

Natalia se quedó inmóvil por un instante, pero luego salió a correr. Al oír que la joven se alejaba, Marcela respiró con algo de alivio en medio del pánico que le producía estar encerrada en ese lugar.



Sofía con un morral, linterna, agua, y otros enseres, se escabullía por entre los jardines de la hacienda. Al fondo, se alcanzaba a oír el bullicio de la cena. Sofía miró hacia la casa. El movimiento de los invitados y la calidez que emanaba el interior, la hicieron dudar por un momento. Pero, decidida volvió a girarse y al hacerlo, y para su sorpresa, se encontró de frente con Alma y con Noa.

—¡Uy, mierda! —gritó la niña sobresaltada. —Me asustaron. ¿Qué están haciendo aquí?

Noa y alma intercambiaron una mirada. Alma le hizo un gesto a su amigo, motivándolo a que hablara.

—Vine a hablar con usted de lo de mi papá —dijo Noa avergonzado.

—Fresco —respondió Sofía, sonriendo. —Ayer las cosas quedaron claras y todo bien entre usted y yo. Cero estrés.

—No todo —aseguró Noa. —Yo no sabía lo que le había pasado a su tía y me siento muy mal.

—Gracias, Noa —le dijo la niña, mirándolo a los ojos. —Pero lo que hacen o hicieron nuestros papás no tiene por qué afectar nuestra amistad. Usted no ha hecho nada malo.

—Pero como la profe dijo que para reparar el daño hay que pedir disculpas —aseguró el muchacho.

—Pero eso le toca a su papá y primero con mi tía, creo yo —dijo Sofía, pensativa. —Aunque no le niego que a mí también me gustaría hablar con él, que me explique por qué hacían esas cosas... Entender...

—¿Sí ves? Te lo dije —le dijo Alma a Noa.

Y luego se dirigió a Sofía. Ella estaba segura de que ese momento iba a llegar. Más temprano que tarde. Sofía asintió. De eso, estaba segura.

—Así que usted, tranquilo —le dijo a Noa.

—Gracias —le respondió Noa y sonrió. —¿Sabe qué? Yo nunca había conocido a una pelada como usted, tan de ciudad, tan inteligente, que le gustaran los animales y las plantas como a mí. Y que tenga un caballo llamado perejil.

Todos rieron. Las palabras de Noa le habían llegado al corazón a Sofía. La niña, espontánea, lo abrazó con fuerza. Alma sonrió. Se acercó, uniéndose al emotivo abrazo.

—Y ya que todos nos queremos tanto —bromeó Alma. —¿Nos va a contar para dónde va?

Sofía permaneció en silencio por un instante. Dudó en contarles a sus amigos la verdad. Pero finalmente, tomó aire y lo hizo. Iba hacia el tercer punto del mapa.

—¿Cómo? —preguntó Noa, sorprendido. —Pero no habíamos quedado en que...

—Es en una mina que queda aquí cerca —lo interrumpió Sofía. —Lo ubiqué con las coordenadas y estoy segura de que ahí voy a encontrar lo que esconde mi familia.

—¿Por qué? ¿Qué encontró? —preguntó ansiosa Alma.

—Después les cuento. Nos vemos más tarde —respondió la niña.

Pero antes de que Sofía diera un paso, Alma la detuvo.

—Espere, usted no puede ir sola por allá.

—¿Eso quiere decir que me van a acompañar?

—No, no... —negó Noa, decidido. —No más. Olvídense de eso. Es peligroso.

—Pero Noa —replicó Alma. —¿Acaso no querés saber qué hay en el fondo de todo esto? Además, quién quita que en esa mina encontremos algo que pueda ayudar con la búsqueda del hermano de la profe. O descubramos quién era el muerto.

—Pues, sí, pero... ¡Es que es una mina, alma! ¡La mina! —exclamó el muchacho. —¿Ya se te olvidó que ahí adentro se murieron no sé cuántas personas por un derrumbe?

—Eh... Dejá la alharaca que tampoco es pa tanto —aseguró Alma. —Además eso pasó hace mucho tiempo.

—¿Y es que acaso vos sos experta en minas como para saber que no se puede volver a derrumbar? Yo no me quiero morir debajo de un montón de piedras, aplastado y sin aire, y menos ahora que por fin estoy mejor con mi papá.

—Fresco que no va a pasar nada —aseguró Sofía. —¡Caminamos con cuidado y ya!

—¿Ya matamos al tigre y nos vamos a asustar con la piel? —preguntó con ironía Alma. —Si querés quedate, Noa. Pero yo sí quiero saber. Alma se volteó y se dirigió a Sofía. —Camine más bien antes de que se haga de noche.

Las dos chicas, decididas, empezaron a caminar. Noa no se movió de dónde estaba. Se veía supremamente confundido e indeciso. El miedo se había apoderado de él.



Sobre el pueblo ya había caído la noche. Las puertas de la escuela ya estaban abiertas para dar inicio al bazar. Se oía música y algarabía. En los puestos, las mu-

jeros amigas de Perla, ya estaban atendiendo a los asistentes. En la entrada, Perla y Ruby les recibían las boletas a las personas que iban llegando.

—Bienvenidos, disfruten del bazar —saludaba animada Perla. —No olviden su cartón para el bingo.

En ese momento, Perla miró su reloj y le dijo preocupada a Ruby.

—Ve, Ruby, ¿no te parece como muy raro que la profe no haya llegado todavía?

—¿Sabés que sí? —respondió Ruby. —Dijo que se cambiaba y volvía. Y mirá la hora que es. ¿Será que le pasó algo?

Perla se quedó pensando por un momento y luego negó con un gesto.

—Eso seguro fue que se embolató con algo de la escuela —dijo para darse ánimo a sí misma y así disminuir su preocupación. —Pero no demora en llegar. Esperáte y verás.

Luego se giró hacia unos asistentes y les dio la bienvenida. Ruby, también preocupada, siguió a su amiga y continuó recibiendo al público.

En otro lugar del bazar, cerca de la tarima, Johan estaba disfrutando de un rico raspado. A su lado, Byron, afinaba su voz.

—¿Seguro no quiere ni un poquito, mano? —Johan le ofreció raspado a su amigo.

—Ya calenté pa la canción, no se me puede enfriar la voz. No puedo desafinar —aseguró. —¡Hoy voy a ser la estrella de la noche!

—Si lo contratan para otra presentación me dice. Acuérdense que yo soy su “manajer” —dijo con prepotencia.

—De una, oís. ¿Querés ver unos ejercicios que aprendí en internet, para antes de cantar?

Johan asintió, divertido. Byron empezó, entonces, a hacer ejercicios de calentamiento. Hacía muecas y sonidos con la voz muy divertidos. Johan rio con ganas.

Mientras tanto, en los puestos de comida, José hacía ronda por el lugar, asegurándose de que todo estuviera en orden. Al pasar cerca a Johan y a Byron, se quedó mirando a su hijo quien seguía riendo divertido. Pero el joven, al ver a su padre, se contuvo y dejó de reír, serio.

José, con un gesto, le pidió que se portara bien y Johan le hizo un ademán militar. Algo parecido a: “como mande mi teniente”. José esbozó una sonrisa y siguió de largo. Segundos después, oyó el sonido de su celular. Era una llamada de Abelardo.

—Quiubo, mano —contestó.

Abelardo, entre los matorrales, tenía el costal en sus pies y un par de palas en la mano.

—Ya estoy aquí en el punto —le dijo Abelardo, tenso. —¿Dónde viene?

—Aún no he salido, tengo que hacer ronda por el bazar, en media hora salgo para allá.

—¿Cómo así que media hora? Yo ya no puedo más, tengo que enterrarlo rápido. No puedo cargar más con esta culpa.

Pero, justo en ese momento, se oyó la voz de Fabiola.

—¿De puede saber de qué culpa habla? —preguntó la mujer.

Abelardo se dio media vuelta y descubrió a su esposa a sus espaldas, quien lo miraba de manera inquieta y ansiosa.

—¿Qué tiene ahí adentro? —volvió a preguntar, señalando el costal.

Abelardo, aterrado, colgó. No sabía qué responderle a su mujer.



Entre tanto, Natalia entró a la escuela, agitada y sudada. Miraba para todos lados buscando a alguien conocido. Desesperada, se acercó a un grupo de asistentes.

—Disculpen, ¿ustedes conocen a la señora...? —intentó recordar el nombre, pero no lo logró. —¿La mamá de Noa?

Las personas negaron. Natalia, aún más angustiada, continuó buscando algún rostro familiar. Finalmente, a lo lejos, alcanzó a ver a Byron y a Johan, y corrió hacia ellos.

—¡Byron! ¡Johan! —les gritó.

—¿Ve y vos que hacés aquí? —le preguntó extrañado, Byron. —¿Viniste a oírme cantar?

—¡Tienen que ayudarme! ¡Necesito a la mamá de Noa! ¡La profe está encerrada y se van a llevar a Giovanni! —gritó la joven. —Tienen que avisarle a Camocho.

Al oír esto, Byron y Johan quedaron sin palabras. No entendían bien a qué se refería Natalia.

—Espere, espere, cálmese —dijo Johan. —Mi taita está por aquí, él puede ayudarnos y...

En ese momento, Johan vio a Ruby y se interrumpió. La señaló corriendo hacia ella.

—¡Ahí está! ¡Señora Ruby, señora! —gritó.

Al oír a Johan, Ruby se detuvo. Los chicos la rodearon. Estaban muy alterados.

—Tiene que ayudarnos —le suplicó Natalia.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Natalia se llenó de valor y se dispuso a contar.



En el galpón, Marcela, en medio de su angustia, había encontrado una lámpara de petróleo y la había prendido para generarse algo de luz. La había puesto cerca de un montículo de paja, mientras, ella, desesperada, intentaba arrancar una tabla medio suelta, que daba hacia el exterior del lugar. Pero no era fácil. Marcela, con todas sus fuerzas, haló varias veces, hasta que, por fin, la tabla cedió y se desprendió. Pero en su afán por conseguir la libertad, no se dio cuenta de que en el movimiento, golpeó, sin querer, la lámpara que cayó sobre la paja, encendiéndola al instante. El lugar había empezado a arder en llamas.



Un grupo de jóvenes -entre ellos Michael- ríen y se divierten en un parque de un barrio popular de Bogotá. Un poco más lejos de ellos, otro grupo de muchachos juegan baloncesto.

A escasas cuerdas del lugar, de una casa humilde sale Wilson -con un vestido de paño viejo, pero decoroso- y una carpeta bajo el brazo. Va para una entrevista de trabajo. Una mujer mayor le da la bendición y Wilson se va, ilusionado.

En ese justo momento, David pasa por enfrente de la casa, con una canasta de mercado.

En la esquina, Charly, un habitante de la calle, está en el piso. Viste con ropa gastada y vieja y sus zapatos están rotos. Desde un carro, Ever lo observa detenidamente. Segundos después, se baja y se acerca.

—Entonces, parcero... ¿bien o qué? —lo saluda.

—En la juega... —responde Charly. —¿Tiene una monedita?

—Paila, estamos pelados, pero desde hace unos días lo veo por aquí... y usted es el hombre que necesito.

—¿De qué habla? —le pregunta Charly extrañado.

—Mi patrón está buscando trabajadores, y el man es buena paga... pero lo mejor es que asegura comida y techo.

—Pura mierda... —dice riendo.

—A lo bien, parece... créame. Yo vengo de allá y me hago las meras lucas.

De su casaca militar, Ever saca un fajo de billetes. Charly lo mira atónito. Su interés aumenta, pero sigue sintiendo algo de desconfianza.

—¿Y eso dónde es o qué?

—En una finca, como jornalero. Hágale, que no se va a arrepentir —le asegura Ever.

Charly no sabe qué pensar. La tentación ha empezado a hacer de las suyas.



Horas después, en un parquecito del barrio, Wilson está sentado en una banca. Se ve deprimido y preocupado. Habla por teléfono y le agradece a su interlocutor por haberlo tenido en cuenta para la entrevista. Cuelga. Es claro que no le dieron el trabajo. El joven, angustiado, se tapa la cara con las manos, intentando controlar su frustración. De repente, oye una voz.

—Tranquilo, que todo en la vida tiene solución.

Al oír la voz, Wilson se voltea, sobresaltado. Es Ever quien se sienta

a su lado, mientras saca de su chaqueta una cajetilla de cigarrillos. Le frece uno a al muchacho, pero este niega con un gesto de cabeza.

—¿Todo bien o qué? —pregunta Ever con familiaridad.

—Hace meses que nada sale bien...

—Fresco, de pronto se le apareció el ángel de la guarda y yo lo puedo ayudar. ¿Está buscando trabajo, cierto?

Wilson asiente y se dispone a oír a Ever.



Un poco más tarde, en otra casa del barrio, David entrega un par de bolsas y recibe a cambio, en medio de sonrisas inocentes, unas monedas. Mientras las cuenta, camina de regreso a casa. De repente, alguien se le cruza y las monedas caen al piso. David se agacha a recogerlas y con él se agacha Ever.

—Perdóneme maestro, no lo vi.

Ever le pasa las monedas a David, y se presenta.

—Ever.

—David Garrrrría Jaramillo Cruz.

—¿Usted trabaja con don William en la tienda, cierto?

David asiente, con timidez, y guarda las monedas.

—Lo he visto estos días —le dice Ever, amable. —¿Y sabe qué? Usted está apenitas para un trabajo que tengo.

—¿Para hacer qué?

—De jornalero en una finca, pagan buen billete. Con decirle que en una sola semanita se puede hacer más de lo que le pagan en la tienda en todo un mes.

David se interesa y se queda mirando a Ever por un instante.

—¿Y hay que firrrrrmar?

—Primero alístese, que salimos mañana a medio día, y ahí ya le explico bien que es lo que hay que hacer.

David, animado, asiente. Pero Ever, le advierte.

—Venga, no le vaya a decir nada a su familia. Más bacano que les dé la sorpresa, ¿no cree? Imagínese la felicidad que les va a dar cuando vuelva llenito de billete.

David sonrío, emocionado. Ever también sonrío. Pero al voltearse, su sonrisa se torna fría, macabra, indescifrable.





CAPÍTULO 6

- DESCUBRIMIENTO -

Sofía, Noa y Alma, parados frente a la mina, contemplaban el lugar con una mezcla de fascinación, misterio y terror. Sofía y Alma estaban decididas a entrar, mientras que Noa se veía muy confundido y dubitativo.

—Esto no me da buena espina. Mejor volvamos, ¿sí? —dijo.

—Yo no me voy de aquí sin saber qué hay allá adentro —dijo Sofía de manera categórica.

—Si querés quedate aquí y nosotras entramos y te contamos —le sugirió Alma a Noa.

Noa, poco convencido, asintió. Prefería esperar afuera. Alma y Sofía caminaron, decididas y valientes, hacia la entrada. Pero una vez las chicas se alejaron unos cuantos pasos, Noa empezó a escuchar ruidos extraños, algo parecido a rugidos de animales. Autoconvenciéndose de que no era nada, cerró los ojos y se dijo a sí mismo que todo era producto de su imaginación. Pero al abrirlos, se encontró con el movimiento lento y rítmico de algunas ramas y con los sonidos que se acrecentaban a cada instante. Noa temblaba. De repente, oyó un fuerte aleteo y, sin pensarlo dos veces, se dio media vuelta y empezó a correr para alcanzar a sus amigas, quienes ya estaban a punto de entrar a la mina.

—¡Espérenmeeeeeeeeee!



Isaías -el hombre de confianza de Miguel- vigilaba la puerta de una vieja choza

abandonada. El lugar, a punto de caerse, estaba iluminado por un par de lámparas viejas de aceite, dándole a su interior un aspecto lúgubre y algo tenebroso. Miguel y Camocho estaban sentados en un par de bancas, frente a una mesa rústica y vieja. Conversaban, de manera tranquila, pero sin lograr relajarse completamente. Miguel no sabía cómo confiar en Camocho. Y para Camocho, la situación no era muy diferente. Ambos sabían que sólo tenían su palabra para creer en el otro.

Para Miguel no era nada fácil. Estar frente a Camocho y pensar al mismo tiempo en todo lo que pasó con Camila, en el secuestro... después de eso, nada volvió a ser como antes.

—Sí, yo sé que se iban a casar, y por nuestra culpa no lo hicieron —dijo Camocho avergonzado. — Les partimos la vida en dos, mejor dicho.

Miguel no esperaba esta confesión. Se quedó mirándolo por un momento, y luego asintió.

—A usted y quién sabe a cuántos más... —dijo con un gesto de profundo arrepentimiento—. La cagamos. La cagamos muy hondo. Hicimos un daño muy verraco y nos ganamos el odio de muchos. Y apenas ahora que esto se acabó, nos estamos dando cuenta de todo.

Miguel le sorprendió la sinceridad con la que hablaba Camocho. Realmente, lo sentía redimido, avergonzado, reflexionando profundamente sobre el pasado. Ahora podía decirlo sin miedo. El secuestro para el exguerrillero no era más que una presión en contra de los políticos o una especie de “impuesto” que había que cobrarles a los ricos para financiar su “causa”. Pero ahora, que había podido oír a los secuestrados, que había podido saber lo que sentían, su dolor, el de sus familias, se había dado cuenta del error en el que estaban. Y sí... él seguía órdenes. Pero eso no lo excusaba.

—¿Y sabe de qué más me di cuenta? —continuó Camocho. —De que, nos guste o no, todos somos responsables. Y lo que tenemos que hacer es trabajar para que esas salvajadas no se repitan.

Se notaba que le dolía pensar en eso. Y en parte, justo por eso mismo, fue que se acogió al proceso de paz. Porque necesitaba contar lo que sabía, decir la verdad, ponerles la cara a las víctimas las veces que hiciera falta, para intentar sanar todo el mal que hizo y para encontrar la manera de vivir sin odio. Sin odio a sí mismo.

Miguel se quedó mirándolo por un momento. Las palabras de Camocho habían calado profundamente en él.

—Le creo. Y eso también me ayuda a mí —le dijo.

Camocho lo miró sin entender a qué se refería.

—No quiero seguir viviendo con tanto veneno, con tanta rabia, necesito entender por qué pasó lo que pasó, y así poder hacer las paces con el pasado —explicó. —Y el oírlo me hace mucho bien.

—Pues qué bueno saber eso —agregó Camocho. —Puede que suene raro, pero siento un fresquito bien bueno de sólo pensar que de alguna manera le estoy ayudando a alguien. Y en parte por eso también es que estoy aquí, porque no la hemos tenido fácil. Y de nada sirve haber dejado el monte, si no se tiene con qué comer,

¿cierto? Y si los proyectos productivos no nos los compra nadie pues...

En ese momento, el sonido del celular lo interrumpió. Al ver que se trataba de Ruby, se excusó con Miguel y contestó.

En el bazar, y en medio de toda la algarabía, Ruby se veía muy nerviosa. Natalia, aterrada, se le escurrían las lágrimas mientras oía la conversación. Johan y Byron la intentaban consolar.

—Vos tenías razón, Andrei. Giovanni se va esta noche con el Pote —dijo Ruby apenas oyó la voz de Camocho al otro lado de la línea.

—¿¡Qué! —exclamó Camocho.

Miguel, al ver la cara de inquietud de Camocho, prestó especial atención a la conversación.

—¡Maldita sea! Yo sabía que se lo quería llevar —continuó Camocho—. ¿Y vos cómo te enteraste?

—Aquí está Natalia, la hija mayor de don Roberto. La profe Marcela la mandó para que nos avisara, ella está encerrada en un galpón cerca a la casa de Abelardo.

—¿Cómo así que encerrada? —preguntó Camocho.

—Parece ser que el capataz la encerró, pero Natalia no sabe por qué.

—Entonces también hay que ir por ella. ¿La muchacha sabe dónde van a recoger a Giovanni?

—En el cruce de La Ramada.

—Ok. Dejame pensar qué hacer y te aviso.

—Bueno. Yo voy a seguir marcándole a Fabiola, que no me contesta. Igual me toca con pinzas para que no le dé un ataque.

—Decile que yo me encargo.

—Yo le digo. Pero vos cuidate —le dijo preocupada. — Cuidate mucho, ¿oíste? Camocho colgó, alterado.

—¿Qué pasa? —preguntó Miguel, intranquilo.

—Que esta maldita guerra no se acaba —respondió Camocho con desazón y se dispuso a contarle todo a Miguel.



En los matorrales, Fabiola ya tenía frente a ella el costal abierto. No podía creer lo que estaba viendo.

—¿Qué son todos esos hue...? — se interrumpió aterrada. — ¿Eso es un muerto? Abelardo la miró y con angustia cerró el costal.

—¡Hable, Abelardo! ¡Dígame la verdad! —lo confrontó su mujer. —¿Por qué está cargando con los restos de alguien?

Abelardo no era capaz de decir una palabra.

—¡Diga algo, carajo! ¿Por qué tiene ese muerto ahí?

Abelardo no sabía bien qué hacer ni qué decirle a su mujer, quien lo miraba expectante.

—Es mejor que usted no sepa nada —susurró.

Al oír estas palabras, Fabiola se llevó las manos a la boca para contener un grito. Su angustia era enorme.

—¿No sepa nada de qué? ¿Qué es lo que está pasando? ¿Usted lo mató? Es eso, ¿cierto? —le preguntó con rabia.

—Yo no lo maté —respondió Abelardo con culpa.

—¿Y entonces por qué lo está cargando? —volvió a preguntar, aterrada. —Por favor, Abelardo. Explíqueme qué es esto.

—No puedo, Fabiola. No le puedo explicar nada. Usted no entendería y...

En ese momento, Abelardo se interrumpió. Se quedó mirando a lo lejos y se apartó unos pasos de su mujer para ver mejor.

—¿Eso qué es?

Fabiola se acercó a su marido. Para sorpresa de ambos, vieron fuego en la lejanía.

—Jue madre, ¡un incendio! —exclamó Abelardo.

—¿Eso es por el galpón?

—¡Márquele a Marcos pa' avisarle!

Fabiola buscó en sus bolsillos, pero no encontró el celular.

—No traje el teléfono —dijo angustiada. —¡Más bien apúrele!

Abelardo cerró nuevamente el costal y lo escondió entre la maleza. Fabiola lo recriminó con la mirada, pero por la urgencia del incendio no dijo más, y ambos salieron a correr hacia el galpón.



Mientras tanto, en la choza, Miguel intentaba detener a Camocho que estaba muy ansioso y quería salir, de inmediato, a ayudar a Marcela y a buscar a Giovanni.

—No me subestime, yo también puedo ayudar —le dijo.

—No quiero que se meta en problemas —le respondió Camocho.

—Yo no le tengo miedo a Roberto.

Camocho miró por un instante a Miguel. Sabía que necesitaba de su ayuda.

—¿Entonces qué propone? —le preguntó.

—Yo voy por la profesora, sé dónde es el galpón. Y los hombres de Roberto no se van a meter conmigo, en cambio donde lo vean a usted —respondió.

—Tiene razón. Entonces yo voy a buscar a Giovanni.

Ambos, afanados, se dirigieron hacia la puerta y justo antes de salir se desearon suerte. La iban a necesitar.



En la entrada de la mina, Alma, Sofía y Noa estaban detenidos por una pared de tablas y palos, que no los dejaba avanzar.

—Eso es el destino que no quiere que sigamos, nada qué hacer —dijo, convencido, Noa.

El jovencito estaba a punto de dar media vuelta para regresar por dónde habían llegado, pero Alma lo tomó por la camisa.

—Esperate, ayudanos a quitar las tablas —le dijo.

—¿Para qué?

—Para poder seguir —intervino Sofía.

—De verdad, no las entiendo —replicó Noa—. Es una cueva oscura, abandonada, estamos solos en la mitad del monte. Y por acá hay historias de fantasmas de la gente que se murió en el derrumbe.

—Pero son solo historias, Noa —comentó Sofía con valentía. —No nos va a pasar nada.

Noa no estaba para nada convencido. Al contrario, se veía cada vez más aterrado. Alma empezó a quitar una tabla, pero, en ese mismo instante, al apenas tocarla, tuvo una nueva visión. Cerró los ojos. *Los pasadizos de una mina de carbón se abrían ante sus ojos. Luego, vio las siluetas de unos cuatro hombres que entraban por el pasadizo y cargaban cuerpos de hombres muertos. En seguida, rocas caían por doquier. Un derrumbe, sin duda. Y finalmente, oyó la ráfaga de un disparo.* Alma, aterrada, volvió en sí. Noa, al verla palidecer, entendió que, nuevamente, su amiga había visto algo.

—¿Qué viste, Alma? —le preguntó agitado.

—¡Tenemos que entrar ya! Noa, ayudá —exclamó, decidida.

Noa, a regañadientes, pero sin poderse negar, se unió a las jóvenes y, con gran esfuerzo, lograron quitar una tabla grande. Alma, decidida, se adentró por el hueco.



Ruby, Johan, Byron y Natalia recorrían el bazar buscando a José. Johan marcaba insistentemente por el celular, pero éste no contestaba. Al fondo, sobre una tarima, Perla acompañada de Bertha y Josefina, tenían una gran bolsa de la que sacaban los números de las boletas que habían vendido. Josefina le hacía entrega a un ganador de un premio, empacado para regalo.

—Nada —dijo Johan mientras colgaba el celular.

—¿Seguro que su papá estaba aquí? —preguntó Ruby.

—Pa dios que sí. Pero ahora no contesta.

En ese momento, Byron alcanzó a ver a José quien estaba saliendo de la escuela,

—Allá está —gritó. —¡Sargento!

—¡Paaaaaa!

Al escuchar a su hijo, José se detuvo y se dio media vuelta, para descubrir a todos correr hacia él.

—¿Qué pasó? —preguntó extrañado el policía.

—Giovanny está en problemas —respondió Natalia, angustiada. — Tiene que ayudarlo.

José, sin entender, miró a los chicos esperando una explicación. Detrás de ellos, en la tarima, Perla, completamente ajena a lo que estaba pasando, hacía entrega de otro regalo.



Dentro del galpón, Marcela gritaba por el hueco que había logrado hacer en la ventana, al romper la madera. Lo hacía con todas sus fuerzas e invadida por la desesperación.

—¡Ayúdenme! ¡Alguien que me saque de aquí! ¡Ayudaaaaa!

La casa se estaba consumiendo entre las llamas. La profesora empezó a toser. Sabía que tarde o temprano, el aire se le agotaría y moriría asfixiada.

Por suerte, en ese momento, Miguel e Isaías llegaron al galpón. Miguel alcanzó a ver, a través del pequeño hueco de la ventana, a Marcela quien no paraba de toser. Sin pensarlo dos veces, tomó impulso y se lanzó contra la puerta para intentar derribarla. Pero fue inútil. La puerta parecía impenetrable.

—¡Ayúdeme! —le gritó a Isaías—. ¡Los dos al tiempo!

Los dos hombres, al tiempo, se abalanzaron contra la puerta. Nada. La puerta seguía intacta.

—¡Vaya por ayuda! —le pidió Miguel a Isaías.

De inmediato, el hombre obedeció y se fue corriendo. En el interior del galpón, y al oír la voz de Miguel, Marcela se animó y volvió a pedir ayuda.

—¡Aguante! —gritó Miguel.

Miguel tomó una roca e intentó romper el fuerte candado de la puerta. Esto tampoco sirvió.

—¡Ya no puedo más! —dijo Marcela, tosiendo.

En ese momento, Abelardo y Fabiola irrumpieron en el lugar. Al reconocer a Miguel, Abelardo se sorprendió por su presencia. No entendía qué hacía ahí.

—¡Don Miguel! —exclamó extrañado.

—¡Hay que tumbar esa puerta! —gritó Miguel.

—¡Un tronco! —sugirió Abelardo—. ¡El más pesado que encuentre!

Miguel asintió. Era una buena idea. Los dos hombres empezaron a buscar un tronco pesado y grande.

—Por detrás —reaccionó Fabiola—. Yo vi unos palos grandotes, Abelardo, ¡corran!

Abelardo y Miguel se apresuraron hacia la parte trasera del galpón, mientras que Fabiola miraba con horror lo que estaba pasando.



En el bazar, el bingo ya había comenzado. Perla, Bertha y Josefina cantaban números, animadas. Por el contrario, y como en una dimensión paralela, los muchachos, Ruby y José vivían una enorme angustia. José, enterado de lo sucedido con

Giovanny y con Marcela, decidió montar un operativo e irse para La Ramada.

—Y ustedes júrenme, prométanme que no se van a arrimar por allá —les pidió a los muchachos.

—No se preocupe, sargento, que yo a éstos no me les despego —prometió Ruby. —Y yo creo que lo mejor es que nos vayamos para donde Abelardo porque Fabiola nada que contesta y no hemos podido avisarles.

—Buena idea —replicó José. —Y si saben algo, me cuentan.

José se disponía a irse, pero Ruby lo detuvo.

—Espere. Yo sé que lo que le voy a pedir puede sonar a descarado —le dijo. — Pero, por favor, cuide a Camocho. Le juro que ese hombre no es el de antes.

José asintió con un leve movimiento de cabeza y sin decir nada. No se veía del todo convencido, pero tampoco quería angustiar más a la mujer. Ruby, espontánea, le dio un abrazo y, en seguida, se alejó un poco, dándole espacio a Johan para que se acercara a su padre.

—Mijo, óigame bien —le dijo José—. Pase lo que pase, no se le olvide nunca que su taita está orgulloso de usted. Y que lo quiere mucho.

José lo abrazó con fuerza.

—Yo también lo quiero mucho, papá. Por favor cuídese.

Y haciendo el saludo militar, agregó:

—Mucha suerte, mi sargento.

José sonrió. Con un gesto cariñoso, se despidió de su hijo y se marchó. Al salir, el policía se cruzó con Raúl y sus amigos quienes parecían disfrutar, al igual que el resto de los asistentes, de las actividades del bazar.

Al salir de la escuela, José tomó su celular y marcó un número. El hombre se veía preocupado.

—¡Ortiz! —dijo al teléfono. —Organice un operativo de emergencia con los efectivos que estén en la estación y váyanse ya mismo al cruce de La Ramada. Tengo información de que alias el Pote, se encuentra ahí y oído, no les diga a los del comando que van para allá. Usted sabe que hay mucho sapo nadando en ese estanque, y no quiero que se joda el operativo. Yo le aviso al teniente Arrubla. ¡Allá nos vemos!

José colgó y, al hacerlo, empezó a buscar entre los contactos el número del teniente Arrubla.



Mientras tanto, en el interior del galpón, Marcela intentaba respirar a través del hueco de la ventana. Pero el humo había llegado a su tope y ya no podía más. Cuando estaba a punto de desmayarse, volvió a oír la voz de Miguel, proveniente del exterior.

—Uno... dos... ¡Con fuerza!

La siguió un fuerte golpe. Marcela miró hacia la puerta, sin dejar de toser. No aguantaba más.

—¡Otra vez! Uno... dos... ¡ya! —gritó Miguel.

En ese momento, un ruido estruendoso invadió el lugar. Finalmente, la puerta había cedido y se había roto en dos pedazos. En medio del humo y cubierto por una cobija, Miguel entró al lugar. El humo y el fuego no lo dejaban encontrar a Marcela.

—¿Dónde está? —preguntó angustiado.

Miguel miraba para todas partes, pero no veía nada. Empezó a toser. De repente, oyó un leve grito.

—¡Aquí!

Miguel buscó con la mirada y, finalmente, al lado de la ventana, divisó a la profesora. Como pudo, se acercó.

—¡Agárrse fuerte! —le dijo, mientras la tomaba entre sus brazos y buscaba nuevamente la salida.



En medio de una trocha oscura, una camioneta andaba a buena velocidad. Arrubla, sentado en el puesto del copiloto, hablaba por celular. Iba con dos de sus hombres. Todos vestían de civil.

—El camino está despejado. Mis hombres están en el punto bien pilas esperando los camiones para dejarlos pasar —dijo.

Camionetas de alta gama se estacionaban, de manera ordenada, en la entrada de la hacienda de Roberto. Los guardaespaldas y conductores se apresuraban a abrir las puertas de los vehículos para que sus jefes bajaran cómodamente de ellos. Roberto, en la puerta, recibía a sus invitados. Unos veinte hombres, acompañados de sus esposas, iban elegantemente vestidos y eran recibidos con un coctel de bienvenida. Entre ellos, el coronel Baquero, vestido de manera impecable con su uniforme de gala, y Francisco Baquero, el político con el que Roberto había mantenido una conversación, sobresalían entre los invitados. Ambos hombres se veían contentos y entusiastas. Marcos, un tanto alejado de la puerta, hablaba por su celular con el teniente Arrubla.

—¿Y usted va para allá, cierto? Porque yo no me puedo mover de acá de la casa, ya llegaron los invitados del patrón y tengo que estar pendiente de todo.

—No se preocupe, Marcos, que yo ya voy en camino. Usted sabe que yo en el Pote no confío ni cinco— le dijo Arrubla. —Ese tipo es muy torcido y por plata vende hasta la mamá.

—Sí, es mejor estar bien abejas. Venga, teniente... ¿y sus hombres?

—Domaditos y tranquilos. Ahí el único que estaba medio mosca por el papayazo que dio el imbécil del Pote era el sargento. Pero lo puse a que se concentrara en otra zona para que nos dejara sana las tierras de don Roberto. Así que fresco. Que por ese lado, no tenemos de qué afanarnos —aseguró Arrubla.

Y mientras decía esas palabras, José manejaba a alta velocidad por una carretera solitaria camino al cruce de La Ramada.

—Listo, teniente. Entonces quedamos QAP por si cualquier cosa. Apenas salgan los camiones, me avisa.

Marcos colgó su celular, sin darse cuenta de que Roberto venía hacia él.

—Marcos, ¿qué carajo es lo que están quemando? —preguntó el hacendado preocupado.

Marcos se volteó un tanto sobresaltado y miró hacia donde señalaba Roberto. Al darse cuenta de que el fuego venía del galpón, el mismo lugar en donde había encerrado a la profesora, quedó sin palabras. Rápidamente, reaccionó e intentó disimular su desconcierto y angustia.

—¿Eso es como por el galpón? —volvió a preguntar Roberto.

—Deben estar quemando basura —respondió Marcos, disimulando. —Eso no se preocupe.

—¿Y por qué justo esta noche? —reaccionó con furia Roberto. —¿Es que acaso no sabían que teníamos invitados?

—Ya les digo que apaguen esa joda, patrón.

Roberto se dio media vuelta y se alejó molesto. Marcos se quedó mirando el fuego, preocupado, y rápidamente, se encaminó hacia su jeep.



En medio de la oscura carretera, Ruby, Johan, Byron y Natalia caminaban hacia la casa de Abelardo. Lo hacían a buen paso, apurados por llegar. Iban en silencio, invadidos por una inmensa preocupación e impotencia. Natalia, un tanto rezagada, intentaba comunicarse con Giovanni al celular. Pero sólo recibía la respuesta del contestador automático.

—¡Giovanny, por favor, contésteme! ¡No se vaya, por favor! Esa no es la salida. Por favor... —dijo, mientras se le entrecortaba la voz— hablemos...

Natalia colgó desanimada. Los demás, al darse cuenta del estado de la joven, la rodearon, solidarios.

—No se angustie —le dijo Ruby. —Confíe en que todo va a salir bien.

—Mi taita es mucho lo verraco, Natalia, y ya va para allá con su gente. Le prometo —aseguró Johan mientras hacía una señal de juramento—. Le juro, que no va a dejar que le pase nada.

—¿Usted es muy amiga de Giovanni? —preguntó Byron.

—Fuimos —respondió Natalia—. Cuando chiquitos, pero ahora él...

Natalia no pudo continuar y bajó la mirada.

—¿Le gusta, cierto? —preguntó, con prudencia, Ruby.

Natalia no se esperaba esa pregunta. Dudó por un instante, pero rápidamente buscó una salida.

—Eh... no, cero. Él y yo nada que ver. Es solo que... —intentó buscar una buena excusa. — Es una buena persona y por eso no quiero que se meta en líos.

Johan y Byron cruzaron miradas de complicidad. Sabían que estaba diciendo

mentiras y que Natalia estaba completamente “tragada” del joven. Ruby la abrazó consolándola y siguieron caminando.



En la entrada oriental a la hacienda de Roberto, un letrado en el que se leía La Ramada, partía el camino en dos. A un costado, camuflado, estaba el Pote. Desde su escondite, alcanzó a ver una silueta que se acercaba. El hombre, atento, sacó su arma, listo para disparar si era necesario.

—¡Quieto ahí! ¿Quién va? —preguntó.

La silueta se detuvo y se oyó una voz asustada.

—¡Soy Giovanni!

Al entender de quién se trataba, el Pote bajó el arma y la guardó nuevamente.

—Bien pelado por llegar cumplido. Vení —le dijo, mientras se acercaba y le daba un par de palmadas en la espalda. —Quedate aquí que tengo que ir a ver por qué mierda no bajan los camiones. No demoran en llegar otros dos pelados que también van a manejar. Quedás a cargo.

Giovanni asintió en silencio, mientras veía cómo el Pote se alejaba por el camino. En medio de la soledad de la noche, el joven sacó el celular de su bolsillo. Al darse cuenta, de que tenía varias llamadas perdidas de Natalia y un mensaje de voz nuevo, se dispuso a desbloquear el aparato para oírlo. Pero, en ese instante, oyó unos pasos que se acercaban detrás de él. Giovanni guardó el teléfono y al girarse, se encontró de frente con un par de muchachos que venían animados; ambos con un morralito en la espalda. Uno de ellos más joven que él, lo abordó de inmediato.

—¿Usted vio al...?

El otro joven lo codeó para que no dijera el nombre. Giovanni entendió a quién se refería.

—¿Al Pote? Sí. Se fue por los camiones. Ustedes deben ser los otros dos. Me dijo que lo esperaríamos aquí —les dijo mientras les extendía la mano para presentarse. —Giovanni.

—Gonzalo —se presentó el más joven.

—Neider —dijo el otro. — Al fin salió camellito, ya estaba más pelado que un chucho.

—Y esperate y verás que con la merca vamos a hacernos un buen billete.

Al oír esto, Giovanni, entre sorprendido y angustiado, reaccionó.

—¿Vamos a llevar merca?

—Obvio —respondió Gonzalo. —¿O qué creyó? ¿Que eran lulos?

Los dos jóvenes rieron. Giovanni, preso por la angustia, empezó a respirar agitadamente.

—Lo único que me va a hacer falta es mi viejita, los frijolitos —dijo Neider.

—Ah sí, de eso olvidate, parece, la familia se murió para nosotros —aseguró Gonzalo. —Pero qué... a veces están mejor sin uno, ¿cierto?

Giovanny asintió levemente. No dijo nada. Tenía un sinfín de sensaciones y de sentimientos encontrados. Y claramente, no era lo que esperaba.



El galpón estaba prácticamente consumido en su totalidad por las abrasadoras llamas. El jeep de Marcos se estacionó abruptamente, y el hombre bajó corriendo. Se acercó al lugar, hasta el punto en que las cenizas y el humo se lo permitieron. Empezó a toser. Miró para un lado y para el otro, sin tener idea con qué suerte corrió la profesora.

—¡Mierda! ¡Se tostó esa perra!

En ese justo momento, el sonido de su celular, lo hizo sobresaltarse. Al ver de quién se trataba, contestó apurado.

—Al fin te dignás a aparecer, güevón. Estaba esperando la llamada hace rato. ¿En dónde carajos estás?

En medio del bazar, Raúl, con el celular en la oreja, se comía un helado. Él y dos de sus compinches, observaban la tarima en la que Perla, Bertha y Josefina estaban terminando de cantar el bingo.

—¿En dónde va a ser, jefe? —respondió, mientras se concentraba en Perla. —Ya aquí en el bazar, esperando que la hembra dé papaya. Usted fresco que eso ya está andando. A los bichos chinchosos, hay que aplastarlos.

—O en últimas, fritarlos —replicó Marcos mirando con odio el galpón. —Con tal de que se callen y no jodan, todo vale.



En el exterior de la casa de Alma, Ruby, Natalia, Johan y Byron ya se habían reunido con Miguel y con Marcela. La profesora, aún en shock, intentaba recuperarse, mientras bebía un vaso de agua.

—Uy, profe, qué susto tan berraco, menos mal no le pasó nada —dijo Johan
Marcela tosió y luego asintió con una leve sonrisa.

—Esta vez la sacó barata —aseguró Ruby. —Pero se lo advertí. No mija, ¿cómo se fue a venir para acá, usted sola, sin avisar?

—Yo no iba a venir, Ruby —replicó la profesora. —Cuando salí de la escuela el mayordomo me estaba esperando y me trajo para hablar con don Roberto. Y menos mal vine...

Marcela, instintivamente, miró a Fabiola.

—Ya usted sabe por qué —dijo, refiriéndose a Giovanny.

Marcela volvió a toser. Ruby asintió preocupada. Natalia, un poco más alejada, seguía pegada al teléfono.

—¿Y? ¿Apareció? —preguntó Byron.

Natalia negó con un gesto, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. En ese momento, se oyó la voz de Abelardo, quien acababa de llegar del galón.

—El galpón sigue prendido, voy a avisarle a los trabajadores para que lo apa...

Pero, Natalia, al verlo, y antes de que pudiera terminar la frase, arremetió con furia contra él.

—Usted sabía lo que le pasó a Marcela y no hizo nada, ¿cierto? ¿Qué otras cosas, está escondiendo?

Ante la ira de la joven, todos quedaron boquiabiertos. Abelardo, sorprendido y en medio de un terrible conflicto, sólo logró negar con un gesto.

—En vez de estarle tapando las cosas a mi papá y a la rata de Marcos —continuó — ¡debería preocuparse por su familia!

Fabiola y Abelardo la miraron sin entender a qué se refería.

—¿Cómo así que, por su familia, mijo? —le preguntó Fabiola, confundida, a su marido. — ¿De qué habla la muchacha?

—Yo qué voy a saber —respondió Abelardo.

—¡Obvio que no sabe! —exclamó con rabia Natalia. —¡Porque a usted no le importa su hijo! ¡No le importa que Giovanni se fue a ver con un tal Pote! ¡Y tampoco le importa que pueda terminar muerto!

Al oír estas palabras, Abelardo y Fabiola, confundidos y desconcertados, entraron en pánico. Abelardo, en shock, se sentó en una silla intentando recuperar el aliento. Se quitó el sombrero y empezó a secarse el sudor.

—No puede ser —gritaba Fabiola desesperada. —¿Cómo así que se van a llevar a mi muchacho?

Ruby intercambió una mirada con Marcela. Era momento de contar lo que estaba pasando.

—Eso fue lo que oí, Fabiola —dijo la profesora. —Y por eso fue que me metieron al galpón.

—Yo te estuve llamando, pero no contestaste nunca —se excusó Ruby.

—Dejé el teléfono aquí— respondió y sus ojos se le llenaron de lágrimas. —¿Y si no volvemos a ver a Giovanni?

En ese instante, Abelardo, fuera de sí, se levantó y empezó a gritar con desesperación.

—¡No, yo no voy a dejar que nada malo le pase a mi muchacho! ¡Nadie se mete con mis hijos!

Desesperado, se acercó a Marcela.

—¿A dónde se fue? —le preguntó suplicante. —¡Yo me voy a buscarlo!

Abelardo tomó su sombrero y se lo puso dispuesto a irse. Por fortuna, Miguel y Ruby reaccionaron rápidamente y lo detuvieron intentando calmarlo.

—Tranquilo —le dijo Miguel. —Que con irse como un loco no saca nada.

—Ya Camocho sabe lo que está pasado y se fue a buscarlo —aseguró Ruby.

—¿Camocho está aquí? —preguntó sorprendido Abelardo.

Ruby asintió y bajó la mirada con cierta vergüenza.

—Esa gente es peligrosa, Abelardo —continuó Miguel. —Confíe en Camocho que él sabe cómo moverse en esas situaciones.

—Don Miguel tiene razón —complementó Ruby. —Es mejor no meterse por allá. La policía también va en camino y eso seguro se va a poner muy caliente.

Ruby, con cariño, le tomó la mano a Abelardo.

—Confiemos y recemos para que todo salga bien —dijo.

Abelardo, sin poder contener más sus emociones, estalló en llanto. Fabiola, al verlo así, lo abrazó para calmarlo, y se lo fue llevando, lentamente, invitándolo a que se sentara de nuevo. Era un momento doloroso para todos.

—Voy por otro vasito de agua —interrumpió Marcela, mientras tosía y se disponía a pararse.

—Yo se lo traigo —se apresuró a decir Ruby. —Usted quédese sentadita mejor...

Ruby le recibió el vaso vacío a la profesora, quien seguía tosiendo.

—¿Y usted más bien por qué no se va al puesto de salud para que la revisen? No ha parado de toser desde que salió del galpón.

—¡No, Ruby! —replicó Marcela. —Yo de aquí no me muevo hasta saber algo...

Pero la tos la interrumpió y no pudo terminar la frase.

—Ruby tiene razón, Marcela —intervino Miguel. —Es mejor que la examinen. Si quiere yo la llevo.

—Y si de paso, nos hace el favor y acerca a estos pelaos —sugirió Ruby. —Por lo menos a Byron para que le dé una mano a Perla en el bazar que le dejamos todo tirado.

—Uy si —replicó el muchacho. —De pronto hasta tengo suerte y alcanzo a meterme mi buena rapeada

—Usted sí es mucho toche, ¿no, mano? —lo codeó Johan para que no fuera imprudente. —¿Cómo se le ocurre pensar en rapear cuando tenemos jodas más importantes en qué pensar? Vea a la profe, por ejemplo.

Marcela sonrió enternecida.

—¿Qué dice, entonces? —le preguntó Miguel a Marcela. —¿Vamos?

—Está bien. Muchas gracias —respondió la profesora sin dejar de toser. —Pero me mantiene informada, Ruby.

—Apenas se sepa algo yo le aviso — le prometió y se dirigió a Byron. —Decile a Perla, que yo luego la llamo pa contarle qué ha pasado.

—Bueno. Yo le digo...

Marcela, Miguel, Johan y Byron se acercaron a Fabiola y a Abelardo para despedirse. Pero, de repente, Abelardo, quien estaba en la silla, se desplomó y cayó, de manera estruendosa, al piso.

—¡Abelardo, mijo! —gritó Fabiola angustiada. —¿Qué le pasó?

De inmediato, todos se acercaron a socorrerlo.

—¡Juemadre, se murió! —exclamó Byron, fatalista.



Mientras tanto, en La Ramada, el Pote, otros cinco hombres bien armados, y los tres muchachos estaban parados frente a uno de los tres camiones.

—A 20 kilómetros van a ver una casa pintada de azul, por ahí se van siempre por la derecha. Cuando pasen la quebrada la colorada, ahí los va a estar esperando un man, que los va a llevar al siguiente punto— les dijo, mientras le entregaba las llaves del camioncito a Giovanni.

Pero Giovanni no extendió la mano. Se negó a recibir las llaves. Primero necesitaba que le aclarara varias cosas. Y sin pensarlo dos veces, le preguntó de manera directa.

—¿Lo que hay en el camión es droga?

—Claro que no —le respondió el Pote con una sonrisa socarrona. —Es lulo, una cosecha que salió lo más de buena.

Pero Giovanni no se movió. Quería saber la verdad.

—Hacele pues que no tengo toda la noche —insistió el Pote.

—Yo no me anoté pa esto —dijo el joven con valentía.

—¿Ah no? ¿Para qué te apuntaste entonces, güevon? —preguntó el hombre quien empezaba a perder la paciencia.

—Pues para sacar una carga. Pero no, para...

—¡Pues eso es lo que vas a llevar! —le gritó interrumpiéndolo. —¡Una carga y ya! Pote le agarró con fuerza la mano, se la abrió y le puso las llaves en la palma.

—Ya no hay cómo salirse de esto gran pendejo. ¡Es esto o te quiebro aquí mismo! Decime, pues, de una vez para no perder tiempo.



El tono del Pote era tan amenazante e intimidante, que Giovanni, asustado, no tuvo otra opción que tomar las llaves, caminar hacia el camión y subirse en el puesto del conductor. Dos de los hombres avanzaron hacia la parte posterior del vehículo, mientras que los dos muchachos se dirigieron hacia los otros dos camiones. Los hombres restantes se repartieron en los dos camiones, y se aprestaron para partir. Giovanni prendió el motor, pero no cerró la puerta. Y en un arranque suicida, como

única opción de escape, se tiró del camión y salió corriendo hacia el monte, lo más rápido que pudo.

—¡Eyyyyyy! —gritó uno de los hombres, advirtiendo al Pote. —¡Se nos fue! ¡El pelado se voló!

El hombre, de inmediato, se dispuso a seguirlo, pero el Pote lo detuvo.

—Déjame a mí que yo me encargo de ese marica —le dijo con una calma intimidante y aterradora.

Sacó su revolver y se fue, corriendo, tras Giovanni.

El muchacho, en medio del monte, intentaba huir a como diera lugar. Pero el camino estaba muy tupido, y el morral, en su espalda, se enredaba con las ramas. Giovanni, desesperado, intentó quitárselo, pero, al hacerlo, y preso del terror, pisó mal, se tropezó y cayó. Y cuando estaba a punto de levantarse para continuar con su fuga, el sonido del seguro de un arma, lo paralizó. Al voltearse, aún en el piso, vio, con horror, cómo el Pote le apuntaba dispuesto a disparar.

—No me mate... por favor... —suplicó el joven.

—¿Creíste que estaba jugando, güevón?

Pote le dio una patada en el estómago con saña. El muchacho se dobló de dolor.

—¿Dónde me viste la cara de pendejo, culicagado?

Y al decir esto, volvió a apuntarle. Giovanni, sin saber qué más hacer, se tapó la cara con los brazos esperando el disparo. El Pote sonrió con maldad y, cuando estaba a punto de apretar el gatillo, cayó, de repente, al piso, inconsciente. Giovanni no entendía lo que estaba sucediendo. Finalmente, alcanzó a distinguir la silueta de alguien, quien tenía un palo en la mano, con el que seguramente había noqueado a su verdugo.

—Por favor, no me mate, yo no digo nada, lo juro —suplicó Giovanni aterrado y sin lograr distinguir a su salvador.

Una mano le ofreció apoyo y, sólo en ese momento, Giovanni descubrió que quien le había salvado la vida, era Camocho.

—Callado.

Camocho, sudando, le hizo señas para que se agachara e hiciera silencio. Luego lo guio por medio del monte, intentando pasar desapercibidos.



Miguel, Johan y Byron, con mucho esfuerzo, cargaron a Abelardo y lo entraron a la casa. Fabiola, Ruby, Marcela y Natalia, los seguían, angustiadas.

—Giovanny... Giovanny... José, compa —deliraba Abelardo.

Fabiola quitó unos cojines y despejó el sofá.

—¡Póngalo ahí! ¡Ay, dios mío! —gritó. —¡Doña Myriam!

Los hombres acostaron con cuidado a Abelardo en el sofá, y mientras lo hacían, la abuela salió de su cuarto.

—¿Por qué tanto escándalo?

Al ver el estado de su hijo, se acercó, preocupada.

—¿Qué le pasó, mijo?

La abuela, diligente, de inmediato, empezó a examinarlo.

—Se desplomó —explicó Fabiola.

—¿Se va a morir? — preguntó imprudente Byron.

Johan volvió a codearlo.

—Calle la jeta —le dijo en voz baja.

Byron, avergonzado, bajó la cabeza.

—Páseme alcohol —le pidió la abuela a Fabiola.

Fabiola asintió y se fue a la cocina. La abuela se quedó mirando a su hijo detenidamente. Pasó sus manos sobre su cabeza; luego sobre su cuerpo. Instantes después, Fabiola regresó con un tarro de vidrio. En su interior, había diferentes tipos de ramas y alcohol. La abuela destapó la botella, se untó bien las manos con su contenido y, acto seguido, lo frotó por toda la cara de su hijo. De inmediato, Abelardo empezó a moverse de manera extraña, como si el alcohol lo estuviera exorcizando.

—Giovanny... Giovanny... no José... no —seguía delirando.

—Ya... ya... respire...—lo intentaba calmar la abuela.

—¿Qué le pasa?! —preguntó Natalia asustada.

—Es como si una pena oscura lo estuviera consumiendo por dentro —explicó la abuela, mientras sujetaba con fuerza a su hijo.

Byron se persignó, estaba pálido. Johan ni pestañeaba.

—Ayúdeme a llevarlo a la pieza —le pidió la abuela a Fabiola.

Fabiola, de inmediato, se dispuso a levantar a Abelardo. Pero, Miguel, sabiendo el peso del hombre, se ofreció a hacerlo. Johan y Byron también colaboraron y entre los tres se lo fueron llevando hasta el cuarto. En ese momento, Ruby cayó en cuenta de algo. Miró para todos lados, extrañada.

—Disculpe doña —le dijo a la abuela. —Pero Noa me dijo que venía para acá.

—Ni él ni Almita están aquí —respondió la abuela.

—¿No? ¿Y entonces? —preguntó Ruby extrañada.

—Vaya uno a saber dónde están esos muchachos —dijo la abuela —Acá se lo recibimos, mi don. Fabiolita...

Fabiola y la abuela recibieron a Abelardo. Cada una pasó uno de los brazos de Abelardo por encima de sus hombros y se lo llevaron hacia el interior.

Ruby, al no tener noticias de su hijo, empezó a preocuparse.

—¿Ustedes saben dónde pueden estar Noa y Alma? —le preguntó a Johan y a Byron.

Johan y Byron. No los habían visto desde esa mañana.

—De pronto están con mi hermana en mi casa —sugirió Natalia. —Si quiere voy y los busco.

Ruby agradeció el ofrecimiento de la joven.

—Acompáñenla —le pidió Marcela a Johan y a Byron, sin dejar de toser. — No la dejen ir sola que no conviene.

—¿Y el bazar? —preguntó frustrado Byron.

—Primero lo primero, toche. Camine vamos, acompañamos a Natalia y nos devolvemos en pura pa que alcance a cantar —dijo Johan.

En ese momento, Marcela tuvo un fuerte ataque de tos.

—Pero mejor que don Miguel se adelante con la profe, porque esa tos esta más fea que pegarle a la mamá —sugirió Johan.

Marcela, conmovida por las palabras de su alumno, le agradeció y se dispuso a salir con Miguel.

—Apenas sepa algo de Camocho y de Giovanny, por favor, avíseme —le pidió Miguel a Ruby.

—Y también quedamos pendientes de Abelardo... y de los pelaos —añadió Marcela.

Ruby asintió y se despidió con un gesto. Preocupada, se quedó viendo cómo todos salían de la casa.



La luz de una linterna alumbraba, tenuemente, la oscura mina. Alma, Sofía -con la linterna en la mano- y Noa caminaban con cautela, por un oscuro pasillo. El lugar estaba completamente abandonado.

—Hay que caminar con mucho cuidado —advirtió Alma.

—Deberíamos regresar —sugirió Noa. —Ya es muy tarde.

—Ya le dije que no me voy de aquí hasta que encuentre alguna respuesta —insistió Sofía.

En ese momento, Noa se detuvo. Se negaba a seguir adelante. Sofía se volteó y lo alumbró con la linterna.

—Si ustedes quieren sigan, pero ya no voy más —dijo el chico decidido. —¡Renuncio!

Noa se dio media vuelta para regresar, pero, por desgracia, pisó una tabla vieja que se rompió súbitamente. Al hacerlo, el chico perdió el equilibrio y se fue hacia atrás, a punto de caer por un profundo hueco.

—¡Noaaaa! —gritó Alma aterrada.

El grito de Alma retumbó en un enorme gigante por la mina y las niñas, se apresuraron, aterradas, a sostener al temeroso Noa para evitar que cayera en las profundidades del lugar.



En el cruce de La Ramada, los camiones seguían detenidos y los hombres, con cierta impaciencia, esperaban el regreso del Pote. A lo lejos, un carro se acercaba. Al verlo, los hombres, temerosos, se escondieron detrás de los vehículos, con sus armas levantadas. Pero al darse cuenta de que era la camioneta de Arrubla, respiraron aliviados y salieron de su escondite. La camioneta se estacionó al lado de uno

de los camiones y de su interior, bajaron Arrubla y sus hombres. El teniente miró para un lado y para el otro.

—¿El Pote? —preguntó.

—Lo estamos esperando, señor —respondió uno de los hombres del Pote.

—¿Cómo así que esperándolo? —preguntó molesto el teniente. —¿Acaso dónde se metió ese güevón?

—Se fue detrás de un pelado que se arrugó.

—Ese sí es mucho malparido. ¡Vayan a buscarlo! —le gritó con rabia.

El hombre le hizo señas a uno de sus compañeros para que lo acompañara. Pero en ese momento, los sorprendió la presencia de un nuevo vehículo acercándose.

—¿Alguien más viene? —preguntó inquieto Arrubla.

El hombre negó con un gesto.

—¡Mierda! ¡Rápido! ¡Súbanse al camión y váyanse! ¡Yo los cubro! —ordenó Arrubla.

Los hombres del Pote se dispersaron rápidamente y se subieron a los camiones. Arrubla, mientras tanto, les hizo señas a sus hombres para que se escondieran. Todos, con sus armas levantadas, se mimetizaron entre las sombras. Los camiones empezaron a avanzar, pero, de repente, el carro que venía en la lejanía, se les atravesó de frente, haciéndolos frenar. Y para desconcierto de los maleantes, otro vehículo, el cual no habían visto, también les interfirió el paso. Del primer carro, se bajó José con su arma levantada.

—¡Quietos todos, policía! —gritó.

Ortiz, y cinco hombres más, descendieron del otro vehículo. Estaban rodeados. Desde su escondite, Arrubla, al ver a José y a su equipo, se llenó de ira.

—¡Mierda! —exclamó.

Mientras tanto, en el interior de los camiones, los hombres no sabían qué hacer. En ese instante, oyeron el grito de José.

—¡Salgan de los camiones!

En uno de los camiones, el hombre que estaba hablando con Arrubla, sacó su arma.

—¡Pilas ahí! —le dijo a su compañero. —¡Si nos quitan la merca, estamos jodidos, hermano!

Y al decir eso, abrió la puerta y empezó, lentamente, a bajarse del camión. José, a la expectativa, mantenía su arma levantada. Apuntándole. Pero el hombre, ágilmente, una vez pisó suelo, le disparó. El sargento, rápidamente, reaccionó y esquivó la bala. Al instante, Ortiz y los demás policías respondieron al fuego, intentando proteger a su comandante. Los hombres del Pote hicieron lo propio, y en segundos, el lugar se había convertido en un sangriento campo de batalla.



En el monte, y al oír los tiros y los gritos, Camocho empujó a Giovanni para que

se tirara al suelo y él hizo lo propio. Esperó unos segundos y luego volvió a levantarse.

—Espéreme aquí, no mueva un pelo —le dijo Camocho al joven. — Voy por mi hermano.

—¡No me deje! —le suplicó Giovanni, tomándolo del brazo.

—Si quiere volver a su casa entero, hágame caso.

Camocho regresó por el mismo camino por donde habían llegado, dejando a Giovanni acurrucado y muy asustado. Al llegar al lugar en donde había noqueado al Pote, para su sorpresa, éste ya no estaba.

—Maldita sea.

Camocho miró para un lado y para el otro intentando ubicar a su hermano. Pero los tupidos matorrales no le permitían ver mayor cosa. Decidió, entonces, seguir adelante.



Mientras tanto, en la hacienda de Roberto, los invitados charlaban animadamente. Un par de meseros pasaban con pasabocas y trago. Roberto, en una esquina, hablaba con Francisco, mientras tomaban whiskey.

—Entiéndelos, Robertico, esta gente vive en paranoia permanente —dijo Francisco bajando la voz. —Y aquí entre nos, no es para menos y si ven fuego a lo lejos, de inmediato se imaginan lo peor. Muchos de estos piscos no tienen ni la menor idea de qué es una quema.

Francisco ríe hipócrita.

—Lo sé. Y de verdad, discúlpame, Francisco. No sé en qué estaban pensando los trabajadores para ponerse a quemar basura justo hoy. Pero ya envié a mi hombre de confianza para que lo solucione —dijo Roberto.

—Perfecto. Entre más seguros se sientan nuestros invitados, mejor. No se te olvide que si vinieron hasta aquí es porque confían en ti, Robertico.

Roberto asintió, un tanto incómodo. Francisco miró hacia la sala y continuó.

—Y por la cantidad de asistentes, puedo asegurar de que hoy queda confirmada tu candidatura para el congreso. Que tú estés en el poder nos va a dar mucha más maniobrabilidad, y vamos a poder dejar a todo el mundo contento —dijo, señalando a los asistentes. —A nuestros grandes amigos, a la región, y ante todo a nosotros mismos.

Volvió a reír con sorna, mientras levantaba el vaso para brindar.

—Salud por eso, mi chino.

Roberto levantó su vaso, sonrió y brindó. En ese momento, uno de los asistentes saludó con un gesto al político. El hombre se excusó con Roberto y se adentró a la sala. Una vez a solas, a Roberto se le borró la sonrisa. Algo en las palabras del político, no le gustaban en lo más mínimo.



En el cruce de La Ramada, el fuego cruzado entre los hombres del Pote y los de José estaba en su mayor apogeo. Los muchachos que llegaron con Giovanni para conducir los camiones, asustados, estaban en medio de la confrontación y buscaban afanosamente en dónde resguardarse. Arrubla y sus hombres, escondidos, intentaban escapar del lugar.

—Ni crea que nos va a dañar el caminado, sargento.

Se dijo a sí mismo el teniente, mientras observaba, desde su trinchera, a José. Permaneció inmóvil, por un instante, evaluando la situación y, de repente, se alejó de sus hombres, para irse por el lado contrario.

—¡Fuera de aquí! ¡Cúbranse! —les gritó José a sus hombres.

En ese momento, y escondido entre la maleza, Camocho intentaba ubicar a su hermano. Pero era inútil. No lo veía por ninguna parte. En cambio, a quien sí alcanzó a distinguir, fue a José. El policía estaba resguardado tras unos árboles, y valiente, desde esa posición, se batía prácticamente solo contra los maleantes. En ese instante, vio cómo Arrubla se desplazaba lentamente, acercándose a José por detrás. Aún a cierta distancia de su subalterno, el teniente levantó su arma y le apuntó, dispuesto a disparar. Al ver esto, Camocho reaccionó. Tomó una piedra y la arrojó con fuerza intentando distraer a Arrubla, para evitar que dispara. Pero, el teniente, rápido y curtido, al sentir la piedra caer, se volteó y disparó sin pensarlo. Con tan mala suerte para Camocho que una de las balas alcanzó a impactarlo. José, ensordecido por los otros tiros no se percató de lo sucedido. Camocho al sentir la bala en su cuerpo, se resintió. Puso su mano en el estómago y se dio cuenta de que estaba llena de sangre. Tenía que escapar de ahí. Pero era tarde. Arrubla ya estaba muy cerca de él, sorprendido por verlo ahí, y listo para rematarlo.

—Me gané la lotería sin comprar el billete —dijo el policía con sorna.

Camocho se quedó mirándolo, desafiante. Tenía claro que era su fin. Arrubla volvió a sonreír y justo cuando iba a apretar el gatillo, el Pote se abalanzó sobre él y desvió el disparo. Los dos hombres cayeron al piso, forcejeando entre ellos. De repente, se oyeron un par de disparos. Pote y Arrubla quedaron inmóviles. Arrubla sobre el Pote, tapándole la cara. En ese momento, los hombres del teniente se percataron de lo sucedido.

—Le dieron a mi teniente —gritó uno de ellos.

—¡Larguémonos de aquí! —sugirió otro.

Y sin decir más, salieron huyendo. Camocho, adolorido, y con bastante esfuerzo, se incorporó y se apresuró a llegar hasta donde estaba el Pote. Con cautela y miedo, movió hacia un lado el cuerpo de Arrubla. El cuerpo cayó boca arriba, sin vida. Pote, también ensangrentado, permanecía inmóvil.

—Pote, hermano, ¡hableme! ¡Abrí los ojos! —sacudió Camocho a su hermano, angustiado.

En ese momento, Pote abrió los ojos. Su respiración era agitada.

—¿Estás bien? ¿Dónde te dio? —preguntó Camocho.

El Pote se incorporó. Miró con desprecio a Arrubla, quien yacía en el suelo. Algo adolorido, se levantó la camisa para descubrirse una herida, llena de sangre, pero que no parecía profunda.

—Este marica ni puntería tenía, apenas me rozó —dijo sonriendo. —Hoy no nos tocaba, Camochito.

Camocho, respirando con dificultad, apenas asintió con un gesto. El dolor en el vientre era cada vez más fuerte.



En los jardines de la hacienda, Johan y Byron esperaban a Natalia. Johan admiraba la casa, mientras que Byron miraba hacia la carretera. Al fondo, se alcanzaba a oír el bullicio de la cena.

—Agghhhhh. Mirá la hora —renegó Byron. —Ya no alcancé a cantar. Haber sabido que esa nena se iba a demorar toda la noche buscando a Alma y a Noa, no hubiera venido.

—Relajado, mano, otro día demuestra su talento —dijo Johan mientras contemplaba la casa. —Así como yo, que algún día voy a tener un palacio como este. Va a ver.

Johan se dio cuenta de que Byron permanecía concentrado en la carretera y no le estaba poniendo atención.

—Oiga, le estoy hablando.

—Sí, yo sé. Es que mi tía debe estar toda enfurruscada porque no me aparecí a ayudarla. ¿Me prestás tu celular pa llamarla?

Johan sacó su celular del bolsillo. Pero el aparato estaba apagado.

—Que joda con esta pingada. Se murió. Dizque nuevo y la batería no le dura, ¿será que me vendieron uno de segunda?

En ese momento, Natalia salió corriendo de la casa, angustiada.

—¡No están! Ni Noa, ni Alma, ni mi hermana. Los busqué por toda la casa; en todo lado y no están.

—¡Ústele! —exclamó Johan. —¿Será que se fueron al bazar y nosotros tan toches aquí?

En ese instante, Natalia cayó en cuenta de algo.

—¡No! No están en el bazar.

—¿Y entonces? —preguntó Byron.

—¡Le dije a Sofía que no se fuera para allá! —exclamó angustiada Natalia.

—¿Para allá? ¿Dónde? —preguntó Johan intentando entender a qué se refería la joven.

—Al tercer punto del mapa. ¡A la mina!

Al oír esto, Byron y Johan abrieron grandes los ojos. No esperaban en absoluto, esta respuesta.



En la mina, Noa, sentado en el borde del hueco, respiraba agitado y con el corazón en la mano. A su lado Alma, intentaba calmarlo y Sofía iluminaba el lugar de la caída con su linterna.

—Se los dije, pero como a mí nunca me escuchan —dijo Noa molesto. —¡Vámonos de aquí, pero ya!

Alma y Sofía cruzaron miradas considerando la propuesta del chico. Pero, en ese momento, Sofía iluminó hacia el fondo de la cueva y vio algo que le llamó la atención. Era un brillo, una especie de resplandor.

—¿Y esto qué es? —preguntó y empezó a caminar hacia el brillo.

—¡Pero la salida es para el otro lado! —gritó, confundido, Noa.

Sofía continuó caminando, sin escuchar a su amigo. Alma, también curiosa, la siguió.



En La Ramada, los disparos seguían siendo parte del sonido de fondo, mientras que el Pote ayudaba a su hermano, sirviéndole como muleta, a que se desplazara por el monte. Camocho estaba pálido y sudoroso y caminaba con mucha dificultad. De pronto, se tropezó con una piedra, lo que hizo que se doblara de dolor.

—Ese pepazo no se ve bien, hermano. No entiendo vos qué tenías que hacer acá —le dijo el Pote entre molesto y preocupado.

—No podía dejar que te llevaras a ese pelao —le dijo mientras lo miraba a los ojos.

—No más víctimas. Pote, pará esta joda aquí. Busquemos una salida.

—Mí única salida da derechito a la cana. Acabo de matar a un toambo, ¿o es que no te diste cuenta?

—Pero fue en defensa propia.

—Ajá... y seguro me van a creer. No seas tan güevón —dijo y se quedó pensando por un momento. —¿Vos no estarás pensando que me voy a entregar? ¿O es que me vas a faltonear?

Los dos hermanos se miraron fijamente.

—No quiero que terminés muerto —le dijo Camocho.

—Tarde o temprano todos nos vamos a morir, Camochito.

En ese momento, entre la maleza, oyeron el sonido de unos pasos que se acercaban. Los dos hermanos se pusieron alertas. Cuando estaban a punto de esconderse, apareció Giovanni. Al ver al Pote, se detuvo, asustado. Era lo que menos esperaba encontrar.

—Hacete cargo de mi hermano, que te salvó la vida —le dijo el Pote con cierto desprecio.

El Pote soltó lentamente a Camocho y lo miró por un instante. Luego empezó a alejarse.

—Pote...

Pero el Pote ya se había ido, desapareciendo entre los matorrales.

—¡Maldita sea! ¡Vos sí sos güevón! ¡Esa no es la salida! —gritó Camocho.

Pero no hubo respuesta. Camocho miró hacia el lugar por el que se había ido su hermano, esperanzado de que volviera. Pero, como era de esperarse, eso no sucedió. Camocho, frustrado y desanimado, bajó la cara. Negó con un gesto y respiró profundamente.

—No hay caso —dijo con tristeza. —Vámonos. Larguémonos de aquí.

Camocho y Giovanni empezaron a caminar por el monte. Camocho, terriblemente adolorido, trastabilló.

—¿Está bien? —preguntó Giovanni, sosteniéndolo.

—No es nada. Caminá.

Los dos hombres siguieron caminando por entre los árboles y matorrales. El sonido de las balas cada vez se hacía más tenue. Al contrario del dolor que sentía Camocho en su estómago. Cada vez se veía peor.



En la mina, Sofía ya estaba a escasos centímetros del origen del brillo. Para su sorpresa, lo que brillaba no era más que una cuchara de metal. Junto a la cuchara, había un termo, un pocillo viejo y una especie de estera para acostarse. Como si el lugar fuera o hubiera servido de “cambuche”.

—¿Y esto? ¿Será que hay alguien aquí? —preguntó extrañada Alma.

—No sé —respondió Sofía.

La niña alumbró el “cambuche” con la linterna y descubrió que, escondida bajo unas rocas, había una caja. Pero las rocas no permitían sacarla. En ese momento, Noa las alcanzó.

—Oí un ruido raro —les dijo.

—Ya nos vamos a ir, primero necesito que me ayuden a sacar esa caja— dijo Sofía.

—No, no vayan a empezar otra vez, dejen eso aquí como está y nos vamos —suplicó Noa.

Alma se acercó a la caja, curiosa. Pero al tocarla, una nueva visión vino a ella. Cerró los ojos y los apretó con fuerza. Vio unas manos recibiendo las cédulas, y después a un hombre, en su guarida, guardando las cédulas en la caja y finalmente, al mismo hombre, correr por el bosque, siendo perseguido. Nuevamente su visión terminó con el sonido de la ráfaga de un disparo. Alma volvió a abrir los ojos, asustada. Y por la impresión que le generó lo que vio, la niña tiró fuertemente de la caja y, al hacerlo, entre ella y Sofía lograron sacarla. Las dos niñas cayeron a un costado. Sofía se incorporó, de inmediato, y se dispuso a abrir la caja, pero Noa la detuvo.

—Espere. Ábrala afuera, hay más luz.

En ese momento, se empezó a oír un crujido. Como si la tierra estuviera resoplando. Noa, Alma y Sofía quedaron inmóviles. Estaban aterrados.

—¡Se los dije, esta vaina se va a venir abajo! —exclamó Noa muerto de pánico. Rápidamente, Sofía guardó la linterna en el morral, tomó la caja y salió corriendo detrás de sus amigos.



En la casa de Alma, Abelardo estaba cada vez peor. Sudaba copiosamente y no dejaba de delirar.

—José... José... no puedo más...

La abuela le puso compresas de agua fría en la frente y empezó a rezar, entre dientes. Fabiola estaba muy angustiada. Ruby, al darse cuenta del estado de su amiga, le sirvió un agua aromática.

—Te traje esta agüita para que te calmes —le dijo.

—Gracias —respondió Fabiola y luego se dirigió a la abuela. —Doña Myriam, hágame caso. Lo mejor es llevarlo al puesto de salud, lo tiene que ver un médico.

Ruby asintió dándole la razón a Fabiola. Pero la abuela negó.

—Esto no es de médicos. Mijo no tiene un mal físico, es un mal del alma. Poderoso y profundo —dijo con dolor. —Se nos puede ir.

—José, no pude. Giovanni —seguía delirando Abelardo.

—No ha dejado de mencionar a José y a Giovanni, de golpe el sargento puede darnos respuestas —sugirió la Abuela. —Llámelo, hija. Dígale que es urgente.

Ruby y Fabiola cruzaron miradas dudosas. Ambas sabían que José estaba en el operativo. Sin embargo, Fabiola asintió y se paró. Le hizo una seña a Ruby para que la acompañara y ambas se fueron hacia la sala.



En La Ramada, la confrontación entre los hombres del Pote y los de José había, finalmente, terminado. José y Ortiz estaban parados frente al cuerpo de Arrubla. El sargento se veía mortificado, molesto.

—Sigo sin entender qué hacia mi teniente aquí, mi sargento —comentó Ortiz. —Creí que usted no se había podido comunicar con él.

—No lo hice. Pero el hombre estaba untado, Ortiz. Él sabía lo que iba a pasar aquí. Y por eso vino y de civil, para dejar pasar estos jijuepuercas camiones —dijo José con mucho malestar. —¿Alcanzó a ver con quién estaba ese desgraciado?

—Con dos de sus agentes, mi sargento. Mejía y Sandoval.

—Hay que encontrarlos, tienen muchas explicaciones que dar. Qué vergüenza que se manche el uniforme de esta manera —dijo José con dolor.

En ese momento, otro de los hombres de José se acercó a dar reporte.

—Mi sargento. Los cuerpos ya están todos identificados. Y ninguno concuerda con la descripción del muchacho que nos dio.

José, al oír eso, descansó.

—¿Camocho? —preguntó.

—Negativo, mi sargento.

En ese momento, el teléfono de José empezó a repicar. El sargento lo sacó de su bolsillo y al ver que era Fabiola, se alejó un poco para hablar.

—¿A ver?

En la sala, Fabiola sostenía el celular, mientras que Ruby, lo más pegada a ella, intentaba oír la conversación.

—José, qué pena llamarlo en este momento, que yo sé que está ocupado —le dijo Fabiola, preocupada.

—No se preocupe que aquí las cosas ya se calmaron. Por eso, pude contestar —respondió José.

Al oír esto, Ruby se acercó aún más al teléfono para hablar.

—¿Y Camocho? ¿Y Giovanni? —preguntó afanada.

—No están entre las bajas. Y esas pueden ser buenas noticias —aseguró José.

Al oír esto, Ruby y Fabiola descansaron. Las dos mujeres se agarraron fuerte de la mano en señal de apoyo. En ese instante, la Abuela pasó con una ponchera en la mano. Al ver a las amigas al teléfono, se detuvo, atenta, ella también, a la conversación.

—Dios lo oiga, José, dios lo oiga —dijo Fabiola. —Porque por aquí no han aparecido y tampoco contestan el teléfono.

—Démosles tiempo —sugirió José. —Si en una hora no tenemos noticias de ellos, armo un operativo de búsqueda.

—Gracias. Y José, hay algo más —agregó Fabiola. —Abelardo está muy mal. Cuando supo lo de Giovanni, se puso como un loco, lleno de angustia y de un momento a otro se fue de bruces contra el piso. Y ahora está delirando, ardiendo en fiebre, diciendo un montón de jodas que no se entienden, y no deja de llamarlo a usted y a Giovanni.

—Algo lo atormenta y se lo está llevando —dijo la Abuela con un fuerte tono de voz.

—¿Qué dijo? —preguntó José al oír a lo lejos, la voz de la anciana.

—Doña Myriam —le explicó Fabiola. —Ella insiste en que Abelardo tiene algo muy profundo. Una oscuridad en el alma que no lo deja en paz.

Al oír esto, José se alarmó. Sabía exactamente qué querían decir las palabras de la Abuela.

—No me demoro, Fabiola. Ya voy para allá.

José colgó el teléfono y llamó a su subalterno. Necesitaba atender algo urgente. Ortiz no entendía a qué se refería. No podía irse en ese momento.

—Yo sé, pero, pa dios que no da espera. Si de verdad no fuera tan importante, jamás lo dejaría solo en esto —dijo el Sargento.

Ortiz entendió que realmente algo muy grave estaba sucediendo para que su jefe tuviera que marcharse.

—Yo sé, mi sargento. Cuente conmigo pa las que sean —dijo solidario.

—Gracias. Confío en usted, Ortiz. Queda al mando. Espere a la fiscalía y me va avisando.

Ortiz hizo el saludo militar. José, de inmediato, corrió hacia su camioneta. Se veía terriblemente angustiado.



Mientras tanto, Natalia, Johan y Byron ya se habían adentrado a la mina. Los tres chicos la contemplaban, consternados.

—Uy, ¡jijuepuerca. Esta joda es muy grande —dijo Johan. —¿Dónde estarán?

—Esto es increíble, no los vamos a encontrar nunca —dijo Natalia, llena de angustia.

—¡Almaaaaaa! ¡Noaaaaa! ¡Sofíaaaaa! —gritó Byron. —¿Dónde están?

El grito de Byron retumbó en un enorme eco por toda la mina, llegando hasta el lugar en donde estaban Sofía, Alma y Noa. Al oírlo, y sin caer en cuenta, Alma le respondió con otro grito.

—¡Aquíiiiiiiii!

El “aquí” de Alma también se escuchó en un eco. Pero segundos después, el sonido se mezcló con un nuevo rugido interno de la mina; esta vez mucho más fuerte. Los tres amigos se detuvieron en seco. Noa palideció. Alma y Sofía intercambiaron miradas de pánico. De repente, las paredes empezaron a estremecerse y se produjo un desprendimiento de tierra.

—¡Vamos a morir enterrados! —exclamó Noa, aterrado.

—¡Corran! —gritó Sofía.

Alma, Sofía y Noa corrieron hacia la salida. De repente, un nuevo movimiento sacudió a los chicos. Sofía, para no caer al piso, se apoyó en una pared, y al hacerlo, el muro cedió y Sofía cayó hacia el costado, por un hueco lateral.

—¡Ayyyyyy!

Alma y Noa intentaron alcanzarla, sin éxito.

—¡Sofiiiiiiiiii! —gritó Alma.

—¡Noooooooooo! —exclamó Noa.

La niña había caído y los amigos, llenos de impotencia y de angustia, no sabían qué hacer.



Mientras tanto, en la casa de Alma, La Abuela permanecía sentada al lado de su hijo. Mojó un trapo en una ponchera con agua y se lo puso en la frente para tratar de aliviar la fiebre.

—Mijo, ¿qué le pasa? ¿Qué lo atormenta? —le preguntó con dulzura.

—Giovanny... —balbuceó.

Abelardo se movía intranquilo. Estaba teniendo un sueño, que muy pronto, se

convertiría en pesadilla.

Abelardo -un poco más joven- dejaba pasar a un camión. Era un camión del ejército. Ever se bajó del vehículo y se acercó a Abelardo, quien lo veía mucho más grande y alto de lo que realmente era. Ever lo saludó con un movimiento de cabeza. Varios muchachos en fila india se bajaron del camión y entraron al gallinero. Abelardo serio, sufría. Quería decir algo, pero las palabras no salían de su boca. No podía hablar. Segundos después se oyeron disparos, ráfagas continuas. Luego, silencio sepulcral.

Abelardo, dormido, se retorció con más fuerza. Sudaba a borbotones, intentando pelear con su pesadilla que continuaba atormentándolo.

En el sueño, los jóvenes estaban tirados bocabajo en el piso. Muertos. Estaban vestidos como guerrilleros. Abelardo, empezó a acercarse. Volteó uno de los cuerpos, y aterrorizado descubrió que era Giovanni. Abelardo negaba con un gesto, lloraba, gritaba angustiado. Desesperado, volteó otro de los cuerpos. Giovanni, nuevamente. Primero lentamente y luego muy rápido, todos los cuerpos volteados, muertos, eran Giovanni. Abelardo parecía enloquecer. Y en medio del caos, se empezó a oír una risa estruendosa, macabra. Abelardo miró a su alrededor, buscando de dónde procedía la risa, hasta que, finalmente, descubrió la cabeza de Ever sobre él, riendo, y haciéndose cada vez más y más grande. De repente, se oyó un disparo. La risa cesó, y la cabeza ahora tenía un orificio por el que empezó a escurrir sangre.

Y mientras Abelardo seguía soñando y delirando, José acababa de llegar y era recibido por Fabiola y por Ruby.

—Muchas gracias por venir —dijo Fabiola. —Abelardo está...

En ese momento, se oyó un grito aterrador proveniente del cuarto. José y Fabiola, alarmados, salieron a correr hacia la habitación. Ruby, impresionada y asustada, no se movió. Estaba terriblemente consternada.

En la habitación, Abelardo gritaba aterrado, mientras que la Abuela intentaba calmarlo.

—¿Qué pasó? —preguntó Fabiola, consternada.

La abuela negó indicando que estaba muy mal. José, al ver la situación, se acercó a su amigo.

—Abelardo, mano. ¡Tranquilo! —le dijo, mientras le tomaba el brazo. —Abelardo, cálmese. Ya estoy aquí. No se angustie.

Al oír a José, Abelardo empezó a controlar la respiración. Al parecer, la voz del policía le estaba ayudando.

—Siga hablándole —le dijo la Abuela a José. —Su voz calma el caos.

—Mano. Respire. Despacio —continuó José.

Abelardo empezó a respirar más lentamente. De repente, abrió los ojos.

—¿Me oye? —le preguntó el policía.

Abelardo, sin quitarle la mirada a José, asintió. Fabiola, conmovida, se acercó y lo abrazó. Pero Abelardo, no respondió al abrazo. Seguía mirando fijamente a su

amigo. Temblaba. Y súbitamente, empezó a hablar.

—Ya no aguento más —dijo con un hilo de voz. —Tengo que contar, así me echen a la cárcel por asesino.

Fabiola y la Abuela lo miraron asombradas.

—¡Entonces sí lo mató! —exclamó Fabiola cayendo en cuenta y uniendo cabos con lo del costal.

—¿De quién están hablando? —preguntó la Abuela, aterrada.

—No puedo seguir callado —le dijo Abelardo a José.

—Abelardo —dijo Fabiola. —José, ¿qué hicieron?

José se acercó a su amigo y le tomó una mano.

—Sí, mano. Tiene razón. Es el momento de contar todo.

—Es del muerto que estaba tratando de enterrar, ¿cierto? —preguntó Fabiola, aterrada. —¿Ustedes saben lo que pasó?

José y Abelardo intercambiaron una mirada. Segundos después, Abelardo asintió lentamente. Al parecer, estaban decididos a contar la verdad.



En la entrada de la mina, Natalia, Byron y Johan, angustiados, intentaban quitar piedras del derrumbe. Pero era una tarea titánica para ellos solos.

—¡Sofíaaaaa! —llamaba Natalia a su hermana, llorando. —No puede ser... ¿Ahora qué hacemos?

—¡Respondan! —gritó Johan al corredor. —¡No sean toches y digan algo!

Pero no hubo respuesta. Johan, preocupado, inculpó a Byron.

—Todo esto es por su culpa, mano.

—¿Y por qué? ¡Yo no hice nada! —se defendió el jovencito.

—La montaña se despertó! Es al único que se le ocurre gritar en una mina.

Ante la discusión, Natalia impuso orden.

—¡Dejen de pelear y ayuden más bien!

—Nos vamos a demorar un resto quitando todas esas piedras —afirmó Byron.

—Toca pedir ayuda —sugirió Johan.

Natalia, sin pensarlo, sacó su celular de su bolsillo y se lo entregó al santandereano.

—Llame a su papá.



Mientras tanto, en el bazar -que ya prácticamente había llegado a su fin- Perla, en una esquina en donde no había nadie, hablaba por celular con Ruby, quien le estaba contando todo lo sucedido.

—Ve, Ruby... ¿pero Abelardo está bien? —preguntó, un tanto sorprendida por la avalancha de noticias.

En la sala de la casa de Alma, Ruby miró hacia el cuarto.

—Eso creo, estaba delirando y gritando, pero ahora no oigo nada. Yo creo que se calmó.

En el bazar, Raúl y sus amigos observaban a Perla a cierta distancia. Ella, concentrada en el teléfono, no se dio cuenta.

—¿Y la profe? —preguntó.

—Ella sí que se salvó de milagro —le contó Ruby. —Es que esa gente no tiene límites.

—No digás. Me dejaste con la piel de gallina con lo que me contaste.

—Por favor, cuidate, no me gusta que andés sola por allá. Y menos después de ese mensaje que te dejaron —le advirtió Ruby.

—No te preocupés, Ruby, que no estoy sola. Por acá todavía están Josefina, Bertha y las demás, y no creo que se atrevan a hacerme nada en un sitio público.

—Ay, Perla, te lo acabo de decir. Esa gente no tiene límites.

—Voy a estar bien, amiga —dijo desestimando. —Yo termino de organizar aquí y me voy pa la casa, ¿oís? Por si necesitás algo. Igual avisame apenas sepás algo de tu marido y del pelao, ¿bueno?

Perla colgó. A pesar de lo que le había dicho a Ruby, se veía nerviosa. Y, como si fuera un sentimiento premonitorio, al girarse para volver a su stand, se topó de frente con Raúl y los otros dos muchachos, quienes, adrede, le impedían el paso. Aterrada, Perla intentó esquivarlos e irse, pero Raúl la tomó con fuerza del brazo.

—¿Por qué tan arisca? —le dijo.

—¿Qué querés? —preguntó Perla, angustiada.

—Darte un mensajito.

—Decime a ver —dijo la mujer, intentando mantenerse firme.

—¿Decirte? No, mi amor. Si ya se te dijo y vos sos como dura de las entendederas —dijo Raúl con un tono muy intimidante.

—¿De qué hablás?

—Se te avisó. Pero no se te dio la gana oír. Así que pailas.

En ese instante, Raúl cambió el tono y empezó a acercársele, lentamente.

—Aquí no nos gustan los sapos, y vos te la pasás hablando mierda por tu emisori-ta, y como no quisiste hacer caso, ahora nos va a tocar callarte a las malas.

Raúl miró a Perla con cierta lascivia y luego le acarició la cara. Ella temblaba de pánico.

—Lástima esa carita —dijo el muchacho.

Y sin decir más, cerró su puño y le dio un fuerte golpe en la cara, haciéndola caer al piso. Los otros dos muchachos estaban listos para continuar con lo que inició su jefe, mientras éste la miraba con total desprecio.



Desde la sala, Ruby, nerviosa, seguía pendiente de lo que sucedía en la habita-

ción. Miraba hacia adentro esperando a que alguien saliera, pero, nada. Sólo se oían susurros y lloriqueos. Ruby, con duda, finalmente se decidió a ir a ver qué estaba pasando. Dio un par de pasos hacia el cuarto, pero justo en ese momento, se oyó un ruido proveniente del exterior. La mujer, con cierto temor, se dirigió hacia la puerta y la abrió. En ese instante, descubrió, con angustia, que Camocho, mal herido, venía apoyado en Giovanni.

—¡Ay, Dios mío! ¡Andrei! —gritó la mujer y se apresuró a ayudar a Giovanni.

—No sabía a dónde más llevarlo —dijo el muchacho, asustado.

Ruby abrazó a su marido, y entre ella y Giovanni, lo ayudaron a entrar a la casa.

—¡Fabiola! ¡José! —gritó aterrada Ruby, mientras recostaba a Camocho en el sofá.

—¿Qué te pasó?

—Un pepazo —respondió Camocho y habló, desestimando, para tranquilizar a su mujer. —Pero nada grave.

Mientras Ruby, acomodaba a su marido, miró a Giovanni.

—Gracias a dios que estás aquí, Giovanni —sonrió levemente y se dispuso a revisar a su marido. —Mostrá a ver.

Camocho descubrió la herida. Ruby y Giovanni se impresionaron al ver que estaba bañado en sangre.

—Esto no se ve bien, Andrei —dijo y después gritó hacia adentro. —¡Doña Myriam!

—No es nada, mujer. Peores he tenido y vea... Aquí estoy.

—Lo hirieron por mi culpa —dijo, apesadumbrado, Giovanni. — Soy un estúpido, no sé por qué se me metió esa idea de irme.

—No fue por su culpa —aseguró Camocho. —Yo me devolví a buscar a mi hermano. Y no se dé tan duro que errores cometemos todos. Dígamelo a mí.

—¡Fui un imbécil! —gritó el muchacho. —En el fondo yo sabía que había algo raro.

En ese momento, Fabiola, al ver a Giovanni, corrió a abrazarlo. Camocho, mientras tanto, le apretó la mano a su mujer.

—¿Dónde está el Pote? —preguntó Ruby.

—Me salvó y se largó.

—¿Pote te salvó? —preguntó impresionada.

—De un tombo corrupto que me quería rematar —asintió Camocho. —Y lo quebró. Y después, se voló. Y la verdad no creo que lo volvamos a ver por aquí. Ese man no va a cambiar, y lo que más me duele es pensar que también es por culpa mía.

—No digás eso, Andrei. El Pote pudo tomar otras decisiones como hiciste vos, y no quiso.

Camocho asintió con tristeza y volteó a mirar a Fabiola quien se aseguraba de que Giovanni estuviera bien.

—Mí niño, mi niño lindo. ¿Está bien?

—¿Su niño? —preguntó Giovanni, confundido.

—¡Usted siempre ha sido mi hijo, Giovanni! Y va a ser mi niño hasta que tenga 80 años.

—Nunca me dijo así.

—Porque creí que no le iba a gustar, pero siempre lo he querido como si fuera mío. Desde que conocí a su papá. Usted se ganó mi corazón muy rápido, Giovanni. Giovanni se quedó mirándola sin entender.

—Y cuando nació Alma, hice hasta lo imposible para que usted no fuera a sentirse mal. Para que no sintiera que habría preferencias. Pero también tenía que educarlo. De pronto fui muy fuerte. Pero no por mal y jamás, óigame bien, jamás quise que se me fuera de la casa.

—Yo pensé que usted no me quería aquí.

—Pues pensó mal —le dijo y le tomó la cara para darle un sentido beso. —Yo sólo quería que trabajara, que no se fuera a convertir en un vago. Pero nunca quise que se fuera.

—Perdóneme Fabiola —dijo le muchacho, lleno de emoción.

Giovanni le dio un fuerte abrazo y se aferró con fuerza a su madre.

—¡Giovanni, mijo! —gritó la Abuela, quien venía de adentro.

Fabiola soltó a Giovanni, quien, de inmediato, corrió a abrazar a su abuela. Luego se separó y miró a Camocho.

—Por favor, ayúdelo.

—¡Está perdiendo mucha sangre! —exclamó Ruby angustiada.

Camocho estaba pálido y se veía realmente muy mal. La abuela se acercó y empezó a revisarlo. Luego miró a Ruby.

—No sé si pueda. Es una herida muy profunda.

Camocho le tomó la mano a Ruby y la miró fijamente.

—Estoy bien.

Y al decir esto, perdió el conocimiento.



En la mina, Noa y Alma intentaban ver por el hueco por donde cayó Sofía. Pero era inútil. Sólo se veía una profunda oscuridad.

—¡Sofía! ¡Diga algo! ¡Por favor! —gritó Alma.

Alma y Noa, terriblemente angustiados, se abrazaron presintiendo lo peor. Alma empezó a llorar, sintiéndose responsable por lo que había pasado. Pero, de repente, una voz le devolvió el alma al cuerpo.

—¡Estoy bien! —gritó Sofía, desde el fondo del hueco. —Pero no veo nada. Está muy oscuro y no sé qué se hizo mi morral.

Al oírla, los dos niños cerraron los ojos aliviados y, de inmediato, se dispusieron a ayudarla desde la superficie.

—Debe estar cerca a usted —le dijo Noa. —Búsquelo.

Sofía, envuelta en una absoluta oscuridad, tanteó el piso buscando el morral. Al hacerlo, su brazo se resintió.

—Me duele el brazo —anunció.

—Eso debe ser por la caída —dijo Alma. —¿Encontró el morral?

Sofía continuó buscando a tientas. De repente, tocó algo.

—¿Qué es esto? —se preguntó.

Sofía levantó lo que parecía ser un hueso y lo miró, extrañada. Siguió buscando. Finalmente, encontró el morral.

—¡Lo encontré! —le avisó con júbilo a sus amigos.

Noa y Alma descansaron. Con la linterna, todo iba a ser más sencillo. En el interior del hueco, Sofía, con mucho dolor en el brazo, sacó del morral una linterna. Al prenderla, lo primero que vio fue una calavera. La niña ahogó un grito de terror.

—¡Dioooooo!

Al oír el grito de Sofía, Alma se estremeció y cerró los ojos. De nuevo, una visión. Esta vez, eran personas llorando. Rostros de mujeres lamentándose, que terminaban en una calavera rodeada de millones de huesos. Y como siempre, la visión terminaba con la ráfaga de un disparo. Alma abrió los ojos. Estaba muy asustada. Noa, estaba tan concentrado en Sofía, que no se dio cuenta del estado de su amiga.

—Sofía... ¿qué ve? —le gritó el muchacho.

Sofía estaba paralizada, asustada. A su alrededor, sólo había huesos. Estaba en una especie de cementerio, en una fosa común.

—Huesos —dijo con un hilo de voz.

—Puros huesos —complementó Alma.

Noa miró atemorizado a su amiga, sin entender por qué decía eso. Alma sólo cerró los ojos, y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.



En un barrio popular de Bogotá, Ever y un militar (el que conduce el camión), vestido de civil, recorren las calles desde un carro de muy bajo perfil. Transitan lentamente, mirando a diestra y siniestra, como cazadores. En una esquina ven a Charly, el habitante de calle, quien, a cambio de unas cuantas maromas, pide monedas a los conductores de carros. Pero nadie le da. Charly se enoja.

—¡Partida de pirobos!

El carro pasa por el lado de Charly y Ever baja la ventanilla, saca la mano y le entrega unas monedas. Charly las guarda en uno de sus desvencijados bolsillos. Por unos cuantos segundos, Ever se queda mirándolo por el espejo de la puerta y el carro sigue de largo.



A escasas cuadradas del lugar, Wilson va por la calle hacia el parque con su abuela, una mujer de avanzada edad que camina con dificultad y se ayuda de un bastón. Wilson la ayuda a sentarse en una de las bancas del parque y le pasa un chal por los hombros.

—Espéreme aquí abuelita, que voy a ver si don Humberto nos fía lo del almuerzo.

Wilson le da un beso y se levanta. Desde una esquina, Ever toma una foto del joven con su celular. Atrás en el carro, parqueado, el militar observa.



En otro parque del barrio, un poco más descuidado y solitario, Michael está sentado en un columpio viejo. Está solo y escucha música en un dispositivo con audífonos. Disimuladamente, y asegurándose de que nadie lo vea, del bolsillo de su pantalón saca un cigarrillo de marihuana y un encendedor.

Ever, desde el carro, le toma una foto con su celular. En la galería en su teléfono, hay varias fotos de hombres jóvenes. Entre ellos están Charly y Wilson, y por lo menos cinco jóvenes más.

—Con otros cinco que encontremos, estamos.

El militar asiente. Ever vuelve a mirar a Michael y sonríe.



Momentos después, en una callecita cualquiera, David camina rápido y mirando el piso. Sus pasos son cortos pero eficaces. En su mano, lleva una bolsa de mercado. De repente, se choca con Ever y su bolsa cae al piso.

—¿Se embobó o qué!? Cuidado y se fija.

David levanta la mirada. Está angustiado. Se toma la cabeza con las manos y no sabe qué hacer.

—¡El pedido! ¡Es el pedido de doña Beatrrriz!

Ever se queda mirando con atención a David. El jovencito se agacha, con desespero, a meter todo de nuevo a la bolsa.

—El pedido, de doña Beatrrriz —murmulla.

Ever entiende que el muchacho tiene una discapacidad. Lo analiza y, en seguida, busca con la mirada al militar. El hombre está caminando para la acera de enfrente, hacia un grupo de jóvenes. Ever le hace señas indicándole que siga a David. El militar asiente. David sigue su camino con su bolsa y el militar va tras él.





CAPÍTULO 7

- REPARACIÓN -

—¿Cómo así que huesos!?! ¿De qué estás hablando!?! —preguntó angustiado Noa. Alma miró a Noa sin poder contener las lágrimas. No le salían las palabras.

En la fosa, Sofía estaba terriblemente nerviosa. No podía creer que estaba en medio de un cementerio y hacia donde mirara sólo había huesos y más huesos. Decidió levantarse apoyándose en sus manos, pero el dolor de su brazo se lo impidió.

—¡Ayyyyyyy!

Al escucharla, Noa y Alma se angustiaron.

—¿Qué pasó? —preguntó preocupado Noa.

Sofía sentía muchísimo dolor. Trató de mover el brazo, pero no pudo.

—Me duele mucho el brazo —respondió, quejándose. —Yo creo que me lo jodí.

Alma le sugirió que lo dejara quieto. Pero no podía hacerlo. Había perdido la caja -la que habían encontrado momentos antes- y tenía que encontrarla.

—¡Quédese quieta! Seguro los demás ya fueron por ayuda —dijo Noa.

Pero un nuevo grito de dolor de Sofía aumentó la angustia de Noa y de Alma. Noa, desesperado, corrió hasta el cumulo de piedras e intentó quitarlas, pero eran demasiadas.

—¡Ayudaaaaa! —gritó exasperado.

—¡No grites! —lo reprendió Alma. —¿Qué tal que con tanto grito estas piedras se desprendan?

Noa sabía que Alma podía tener razón. Miró con impotencia el cúmulo de piedras y permaneció en silencio.



Mientras tanto, en la casa de Alma, la abuela estaba frente a Camocho, quien, si bien había vuelto en sí, seguía muy débil. Era menester llevarlo a que lo viera un médico.

—¿Segura no puede hacer nada, doña Myriam? —preguntó Ruby, supremamente angustiada.

La abuela negó. Ella no podía hacer mayor cosa. Pero Ruby no quería llevarlo a un centro de salud. Le daba miedo exponerlo y como ya no se sabía en quién se podía confiar en ese pueblo, le daba temor de que lo reconocieran y le avisaran a don Roberto. Pero la abuela, fue enfática. Tenía que arriesgarse, porque Camocho necesitaba cirugía.

—Yo lo llevo —se oyó la voz de Abelardo que venía del interior.

Ruby, Giovanni y la Abuela se voltearon y descubrieron a Abelardo -quien todavía se veía muy pálido y sudoroso, y caminaba con algo de dificultad-, acompañado por José.

—¿Cómo se le ocurre? Usted todavía está muy débil —dijo Fabiola.

Pero Abelardo se la debía a Camocho. Al fin y al cabo, era él quien había salvado a su hijo. Giovanni miró a su padre con vergüenza.

—Tranquilo mijo, ya Fabiola me contó lo que pasó, y todos cometemos errores —lo tranquilizó Abelardo. —Usted al menos supo parar a tiempo.

Abelardo se acercó a su hijo y le dio un fuerte abrazo. Luego tomó unas llaves y se las entregó.

—Vaya por la camioneta.

Giovanni asintió y salió corriendo.

—Pero mijo... —replicó Fabiola.

—No se preocupe Fabiola —la interrumpió José, —que yo los acompaño.

Ruby agradeció con un gesto. En ese momento, se oyó el sonido del celular de José. El policía lo sacó de su bolsillo y al ver que era un número desconocido, se aprestó a contestar.

Johan, desde el exterior de la mina, hablaba por el celular de Natalia. Tenía las manos y la ropa muy sucias, y estaba sudoroso y cansado.

—Qué pena joderlo, pá, pero es que no sabíamos a quién más llamar y es mucho lo urgente —dijo angustiada.

—¿Por qué? ¿Ahora qué más pasó? —pregunto José.

José se alejó unos cuantos pasos para hablar con su hijo, mientras que Abelardo, exhausto, intentó recuperar aire sosteniéndose de una pared.

—Es que estamos en la mina y...

—¿¡En dónde?! —lo cortó el sargento, alterado, pero en voz baja.

—En la mina de la hacienda.

José, aterrado, se dio media vuelta, asegurándose de que los demás no lo oyeran.

—¿Cuál es la joda, Johan? —le preguntó en voz baja. —¿¡Ustedes es que no pueden dejar de meterse en problemas, o qué!?! ¿Qué carajos están haciendo allá?! ¡Le dije que no se fuera para ningún lado!

—No, papá, usted me dijo que me cuidara, que yo era un campeón y que tenía que cuidar a los demás —le dijo, recordándole sus propias palabras. —Y eso es lo que estoy haciendo.

José no dijo nada. Sabía que lo que Johan decía era cierto.

—Pero hubo un derrumbe y Alma, Noa y Sofía quedaron atrapados adentro —continuó el joven.

—¿Quééééé? —exclamó aterrado, José, sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Necesitamos ayuda para sacarlos. Natalia, Byron y yo estamos mamados de quitar tanta piedra, además, nos da miedo que esta joda se venga abajo.

En ese momento, Giovanni volvió de regreso anunciando que ya había traído la camioneta.

—Hay que llevarlo al carro... José, una manita, que yo no tengo fuerzas —le pidió Abelardo a su amigo.

José asintió, mientras terminaba la llamada.

—Ya voy para allá —le dijo a su hijo y colgó.

José se acercó a Camocho y entre él y Giovanni, lo cargaron para llevarlo al carro. Ruby y Fabiola, muy atentas, salieron detrás. Y, por último, y a paso más lento, la Abuela y Abelardo.



En la escuela, el bazar se había acabado. Los asistentes se habían ido y las mujeres estaban organizando todo para cerrar. Bertha cargaba unas cajas pequeñas con maticas, mientras buscaba a Perla. Pero al llegar al stand que la mujer atendía, se sorprendió al no encontrarla.

—¡Perla! —llamó Bertha.

Pero no hubo respuesta. Bertha volteó a mirar y a unos cuantos puestos, un poco más lejos, estaba Flor terminando de guardar.

—Flor, ¿por allá no está Perla? —preguntó levantando la voz. —No la veo por acá. Flor miró por todos lados y negó.

—¿Esta mujer dónde se metió pues, que nos va a coger la noche? —se preguntó Bertha y volvió a llamar. —¡Perla!

En ese instante, se oyó un quejido, muy suave, casi imperceptible.

—¿Perla? —preguntó Bertha atenta.

El quejido se oyó un poco más fuerte. Bertha, extrañada caminó hacia el lugar de donde provenía el sonido. Para su sorpresa y horror, encontró a Perla en el piso, golpeada y malherida. Al verla, impresionada, soltó la caja y se apresuró a socorrer a su amiga.

—¡Perla! ¡Por Dios! —exclamó y se agachó a ayudarla.

Al verla tan mal, se alteró aún más.

—Diosito lindo, ¿qué le hicieron? —levantó la cabeza y empezó a gritar. —¡Flor! ¡Josefina! ¡Vengan rápido!

¡Necesito ayuda!

Segundos después, las demás mujeres, ante el angustioso llamado de Bertha, llegaron corriendo. Al ver a Perla malherida, quedaron inmóviles, aterradas, ofuscadas.

—Dios mío santísimo —exclamó Flor.

—¡Mirá cómo la volvieron! —dijo aterrada Josefina.

—Ayúdenme a levantarla. Flor, andate corriendo a mi casa, y decíle a mi hijo Iván que se venga con el pichirilo pa llevarla al hospital —dijo Bertha.

Flor asintió y, sin pensarlo dos veces, salió corriendo. Bertha y las demás ayudaron a incorporar a Perla.

—Lola —dijo Perla con un hilo de voz.

—Shhhh... no te agités, ya te vamos a llevar al médico —le pidió Bertha.

—Lola... mi niña... —volvió a decir Perla.

—Tranquila Perlita, tu hijita va a estar bien —le aseguró Bertha, entendiendo a qué se refería su amiga. —Ya llamo a misiá Lola y le aviso. Vos tratá de no hablar.



Ruby terminó de acomodar a Camocho en la parte trasera de la camioneta. Fabiola y Giovanni le ayudaban desde la otra puerta. En ese momento, José se acercó a Abelardo, y le dijo, en voz baja, lo que estaba sucediendo. Alma, Noa y Sofía estaban atrapados en la mina.

—¿Cómo así? ¿En cuál mina? —preguntó preocupado Abelardo y casi sin aliento.

—En la mina de la hacienda.

—¿Qué? ¡Ay, dios mío! ¡No puede ser! —exclamó, aterrado. —¿Y están bien?

—Eso parece. Johan llamó a avisar. Pero necesito que me ayude a sacarlos. Mis muchachos están en el levantamiento del operativo y no puedo llamarlos para eso. Abelardo asintió. Con esfuerzo se alejó de la camioneta y se acercó a Giovanni.

—Necesito que usted lleve a Camocho, mijo —le dijo.

—¿Por qué? ¿Pasó algo? —preguntó preocupado, el muchacho.

—Sí. Pero después le cuento bien, por ahora queda al mando.

—Pero...

—¡Que se vayan, Giovanni! —gritó desde atrás, José, interrumpiéndolo.

Giovanni, entendiendo que era mejor no preguntar nada más, se subió al puesto del conductor. Fabiola, extrañada, no entendía el porqué del cambio de planes. Acaso, ¿pasó algo? Abelardo la miró por un instante, pero no le dijo nada. No quería preocuparla más de lo que ya estaba.

—Todo va a estar bien, hija. Confíe en mí —le aseguró.

—Usted no está bien. Debería venir con nosotros para que lo revise un médico —le dijo Fabiola.

—Yo estoy bien, no se preocupe. Más bien, váyanse y no pierdan más tiempo.

Ruby, ya en el carro, apuró a su amiga. Tenían que irse. Fabiola asintió y se subió

en el puesto de copiloto. Giovanni prendió el carro y arrancó. José y Abelardo lo vieron alejarse, con mucha preocupación. Ahora tenían que enfrentarse a otro gran problema.

—Hay que avisarle a don Roberto que su hija está allá —le dijo Abelardo a José.

—Prepárese, mano. Porque no le va a gustar ni tantico.

—En este momento de mi vida, lo que menos me importa es lo que diga o deje de decir Roberto Mahecha. Primero mi familia y nadie más. Voy a avisarle. Nos vemos en la salida a la mina en media hora.

José asintió y Abelardo, tratando de apurar el paso, se fue hacia la casa principal.



Alma y Noa, frente al hueco, llamaban con angustia a su amiga.

—¡Sofía! ¡Sofía! —gritó Noa.

No hubo respuesta.

—¿Por qué no responde? ¿Será que le pasó algo? —preguntó, con angustia, Noa.

—Sofí, ¿cómo sigue? —gritó Alma. —¡Háblenos!

Sofía estaba pálida. Sentía mucho dolor. No obstante, se había logrado mover del lugar en donde estaba. Con su brazo iluminaba la fosa, esperando encontrar la caja. Pero lo único que veía eran huesos.

—Me duele mucho el brazo —se quejó la niña

Sofía se sostuvo de una pared, cerró los ojos y trató de controlar la respiración. Se dejó caer lentamente hasta quedar sentada. Al hacerlo, se topó con la caja. Con su brazo bueno la iluminó.

—Encontré la caja —dijo con un tono tenue.

Alma y Noa cruzaron una mirada y dijeron al unísono.

—¡Ábrala! —dijo Alma.

—¡Déjela quieta! —gritó Noa.

A pesar de la advertencia de Noa, a Sofía le ganó la curiosidad. Puso la linterna en el piso, de manera estratégica, para que pudiera alumbrar el interior de la caja y con la mano buena la abrió. En el interior, encontró cintas de vídeo. Sofía, extrañada y asustada, volvió a cerrarla sin ahondar más.



Marcos vigilaba los alrededores de la hacienda cuando, de repente, vio acercarse a Abelardo. El hombre venía sudoroso, agitado. Marcos le frenó el paso.

—¡Abelardo! ¿Qué hace? —le preguntó el capataz.

—Necesito a don Roberto —respondió Abelardo.

—El patrón está muy ocupado.

—Es urgente.

—La orden es que no deje pasar a nadie.

A Abelardo poco y nada le importaban las palabras del capataz. Intentó esquivar al hombre para seguir, pero Marcos se lo impidió.

—Cuénteme y yo le informo.

Pero Abelardo tomó fuerzas y lo quitó del camino.

—Después se entera, quite a ver.

Abelardo siguió de largo y entró a la casa. Marcos, desconcertado, fue tras él.

En el interior de la casa, Francisco estaba dando un pequeño discurso. Con un vaso de whiskey en una de sus manos, manejaba a la audiencia con mucha seguridad. Los demás invitados lo miraban y oían con atención.

—Hace más de 10 años que conozco a este fabuloso hombre —dijo señalando a Roberto. —Y doy fe de su profesionalismo, compromiso y lealtad al partido, a nosotros y, sobre todo, a nuestros intereses. Y por eso, me atrevo a decir que nadie mejor que él para ser nuestro candidato.

—De acuerdo, doctor Victoria —complementó el coronel. —Además de empresario exitoso, es un ciudadano que da ejemplo para el país, como hombre y como padre.

Todos aplaudieron.

—Dio en el clavo, mi coronel —continuó Francisco. —¡Una imagen chirriada para una candidatura perfecta! Roberto Mahecha con sus dos lindas hijas. ¿Qué más confianza que un padre amoroso y dedicado?

Francisco rio con su particular risita hipócrita. Los demás asintieron convencidos. Roberto, en cambio, no parecía estar tan contento y seguro como los demás. Miraba pensativo hacia afuera.

—¿Qué opinas, Robertico? —le preguntó el político.

—Lo que ustedes digan lo hacemos —respondió con diplomacia Roberto. —Y de verdad, les agradezco esa inmensa confianza y esas palabras tan halagadoras y motivantes.

—Ni más faltaba —continuó Francisco. —Nos quedamos fue cortos. Sólo esperamos que, gracias a tu gestión, se sumen aliados del gobierno a nuestra causa. Necesitamos seguir trabajando por mantener nuestras empresas a salvo y funcionando.

El hombre volvió a reír y continuó.

—Y sobre todo, necesitamos las regiones limpias. No podemos dejar que unos desadaptados vengan a quitarnos lo que hemos trabajado con tanto esfuerzo. Así que Robertico, tú pones la cara, nosotros ponemos la plata.

Roberto sonrió y justo cuando estaba a punto de responder, Abelardo irrumpió corriendo en el lugar, seguido de Marcos. Al verlo, los asistentes se inquietaron.

—Perdón don Roberto, necesito decirle algo urgente —anunció Abelardo.

—No pude pararlo, patrón —se excusó Marcos.

Roberto miró muy mal a Abelardo, lo tomó del brazo y lo alejó de los invitados.

—Espero que lo que me tenga que decir sea lo suficientemente importante como para que se haya atrevido a interrumpir mi...

—La niña Sofía está en peligro, está atrapada en la vieja mina —lo interrumpió Abelardo.

Al oír esto, Roberto quedó aturdido. No sabía muy bien cómo reaccionar. Negó con la cabeza y se volteó, un tanto impulsivo, hacia los asistentes.

—Doctor Victoria, coronel, señores —dijo con angustia y levantando la voz. —Les pido que me disculpen, pero se me presentó algo de extrema urgencia.

—¿No estarás insinuando que te vas? —le preguntó Francisco.

—Mi hija me necesita. Con permiso.

Y sin decir nada más, Roberto salió de la sala, seguido por Abelardo y por Marcos. Francisco, atónito, negó con un gesto de desaprobación lo que estaba pasando. Baquero y los otros invitados, incómodos, intentaron continuar con la velada. Pero algo se había roto en el lugar, y parecía ser irreparable.



En la pensión, la profesora ya estaba bañada y cambiada. Se tomaba un agua de tomillo para contrarrestar su tos, mientras conversaba con Miguel sobre Roberto Mahecha.

—¿Y entonces cómo se enteraron de la relación de Roberto con los paras? —preguntó interesada la profesora.

Miguel suspiró hondo. Era algo obvio. De ese tipo de cosas que todo el mundo sabía, pero que no había cómo demostrarlo. Roberto financió a un grupo de auto-defensas, pero no había pruebas para inculparlo. Sólo había fotos de una reunión con un par de políticos de la región y otros ganaderos de esa época. No eran indicios suficientes.

—Y tampoco es un delito tener reuniones —complementó Marcela.

—Exacto —dijo Miguel. —Y reuniones es lo que Roberto tiene. Para la muestra un botón. Según lo que supe, en este momento hay un montón de gente, metida en política que está reunida en su casa.

Al decir esto, Miguel se interrumpió y se quedó pensando por un momento.

—No me extrañaría que estuvieran planeando la manera de mover sus fichas en las altas esferas del gobierno, para poder sacar tajada a su favor. Pero mientras que no podamos comprobar nada, seguimos en las mismas —dijo.

—Pero y entonces, ¿qué se puede hacer? —preguntó confundida Marcela.

—Buena pregunta —respondió Miguel, un tanto derrotado. —No sé. Y lo peor es que de un tiempo para acá, estoy seguro de que tiene relaciones con los narcos, y que está dejando pasar droga por sus terrenos.

Y la droga siempre venía de la mano de recompensas millonarias y, sobre todo, de protección. Marcela y Miguel hicieron silencio ante su enorme impotencia y complicada situación. En ese instante, se oyó el sonido del celular de Marcela. La profesora lo sacó de su bolso y contestó, apurada.

—Ruby, hola. ¿Qué pasó? ¿Giovanny y Camocho aparecieron?

Ruby, en medio de los salticos que daba la camioneta por ir a toda velocidad, hablaba por teléfono.

—Sí. Llegaron hace un rato a la casa de Abelardo.

—Ay, gracias a Dios. ¿Y cómo están? —preguntó Marcela.

—Giovanny bien. Pero Andrei está herido —respondió conteniendo las lágrimas.

—Lo estamos llevando al hospital. ¿Usted está allá?

—Pasé primero a mi casa a cambiarme, pero ya íbamos para allá. ¿Necesita algo?

—Sí. Que le avise a Perla. La llamo y la llamo y no contesta y como están las cosas en este pueblo, ya me estoy imaginando lo peor.

—¿Por qué lo dice, Ruby? ¿Pasó algo que yo no sepa? —preguntó preocupada la profesora.

—A Perla la amenazaron hace un par de días. Le dejaron un panfleto con una gallina clavada en la puerta de la emisora —respondió con angustia.

—¿Quéeee? ¿Y por qué no me habían dicho? —pregunto aterrada Marcela. —¿Sabe qué? Yo mejor me voy ya mismo a buscarla. Ahora la llamo. Y mucha fuerza, Ruby. Confiamos en que Camocho sale de esta.

Marcela colgó angustiada y le contó las nuevas noticias a Miguel, quien, de inmediato, sugirió irse al hospital y esperar la llegada de Camocho. Pero Marcela negó. Primero quería pasar por la escuela. Ruby había estado llamando a Perla y no contestada. Y quería estar segura de que estuviera bien.

—¿Y por qué no va a estar bien? ¿Pasó algo más? —preguntó Miguel.

—En el camino le cuento —le respondió la profesora asintiendo.

Los dos salieron apurados y llenos de angustia.



En la camioneta, Ruby colgó el teléfono. Miró a Camocho con preocupación, y le tomó la mano con fuerza.

—Resistí, yo sé que vos podés —le dijo angustiada.

Giovanny y Fabiola intercambiaron una mirada de preocupación. Giovanny aceleró, mientras que Fabiola se volteó hacia la parte de atrás y miró a Ruby con solidaridad.

—Resistí —seguía insistiendo Ruby.

Camocho la miró con los ojos entrecerrados.

—Desde el día que te vi, con ese vestidito de flores de colores, supe que vos ibas a ser mi mujer —le dijo con la voz entrecortada.

—No empecés.

—¿Sí te das cuenta cómo es la vida? Yo tratando de salir de todo esto para poderles dar a vos y a Noa una vida más tranquila y fijate... esta joda me persigue.

Giovanny, al oír esto, se le escurrieron las lágrimas. Se sentía terriblemente culpable.

—No hablé más, ahorrate la fuerza —le suplicó Ruby.

—Perdoname, Ruby. Por todo lo que te hice —dijo, quejándose de dolor.

Ruby empezó a llorar.

—Decile a Noa que estoy muy orgulloso y que me siento honrado de ser su papá. Los quiero mucho a ambos.

Camocho acarició, con amor, la cara de Ruby y, poco a poco, empezó a cerrar los ojos.

—¡Camocho! —exclamó Ruby, llorando. —¡No te podés dormir!

—¡Rápido, mijo! —dijo Fabiola apurada. —¡Apúrele que se nos va!

Giovanny, afanado, aceleró a fondo.



Mientras tanto, en la mina, Johan, Byron y Natalia estaban agotados. Habían quitado algunas rocas de la entrada, pero aún quedaban muchas por remover.

—Esto es imposible, mano. Nunca vamos a acabar de quitar esta pingada —dijo Johan.

—Ya no puedo más —se quejó Byron.

Natalia se levantó y sacó fuerzas de dónde no tenía.

—Yo no voy a dejar a mi hermana ahí.

En ese momento, Roberto, José, Abelardo y una cuadrilla de hombres irrumpieron en el lugar. Roberto se veía descompuesto, preocupado, no sólo porque sus hijas estaban en riesgo, sino porque sabía lo que había ahí escondido.

—¡Rápido, quiten esas piedras! —ordenó Roberto a sus hombres.

Los hombres empezaron a trabajar.

—¿Papá? ¿Qué haces acá? —pregunto sorprendida Natalia.

—Eso mismo les pregunto yo —respondió Roberto. —¿Qué carajos hacen aquí? ¿Por qué pusiste en peligro a tu hermanita?

—¿¡Que yo qué!? Yo no hice nada —le dijo con rabia y con cierta rebeldía. —¿No te das cuenta? Como no quisiste decirnos nada, Sofi vino a buscar sola las respuestas que tú no le diste. Así que ¡el único que la puso en peligro fuiste tú!

Todas las miradas recayeron sobre Roberto. El hacendado intentó guardar la compostura y prefirió no ahondar más en la discusión con su hija.

—Cuidadito cómo me respondes, Natalia. Después hablamos de eso —le dijo y se dirigió a sus hombres. —¡Vamos, rápido, hay que sacar a los muchachos!

—Así es que se habla —le dijo Johan a Natalia en voz baja. —Bien hecho.

Natalia le sonrió levemente.

—Hagámosle —sugirió Byron. —Sigamos ayudando.

Johan y Natalia asintieron y volvieron a su labor a pesar del enorme cansancio que sentían.



Marcela y Miguel estaban parados frente a la puerta cerrada de la escuela. Al parecer, todo el mundo se había ido. Marcela tomó su celular y se dispuso a marcar.

Se veía extrañada.

—Tan raro. Perla nada que contesta y aquí ya no hay nadie. Yo creo que lo mejor es que nos vayamos para el...

Pero en ese justo momento, se abrió la puerta y salió Josefina con una caja de madera. Al verla, Marcela la abordó.

—Doña Josefina, ¿cómo me le va? ¿Usted de casualidad sabe de Perla?

—¿Cómo? —preguntó Josefina, extrañada. —¿Usted no sabe lo que le pasó?

Marcela y Miguel se miraron angustiados. Marcela negó con un gesto.

—Cómo le parece que le dieron una muenda ni la berraca.

—¿Cómo así? —preguntó Marcela, aterrada. —¿Quiénes?

—Seguro los mismos desgraciados que la amenazaron. Bertha y Flor se la llevaron para el hospital. Yo me vine a recoger las ganancias y a cerrar la escuela.

Marcela le agradeció a Josefina por la información y, de inmediato, ella y Miguel tomaron camino hacia el hospital. Su angustia no tenía límite.



Un poco más tarde, Abelardo, José y los hombres de Roberto, habían logrado remover la suficiente cantidad de piedras para alcanzar a ver a Alma y a Noa, al otro lado del muro.

—¡Papá! —exclamó Alma aliviada al ver a Abelardo.

Una vez quitaron las últimas piedras y el paso quedó abierto, Abelardo corrió hasta donde estaba su hija y la abrazó con fuerza. Alma lloraba, angustiada.

—Mamita. ¿Está bien? —le preguntó Abelardo sin dejarla de abrazar.

Alma asintió.

—Sofía se cayó en un hueco —les dijo Noa a los hombres de Roberto. —Y parece que se partió un brazo.

Al oír esto, Roberto palideció. Miró el hueco en la pared y trastabilló hacia atrás. Él sabía muy bien lo que había ahí adentro.

—¡Maldita sea! —exclamó.

—¡Hay que sacarla ya! —dijo Natalia de manera imperiosa.

Pero en ese instante, se produjo un nuevo movimiento de tierra. Se estaba generando otro desprendimiento. Las reacciones no se hicieron esperar. Entre la angustia y la desesperación de todos, se oían los gritos de terror de Sofía. Al ver la situación, José tomó el mando.

—Tenemos que proceder rápido, pero con mucho cuidado —dijo.

Los hombres asintieron. Roberto, en cambio, no sabía bien qué hacer.

—Saque a los chinos de aquí, mano, antes de que ocurra una tragedia —le dijo el policía a Abelardo.

—¡No, papá! Yo no me muevo hasta que Sofía esté aquí con nosotros —dijo Alma. Natalia, Johan y Byron la apoyaron. Pero José, se impuso con fuerza.

—¡Hagan caso, carajo! ¡Fuera de aquí, rápido! —les dijo.

—Caminen, vamos —los fue sacando Abelardo.

Muy al pesar de los chicos, Abelardo logró llevárselos. José se asomó por el hueco.

—Tranquila —le gritó a Sofía. —Ya vamos por usted.

—¡Tengo miedo! —exclamó la niña, asustada.

Los hombres de Roberto desenrollaron una cuerda y la amarraron a una roca pesada para subir a la jovencita.

—Le vamos a mandar una cuerda pa que la agarre y pueda subir —dijo José.

—¡No puedo, me duele mucho el brazo! —negó Sofía, asustada.

—Hay que bajar por ella —dijo desesperado Roberto.

Roberto tomó la cuerda, dispuesto a bajar, pero José lo detuvo.

—No. Déjeme a mí —le dijo.

Pero, Roberto se impuso.

—Es mi hija, tengo que ir por ella.

Además de la preocupación que tenía por Sofía, tampoco podía dejar que descubrieran lo que había en esa fosa. Pero, José, imponente, le quitó la cuerda.

—¡Yo tengo entrenamiento en salvamento y usted no! ¡Voy a bajar! No quiero que haya más heridos.

José se amarró la cuerda a la cintura y, con cuidado, y sostenido por los hombres de Roberto, empezó a bajar por el hueco.



Perla, sentada en un asiento de la sala de urgencias, tenía el rostro muy golpeado, la boca hinchada y los ojos morados, y rastros de sangre seca por todo su cuerpo. Bertha, a su lado, le agarraba con fuerza la mano, para darle ánimo. En ese momento, Marcela y Miguel entraron a la sala. La profesora se detuvo en seco, al ver el estado en el que se encontraba su amiga.

—Ay, Dios mío, ¡Perla!

Marcela se acercó y la abrazó con fuerza, sin poder contener las lágrimas. Miguel, impresionado, no podía quitarles la mirada.

—¿Quién le hizo eso, Perla? —preguntó muy afectada Marcela.

Perla no podía hablar. A duras penas, negó con un gesto.

—Esos malditos desadaptados que se mantienen en moto por ahí, cobrando vacunas y creyéndose los dueños de este pueblo —respondió Bertha por ella, con mucha ira.

Miguel sabía perfectamente de quiénes hablaba la mujer. No lo podía creer.

—¡Malditos desgraciados! —exclamó la profesora. —¿Dónde la encontraron?

—En la escuela —respondió Bertha. —Estaba tirada en el suelo detrás de un puesto. Ni les dio vergüenza hacerlo ahí mismo.

—¿Y ya la atendieron? —preguntó Miguel.

—Una enfermera —asintió Bertha. —Pero nos tienen esperando al médico.

—Voy a averiguar qué es lo que pasa a ver si la atienden rápido —dijo diligente Miguel. —Y a usted también, Marcela.

Miguel no había dado más de dos pasos hacia admisiones, cuando se abrió la puerta, abruptamente y entró Giovanni gritando con desespero.

—¡Una camilla! ¡Una camilla!

Un camillero y un enfermero se apresuraron a facilitar una camilla y a recibir al paciente.

—¡Es Camocho! —exclamó Marcela.

De inmediato, Miguel se dio media vuelta y se apresuró a ayudar. El enfermero y el camillero ya venían de regreso con Camocho, quien estaba inconsciente. Ruby a un lado de la camilla. Fabiola y Giovanni atrás.

—Aquí estoy, Andrei. Aquí estoy —repetía aterrada Ruby.

Pero al llegar a la puerta que separaba la sala de espera con el interior de las urgencias, el enfermero la detuvo.

—Lo siento, señora. Tiene que esperar aquí afuera.

Ruby, impotente, se le escurrieron las lágrimas. Se precipitó y abrazó a su marido.

—Aquí te espero, ¿oíste? —le dijo y le dio un beso en la frente.

Ruby, desecha, se quedó parada, inmóvil, viendo cómo se llevaban a Camocho. Marcela se acercó a ella y la abrazó. Al sentir la solidaridad de su amiga, Ruby no pudo más y empezó a llorar, desconsolada. Cuando finalmente, levantó la cara, se topó de frente con Perla, quien la miraba con dolor. Ruby ahogó un grito.

—¡Por Dios bendito! ¿Qué le hicieron?

Ruby se separó de Marcela y corrió a reunirse con Perla, quien la miró y se le escurrieron las lágrimas. Ruby la abrazó con fuerza y lloró amargamente. El momento, no podía ser más conmovedor. Sólo tristeza y tragedia parecía envolver a estas valientes mujeres.



En el exterior de la mina, los chicos y Abelardo, expectantes, miraban hacia el interior del lugar. De repente, Roberto, con Sofía en sus brazos y como si fuera un gran héroe, salió de la oscuridad. José y los demás hombres venían detrás.

—¡Ahí vienen! —exclamó Alma con una gran sonrisa.

Roberto dejó a Sofía en el suelo, mientras que Natalia corrió a abrazar a su hermana.

—Gracias, pa —le dijo agradecida a su padre. —Gracias por salvarla.

—Mi papá no hizo nada —intervino seca, Sofía. —Don José fue que el que bajó por mí.

Natalia miró a su papá con dolor. Luego miró a su hermanita y la volvió a abrazar.

—Lo importante es que esté bien —le dijo.

Los demás chicos se acercaron a la niña. Querían saber cómo estaba, cómo se sentía. Sofía estaba bien, pero le dolía mucho el brazo.

—Toca ir al puesto de salud para que le revisen ese brazo —sugirió Alma.

—Sí. De una —apoyó Natalia.

Pero Sofía negó con un gesto, y miró fijamente a su padre.

—¿Qué es lo que hay allá abajo, papá? —preguntó.

—¿De qué hablas? —intentó disimular Roberto.

—Allá abajo hay un montón de muertos.

Al oírle decir esto, todos se miraron sorprendidos.

—Es cierto —afirmó José. —Es un cementerio entero.

Abelardo lo miró aterrado.

—¿Usted sabía que existía, don Roberto? —le preguntó el policía al hacendado.

—No entiendo de qué me habla —volvió a disimular el hombre.

—Le aconsejo que, si sabe algo sobre esos cadáveres, se lo cuente a las autoridades —le dijo José. —Se lo digo por su bien.

—Yo no tengo nada que esconder. Y tampoco voy a permitir que un simple sargento me hable con ese tonito de amenaza.

Al oír esto, todos los chicos lo voltearon a mirar con rabia. Sofía y Natalia, con un inmenso dolor. Al sentir el peso de estas miradas, Roberto desvió la conversación y señaló la camioneta.

—¡Vamos! ¡Aquí no tenemos nada más que hacer! —ordenó.

Sofía y Natalia no tenían otra opción que obedecer a su padre. Pero antes de subirse al carro, Sofía se acercó a Alma.

—¿Está bien? —le preguntó Alma, condolida.

Sofía negó. En ese instante, oyó la voz de su padre apurándola para irse. La niña, con su brazo bueno, abrazó a su amiga y aprovechó la cercanía para hablarle al oído.

—La caja se quedó en el hueco, ahí hay pruebas que de pronto le sirven a la profe —le dijo.

Se dio media vuelta y se subió, con su hermana, a una de las camionetas, seguida por los hombres de su padre. Antes de arrancar, Roberto miró a José, con rabia y desprecio. Pero José, no se asustó, y en lugar de ceder, le sostuvo, altivo, la mirada. Abelardo, en cambio, a su lado, estaba muy inquieto y asustado. Sabía lo que podía significar una mirada de ese estilo por parte de su jefe.

—Ya no más miedo, mano. Tenemos que dejarlo a un lado por nuestros hijos —dijo José y miró a Johan. —Y sobre todo por nosotros.

Abelardo miró a su amigo por un instante, y luego asintió. Tenía razón.

—Váyase adelante —continuó el policía. —Voy a pedir refuerzos a San Anselmo para que manden gente de la fiscalía y de medicina legal, para sacar todos esos restos. Y a mis hombres para que me ayuden a acordonar esta zona. Y llévese a los chinos.

Abelardo estuvo de acuerdo. Empezó a llamar a los chicos para que se fueran con

él. Pero de repente, recordó algo y se detuvo. Volvió a acercarse a José para hablarle en voz baja.

—Compa... ¿y qué hacemos con el cuerpo? —preguntó.

—Cuando salga de aquí lo busco y hacemos lo que debimos haber hecho desde el principio —dijo José seguro de sí mismo.



Mientras tanto, en el hospital, ya habían pasado a Perla a un cubículo y estaba recostada sobre una camilla. Le habían curado las heridas y se veía un poco más recuperada. A su lado, Ruby y Miguel. En ese momento, entró Marcela. La acababa de ver el médico y por suerte, no le encontró nada grave. Le mandó a hacer vaporizaciones y nebulizaciones para despejar los pulmones porque había tragado mucho humo. Al oír esto, Miguel sonrió aliviado.

—¿Y usted cómo se siente? —le preguntó Marcela a Perla.

—Mejor—dijo hablando con dificultad. —Ya por lo menos puedo medio hablar. Marcela le sonrió con pesar.

—¿Por qué no me contó que la habían amenazado? —le preguntó la profesora.

—¿Y para qué? ¿Hubiera servido de algo? —dijo y se le llenaron los ojos de lágrimas. —Pero pase lo que pase, yo no voy a dejar la emisora.

—No pienses en eso ahora. Ya habrá tiempo para tomar decisiones —dijo Ruby.

—No, Ruby. Está decidido. No me voy a callar.

—¿Y entonces cuál es la opción? —agregó Ruby ofuscada. — ¿Qué te metan un pepazo?

—Esa emisora es nuestra voz y no voy a dejar que nos silencien. Es la única manera de compartir lo que somos, de no sentirnos tan solas —dijo Perla. —Ruby, vos sabés, vos estudiás por radio!

Ruby bajó la cabeza. No tenía cómo refutar lo que acabada de decir Perla.

—Ambas tienen razón —dijo Marcela, mediando. —Estoy de acuerdo con Perla en que no se les puede dar el gusto a esos imbéciles de asustarnos y de callarnos a punta de violencia.

Ruby iba a decir algo, pero Marcela continuó. Pero tampoco era el momento de seguir con la emisora y exponer la vida. Por lo menos, no, hasta que no tuviera protección. Ruby y Perla quedaron desconcertadas. No entendían a qué se refería la profesora.

—¿Y entonces? —preguntó Perla.

—Antes de cualquier cosa, debemos activar las medidas de protección para usted y para su familia. Si quiere yo la acompaño para que contacte a los de la unidad de víctimas y les cuente lo que le pasó —le explicó Marcela. — Tiene que denunciar a los que le hicieron eso. Y creer y confiar, para que muy pronto vuelva a abrir sus micrófonos y siga apoyando a tantas mujeres que la necesitan.

Perla sonrió y asintió lentamente. Marcela, al sentir la aprobación de Perla, la

abrazó. Miguel miró sorprendido a las tres mujeres.

—Son unas verracas todas ustedes y por nada del mundo vamos a dejar que las callen. Se los prometo. Yo las voy a ayudar —dijo convencido.



Horas después y ya bien adentrada la noche, en la sala de espera, Noa, sentado al lado de Ruby, estaba muy triste y preocupado. Sus ojos estaban hinchados de tanto llorar.

—¿Mi papá se va a mejorar? —le preguntó a Ruby con un hilo de voz.

—Tu papá es un berraco —le respondió Ruby abrazándolo. —Vas a ver que, de esta, también sale adelante.

Noa no dijo nada. Simplemente, se abrazó al brazo de su madre. El niño se veía muy preocupado.

Unos cuantos asientos más lejos, Fabiola abrazaba a Giovanni.

—Ay, hijo, tenía tanto miedo de no volverlo a abrazar —le dijo.

—Perdóneme por todo, perdóneme —dijo el joven, mientras se le escurrían las lágrimas.

Fabiola, con una caricia, le limpió las lágrimas, y con todo su amor y cariño le dio un beso en la frente.

Cerca de ellos, casi en la entrada, Abelardo, Miguel y Marcela hablaban sobre lo sucedido en la mina y sobre el hallazgo del cementerio lleno de huesos. Marcela y Miguel estaban muy impactados con la narración de Abelardo.

—Y me preocupa José, se quedó allá en la mina esperando a sus compañeros y capaz que le hacen algo —dijo Abelardo.

—Abelardo, dígame la verdad, ¿usted sabe algo más? —le preguntó muy serio Miguel.

Como respuesta, Abelardo bajó la mirada, avergonzado. Miguel iba a seguir indagando, pero, en ese instante, Alma los interrumpió.

—Profe, ¿será que podemos hablar un momento? —le preguntó a Marcela.

Alma miró a Miguel, dando a entender que quería hablar “a solas” con la profesora. Pero Marcela la tranquilizó. Podía hablar libremente. Miguel era de confiar.

—Es que le tengo una razón de Sofía —le dijo la niña. —Le manda a decir que, en el hueco de los huesos, hay una caja.

—¿Una caja de qué? —preguntó sorprendida Marcela, mientras intercambiaba una mirada con Miguel y con Abelardo.

—No sé. Sólo dijo que ahí podía haber pruebas que le pueden servir para su investigación. De pronto hay algo de su hermano.

Miguel y Abelardo no entendían a qué se refería Alma.

—¿De qué habla, mija? —preguntó Abelardo.

—¿Hay algo que aún no sepa? —le preguntó Miguel a Marcela.

—Sí —respondió con valentía Marcela. —Ahora le cuento, Miguel. Pero antes tengo que llamar a alguien, para que ayude con la investigación de la mina. Tiene que

llegar antes de que se lleven esas pruebas.

Marcela sacó su celular de su bolso y se alejó decidida a hacer la llamada. Miguel se quedó mirándola intrigado. En ese momento, un médico salió de la zona de urgencias. Al verlo, Ruby y Noa se levantaron rápidamente de sus asientos y se acercaron esperanzados.

—Doctor, ¿cómo está Andrei? —preguntó Ruby.

El médico los miró por un momento sin decir nada. Ruby cerró los ojos y Noa no pudo contener las lágrimas, esperando lo peor.

—Por el momento está estable —dijo el doctor.

Al oír estas palabras, madre e hijo abrieron grande los ojos. No eran las palabras que estaban esperando oír. Por suerte. Su emoción y esperanza eran enormes, y ambos, se abrazaron reconfortados.



En su cubículo, Perla dormía profundamente. A su lado Byron, la miraba, tomándole la mano y sin poder contener las lágrimas. En ese momento, entró Johan, con algo de timidez.

—¿Cómo sigue su tía, mano? —preguntó.

—Igual, el médico me dijo que la iban a dejar en observación hasta mañana —respondió Byron con mucho dolor. —Me da tanta rabia, Johan. ¿Por qué le tiene que pasar esto a la gente buena, ah?

—Le aseguro que mi taita va a descubrir quiénes fueron los jijuemadres que le hicieron esto —le dijo el muchacho, apretándole el hombro solidario.

—Si no me hubiera ido del bazar, esto no habría pasado.

—Eso no lo sabemos, mano. Así que nada de culpas.

—¿Es que yo la hubiera defendido, hermano! —explotó el muchacho, quebrándose. —Pa eso soy el hombre de la casa. Pero ahora me la jodieron. Y solo espero que no se vaya a...

Byron se interrumpió y guardó silencio. No era capaz de decir la palabra “muerte”. Johan lo abrazó apoyándolo.

—Ya, sáquelo, llore si es necesario —le dijo.

—Es que vos no sabés lo que es vivir con miedo.

—Se equivoca. Lo sé y por eso también sé que hay que soltar toda esa mierda —le dijo, mientras se le ocurría una idea. —¿Por qué no le canta? Seguro lo va a escuchar.

Byron miró a Perla y cerró los ojos para cantarle un rap con mucho sentimiento. Las palabras de Byron fueron fluyendo. Su rap hablaba sobre las oportunidades que daba la vida para seguir viviendo.

Y así transcurrió lo que quedaba de la noche, para darle paso a un nuevo día.



En la fosa en la que cayó Sofía, representantes de la Unidad de Búsqueda de Personas Dadas por Desaparecidas, de la fiscalía y de medicina legal, hacían un levantamiento de lo encontrado en el lugar. El sitio ahora estaba iluminado por una buena decena de lámparas y uno de los presentes, con su atuendo especial para levantamientos, tomó la caja (la que habían encontrado los chicos la noche anterior) y se dispuso a subir nuevamente a la superficie.

Marcela, Miguel, Abelardo, José, Fabiola, Alma, Johan, Sofía – con un cabestrillo en su brazo fracturado- y Natalia esperaban ansiosos, en el exterior de la mina. Ana María Andrade - la interlocutora con la que hablaba Marcela por teléfono- se acercó al grupo y Marcela aprovechó el momento para presentarla.

—Ana María ha sido mi hombro y mi fuerza en esto. Ella es de la Unidad de Búsqueda de Personas y me ha acompañado en mi proceso todo este tiempo —explicó Marcela.

—Esperemos que lo que encuentren en esa mina pueda darles algo de paz —dijo, solidaria, Ana María.

En ese momento, Diego -un hombre de unos 50 años, y compañero de la Unidad de Búsqueda de Ana María – salió de la mina y se aproximó al grupo.

—Es impresionante —dijo el hombre.

Al oír esto, Miguel, Marcela y Ana María se estremecieron.

—Posiblemente, los restos sean de víctimas de desapariciones forzadas —concluyó.

—¿Y hay manera de saber si alguno está relacionado con David o con otros desaparecidos? —preguntó ansiosa Marcela.

Diego negó. Hasta que no hicieran la recuperación total de los cuerpos y recogieran las evidencias físicas que les ayudarían a reconstruir qué pasó allí adentro, no podían decir nada.

—¿Y entonces? ¿Qué sigue? —volvió a pregunta la profesora.

—Una vez se recuperen los cuerpos, se los entregamos a medicina legal para que empiecen la etapa de identificación. Es un proceso minucioso y dispendioso y se tarda un buen tiempo, Marce —explicó Ana María. —Incluso años. Lo siento.

—Entiendo, lo que pasa es que... —se interrumpió la profesora, haciendo un gran esfuerzo por no llorar — ...he esperado tanto y estando tan cerca...

Marcela no aguantó más y las lágrimas empezaron a escurrir por su rostro.

—Y me toca seguir esperando. Quisiera que al menos me entregaran lo que quedó de él, para descansar...

Marcela no pudo terminar la frase. Su dolor la interrumpió y la mujer estalló en llanto. Ana María, solidaria y entendiendo la pena de la profesora, la abrazó con cariño. Todos la miraron con mucha tristeza.

—La incertidumbre de las desapariciones es una de las peores cosas que nos ha dejado el conflicto —aseguró Ana María.

Los chicos rodearon a su profesora y la abrazaron. Diego se quedó mirándolos. Aún no entendía cómo habían llegado hasta ahí.

—Seguimos las pistas de un mapa —explicó Alma.

—Del primer muerto que encontramos —agregó Johan.

—No, no, no. Más despacio que no estoy entendiendo —dijo Diego, sorprendido.
—¿Ustedes encontraron un mapa que los trajo hasta aquí?

—Sí. Estaba entre las cosas del muerto — respondió Johan y miró a los demás.

—El que encontramos en la cueva.

—Con razón —dijo Diego, cayendo en cuenta.

Diego le hizo señas al agente con el atuendo especial para que se acercara con la caja encontrada. La caja ya estaba dentro de una bolsa de evidencias.

—Ahora entiendo el porqué de esta caja —continuó. —La persona que hizo el mapa tenía un motivo para dejar esta evidencia. Son cintas de video. Hay que analizarlas con cuidado, pero me da la impresión de que es una especie de seguro contra algo.

—O contra alguien —agregó Marcela.

Diego asintió. En todo caso, esas cintas de video les podían dar muchas pistas para saber quiénes era las víctimas o sus victimarios.

—¿Dónde está ese muerto? Quiero verlo —dijo Diego.

—Ese es el problema. Que ese muerto desapareció —explicó Johan.

—¿Qué? —se sorprendió Diego.

—Y no sabemos quién se lo llevó, ni dónde está —agregó Sofía.

Fabiola miró a José y a Abelardo con disimulada obviedad. Los dos hombres entendieron que era el momento de hablar.

—Fuimos nosotros —confesó Abelardo, con una enorme vergüenza.

Al oír esto, todos quedaron fuertemente impactados. No lo podían creer. ¿Cómo? ¿Por qué? Acaso, ¿qué razones tenían para hacerlo? Abelardo dio un paso adelante. Lentamente, miró a todos los presentes. De últimas, a Alma, con mucho dolor. Era hora de decir la verdad. Y empezó su narración.

—Por ahí en el 2006, Marcos, el capataz de don Roberto, me dio la orden de dejar entrar un camión con muchachos que venían a trabajar a la hacienda. Yo empecé abriendo las puertas de algunas de las fincas de don Roberto. Pero al otro día, no veía a nadie, solamente a Ever, que era el encargado de traerlos. Y después llegaban unos funcionarios y militares. Se quedaban un rato anotando no sé qué cosas y se iban. Muy rápido empecé a sospechar que algo malo estaba pasando. Pero no dije ni pregunté nada.

Al decir esto, no pudo evitar mirar a Fabiola y Alma con vergüenza. Tomó aire y continuó.

—Tenía mucho miedo de perder mi trabajo. Antes ya había aguantado hambre y no quería que mis hijos pasaran por lo mismo que yo.

Fabiola, instintivamente, y de manera protectora, abrazó a Alma.

—Pero un día, en otra de las fincas, al amanecer escuché disparos y unos gritos. Salí a buscar y vi a Ever arrastrando un cuerpo de un pelado que tendría unos 15 años por mucho. Y lo vi como si fuera mi muchacho. Y ahí me di cuenta de que sí estaban pasando cosas muy graves y que yo estaba dejando que pasaran. Empecé a tener pesadillas, no me pasaba bocado... no podía vivir así, me estaba volviendo loco

de verdad. Entonces una noche ya no me dio pa más y cuando entró el camión les abrí la puerta y les grité pa que se fueran. No pensaba sino en salvar a esos pobres muchachos. Ever se dio cuenta y me iba a matar, pero no me importaba. Gracias a dios, José llegó a tiempo.

Todos estaban asombrados por el relato. Diego y Ana María no musitaban palabra. Alma se veía particularmente pálida. Como si cada palabra de su padre, le revoliera todo por dentro. Fabiola al verla así, la abrazó con más fuerza y la trajo hacia ella.

—¿Está bien hija? —le preguntó en voz baja.

—Sí má, es que desde que encontramos al muerto he tenido como visiones raras —dijo Alma muy pacito. —Y mi papá aparecía ahí.

—Ay hija, ¿por qué no me contó?

—No quería asustarla. Pero ahora que lo entiendo, también tengo que contarle a mi amita, porque de pronto ella tiene razón y es que los ancestros me quieren mostrar algo. De pronto es hora de que aprenda de ellos.

Fabiola asintió y le apretó la mano. En ese momento, José tomó la palabra y continuó el relato.

—Yo sabía que algo le estaba pasando a Abelardo, pero él no me quería decir nada, solo me contó de un tal Ever que estaba haciendo negocios con don Roberto. Entonces decidí seguirlo y averiguar yo mismo qué era lo que estaba pasando. Cuando llegué a la hacienda, vi lo que hizo Abelardo y a Ever que lo iba a rematar, así que abrí fuego. Creo que le di. Pero no estoy seguro. Y el tipo salió hacia el río. Lo seguimos, pero cuando cruzó el río le perdimos la pista. Hasta esta semana cuando los chinos lo encontraron dentro de esa cueva.

—Desde esa noche, nunca volvimos a saber nada de ese tipo. Creímos que se había volado. "Pero no era muy lógico que no hubiera vuelto a cobrárnoslas —agregó Abelardo.

—Y yo estuve averiguando con mis compañeros en la policía, pero no había noticias de un tipo como él.

Asumimos que había muerto y se lo había llevado el río —dijo José. —Así que seguimos con nuestras vidas, cargando con este secreto.

—¿Y por qué se llevaron el cuerpo? —preguntó Johan.

—Por miedo —confesó José. —Haber encontrado su cuerpo nos devolvió en el tiempo. Y los fantasmas y terrores volvieron a aparecer. Pensamos que lo mejor era enterrarlo, y no volver a pensar en eso nunca más.

—Pero nos equivocamos —agregó Abelardo.

—Y cometimos el error más grande de todos: nos quedamos callados —dijo con sinceridad el policía.

Abelardo asintió apoyando a su amigo y les habló a los chicos.

—Y ustedes, sin querer, nos abrieron los ojos. Y yo no puedo más —se volteó hacia donde estaban Diego y Ana María. —Estoy dispuesto a asumir mi responsabilidad en la desaparición de esos muchachos; en lo que haya que hacer.

—Yo también —aseguró José.

Fabiola y Alma oían aterradas la narración. Ana María y Diego seguían consternados. Marcela, fuertemente impactada y llena de temor, sacó su billetera y de ella, una foto en donde aparecían ella y su hermano, y se la mostró a Abelardo.

—Abelardo —le dijo con mucha angustia. —De casualidad, en ese camión, ¿estaba este muchacho?

Abelardo tomó la foto en sus manos. La miró por unos instantes. Luego pasó su dedo por encima del rostro de David y asintió.

—¿O sea que logró escapar? —pregunto la profesora desbordada de emoción.

Abelardo levantó los hombros con pesar. No lo sabía. Él sólo lo vio salir corriendo, pero nunca supo para dónde lo hizo, ni si sobrevivió.

—Lo siento, profesora. Yo no sabía en qué estaba metido —se volvió a excusar y bajó la cabeza, mortificado.

Pero, para su sorpresa, y esperando todo lo contrario, Marcela lo abrazó con mucho cariño.

—Gracias por haber contado lo que pasó —le dijo, y luego miró a José. —A ambos, al menos ahora sé que mi hermano sí estuvo aquí.

Sofía, que había estado callada durante todo el relato, se atrevió a hacer esa pregunta que tanto le costaba y le dolía.

—Entonces mi papá sabía todo esto, ¿cierto? —preguntó con voz temblorosa.

Ni Abelardo, ni José dijeron nada. Pero su silencio, otorgaba.



Mientras tanto, en la hacienda, Roberto estaba revisando unos documentos en el computador. Pero no lograba concentrarse. Inquieto, tomó la foto de Natalia y de Sofía que estaba sobre su escritorio y la miró con mucha preocupación y desconsuelo. En ese instante, es interrumpido por Marcos.

—¿Pudo averiguar algo? —le preguntó a su capataz, mientras volvía a poner la foto sobre su escritorio.

—Sí, patrón. Según lo que me enteré, esa gente no quedó contenta —respondió Marcos.

—¿Qué le dijeron?

—Que el doctor Victoria no dijo palabra hasta el aeropuerto, pero que iba bien ofuscado. Y de los que se quedaron esperando a ver si usted volvía, como tres dijeron que no lo iban a apoyar; que en una persona como usted no se podía confiar y que siquiera no metieron billete.

—Pero ¿quién entiende a esta gente? ¡Se trataba de mis hijas! —exclamó molesto Roberto. —¿Me quedaba aquí hablando de política mientras ellas estaban en peligro?

—También dijeron que estaban preocupados por su liderazgo. Parece que lo de la candidatura se le está embolatando, patrón.

—¡Pues que se pierda esa hijueputa de una vez! Y si no les gustó, que se consigan a otro.

Marcos quien no sabía qué más decirle, se quedó mirándolo en silencio.

—¿¡No tiene nada que hacer!?! —lo despachó Roberto, molesto.

—Qué pena, patrón.

Por la expresión de disgusto y de molestia en su rostro, era claro que a Marcos no le gustó para nada el tono de su jefe.



En otro de los cubículos del hospital, Noa, Ruby y Giovanni hablaban con el médico que había operado a Camocho.

—¿Y cuánto tiempo se va a demorar en despertar, doctor? —preguntó Giovanni.

—No sabemos. Depende de cómo reaccione al procedimiento —explicó el doctor. —Pero, por ahora sólo uno de ustedes puede quedarse con él. Hay que dejarlo descansar. Más tarde, regreso.

Al decir esto, el médico salió a atender otros pacientes. Noa se acercó a la camilla en donde estaba Camocho y le habló con mucha suavidad y amor.

—Papá, tenés que despertarte. Te prometo que yo aprendo cómo se llaman todas las herramientas y para qué sirven. Te lo juro —le dijo.

Al oír a su hijo, Ruby, conmovida por la ternura, sonrió.

—Escuchá pues a tu hijo, Andrei —le dijo a Camocho. —Aquí te estamos esperando los dos.

Giovanni, sintiéndose aún culpable, intentó animarlos.

—Y yo también. Yo sé que va a salir bien de esta. Es solo un esfuerzo más —dijo.

Ruby le hizo un gesto a Giovanni para que se acercara. La mujer abrazó a los dos jovencitos. Los tres, esperanzados, miraron con cariño a Camocho.



Horas después, Natalia y Sofía estaban reunidas con Roberto. En una mesa frente a él, estaba el diario de Camila.

—¿De dónde lo sacaron? —preguntó impactado.

—Eso es lo de menos —respondió Sofía. —Lo que importa es que ya sabemos todo lo que le pasó a mi tía. No nos digas mentiras, por favor.

Roberto, con tristeza, negó con un gesto y, cariñoso, le tomó la mano a su hija.

—Abelardo nos dijo que tú le habías dado la orden de que dejara entrar esos camiones —continuó Sofía con lágrimas en los ojos.

Roberto, muy afectado, se acomodó en su silla. Natalia y Sofía lo miraban expectantes.

—Lo que pasa es que... —empezó a decir Roberto— ...ustedes están muy jóvenes para entender.

—Eso no es cierto, papá. De verdad necesitamos saber qué pasó —pidió Natalia.

—Explícanos, por favor.

Roberto respiró profundamente como si estuviera tomando impulso para hablar y por fin, por primera vez, parecía sincerarse con sus hijas.

—Ustedes no se imaginan la angustia y el dolor que es tener una hermana secuestrada —les dijo. —Todos los días pensaba en ella y no podía con la impotencia de no saber lo que le estaban haciendo; cómo estaba durmiendo, si tenía hambre, frío, miedo y siempre esperando lo peor.

Roberto se interrumpió por un instante y permaneció en silencio. Le dolía de sólo pensarlo.

—Y por eso, cuando Camila regresó, me hice una promesa a mí mismo. No iba a dejar que nadie le volviera a hacer daño a ningún miembro de mi familia. Y tampoco estaba dispuesto a perder todo lo que había trabajado con tanto esfuerzo —continuó. —Y tuve que defenderme solo, por eso le presté mi tierra al ejército.

—¿Para los falsos positivos? —preguntó sin tapujos, Natalia.

—Para ayudar a mejorar este país —respondió Roberto.

—La mayoría de esos muchachos eran de mi edad, papá —replicó la joven. —¡No habían hecho nada!

—Te juro, Natalia, que yo no sabía realmente qué estaban haciendo. Solo sabía que entraban unos camiones, pero no más.

—Tú siempre lo sabes todo —dijo Sofía desilusionada.

—¿Sabías todo lo que estaba haciendo Marcos? —le preguntó Natalia, con mucho dolor en su alma.

Roberto, sintiéndose completamente descubierto, tragó entero. No sabía qué responder.

—La profe Marcela oyó cuando Marcos dijo que se iba a llevar a Giovanni —continuó la joven. —Por eso fue que la encerró.

—¿Qué? —preguntó Roberto genuinamente sorprendido. —¡No tenía ni idea de que la había encerrado! Yo lo mandé a que la llevara a su casa.

Natalia asintió con mucho dolor.

—Y tampoco sabía lo de Giovanni —añadió Roberto. —¿Se lo iba a llevar? ¿Para dónde?

—Según lo que entendí, tenía negocios con un tal Pote —le explicó Natalia a su padre.

Roberto bajó la cabeza, abrumado. Sofía se levantó de su asiento y se acercó a su padre. Le tomó las manos y le habló con suavidad. Roberto no era capaz de mirarla.

—Papá, así como mi tía perdonó a sus secuestradores y siguió con su vida sin buscar venganza por lo que le hicieron, tú tienes que hablar y decir lo que pasó y todavía pasa en tus tierras.

Roberto, con vergüenza, levantó, por fin, la cara y miró a su hija. Y por más de que lo intentó, no pudo contener el llanto.

—Hazlo por nosotras —le dijo la niña suplicante. —Por mi tía Camila, por esa familia que tanto defiendes.

—Si de verdad nos quieres, tienes que hacerlo, papá —agregó Natalia. —Es la única manera de empezar a sanar tus heridas y las nuestras.

Roberto las miró por unos segundos. Su rostro estaba cubierto de lágrimas. Dudó. Pero finalmente, asintió con un leve movimiento de cabeza. No sabía si iba a ser capaz.

—¡Claro que vas a ser capaz! —exclamó Sofía. —Nosotras vamos a estar contigo.

Roberto las volvió a mirar. Esta vez lo hizo, con un amor profundo y verdadero.

—Está bien. Voy a intentarlo, voy a contar todo lo que sé —dijo sin lograr retener sus lágrimas. — Por ustedes. Porque las amo con toda mi alma y porque ustedes son mi vida entera. No se les olvide eso nunca.

Para Natalia y Sofía, estas palabras de su padre eran un bálsamo para sus oídos. Se sentían aliviadas. Y por eso, y dejando de lado su enorme malestar, se atrevieron a abrazarlo. Fue un momento tan tenso y difícil, como emotivo e importante.



Y mientras tanto, en la casa de Alma, Abelardo también se estaba desahogando. Reunido con sus hijos, con Fabiola y con su madre, finalmente abría su corazón.

—Yo no le dije ni a Fabiola lo que estaba pasando y me equivoqué —dijo mientras se limpiaba las lágrimas. —De pronto ella me hubiera podido ayudar.

Al decir esto, tomó a Giovanni de las manos.

—Y ayudarlo a usted mijo. Somos su familia —le dijo con mucho dolor. —Yo debí escucharlo, darme cuenta de cómo se estaba sintiendo.

—Todo bien, pá, no fue su culpa —repuso Giovanni. —Yo la cagué y todo por una moto. Pero ahora lo importante es que estamos juntos y juntos vamos a salir de esta.

Padre e hijo se abrazaron con mucho sentimiento y sintiendo el profundo respaldo de Alma, Fabiola y la Abuela.

—Sí, hay que agradecer que no le pasó nada, mijo y que volvió a su casa —dijo Fabiola. —Fíjese en el hermano de la profesora. Se fue y nadie nunca volvió a saber de él.

—Como ese muchacho, el muerto de la cueva —dijo pensativa la Abuela. —¿Qué lo llevaría a oscurecer tanto su alma hasta el punto de engañar a inocentes para matarlos? ¿Qué estará sintiendo su familia después de tanto tiempo de no saber de él?

Alma le tomó la mano y se quedó mirándola fijamente. De repente, sus ojos brillaron. A la niña se le había ocurrido algo.



En la casa de Johan, el muchacho y José también hablaban mientras comían algo. Había algo que Johan no entendía. ¿Por qué José nunca dijo lo que estaba pasando en la finca de don Roberto?

—Por miedo a que algo pasara —dijo el policía.

—¿Miedo? —preguntó sorprendido Johan. —¡Pero si usted es el policía, el duro! ¿Cuál miedo?

—Miedo, miijo. Yo no tengo ni el poder ni el billete de ese señor y no quería que le pasara nada a Abelardo —explicó e hizo una pausa. —Ni a usted.

Al oír esto, Johan se arrojó en brazos de su padre y lo abrazó con fuerza.

—Y me parece bien que se haga esas preguntas —le dijo José. —Porque todo lo que uno hace en esta vida tiene consecuencias.

—Lo sé, papá, lo tengo claro y sé que tengo que disculparme con mucha gente, sobre todo con mis amigos.

José lo miró orgulloso. Todos habían aprendido mucho de todo esto. En especial, su hijo.



En el cubículo del hospital, Byron le daba de comer a Perla. Lo hacía con cuidado y con mucho amor. Perla se veía un poco mejor. Su ánimo había empezado a volver a ella.

—Gracias. Vos sí que quedaste muy bien criado, ¿no? —le dijo con cariño a su sobrino.

—Criado por las mejores, mi mamá y mi tía —respondió el muchacho y le dio un beso en la cabeza.

Perla sonrió. Byron se sentó a su lado y le tomó la mano. Estaba muy serio.

—Tía —le dijo con un tono no muy propio de él. —Yo sé que para vos es muy importante la emisora y que la tenés metida en la cabeza y en el corazón. Pero ¿no creés que es mejor que parés? Yo no quiero volver a verte así.

—Es que no me vas a volver a ver así. No, señor. Primero, porque ya tenemos un plan con la profe Marcela y con don Miguel para denunciar a los que me hicieron esto y segundo...

Perla, súbitamente, se interrumpió y miró con cariño a Byron.

—¿Qué?

—Porque estoy pensando en mandarte a vos y a la niña a donde misía Lola.

—¡Ah, no! No, no y no —protestó Byron.

Perla le pidió al joven que la entendiera. Si lo hacía era porque no quería que terminara metido en malos pasos, con criminales y, para completar, con un balazo en la frente. No él. No se lo merecía. Esa dulzura y ese talento no podían ser tirados por la borda. Byron se quedó mirándola muy seriamente. Él podría ser dulce, y lento, algunas veces. Pero bruto no era. Y por nada en el mundo, se iba a meter en nada raro. Lo juraba.

—Donde a ustedes les pase algo por mi culpa, yo me muero —dijo con dolor Perla.

—¿Y si te pasa a vos algo aquí sola? —preguntó Byron. —¿No nos morimos nosotros del dolor?

Al oír esto, a Perla se le escurrieron las lágrimas.

—Olvidate —continuó el muchacho. —Yo ya me fui de mi casa y dejé todo por la

violencia, no me vuelve a pasar.

—Pero

—Yo de aquí no me muevo —la interrumpió Byron. —Quiero estar con vos para acompañarte en todo. Si la profe y don Miguel nos pueden ayudar, yo quiero hacer parte y, de paso aprendo, ¿no?

Perla le acarició la cabeza con mucho cariño.

—Yo me quedo con vos y con mi primita así me cueste la vida.

—Ay, no digás eso que no nos va a costar tan caro.

—Pero entonces, ¿nos quedamos?

—Nos quedamos —sonrió Perla. —Mi muchachote valiente, vos me das la fuerza y la valentía que necesito. Gracias.

Byron y Perla también se fundieron en un amoroso abrazo.



Varios días después, Alma, Noa, Sofía, Johan y Byron, caminaban por las calles del pueblo. Al ver a unos señores que jugaban cartas en la mesa de una cafetería, se detuvieron.

—Disculpen, ¿ustedes por casualidad conocen a Ever Martínez? —preguntó Alma.

Los señores negaron con un gesto. Los muchachos se acercaron a otro grupo de personas y volvieron a preguntar. Byron, mientras tanto, iba entonando y componiendo un rap. La canción hablaba sobre la importancia de buscar a las personas que habían desaparecido. No importaba quiénes. Víctimas o victimarios, alguien, en algún lugar del mundo, siempre los estaría esperando.

Y así era... Finalmente, los chicos encontraron a la abuelita de Ever, una mujer mayor, de aspecto humilde. La mujer lloró amargamente cuando Sofía le mostró la foto de su nieto. Sin embargo, luego la miró y la abrazó. Algo dentro de su alma, finalmente había sanado. Ese terrible dolor que generaba las desapariciones se había apaciguado.

Días después, los chicos hablaban con un hombre mayor en la plaza del pueblo. El hombre sacó de su billetera un recorte de periódico anunciando una masacre. Byron seguía con su composición. La letra de su rap se refería ahora sobre la violencia que vivían los pueblos y la sangre que se derramaba a causa del conflicto armado.

Horas más tarde, en el salón de clases, Alma, Noa y Byron recortaban y pegaban diferentes artículos de periódicos y revistas sobre unas cartulinas grandes. Mientras tanto, Johan y Sofía buscaban noticias sobre guerrilla, paramilitarismo y falsos positivos en un computador portátil. Así como decía el rap de Byron: ¡Cómo era de importante la memoria y el poder recordar! ¡Porque hay tanto que no se debe olvidar!

Y mientras tanto, en la estación de policía, Perla -bastante recuperada y prácticamente sin marcas de los golpes en la cara- estaba frente a José. Marcela, a su lado, le

daba ánimo. El sargento procedía a hacer la toma de datos para la denuncia. Tenía la cédula de Perla en las manos, mientras escribía lo que Perla relataba en un computador. No era fácil recordar lo que había pasado. A Perla se le escurrían las lágrimas. Marcela le apretó la mano con fuerza para darle coraje, mientras que José, solidario, le pasaba un pañuelo. En ese momento, Marcela volteó a mirar hacia la otra mesa de la estación. Ahí estaba Ruby, sentada frente a Ortiz, quien también tomaba sus datos. Ruby y la profesora intercambiaron una mirada y sonrieron esperanzadas. Nada más poderoso y valiente que tomar fuerzas y unirse para seguir adelante.

Y así fue. Horas más tarde, Raúl, quien estaba reunido con otros mototaxistas, vio cómo se acercaba a él Ortiz, acompañado de otro policía. De inmediato, Raúl se puso a la defensiva. ¿Qué diablos quieren esos tombos?, pensó. Pero al ver a Ortiz sacar unas esposas, entendió qué estaba sucediendo. Intentó huir, pero el policía, hábilmente, lo inmovilizó contra el piso. Mientras lo esposaban, Raúl volteó a mirar hacia un costado. Al otro lado de la calle, vio a Perla, acompañada de Marcela y José. Perla lo miraba con dignidad. Aunque Raúl la miró de manera intimidante, la mujer estaba tranquila por la decisión que había tomado. Estaba convencida que el haber denunciado a Raúl no sólo salvaría su vida, sino la de muchas otras mujeres.

Mientras tanto, ya en casa, Camocho estaba sentado en la sala. Frente a él, Noa sostenía un libro. Le mostraba a su padre algunas fotografías de matas, árboles y flores.

—Esa no la conocía —dijo Camocho. —¿Decís que es de por aquí?

Noa miró el libro y asintió.

—Pasame a ver —le pidió Camocho.

Noa le pasó el libro y se sentó a su lado. Padre e hijo, finalmente, compartían un buen momento en paz.

Y no eran los únicos. Sofía y Natalia, en la habitación de Sofía, mantenían una videollamada con Camila. Las tres se veían muy emocionadas por el encuentro. Al fin, había llegado ese tan esperando momento. El del reencuentro.



Al día siguiente, en casa de Noa, Ruby le terminaba de servir café a Camocho y a Miguel, quien le agradeció con un gesto. Los dos hombres revisaban unos documentos.

—Esta es mi propuesta para la siembra —dijo Miguel. — No tiene que decir ya que sí, quiero que la analice con los demás.

—Gracias don Miguel —respondió Camocho. —Nosotros también le tenemos la propuesta de comercialización de los zapatos.

Miguel asintió satisfecho. Miró otros papeles, mientras continuaron conversando.



En casa de Sofía, Roberto estaba reunidos con hombres vestidos elegantemente. Eran un par de abogados de un bufete importante. Roberto se veía preocupado, mientras que los hombres hacían anotaciones.

—¿Y por qué no denunció antes? —le preguntó uno de los abogados a Roberto.

Roberto guardó silencio y miró a sus hijas. Las dos jóvenes lo apoyaban con su mirada.

—Me equivoqué, pero no quiero seguir en lo mismo —aseguró Roberto. —Quiero hacer las cosas bien de ahora en adelante.



Días después, la escuela lucía diferente. En el patio central un cartel en el que se leía: Museo escolar de la memoria “El Silencio”- Octavo A, pendía de un lado a otro de la cancha de fútbol. Adelante del cartel, sobre una tarima, estaban Sofía, Natalia, Johan, Byron y Alma. Abajo, la abuela, Abelardo, José, Perla, Miguel, Marcela y varios habitantes del pueblo, todos pendientes.

Byron terminó de cantar un rap que hablaba sobre la importancia de la memoria, el reconocimiento y el perdón. Los asistentes, encantados, aplaudieron con emoción. Perla, con su bebé alzada, chifló con fuerza. Estaba enormemente orgullosa de su sobrino.

En ese instante, Alma asumió la vocería y tomó el micrófono.

—Buenos días. Hoy estamos aquí para presentar nuestro proyecto de aula de fin de trimestre. Aunque parezca raro, todo comenzó con una flor. La profe Marcela nos pidió que la buscáramos en su ambiente y que miráramos qué necesitaba para sobrevivir, que analizáramos su ecosistema. Y así nos fuimos dando cuenta de que todos necesitamos de lo que nos rodea para estar bien, porque todos hacemos parte de algo; tenemos nuestra propia historia. Y por eso no podemos olvidarnos del pasado, ni dejar de buscar respuestas.

Emocionada, Alma hizo una corta pausa y luego continuó.

—Así como lo hizo la profe. Ella nunca se ha rendido, y gracias a ella, hoy podemos hacerle un homenaje y una despedida a todos los que han muerto a causa del conflicto armado en nuestra región.

Marcela miró a Alma, conmovida.

—Gracias a usted, ahora muchas familias ya saben qué pasó con sus familiares desaparecidos —dijo Alma mirando a Marcela.

Todos los asistentes aplaudieron mirando a la profesora. Johan tomó el micrófono.

—Este trabajo lo hicimos en equipo —dijo. —Y fue mucho lo bacano. Recorrimos el pueblo buscando información.

—Hablamos con muchas personas que nos dejaron entrar a sus casas y nos mostraron sus tesoros más queridos —prosiguió Alma.

—Entendimos y compartimos el dolor y el peso de muchos y quisimos compar-

tirlo con ustedes para que no olvidemos lo que pasó —intervino nuevamente Johan.

—Y para que entre todos, sigamos construyendo este museo de la memoria —continuó Alma

De nuevo se oyeron aplausos.

—Ahora los dejamos con mi papá, Abelardo, y don José, que también tienen algo que decirles —concluyó la niña.

Los dos hombres, dándose ánimo el uno al otro, subieron a la tarima y tomaron el micrófono.

—Buenos días —empezó José. —Lo que queremos contarles es algo muy duro para nosotros. Pero sabemos que debemos hacerlo para poder sanar.

Mientras José y Abelardo les contaban a los asistentes lo que había pasado, Alma se acercó a Sofía y a Natalia. Sofía, expectante, miraba para todos lados buscando a Roberto.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Alma.

—Mí papá me dijo que iba a venir y nada que llega —respondió Sofía y se dirigió a su hermana. —¿Por qué no lo llama para saber dónde viene?

Natalia tomó su celular y marcó. Ambas se veían preocupadas.



Mientras tanto, en la Hacienda, Roberto estaba saliendo de la casa. Se acercó a su camioneta, donde el conductor lo estaba esperando.

—¿Y mis hijas? —le preguntó.

—Ya deben estar en la escuela —le respondió amablemente el hombre.

En ese instante, su celular empezó a sonar. Roberto miró la pantalla. Era Natalia. Pero decidió no contestar.

—¡Vamos, no quiero llegarles tarde!

Dijo y se subió al carro.



En la escuela, todos seguían reunidos alrededor de la tarima. José estaba al frente de la abuelita de Ever, quien ahora tenía el micrófono.

—Gracias por contarme qué pasó con mi nieto Ever. Lo más difícil de todos estos años ha sido no saber qué le había pasado a mi muchacho. Pero lo que hizo, no tiene perdón —dijo la anciana con dolor.

La mujer se secó las lágrimas. Abelardo se acercó y le apretó, solidariamente, el brazo. Marcela tampoco podía contener el llanto. Estaba especialmente conmovida. En ese momento, Ana María y Diego se acercaron. Se veían muy serios y preocupados.

—¿Podemos hablar? —le preguntó Ana María a Marcela en voz baja.

Marcela asintió expectante. Los tres se alejaron un poco para poder hablar con

más calma.

En ese momento, Noa y Ruby llegaron al lugar. Detrás de ellos, venía Giovanni, quien ayudaba a caminar a Camocho -aún resentido y no totalmente recuperado por la herida. El hombre miró a su alrededor. Se veía preocupado, prevenido.

—Tranquilízate, ya no tenés que esconderte —le dijo Ruby con dulzura.

Camocho sonrió levemente. No estaba del todo convencido de las palabras de su mujer.



El teléfono de Roberto, en el asiento trasero de la camioneta, seguía sonando. Era Natalia. Pero en el asiento, no había nadie. Sólo se alcanzaban a ver rastros de sangre en el cojín.



En la escuela, Natalia colgó nuevamente el celular.

—Nada. Mi papá no contesta.

Sofía cerró los ojos angustiada. Al verla así, Natalia le tomó las manos y la miró fijamente a los ojos.

—Tranquila —le dijo. —Él nos prometió que iba a venir y debe estar por llegar.

Sofía asintió sin mucho convencimiento. En ese momento, se oyó la voz de Miguel, proveniente de la tarima.

—Chicas, ¿podemos continuar?

Las dos jóvenes se voltearon y se dispusieron a subir a la tarima. Caminaron hasta el otro costado, en dónde había varios paneles cubiertos.

—Llegó el momento de que todos los que estuvimos enfrentados alguna vez, trabajemos juntos para salir adelante —dijo Miguel.

En ese momento, un silencio tenso invadió la escuela. Los asistentes intercambiaron miradas entre sí y empezaron a murmurar y a comentar entre ellos. ¿La razón? Camocho, con mucha valentía, estaba subiendo a la tarima. Noa a su lado. Miguel le sonrió para darle ánimo y le pasó el micrófono. Camocho se quedó callado por un momento. Miró, con cierta angustia, a todos los asistentes. Luego, tomó impulso y empezó a hablar.

—Yo... yo estoy aquí para... —pero se detuvo.

Por un momento, parecía que no iba a poder hablar. Pero Noa lo tomó de la mano y le sonrió, dándole fuerzas. Camocho, al sentirse respaldado por su hijo, continuó.

—... para pedirles perdón por todo lo que hice y lo que permití, ahora hago parte del proceso de paz y estoy dispuesto a contarle todo; a decir todo lo que sé, así me cueste como un berraco, para que esta guerra y tanta bellaquería no se repita.

Las personas conmovidas, aplaudieron.

—Yo sé que algunos esperarían más —continuó. —Pero es la única manera que

tengo que reparar lo que hice.

En ese instante, volteó a mirar a Sofía y a Natalia y se dirigió a ellas.

—Y si me permiten voy a comenzar con ustedes —dijo, conmovido hasta las lágrimas. —Perdón por haberle hecho tanto daño a su familia, con el secuestro de su tía...

Natalia y Sofía no esperaban este gesto de parte de Camocho. Pero les pareció supremamente significativo. Sofía, sin dudarlo, agradeció y miró a Noa, cómplice. El jovencito sonrió con cariño. Miguel tomó nuevamente el micrófono.

—Si de verdad queremos cambiar, todos merecemos una segunda oportunidad —dijo.

—Así es —concluyó Camocho.

Unos tímidos aplausos empezaron a oírse por toda la escuela.

Y al otro costado de la tarima, Natalia se acercó tímidamente a Giovanni, quien estaba atento a las palabras de Camocho y de Miguel.

—¿Qué piensa de las segundas oportunidades? —le preguntó la joven.

—Si no fuera por una segunda oportunidad, no estaría aquí —respondió Giovanni, riendo.

Natalia asintió. Pensó por un momento lo que iba a decir y finalmente, se atrevió a hacerlo.

—No le había dicho, pero me preocupé mucho por usted. Y en estos días estuve pensando en lo que dijo y le tengo una sorpresa.

—¿En lo que dije? —preguntó Giovanni, extrañado. —¿Qué le dije de todo lo que le dije?

Natalia le sonrió, mientras sacó el celular y lo manipuló. Segundos después, se oyó el aviso de notificaciones del celular de Giovanni.

—Ahí le mandé varias opciones para presentar solicitud de becas —le explicó Natalia. —solo tiene que prepararse bien para el examen, pero es una súper opción si de verdad quiere estudiar.

Giovanni miró su celular, sorprendido. Luego esbozó una sonrisa. En ese instante, y sin decirle nada más, Natalia le dio un beso en el borde del labio. Giovanni abrió los ojos. No lo esperaba. Natalia volvió a sonreír y se dio media vuelta para irse. Pero el joven, la tomó del brazo, la detuvo y la giró hacia él, dándole un apasionado beso en la boca.

Y mientras que Giovanni y Natalia se fundían en su primer beso de amor, Sofía seguía mirando hacia la entrada de la escuela. En ese momento, alcanzó a oír a Ana María, quien hablaba con Marcela y con Diego.

—...entre las pruebas que encontramos en la mina, hay unas que vinculan a Roberto Mahecha con esas muertes.

Al escuchar esto, Sofía se giró de inmediato. Palideció. Empezó a sentirse terriblemente mal.

—Con razón no ha llegado —dijo con un hilo de voz.

Al darse cuenta de la presencia de la niña, Marcela se acercó de inmediato, a abrazarla.

—Sofi...

—En el fondo yo lo sabía —replicó la joven dolido y decepcionado.

Marcela la apretó contra sí. Pero la niña no respondió. Estaba en shock.



Media hora después, Natalia colgó su celular. Acababa de hacer una llamada, y por su expresión, se podía deducir que lo que le dijeron no eran buenas noticias. Sofía, frente a ella, estaba expectante.

—Mi papá salió hace rato de la hacienda —dijo Natalia.

—¿Y no saben a dónde se fue? —preguntó Sofía, impactada.

—No.

—¡No puede hacernos esto! —estalló la niña.

Natalia la abrazó. La joven se veía frustrada, con un dolor y un malestar muy grandes.

—Pero lo hizo, Sofi, aquí el único que tiene mucho que perder es él. Y está claro que todo este tiempo nos engañó.

Sofía asintió dándole la razón. Por su rostro, caía una lágrima de absoluta y profunda tristeza.



Pero al contrario de lo que las jóvenes pensaban, Roberto no les había fallado. El hacendado se encontraba, en ese momento, amordazado, amarrado y golpeado, en el interior del maletero de un auto. Se veía terriblemente angustiado y el miedo se había apoderado de él.



Mientras tanto, en la escuela, Marcela miraba con atención los paneles que ya estaban descubiertos. Había fotos de víctimas y a su lado o debajo de ellas, los asistentes las honraban con flores y ofrendas. Marcela, con tristeza, sacó de su billetera la foto de David y la puso en uno de los paneles. Ruby, al ver a su amiga, se acercó y la abrazó en un gesto de solidaridad y empatía. Camocho, desprevenido, puso una foto del Pote al lado de la de David. De repente, algo le llamó la atención de la foto del muchacho. Se quedó mirándola por un momento, señalándola.

—¿Este es... su hermano? —le preguntó a Marcela.

Marcela asintió extrañada.

—¡Yo vi a este muchacho! —exclamó Camocho.

Marcela se quedó muda. No esperaba en lo más mínimo ese comentario y menos proveniente de Camocho. Ruby miró a su esposo, también expectante.

—¿Estás seguro, Andrei? —le preguntó.

Camocho asintió.

—Hace unos cinco o seis años en uno de los campamentos de otro frente. Antes de la firma de la paz.

Marcela no podía respirar. Estaba muy impactada con esta información.

—¿Y...? ¿...estaba bien? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí —respondió Camocho. —Estaba en la cocina, tal vez por eso no lo tenía tan presente. Pero un día se ganó un regaño de un superior y pensé en qué hacía ahí, en medio de la selva, un pelado... como él.

Marcela no lo podía creer. Ruby le sonrió esperanzada.

—No tuve más contacto con ese frente después del proceso, pero puedo averiguarle.

Marcela no musitaba palabra. Simplemente, lloraba.

—Eso quiere decir que... —dijo con mucha emoción.

Ruby, impactada, asintió.

—¡Mi hermano puede estar vivo!

Marcela no cabía de la emoción. Atacada llorando, se abrazó con fuerza a Ruby, quien no pudo contener las lágrimas. Camocho miraba a las dos mujeres con mucha empatía e ilusión.



Por el pasillo de entrada de la escuela, un hombre, vestido como un campesino, caminaba mirando a un lado y al otro con atención. Su aspecto y mirada eran misteriosas. Pareciera que estuviera buscando a alguien. De repente, se detuvo y sonrió. Al parecer, había encontrado lo que estaba buscando. Sacó su celular de un bolsillo y marcó un número, a una distancia prudente de los asistentes, y asegurándose de que nadie lo oyera.

—Nos ganamos el chance. Aquí están toditos —dijo a su interlocutor. —El excomandante guerrillero ese, el tal Camocho, la negra revoltosa y las hijas de Mahecha. Usted dirá qué hago...

Al decir esto, el hombre se llevó la mano al cinto y acarició con malicia un arma, mientras miraba al grupo con mucho odio y rencor.

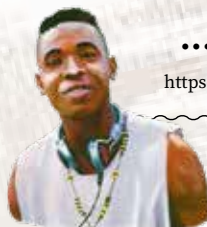
-FIN-

MÁS SOBRE...



... Alma

<https://youtube.com/watch?v=8rFg3hwteCA>



... Byron

<https://youtu.be/MyCXLARiXvI>

Camocho ...

<https://youtu.be/Ue6b5tjPMB8>



Marcela ...

<https://youtu.be/atemm85mepQ>



Giovanny ...

https://youtu.be/VLvIFp_A2Fg



... Abelardo

https://youtu.be/67L_QPEeZkY



... Johan

https://youtu.be/VD_7SKO0v6c

Noa ...

<https://youtu.be/7dh6ZIWQwBk>



... Jose

https://youtube.com/watch?v=tSSBO_VKnGE



... Perla

<https://youtu.be/Kt-i56EeTTg>



... Pote

<https://youtu.be/KUd5M6GPfqw>



Natalia ...

<https://youtu.be/WKwcyseWJXw>



... Roberto

<https://youtu.be/jup8Idcl07o>



Ruby ...

https://youtu.be/_pW1-AduaR8



... Sofía

<https://youtu.be/uor13U5NFFo>



Fabiola y Miryam ...

<https://youtu.be/p69EWSHuLiI>

Myriam. Y cambiar el link

En la escuela de El Silencio, un corregimiento de Colombia afectado por el conflicto armado, lejano, violento y con secretos en cada esquina, Marcela, una enigmática y exigente profesora, organiza una pequeña expedición botánica, en la que sus estudiantes deben encontrar una flor, común en la zona, que representa la paz: el lirio.

Ante las dificultades de comportamiento de algunos de sus estudiantes, Marcela decide que trabajarán en grupos para limar asperezas. Es así como Alma -niña indígena del sur del país- y su mejor amigo, Noa -un niño/niña muy inteligente- tienen que trabajar con sus grandes dolores de cabeza: Johan -altanero y antipático- y su "cómplice" Byron -un tímido niño afrocolombiano-. Las rivalidades no se hacen esperar y Johan y Byron, empiezan a burlarse de Noa, a quien defiende con vehemencia Alma. Ella los convence para que se concentren en la exploración y propone ir a un lugar especial, una cueva fabulosa, en la finca en la que trabajan sus padres como mayordomos. Un poco a regañadientes, los jóvenes continúan su camino y se encuentran con Sofía (14) -citadina, hija del dueño de la finca y amiga de Alma- quien está de vacaciones en el lugar y propone guiarlos. Es así como los cinco jóvenes se adentran en la cueva.

Efectivamente, en el lugar, hay plantas de una belleza asombrosa, pero hay algo que les llama especialmente la atención: una especie de montículo con una flor estupenda. Al intentar cortarla la tierra se desprende y para su terror, sale a la luz algo que no esperaban... ¡Un esqueleto!!

Lo que al inicio parece una aventura por recuperar un tesoro que pertenecía al muerto, termina en un inquietante descubrimiento sobre ellos mismos, su comunidad y su país. Juntos, trabajarán para descubrir el origen de ese cadáver que, sin proponérselo, los llevará a curarse a sí mismos, a sus familias y a su comunidad afectada por el miedo y el silencio que dejó la guerra.



Argumentos originales:

Albatros González
Ana Lucia Gurisatti
Juan David Cobos
Leila Facchini
Andrés Guevara
Carolina "Soro" Barrera Diego Mejía

Libretos originales:

Carolina "Soro" Barrera
Albatros González Leila Facchini
Juan David Cobos
Asesoría: María Emma Wills